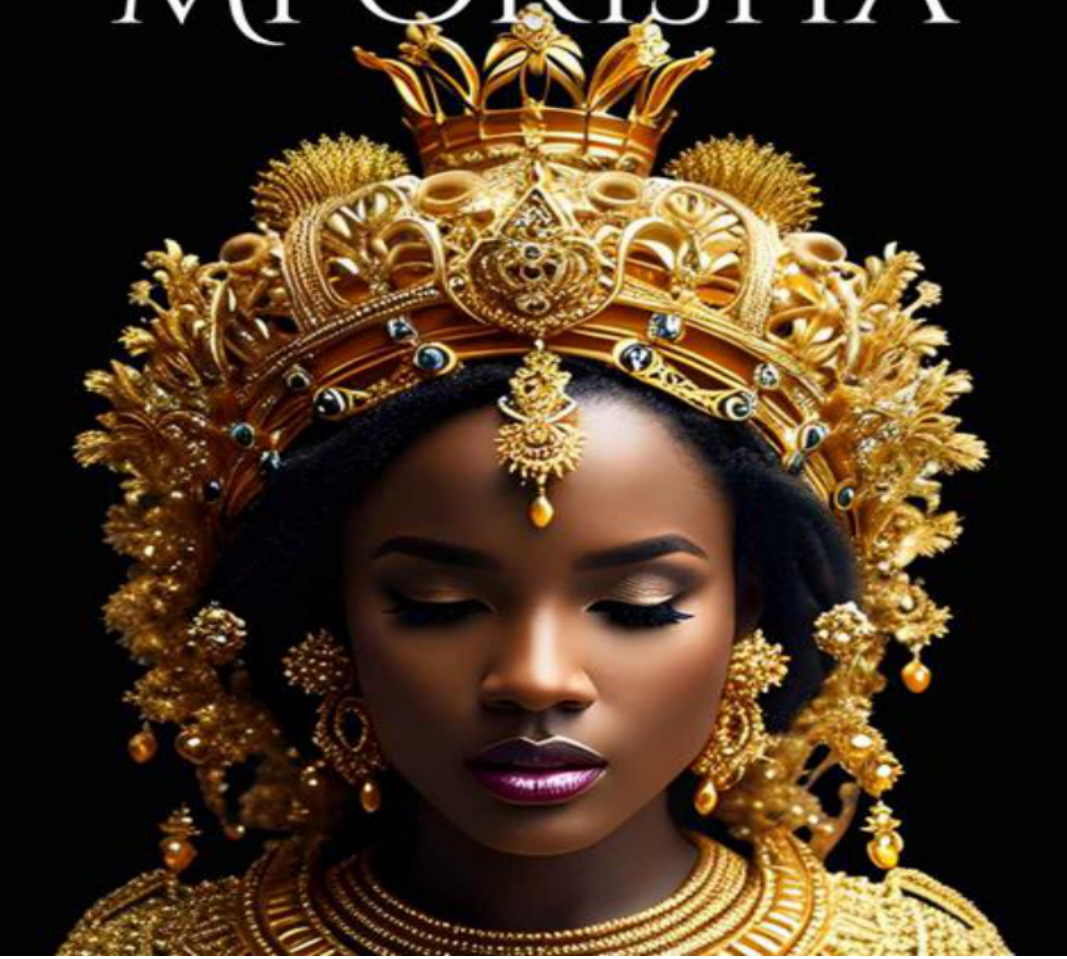
MAGALY CABRALES

MI REY VS. MI ORISHA



Mi Rey
contra
mi Orisha

MAGALY CABRALES

© Dador Ediciones, 2023
Buenos Aires, Argentina
+54 (911) 5495 3251
librosdador@gmail.com.ar
www.librosdador.com.ar

Copyright © 2023 Magaly Cabrales
Todos los derechos reservados

La cucaracha nunca tiene razón en un gallinero
REFRÁN AFROCUBANO

Al analizar la Historia evite ser profundo
porque frecuentemente las causas son superficiales
RALPH WALDO EMERSON, 1803-1882
POETA ESTADOUNIDENSE

Nada hubo más parecido a un negro esclavo
que un quinto español
LOS AUTORES

A mis hijos.

Capítulo I
LA CACERÍA

Una esclava

1

Olorun, el Sol,[1] terminó de salir y encontró a Obatida cuán largo era, de cara contra el suelo. El viejo *babalawo*, padre del secreto, concluyó el saludo matinal, bebió agua fresca y se sentó en la esterilla con las piernas cruzadas. Debía saber cómo se presentarían el día y la noche, para luego abrir las puertas de su hogar a los creyentes que vendrían a consultarse. Por eso tomó el *opkuele*, lo besó, y al tiempo que rozaba el suelo con la cadeneta a derecha e izquierda de su cuerpo, rezaba a increíble velocidad:

Bari guidi gado ado ure
Iballerete Kinkamache Iyalosha
Babalosha, Iba Oyubona, Iba Babalawo
Kinkamache Iyatobi, Babatobi
Iba Asheda, Iba Baba, Iba Yeye
Iba Korda, Iba Godesipe, Iba
Olodumare, si Limelenu[2]

Un mal presentimiento le nubló la vista al llegar a esa parte de la invocación, y ya deseó entrar en el futuro, pero sabía que no podía dejar de *moyugbá* a las deidades para que lo ayudaran a ver más allá. El respetuoso rezo a los dioses podía decirse, apenas sin respirar, pero, debía tenerlos contentos. Así pensó, sin embargo acortó la oración al eliminar la última parte.

Obatida lanzó el opkuele hacia adelante. Los ocho pedazos de dura corteza de coco –cuatro y cuatro paralelos engarzados en una cadena metálica– giraron libres hasta que cayeron sobre la esterilla.

La cadeneta de Ifá marcó claramente *Oyekú* desde el primer tiro; era la maléfica segunda letra del oráculo, por donde hablan *Ikú*, la Muerte; *otokú*, los muertos; *Orisha Ikú*, el santo que representa a los muertos y los *iwin*, que son los espíritus materializados. Y Obatida, consternado, se llevó una mano al pecho, con la boca abierta. Tenía que, rápidamente, hacer una ceremonia, para destruir, o al menos amenguar el daño futuro, pero la curiosidad pudo más, y decidió comprobar con un nuevo tiro. El opkuele voló y dejó ver el octavo signo, que era *Okanasode*. No había dudas.

¿Dónde y quiénes morirían por el fuego? Se preparó para que la cadeneta respondiera aquellas interrogantes, pero, detuvo la mano, porque ya lo sabía con el signo anterior: sería en la propia *Ilé*. Ocurriría un desastre en su casa o en su pueblo.

Temeroso de seguir conociendo el futuro aterrador, decidió dar por

terminada su consulta personal, porque el día se presentaba *osogbo*. No abriría puertas ni ventanas para que la mala suerte y la desgracia no salieran, y se apagaran allí mismo, aunque en su más profundo pensamiento dudaba de la temible visión. Era un hombre bueno y optimista y no concebía tan sencillo el paso entre la vida y la muerte.

Mas, aun cuando la duda era fuerte, buscó un recipiente de barro lleno de agua fresca, echó flores blancas y añadió *oñi*, la miel se mantuvo separada en el fondo pero él lo revolvió todo con fuerza y el líquido tomó un color dorado. Recogió sobre los codos las mangas del amplio sayo y se refrescó él mismo, luego sumergió la cadeneta y regó en forma de lluvia aquella agua dentro de la casa. Aliviado ya, suspiró desde muy adentro. Pero no era suficiente, se bañó con abundante agua, como hacía diariamente. Sólo que esta vez perfumó el líquido, vertió algunas gotas de miel en la amplia vasija y despetaló con calma una flor blanca. El agua, vertida con su propia mano desde un recipiente, le resbalaba por la piel negra, con tal frescor, que aquellas calenturas desaparecían y la paz le llegaba como un suave remanso.

El resto del día lo pasó en profundas meditaciones tendido en su camastro mirando al techo, o atisbando por las rendijas el rutinario ir y venir de la gente en la calle. La calma lo fue invadiendo hasta que creyó haber desterrado de su mente la pavorosa imagen del fuego y la muerte destruyéndolo todo.

Después, a causa de la inocente noche estrellada, casi se disolvieron aquellos presagios. Era una noche como las demás, con ese calor seco y el viento detenido ante los árboles, además del profundo silencio apenas roto por el ladrido de los perros en el *agbole* vecino, otra agrupación de casas. Dio numerosas vueltas bajo su techo sin saber qué pensar. Finalmente, contempló la erguida llama de la lámpara de aceite y respiró serenidad. Decidió irse a la cama, aunque se fue insatisfecho, arrastrando los pies. No deseaba desgracias para la familia y demás alrededor, pero en muchos años de mirar hacia el futuro, era la primera vez que entraba en contradicciones con su instrumento de adivinación. Y estaba molesto.

Durante una larga hora se revolvió en el camastro intentando engañarse con que habían sido especulaciones tontas a causa de una mirada errónea a través del opkuele. Pero el grueso babalawo sabía que podía engatusar a cualquiera –aun cuando no fuera su deseo–, mas no a sí mismo. De todas maneras, el mal augurio de la cadeneta le aguijoneó hasta cerrar los ojos.

Mientras, Oddedeí dormía a un centenar de casas. Para ella, últimamente, cada noche y cada día eran singulares. Y dormía plácidamente, quizás soñando su futuro. Era una muchacha casi feliz porque se le acercaba el momento de su unión con el hombre que el padre había destinado para marido y progenitor de los hijos que

traería al mundo; ella pensaba en ese hombre, desconocido todavía, y se sonrojaba al imaginar el momento sublime de entregarle la virginidad, su único regalo personal. El esposo mostraría públicamente la sábana manchada de sangre y el honor de ambos y de las dos familias estaría a salvo. Festejarían la despedida en donde había nacido y crecido, con vino de palma y dulces amasados de yuca y miel, cocinados en aceite de palma, todo hecho por la esclava Yemula. Y habría risas y lágrimas.

Entre los regalos que recibiría estaba aquella esclava, quien tenía una historia triste: hombres de su familia dieron muerte, por error, durante una cacería, al hermano de Oddedeí y su padre exigió, como de costumbre, la vida de alguien entre los matadores. Estos seleccionaron a la joven Yemula, que fue perdonada a cambio de su esclavitud, y terminaron queriéndola.

Muchos participarían en la fiesta; y era una verdadera lástima que Otandá, el abuelo sabedor de hierbas y dolores del alma, estuviera ausente; muchas lunas atrás fue secuestrado en lo más profundo del monte. Otandá buscaba semillas, hojas y tallos para ritos que sólo él conocía, cuando varios cazadores lo rodearon, y sin darle tiempo a invocar su *orisha* protector, lo inmovilizaron con una horqueta que le aprisionaba el cuello. Luego, desparramaron lo recolectado por el viejo, machetearon su bolso y se lo llevaron hacia donde cae el sol, en dirección al gran río. Un niño que buscaba agua en el arroyo cercano vio la cacería, la noticia corrió por todo Ijesa. La gente se lanzó a la selva para rescatar al curandero de la aldea, pero finalmente huyó, porque los cazadores eran muchos, tenían fusiles y montaban caballos.

Otandá debió de morir, pensaba Oddedeí con frecuencia, porque con su gran poder ya hubiera vuelto o jamás se lo hubieran llevado. Eso formaba parte de la historia dolorosa de la aldea, pero la vida no podía detenerse. Seguía tan arrolladora como intenso era el ritual de la sociedad secreta Egungun-Oya, de la que la muchacha era una de las mujeres elegidas por el dios Egungun para anunciar su paso, a través de las calles de Ijesa; ellas iban armadas de largos cujes y vestidas pintorescamente de la cintura hacia abajo, además de máscaras que les daban aspecto misterioso y raro. Todos eran testigos de la aparición del espíritu del muerto invocado, al avanzar Egungun con pasos grotescos y totalmente cubierto por hierbas y una máscara de madera. Y como era la Muerte misma, nadie osaba tocarlo aunque a su paso se postraran y le ofrecieran tributos. En los días de festejo a Egungun-Oya, éste poseía a Oddedeí junto a otras mujeres y hombres, más allá de sus conciencias, y se los veía danzar frenéticos aunque a algunos no les agradaran las danzas ni el frenesí públicos.

La noche era densa. Ni la más leve brisa movía una hoja del *iroko* en el centro del pueblo. Habitaba el árbol sagrado un espíritu ingenuo,

pero iracundo cuando alguien pretendía derribar su guarida; y erguido cual fantasma contra el cielo oscuro, sus ramas extendidas eran brazos protectores sobre los techos de hojas de palma a dos aguas, con paredes de barro endurecido.

La gente descansaba del constante pregón en el mercado en el que ofrecían de todo, principalmente quimbombó, mijo, arroz, boniatos, huevos, pollos y cabras, que junto a raros tejidos de algodón, muy coloridos, espejos, collares de vidrio y vasijas de barro hacían del pueblo cada día una feria multicolor. Allí se confundían rugidos de fieras y cantos de pájaros enjaulados con voces de amos, ordenando a sus siervos, y gritos de vendedores y compradores en la competencia por obtener más provechos. Era un mundo amable en el que Oddedeí se deleitaba visitándolo a menudo, acompañada por su esclava o por la madre. Pero sentía vergüenza ante el cautiverio de los animales.

En la cama, ahora, Oddedeí también se aliviaba del aprendizaje al que su madre la sometía pues en pocos días sería la señora de su casa. En los sueños mezclaba seriedades adultas con risas infantiles, viéndose desandar con pies pequeños y descalzos por las principales calles de su pueblo afirmadas en baldosas de cerámica, muy limpias, porque los esclavos designados llevaban la basura fuera de la aldea. Los ágiles pasos, que le salían más del alma que de las caderas breves, mostraban a alguien que ya llevaba muy adentro el inquieto espíritu de una mujer deseosa, sin saber por qué, de untar todo el cuerpo de oñi y ésta le corriera pegajosa por las manos y el pubis. Sus ojos eran negros y enormes, de mirar profundo y a la vez reidores. También la nariz ancha pero recta, recordaba, por la línea de su padre, ancestros venidos del norte donde el sol calcina arenas y hombres. De allí le llegaba una estatura común a otras muchachas de la aldea, pero que a Oddedeí la realzaba más, porque la proporcionaba, resaltándole la sensualidad. Sobresalían en su rostro labios naturalmente gruesos, dientes muy blancos y barbilla voluptuosa. El pelo era crespo, recogido en trenzas cortas que jamás escondía bajo paños de colores como hacían su madre y otras muchachas. Solamente cubría su cuerpo con un largo tejido de alegres tonalidades, que dejaba ver las piernas y los hombros brillantes.

2

Nada peligroso se advertía en la oscura profundidad de esta noche quieta. Apenas otros perros se habían sumado a los anteriores en el concierto de ladridos. Y Oddedeí, ataviada entonces con un vestido amarillo que le ceñía el cuerpo, afinaba la cintura y aumentaba las caderas, flotó entre bailadores que giraban a su alrededor en una danza alucinante, sintiéndose provocadora y con encantos desconocidos, incluso para ella misma; reía con esa alegría que brota de lugares ocultos y desfallecía de sudor y cansancio... Pero, despierta, consciente, nunca entraba en el ruedo para danzar aun cuando vibraba al tañir de los tambores. Prefería observar el movimiento de los demás y así llenaba sus apetencias. Sin embargo, seguía girando, girando...

De pronto, abrió los ojos y se vio envuelta en un torbellino de fuego, disparos, ladridos, relinchos, gritos... La aldea completa era presa de una convulsión que llegaba de todas partes. Algunos hombres de Ijesa reaccionaron, y empuñando lanzas y cuchillos, intentaron enfrentar a los intrusos, pero sus cuerpos saltaban con la muerte adentro.

–¡Vivos, vivos! ¡Agárrenlos vivos!–ordenaba un vozarrón en lengua yoruba.

Las llamas avanzaban mordiéndolo todo, y todos trataban de escapar como hubieran salido del sueño y de la cama. Oddedeí clamaba por el padre, un hombre que a nada temía. La única en acudir fue la esclava Yemula, rechoncha y pausada, temblando ante la crueldad de los invasores. El terror era el más grande obstáculo para la huida. Las dos lloraban abrazadas en la habitación ocupada por la muchacha, como si fueran escudos mutuos, alentándose para llegar a la gente que amaban, que las defendieran y se las llevaran lejos. Pronto comprendieron que debían salir en busca de ayuda y saltaron por encima de los cadáveres de un atacante y un sirviente de la casa, trabados en sus afiladas armas.

Caminaba Oddedeí desnuda, intentando inúltimente cubrirse con las manos. Yemula la empujaba hacia la calle, donde hombres, caballos y perros se confundían en una lucha atroz. No avanzaron mucho, porque un guerrero de fuerza bestial les agarró las manos, doblándoselas, hasta que pararon en el suelo y ya no pudieron moverse. Otro se acercó con una larga tira de cuero retorcida en la que ya había cuatro prisioneras, las ató por el cuello y añadieron una más al final.

Oddedeí, sorprendida, vio entre los cadáveres al generoso Obatida, con el vientre abierto de un tajo horrible y una mueca enigmática en el rostro yerto, como insatisfecho por haber perdido una vieja

discusión. Quizás el babalawo recordó con amargura, en el último instante de su vida, la parte final que suprimió del rezo por el apuro con que moyubó a los santos y a los muertos:

Kolo owo, kolo wala, coshe Obadera Oshaguiri Anabo Cupereya Inle lafoku lapicolleri.[3]

Y erró por no decirlo completo, y porque tampoco creyó a ciegas en el opkuele; hubiera alertado a todos. Su optimismo lo traicionó.

La muchacha miraba desesperanzada hacia aquel montón de cuerpos sin vida. Recordó fugazmente a cada persona creciendo junto a ella. Entonces lloró por todos, por si misma, por quienes no tuvieron la dicha de morir y estaban en otras filas de hombres y mujeres amarrados por manos y pies.

La calma se asentó cuando el sol atravesaba la línea del horizonte. De alguna parte llegó la orden de ponerse en pie. El polvo de la calle blanqueaba las pieles negras, fundiéndose con la sangre seca y con la que todavía manaba de las heridas. Otra orden hizo caminar a los prisioneros y se armó una fila que podía ser interminable, pero que a Oddedeí se le antojó pequeña porque más de la mitad de la gente del pueblo había quedado atrás.

Iba Yemula delante, casi encorvada por el peso de un saco de trigo sobre su cabeza; Oddedeí, anonadada, con uno de arroz, tendió una mirada larga. Escombros calcinados, todavía humeantes, envueltos en un silencio que oprimía. La muchacha se sintió presa de una angustia que no había vivido jamás. Quiso nuevamente saber de sus padres y preguntó a la sirvienta. La otra hubiera querido responder. No pudo. Oddedeí pensaba que sus captores necesitaban de muchos humanos para sacrificios con que complacer a sus *orishas*, otros dioses que podían ser implacables.

Aunque no fuera natural ni agradable ser uno mismo el sacrificado, reflexionaba Oddedeí, "sabía" que iba hacia el lugar de las ofrendas y aceptó mansamente aquel destino, ajeno a las manos terrenales. Vino a confirmarle tales pensamientos, encontrarse, a la vuelta de una hora de andar, con otra columna de cuerpos famélicos que apenas podían moverse. Era evidente que habían sido capturados a mucha distancia de allí. En medio de un silencio impresionante sólo se escuchaba el silbido del látigo cortando el aire, y ayes de dolor.

Negros a caballos y armados de fusiles conducían hombres, mujeres, niños y ancianos procedentes de otros pueblos que hablaban lenguajes incomprensibles para ella.

A cada giro de Sol, el camino árido y sediento acallaba, incluso, los gemidos. Las dos columnas se convirtieron en una larga caravana que fue dejando atrás, en la altiplanicie boscosa, la indeleble huella de cadáveres.

Los captores exigían mayor velocidad a puro trallazo. La mayoría obedecía la orden y algunos eran arrastrados. En el grupo de Oddedeí cayó una mujer con su pequeño hijo a la espalda. Las otras la animaron e intentaron levantarla para que no estorbara el movimiento, pero todo esfuerzo fue en vano. Y resonó una voz cortante salida de cualquier sitio:

-*¡Kan teri! ¡Kan teri!* [4]

Un negro se desmontó sable en mano, describió un círculo relampagueante y el cuerpo de aquella mujer se desplomó sin cabeza, quedando un quejido y un sollozo infantil a mitad de camino. La cinta de cuero perdió tensión y el grupo ya aligerado, con el terror en los ojos redondos, saltó hacia adelante.

Siguieron avanzando hasta que el horizonte se alejó hacia las montañas medio grises por la distancia. El Sol se perdía por allí mismo, cuando al fin vino la orden de acampar. Con la noche llegaron las hienas y sus carcajadas, además de otros amarres en piernas y brazos.

Y diariamente, cuando se hacía la luz, la enorme fila se perdía en aquel horizonte gris para, luego de marchas forzadas, casi embestir un poderoso olor que venía de donde se escuchaba el atronador golpe de las aguas. Entonces apareció el gran río, confundido con el cielo a lo lejos, cuando los pies sangrantes vencieron el último cerro.

-¡Bienvenidos al Viejo Calabar!–exclamó entusiasmado un hombre que parecía negro por el cabello y las facciones, pero tan blanco que daba asco, porque hasta las pestañas eran transparentes. Entrecerraba los ojos por el evidente dolor que le provocaba la luz.

Cerca de las aguas que iban y venían furiosas, se levantaban largas paredes de troncos separados y techos de yerbas, por entre los cuales entraban el sol y la lluvia.

La caravana en que había marchado Oddedeí durante jornadas llegó hasta aquellos barracones cuando sacaban a rastras los muertos de ese día. Eran negros de todos los matices y edades, idénticos en su delgadez cadavérica.

Oddedeí no pudo más, ya la vida le resultaba demasiado pesada y recordó a Obatida en momentos de sus ruegos a *Olorun*, la pasión con que él los hacía y la fe que ella les tenía. Por eso, se dejó caer de rodillas, con las palmas vueltas hacia arriba, mirando directamente al Sol. Sus ojos se llenaron de lágrimas y recordó, como sacada del fondo de la memoria, una oración que no sabía cómo había llegado a ella:

En nombre de Dios clemente y misericordioso.
Alabanza a Dios, soberano de todos los mundos.
La misericordia es su patrimonio. El es el rey el día del juicio.
Te adoramos, Señor, e imploramos tu asistencia.

Dirígenos por la senda de la salvación;

Por la senda de aquellos que has colmado de beneficios;

De aquéllos que no han merecido tu cólera y se han preservado del error.[5]

Pero abrió la boca para decir:

-¡Oh, Olorun, que me escuchas, envía a *Ikú* por mí!

Ella no sabía que la Muerte tardaría años en echársele encima, pero en aquel instante, un guardián llegó a toda carrera, movió sus brazos alrededor de la cabeza de Oddedeí para alejar cualquier ayuda venida de lo alto y le dio un puntapié, al tiempo que exclamaba:

-¡Ningún esclavo apestoso tiene derecho a invocar a Olorun!

Yemula amagó protección a su ama, pero se lo impidió la mirada feroz del guardián, que con gritos y empujones, condujo la caravana al interior de la barraca. Al entrar, las asaltó el rumor sordo del enjambre de moscas sobre la masa negra, dispersos los miles de brazos y piernas sobre el suelo cenagoso, que apenas mostraba vida, confundida entre ropajes que una vez tuvieron colores y formas. La atmósfera era densa por el agresivo compuesto de sudor, excrementos, humedad y sangre.

3

Casi con la puesta de Sol, llegaron los guardianes repartiendo ñame cocido. Los más fuertes se apiñaron por donde entraban con los alimentos y pretendieron apropiárselos, pero los guerreros armados dieron golpes a diestra y siniestra para distribuir el rancho por igual. ¡Había que cuidar las Piezas de Ebano!

Al atardecer, varios negros de afuera bebían en vasijas de metal y de barro, y cuando sintieron calientes sus músculos, comenzaron a entonar cantos, a la par que sacaban grupos del barracón para hacerlos bailar al ritmo del repique de cueros; pero sólo mediante trallazos, aquellos infortunados dibujaron breves figuras en el suelo.

-¡Tienen que moverse! -decían los guerreros-. ¡Tienen que bailar y cantar!

En todo caso, sus corazones eran presa de la nostalgia, y pensando en aldeas y hogares, en la propia libertad, no cesaban en la búsqueda del momento oportuno para huir. Miraban desesperados.

Concluida la diversión, regresaron Oddedeí, Yemula y los otros a la improvisada cárcel, para esperar un nuevo amanecer, y mientras trataban de acomodar sus cuerpos llagados, imploraban no ver otra salida de Sol. Preferían permanecer en total penumbra; que ni siquiera la luz de una lámpara de aceite les acentuara el desconsuelo.

De todas maneras, no necesitaron un día más, porque allí, entre el agua que iba y venía, con las velas plegadas y a un tiro de saeta, ya había una estirada nave de dos palos con gente moviéndose sobre ella; en pequeños botes trasladaban a la costa toneles y sacos repletos. Apareció, al mismo tiempo, por entre la espesura del monte, un personaje de pisadas firmes y descalzas, rodeado de guerreros; era gordo y brillaba. El inconfundible rugido de un león se extendió más allá del horizonte y el parloteo de los monos hizo inaudible, de momento, cualquier palabra.

Muchos cautivos, Oddedeí entre ellos, miraban espantados el trajín a través de los troncos. Les causaba asombro la existencia de personas de pieles descoloridas que tenían barbas y usaban ropas muy extrañas; lo más increíble era que pudiesen ver a través de aquellos ojos azules y verdes. Ya había bultos dispersos en la arena y un barbudo blancuso, bajetón y muy fuerte, dirigía la operación. Varios guerreros a medio vestir desclavaban grandes cajones para luego alejarse a distancia prudencial.

Los seres desteñidos comenzaron a sacar mercancías:

-Pistolas y fusiles guarnecidos de cobre.

-Sables comunes.

-Anforas de barro y barriletes con ron y aguardiente.

-Barriles de pólvora.

-Tejidos de tafetán, algodón, seda...
-Matules de tabaco.
-Calderas de estaño y de bronce.
-Cuchillos grandes y pequeños.
-Platos, cucharas, tenedores, cucharones...
-Zapatos y medias de seda.
-Camisas, pantalones, cinturones, sombreros...
-Espejitos, collares, cuentas de vidrios de colores...
-Pieles de gatos y de conejos.

Traían, además, barras de plomo para balas, barras de hierro destinadas a forjas disímiles y los cauris, pulidos caracoles, que parecían salir de las manos de artesanos artistas, pero que venían de las playas en las islas Maldivas.

Y desde la sombra de un pequeño árbol, en una amplia y pulida poltrona, aquel negro gordo ordenó, con un giro de su mano enjoyada, sacar del barracón la primera remesa, la cual condujeron a sus pies con los dedos desparramados. Los ojos del Monarca atravesaron a los desgraciados que las moscas y el hedor acompañaban. Un rictus se dibujó en el rostro mayestático, y por otro movimiento de la mano enjoyada, alguien se apuró a abanicarlo fuertemente.

A trallazos y empujones, formaron una pared de gentes, sin amarras por primera vez; los negros armados vigilaban. El barbudo ojiazul, a quien llamaban Tenaza, pasaba delante de los prisioneros metiendo sus dedos en las bocas para abrirlas y mirar los dientes, además de palpar los músculos. No necesitaba hacer nada más, era un gran conocedor de su oficio.

Así, iba separando las Piezas de Ebano que luego ordenaba conducir hacia los botes en la orilla. El Monarca protestaba por cada viejo y enfermo que Tenaza rechazaba. En la fila, Oddedeí quiso esconder sus senos cuando aquél le aprisionó un hombro y la miró de arriba abajo, con tal perversidad, que ella se sintió violada. Le tembló todo el cuerpo y lloró convulsa, pensando en la orgía de sangre y carnes que aquellos seres descoloridos preparaban. ¿Los asarían, se los comerían crudos? Yemula, que había sufrido lo suyo y conocía los verdaderos propósitos de aquellos hombres, se volvió y la abrazó con lástima.

El blanco bajetón y barbudo fue a un cajón y regresó con un voluminoso rollo de tela de colorines, luego señaló a la muchacha. Oddedeí supo entonces el origen de aquellos paños y otras mercancías que su madre y demás mujeres compraban en el mercado. El jefe negro protestó y habló en voz baja a uno de sus servidores, quien se irguió para exigir además tres fusiles con filigranas de bronce en la culata, balas y mucha pólvora. Pero Tenaza tenía fama de regatear y ganar en las compras, y avanzó hacia el Monarca con el rollo de tela

como si blandiera una espada. Los hombres alrededor del rey dispusieron las puntas de sus lanzas hacia adelante. Otros blancos, que estaban lejos, prepararon sus armas cautelosamente. Tenaza sonreía y hablaba al intérprete sin cambiar la mirada del entrecejo del Soberano, quien dejaba oír el chasquido de sus dientes.

-Le dices a él que este comercio existe porque los blancos venimos a comprar negros. Que él recuerde que no estuviera sentado en ese lujoso trono, si nosotros no viniéramos cada cinco o seis meses. Hazle saber a él que sin nuestras armas y nuestras balas y nuestra pólvora no pudiera traer hasta aquí esta mercancía –hizo una solemne reverencia y saludó– Muchas gracias, Majestad.

Regresó entonces a la cautiva comprada, para halarla hacia la playa por una soga que pendía de su cuello. Y por el camino pensaba sonriendo que la adquisición había sido muy ventajosa, porque un negro adulto ya costaba hasta ciento cincuenta barras de hierro o alrededor de seiscientos mil cauris; y cada ochenta caracolitos de esos equivalían a una onza de oro, por lo que debió haber pagado siete mil quinientas onzas. Pero él no hubiera dado tal cantidad y a los negros no les interesaba la moneda de los blancos; preferían cauris o barras de hierro o collares... Mientras que el rollo de tela entregado al rey había costado en la Península apenas cinco onzas de oro o cuatrocientas pesetas. Y allá en la Isla el valor de cualquiera de las Piezas se multiplicaría por veinte.

Con los primeros vaivenes, y en botes diferentes, viajaron la esclava y su ama hacia la nave allá lejos. Oddedeí intentaba llevarse buenos recuerdos con una sola mirada, pero se le imponían los terribles momentos vividos en la aldea, la sórdida imagen del barracón en medio del pantano. Atrás quedaban los guerreros, empujando al agua a los excluidos con piedras atadas al cuello, y apilando las ganancias. El mar hervía en aquella parte. Oddedeí rememoró el oscuro presagio de Obatida:

Le darás la vuelta al mundo.
Conocerás personas muy diferentes.
Sufrirás mucho, pero un día
te liberarás con tu propia mano.

En aquel entonces, creyó la predicción inconcebible. ¿Qué impediría que ella se casara con el hijo de un poderoso comerciante y fuera feliz? Y eso de darle la vuelta al mundo era una locura, porque todos los abuelos, todos los padres y todos los hijos siempre habían vivido en Ijesa y no había motivos para viajar a otro sitio. ¿Cómo y por qué dejar el cielo conocido y los árboles y los ríos queridos, que seguramente no serían iguales en ningún lugar del mundo? Además, al mundo no se le podía dar la vuelta. En todo caso haría un recorrido circular, quizás lejos de Ijesa pero siempre a su alrededor. Sin dudas, lo creyó sinceramente, había sido un juego de palabras cuyo único sentido estaba en el corazón del babalawo.

El chasquido del látigo sobre la cabeza de Oddedeí la sacó de los recuerdos. Con toda rapidez, cuatrocientos negros treparon al navío por escalas y apenas pudieron ver el puente de mando, donde el capitán daba órdenes con gritos y ademanes. No quería pérdidas de tiempo, exclamaba, ni que los hombres tocasen a las negras desnudas porque ellas carecían de alma y el Señor en el Cielo podía enojarse. De allá arriba, seguramente, vendría una maldición a su barco.

Los perros, en la cubierta, mordían el aire hacia los negros, quienes se atropellaban tratando de esquivarlos. Oddedeí resbaló hasta las fauces de una bestia que le desgarró una pierna. Alguien entre los mismos cautivos la rescató. Entonces los blancos vinieron apurados con varios dientes de ajo machacados, que introdujeron en los huecos dejados por los colmillos caninos, y, con los dedos, se los pasaron de uno a otro lado. Parecía un clavo ardiente quemándole la carne de la pierna derecha.

Mientras, los blancos armados iban atando a los comprados de dos en dos por las espaldas, con cadenas en cuellos y pies. Después, los suspendieron con cuerdas para bajarlos por un hueco cuadrado. La luz

y el aire quedaron allí arriba junto al aguardiente y las carcajadas. El espacio acá abajo fue reduciéndose y terminaron amontonados. Cualquier movimiento era una tortura. El barracón apareció en la memoria de la muchacha casi como una estancia feliz.

Oddedeí era la pareja de una mujer que la llamaba a resistir, repitiéndole que todos volverían a la aldea para continuar libremente la vida.

-Los orishas no permitirán que sus hijos sean esclavos de nadie –y pugnaba por arrodillarse para que la bendijeran. Sus ojos vueltos hacia arriba despedían pasión. Decía que los muertos y los dioses no habían quedado en la aldea, porque ellos van en cada uno de nosotros para guiarnos de alguna manera y desaparecerán el día que desaparezcamos nosotros. Más Oddedeí se sintió muy sola. Desamparada.

como hice antes a otros de mi linaje acompañándolos desde su inicio hasta su fin para mantenerles la conciencia firme en esta vida y en la vida más allá de la muerte he venido siempre a tu lado y dentro de tí y hablo contigo porque soy luz y consuelo aunque sea un anciano y no me escuches con los oidos pues yo soy tú misma sin importar que yo sea hombre y de piel olivacea con un afilado alfanje a la cintura que ya mató intrusos en nuestro suelo y tenga por vestido esta túnica blanca y tú sigas desnuda y no me veas muchacha que aún te desconoces de fuego en las entrañas y miel en los ojos y en la lengua y donde se origina la existencia que te sé de principio a fin pues en la palma de mi mano está el destino de la vida que palpita en tí

Otras voces, en lenguas diferentes, se unieron para implorar a multitud de deidades y fueron subiendo de tono hasta convertirse en un clamor.

En lo alto, las cuerdas tensas rasgaron el aire por las velas desplegadas. De súbito, acá abajo, sintieron una fuerte sacudida como si todo el maderamen de la embarcación se deshiciera. El buque gemía cual fiera herida y el terror dominó a los cautivos. Uno de ellos se liberó de las amarras y subía electrizado hacia la luz, por la corta soga que todavía colgaba, cuando apareció tronando el cañón de un fusil. El cuerpo rebotó en las cabezas de los negros azorados. Casi al instante bajaron cuerdas con garfios en sus extremos y elevaron el cadáver sangrante. La ansiada libertad –incluso a través de la muerte– era muy dolorosa. La mayoría perdió definitivamente las esperanzas y los orishas silenciosos fueron sus acompañantes más fieles. Los únicos.

Ya no hubo días y noches separados por luces y sombras, sino la desgarradora incertidumbre de un deslizamiento sin fin. El continuo balanceo provocaba vómitos que iban uniéndose a excrementos en el piso donde yacían todos. Los grilletes laceraban las carnes y marcaban

aquellos seres, más allá de sus huesos.

Con las fuerzas agotadas cesó todo signo de rebeldía. Los dueños vieron cómo su mercancía se deterioraba, y, empeñados en desterrar la nostalgia de cada Pieza de Ebano, fueron sacándolos a cubierta, en grupos, para prodigar la alegría a punta de fusil, con esa música de blancos que salía de un acordeón. Liberados de los grilletes les exigieron bailar. A Oddedeí, como a cada negro, le dieron media pinta de aguardiente que bebió con desespero. Pensaba matar la sed, pero el cuerpo le voló. Sus piernas ya respondían al mandato de los blancos y danzaba torpemente, descubriéndose a sí misma el gusto por movimientos rítmicos que había visto en familiares y amigos. Tenaza, que bebía copiosamente, la miraba contonearse y ya se relamía de placer. Ella, con los ojos cerrados, sintió que una alegría contenida se le desataba, pero casi al instante, comenzó a llorar. Bajo sus pies descalzos, el piso de madera pulida era un vaivén sin control, y al girar vertiginosamente, más poseída por *Oyá Yansá* [6] con sus remolinos que por su madrina *Oshún*[7], cayó inconsciente.

Otros brazos negros intentaron recogerla, pero aquel barbudo de ojos azules se interpuso a empellones, alejó al grupo, y sacudió a la muchacha que gimió. Ella se llevó una mano a la pierna inflamada; por aquella mordedura se había ulcerado la piel y de las llagas fluía pus y sangre. Oddedeí sintió la afanosa respiración de quien la abrazaba brutalmente. El corro de hombres frenéticos y rientes empezó a dar palmadas en torno a la pareja. Ella quería escapar, pero comprendió que todo movimiento era imposible. La algarabía aumentaba, y Tenaza, con la maestría habitual, movía las manos por debajo de su cintura, encajándose entre los muslos negros. Los cautivos miraban coléricos y pensaban que sus dioses habían olvidado la justicia. De pronto, cesó el griterío. El capitán, que todavía jadeaba por la carrera, rehizo su compostura y vociferó:

-¡Degenerados, pecadores, malnacidos...! –se movía cual huracán en medio del círculo balbuceante– ¡En mi barco no se le falta el respeto al Señor! ¡Aquí no se fornica!

Oddedeí volvió a respirar. Tenaza, que ya se había incorporado, bamboleante aún, miraba con ojos enrojecidos al capitán. Su puño aferró el mango del enorme cuchillo en la cintura, mas no completó el propósito. El capitán mandaba en el barco pero ya se verían en tierra, porque él compraba negros de mierda para el más poderoso indiano de la Isla. La embriaguez había desaparecido, y, recuperado el dominio de su persona, dijo tajantemente que la danza terminaba y la cargazón tenía que ir para abajo. Otra vez metían los negros en la barriga del buque, cuando en el horizonte apareció, a estribor, un navío con bandera inglesa. La tripulación aceleró a empujones el movimiento de los prisioneros. Ordenes de lograr la mayor velocidad,

corrieron de proa a popa. Todos sabían que era absurdo intentar escapar a la vela de una máquina moderna. La columna de vapor crecía, espesándose al mismo tiempo. Oddedeí oyó por primera vez miedo en las voces de los hombres blancos y siguió sus miradas.

-¡Malditos! –masculló el capitán– ¡Ayer se enriquecieron con los mismos negros, con ese dinero inventaron máquinas de vapor y para hoy venderlas no permiten que otros compren negros! ¡Pero no os preocupeis, que aquí cada cual tiene su precio!

El aire soplaba hacia el navío vecino. Los ingleses se notaban a simple vista torciendo sus narices y haciendo maniobras en la cubierta para el atraque. O el ataque, porque otros movimientos en torno a los cañones de babor mostraba hasta dónde eran capaces los británicos. Acá ya era imposible ocultar a todos los negros. Oddedeí se había paralizado. El capitán miró fugazmente a cada uno de sus hombres, quienes captaron la orden de inmediato y a toda carrera buscaron toletes, remos y fusiles. Las Piezas de Ébano corrieron enloquecidas hacia babor. Destrabándose las piernas, Oddedeí se lanzaba por el hueco para oír a sus espaldas trastazos, aullidos y el tremendo choque de los cuerpos contra el agua.

La puerta del hueco se había cerrado con un golpe seco y la oscuridad reinaba en el fondo del buque, donde ahora podía caminarse sin tropiezos, aunque envueltos en un calor infernal. El aire denso, por excrementos y sudores, se agolpaba en las narices sin querer pasar. Allá arriba iban y venían las pisadas y el lenguaje endurecido. Muchas palabras extrañas, nunca como las de estos blancos, cruzaron de embarcación a embarcación. El jefe de aquí insistía en hablar su idioma y de más lejos podía oírse claramente una voz que por el tono era mandato y exigencia, diciendo lo mismo varias veces. Acá arriba el capitán exclamaba:

-¡Por favor, señores, no repitais más que Inglaterra y España concertaron cinco tratados abolicionistas entre 1814 y 1845! ¡Estoy apenado por lo que han hecho, y continúan haciendo mis compatriotas! ¡Por eso admiro a la corona británica, por sus humanos sentimientos y porque en 1817 entregó cuatrocientas mil libras esterlinas a mi gobierno para que en aquel momento la trata cesara sin condiciones! ¡Los comprendo y pongo al Señor de testigo que en el "Esperanza" no hay un solo negro! ¡Juro ante El, que jamás transporté esa mercancía! ¡Esa es una mercancía muy pesada y mi buque es de sólo ochenta toneladas, tiene poco calado! ¡Ustedes lo están viendo! ! Según las leyes sólo pueden venir cinco negros por cada dos toneladas, y entonces pudiera traer poco más de doscientos! ¡No sería económico! ¡Pero vengan! ¡Os invito a beber por la amistad!

Silencio y espera, murmullos. Los negros no entendieron las palabras pero comprendieron que ocurría algo muy grave. Y cada uno,

embebido en sí mismo, como si las vidas dependieran de eso, aguardó resignado.

Trepidaba el cuerpo de Oddedeí cuando percibió un susurro a sus espaldas. La otra prisionera le pedía, casi le exigía que fuera muy dura por dentro para que vivieran los antepasados y los dioses.

Escucháronse golpes de remos y aquel lenguaje extraño se acercó por estribor. Y la misma escala usada por los negros para subir a cubierta, sirvió a los ingleses. Taconeos. Saludos fríos. Palabras formales dichas de prisa. Demandas y prontas respuestas. Peticiones brotadas de ambas partes. Cambios en los tonos de las voces. Acuerdos. Cristales que chocaron, risas, y el tintineo de monedas cayendo ininterrumpidamente. Otra vez risas y saludos, pisadas hacia la escala, golpes de remo y voces alejándose.

5

A partir de entonces la nave adquirió tal velocidad, que casi le ganó a la Tierra en sus numerosas vueltas alrededor del Sol. Mientras, el agua y la comida, cuando llegaban de allá arriba, servían para que algunos acá abajo todavía suplicaran la muerte. Al parecer, los dioses negros habían vuelto sus ojos definitivamente hacia otro lado, y en esta pequeña parte del mundo, ellos se aferraban a la vida, a pesar de que en muchos los dientes se caían sin esfuerzo y las imágenes habían desaparecido para siempre. Y ni los lamentos, esa mezquina muestra de existencia, brotaban de ninguna garganta.

De pronto, el zapateo allá arriba, las carcajadas y aquella música blanca sacó a Oddedeí del letargo y pensó, como un chispazo, que la devolvían al lugar donde había nacido, porque la estremecía un fuerte olor a hierbas y tierra. Removió alborozada a quien la había alentado a vivir para el regreso, mas sintió pesadumbre. A su lado, había un bulto de músculos rígidos. En otro momento hubiera saltado de terror, pero ahora se lo impedían la corta cadena que unía ambos cuellos, y, más que eso, su deseo de que Ikú viniera también por ella.

Pero sólo llegó la luz por la puerta del hueco, abierta de sopetón. A regañadientes, varios blancos se descolgaron hasta el fondo. Las botas resbalaban en la podredumbre. Maldecían la poca resistencia de los negros, mientras abrían todos los grilletes y sacaban los muertos para amontonarlos en cubierta. Contrariados, lanzaban al mar estas Piezas de Ebano, que servirían de alimento a los peces, y veían hundirse el dinero en el agua fría.

De todas maneras, se felicitaron. Otra vez arribaban sin mayores dificultades.

Un soldado

1

Peces voladores emergían a la superficie marina paralelamente al derrotero del vapor "Segunda Perla", de doscientas tres toneladas de peso muerto. A diferencia de los frutos secos, que en otras ocasiones llenaran las bodegas, el capitán Fernández transportaba ahora novecientos sesenta y dos soldados con destino a Cuba. Habían embarcado en el norteño puerto de La Coruña y el mar inmenso, que iba dejando de ser aquel gris oscuro de la salida, era lo único alrededor. Los hombres dentro de la nave, cuando no estaban acostados sobre literas continuas de cuatro y cinco pisos, se dedicaban a conversar y jugar con dados o barajas. O, sencillamente, pensaban mirando el mar.

El Sol se ponía, tiñendo de rosa pálido el horizonte, y José Vicente Regera, de dieciséis años, contemplaba acodado en la baranda el trazo plateado de los peces atravesando el espacio como flechas. Le hubiera gustado verlos de cerca y saber cómo y para qué volaban. Eran buenas preguntas, pero no las únicas ni las más importantes. José Vicente quería saber mucho más, porque el mundo inmenso empezaba a abrírsele ante los ojos.

orgulloso estariais vos descendiente mío que portais mi sangre si pudieses verme jovenzuelo semejante a mí aunque de alas todavía cortas y largos vuelos imaginados a vuestra diestra y a la vez en tu interior va este cruzado caballero rescatador ha mucho del sepulcro santo armado de la espada cantadora el peto de metal forjado contra golpes inicuos y entre las piernas robustas el caballo bramante blanco todo inquieto incluso con la mar en calma pero sabedor porque lo huele que al final del viaje hay una guerra en la que participareis con honor matando infieles como yo hice porque no son merecedores de la vida que dios todopoderoso dioles en el comienzo de los tiempos ya que ellos le quitaron la vida al hijo del señor y redujeron el cuerpo muerto a una catacumba fría

Otros en el barco cantaban acompañados de vihuelas, y hasta a alguno se le ocurrió ensayar una especie de danza campesina, coreado por risas. Las voces unidas entonaban aquella pegajosa zarzuela:

No importa que el hombre joven vuelva viejo
si al cabo el corazón canta en mi pecho
No importa mi lucha por ganar el oro
si al cabo hoy vuelvo rico y poderoso

El canto se elevaba enroscándose en el humo gris que escapaba de

la chimenea del buque, y José Vicente hubiera querido estar alegre como muchos. Pero sólo viajaba su cuerpo. El alma se le había quedado allá, tan lejos que ni las montañas se veían detrás de la línea oscura del mar.

Recordó las nudosas manos del viejo cuando lo hizo tambalear de una bofetada por escuchar la conversación de los mayores. Ya de niño, aprendió que una mirada era suficiente para irse corriendo. Y no lo sabía entonces, pero incorporaba la experiencia para hacer lo mismo a sus hijos cuando los tuviera, a quienes exigiría, además, economizar palabras y sonidos, porque en el largo invierno es difícil la vida para varios bajo un mismo techo y el silencio es lo mejor. Eso, por supuesto, mucho después de cumplir honrosamente el servicio de las armas en defensa de la integridad nacional. Así lo había oído una y mil veces y se iba convencido. Pero no. Le pesaba hondamente la lejanía de la aldea y de unos ojos negros que miró muchas veces sin atreverse a decir palabra.

Comprendió que la buena suerte lo había acompañado, porque su destino se encontraba en Ultramar. Serían sólo cuatro años. Desafortunado hubiera sido si en el sorteo, cuando les ordenaron formar en el patio del cuartel de Carballo y escogieron uno de cada cinco hombres, lo hubieran dejado en España para pasar siete u ocho años soportando la vida militar.

Viendo los peces en vuelo recto, José Vicente pensó que están hechos para nadar pero remontan el aire. Por eso recordó a su padre ya viejo, aprisionado por la tierra trabajosa y sin oportunidad para despegarse de ella. Aun así, había pasado la vida entera levantándose. Y se sintió orgulloso de aquellas manos que lo llevaron por primera vez a los viñedos. Durísimas y cálidas. Siempre intentando dominarse el cabello rebelde sobre la frente surcada. Por todo esto le agradaba a José Vicente la idea de regresar cual héroe, y, por supuesto, distinguido, para corresponder a la confianza del viejo y asegurar el futuro de la casa como hijo mayor; sólo entonces podría disfrutar mayorazgo, por la honra alcanzada, según su propio código del honor, y no únicamente por ser el primer hijo; así, los bienes principales de la familia pasarían a su poder y él los legaría igual a su primogénito. Mas, en cuáles bienes piensas, José Vicente, se dijo con acritud. De todas maneras las mujeres no cuentan y Adelaida, Manuela y Josefa se irían de la casa el día que tuvieran maridos. Cada uno de los demás hermanos tomaría su rumbo para hacer la vida que le tocara en suerte.

Él era un joven serio que andaba con un gran embrollo en las entendederas, pues dos maestros le habían enseñado cosas muy distintas y parecidas, anulándose y también complementándose unas a otras. Fueron el cura Mateo, de la feligresía de San Pedro de Silvarredonda –cercana a Baneira– y Serafín, un carpintero anarquista

que vino de la ciudad de La Coruña a refugiarse en las montañas.

Mateo vestía sotana oscura, y cojeaba hacia la derecha por un plomazo perdido cuando regresaba a la parroquia, después de ofrecer los santos óleos a un moribundo en un apartado lar. Decía que él había sido la fiera cazada en las montañas y reía como Dios manda, pero su manera natural era blasfemar y beber vino a toda hora; él había metido el silabario en la cabeza de José Vicente a fuerza de varillazos, para confirmarle que la letra con sangre entra, al tiempo que le recitaba la divina concepción.

Y siendo niño todavía, José Vicente preguntaba cómo una mujer podía quedar embarazada sin ayuda de nadie y menos de la del marido. Con toda la inocencia del mundo se lo decía al padre Mateo, porque, le confesaba, llevaba las ovejas a pastar y veía que un tiempo después de que un macho temblara sobre una hembra, la hembra paría. ¡Muchacho, los humanos somos distintos!, respondía el viejo cura y recordaba que Dios creó a Eva para compañía de Adán, y que un hombre y una mujer deben casarse a los ojos de Dios para poder tener familia. La misma pregunta seguía volando en los labios de José Vicente, y Mateo contestaba molesto que de igual manera que un rayo de luz atraviesa un cristal sin romperlo, así había ocurrido a la Virgen María. El niño escuchaba atento y reía para sus adentros; ¡bendita luz que marca sin romper!

Después del catecismo, incluido por supuesto un repaso a fondo de los Diez Mandamientos, el cura le daba libros y José Vicente terminaba siempre en uno saturado de heroicidades, el *Amadís de Gaula*, que apresa el alma de esta tierra y ésa misma llevó a los coruñeses a liberarse del yugo romano. Aunque somos más viejos todavía, acuñaba el resabioso sacerdote, pues Hércules fundó la ciudad y ordenó construir la torre que bautizó con su nombre; esto puede ser una patraña y la verdad se encuentre en las necesidades de los fenicios, quienes andaban en sus barcos por toda esta zona y debían descansar, además de rellenar sus toneles con agua fresca en las rías que desembocan en la bahía; quizás esos antiguos comerciantes fueron los fundadores y los constructores de la Torre de Hércules.

Al carpintero Serafín, tan anarquista que descubría rigidez en el anarquismo, le agradaba ver en las manos del zagal aquella obra eminentemente gallega, capaz de hacerlo remontar, como ocurría al voluntarioso Amadís, sobre caballos heroicos, la difícil cuesta de las victorias por el amor a la bella Oriana. Ella es la patria y él somos tú, yo y los demás hombres que nacimos y vivimos aquí; por ella debemos pelear, pero en las guerras los únicos que se joden son los pobres, afirmaba Serafín machaconamente, porque los ricos son siempre los que ganan. Y añadía con malicia que el mandamiento cristiano No

Matarás era correcto entre las personas, pero la misma Iglesia ha empujado a través de los siglos a los hombres a matarse.

Con tales conocimientos, más las enseñanzas del viejo y de la madre y el vivir cotidiano, había formado José Vicente un carácter duro y reflexivo que no era común en jóvenes de su edad y de la época.

2

Ahora, sobre el buque, y por la puesta de sol, recordó de pronto aquel amanecer, cuando los rayos solares empezaron a filtrarse por entre las nubes de los picachos nevados, mientras las gotas de rocío eran potentes cristales de aumento sobre las hojas de la vid. Con los primeros cantos de los mirlos se escuchaba la agonía del invierno, y desde las hormigas hasta los hombres, todos andaban de prisa.

La luz tenue de un nuevo día iba moteando los techos de pizarra de las siete casas que formaban la aldea de Baneira, en la provincia de La Coruña. Las paredes de las viviendas eran de piedra y en el centro de cada una ardía el fuego que cocinaba los alimentos y convertía el recinto en cálido refugio. Los animales y las personas, que prácticamente descansaban en el mismo sitio, hacía mucho habían ido hacia la dura faena igual a la de ayer y como la de mañana.

Nunca ninguno de los habitantes de la aldea fue distinto de los otros. Aunque, sí. Tres familias, incluida la de los Regera, con diez miembros, habían empezado a ser diferentes de las demás. Por eso don Juan y doña Adelaida eran ese día una ausencia notable en el viñedo. Previéndolo todo, empezaban a llorar al primogénito. El muchacho mayor, aún sin haber cumplido dieciséis años, ya había sido reclutado para el servicio de las armas cuando en realidad debía ser a partir de los diecinueve.

Una mano en el hombro de José Vicente apartó sus pensamientos de la casa paterna. Su mirada se deslizó por la superficie marina. Se volvió y debió bajar sus ojos, luego intentó sonreír pero continuó bajo la seriedad habitual. José Beinell García venía sudoroso por aquella danza a pesar de sus veinte años. Por más que se irguiera en las puntas de los pies, seguía siendo de baja estatura, pero nada lo desmoralizaba. Al contrario, viajaba orgulloso de formar parte del ejército, aunque midiera por debajo de 1.50 metros según el requerimiento oficial.

Se habían conocido en el Paseo de Méndez Núñez durante la concentración de las tropas para el embarque, cuando Regera, prácticamente, se bebía con los ojos un cuerpo femenino. Pronto cayó en la cuenta de que alguien podía verle las ganas y se le arreboló el rostro. Observó entonces a su alrededor y tropezó con una mirada pícara. No pudiendo sostenerla, bajó la cabeza y el otro se acercó para darle una palmada. Sin una palabra de por medio supieron que coincidían en algunos aspectos. Y los ojos de ambos dieron una vuelta para ver, en la distancia de la memoria, los engalanados balcones con banderas y flores. En el muelle, con gran regocijo, un grupo de damas y caballeros de buen vestir y modales refinados irrumpió revoloteando pañuelos de olán que expedían perfumes almibarados. Proclamaban el

retorno del rey, daban vivas a España y a los soldados valerosos que defenderían el honor nacional. Los carruajes en que habían llegado todavía se acomodaban bajo los árboles y al lado de los magníficos jardines del Paseo, cuando éste hacía mucho estaba ocupado por gentes venidas de muy lejos que apartaban las lágrimas y se apretujaban para expresar un sentido adiós. La banda de música desgranaba himnos y marchas en medio de una desafinación total, subrayada por la algarabía de chiquillos que correteaban.

Entre el gentío José Vicente descubrió al viejo. Lo vio más cargado de años, como si el final de la vida se le hubiera agolpado de sopetón en la última semana. Apenas cinco días fuera de la casa y se le antojó ver en el cuerpo del padre un desconocido que agitaba la boina negra.

Su hogar cambió desde que los de la Guardia Civil vinieron a convocar para las quintas a los hombres de la aldea, ¡¡porque el servicio militar es obligatorio para todos los españoles mayores de diecinueve años que tengan aptitud física y la estatura necesaria para empuñar las armas!!, miraron en derredor y la gente tragaba la noticia a regañadientes, ¡¡y ahora más que nunca, decían los bigotudos armados de tercerolas, tienen que presentarse, pues en Cuba, unos negros desnudos se han alzado y asesinan a todos los hijos de España!! Que fueran al Ayuntamiento de Cabana para apuntar sus nombres en las listas y nada de pertenencias, explicaban los viejos soldados, sino que lo principal era acudir al llamado porque primero estaba la Patria, que después, en Carballo les harían un chequeo médico y que apenas llevaran consigo cuatro camisas, seis pares de calcetines, cuatro pañuelos de bolsillo, cuatro sábanas, cuatro fundas para almohadas, dos colchas (una de indiana y otra oscura, de algodón), un cuchillo, una cuchara, un tenedor y útiles de aseo. Todo esto debía colocarse en un saco de alpaca.

Ya lejos de la costa lo último que se le perdió, tragado por el mar, fue el Cuartel de Infantería y Artillería y el viejo faro, al que los coruñeses adoraban como una reliquia de su mismo origen, porque siendo romano es el único que aún funciona en el mundo; decían que lo hicieron cilíndrico y desde 1790 lo fortificaron con baluartes. Más, en verdad, el faro no fue lo único dejado atrás por Regera. Por donde ahora él se iba a las Indias Occidentales antes habían venido los fenicios, quizás guiados por las rápidas corrientes de agua dulce de las rías de La Coruña, Betanzos y Sada, sin olvidar la ría del Ferrol.

Pero antes, en los lanchones, entre los soldados vociferando hacia el muelle, aún cuando tuviera tales recuerdos, José Vicente estaba más interesado en llevarse un pedazo de las montañas casi perdidas en la bruma. Y el olor de los brezos en la temprana primavera, y el de las papas hirviendo en la olla que la sufrida madre cocinaba para acompañar con leche agria o cordero estofado. Y en el invierno, el

viento afuera, arremolinándose, levantaba la nieve caída sobre árboles y caminos y todos los olores se concentraban dentro del hogar, y también ahora, en la memoria del joven soldado que partía.

3

José Beinell secó su frente, alisó el pelo crespo y comentó que la danza no le gustaba tanto como la cara que ponían los otros cuando él saltaba, y, para colmos, lo aplaudían. Lo importante, confesó, es pasar el tiempo; sí, que pase rápido y salir de este cascarón flotante porque cada día se achica más y quienes ayer me caían bien y hasta ni siquiera conocía o no había visto, hoy me caen mal. A esa comida de carne italiana en latas, con potajes sabe-la-madre-de-dios de qué leche están hechos, les estoy tomando un odio que para qué contar. Lo mismo al café con galletas duras del desayuno. Por eso, a bailar y joder, casi gritó en los oídos de José Vicente, sacudiéndolo por los hombros para, también lo decía, sacarle la *morriña* como dicen ustedes los gallegos, y no sufras más *saudade*. Porque la tristeza es cosa mala, hombre, y aunque no lo creas, yo también tengo mi nostalgia aquí adentro, pero me la voy sacando, porque he aprendido a vivir lejos de mi gente, que se quedó en Murcia cuando yo me vine a Madrid con unos parientes. Porque no creas que yo soy madrileño. Eso es por fuera nada más, paisano. Yo soy *paleto* como tú. Huía de la miseria y de las quintas, y ya ves que siempre me agarran. Mi familia no tenía para pagar al Gobierno ni siquiera las mil quinientas pesetas, si me hubieran dejado en cualquier lugar de allá. Imagínate tú entonces de dónde sacarían dos mil pesetas, para liberarme del servicio de las armas en Ultramar. ¡Oye, José Vicente, ni siquiera vendiendo el pedacito de tierra en Murcia o el tallercito de tío Francisco en Madrid! Pero, pensándolo mejor, veo que me conviene el viaje, porque de Cuba yo vuelvo rico. Me bastará ganarme la Quinta o Gran Cruz de San Fernando.

-¿Y qué es eso?

-No creo, paisano, que no lo sepas –y soltó una carcajada–. Es la orden con que el rey premia por hechos heroicos a Generales, Jefes de Ejércitos y de División.

-Estás loco. Tú no eres nada de eso.

-Oye, yo llego a General y disfrutaré durante toda mi vida de las diez mil pesetas de la Gran Cruz, y mis hijos no tendrán que preocuparse porque ellos heredarán esa pensión. Así que dime tú contra qué enemigos vamos a pelear en Cuba.

-Bueno, vaya, son insurrectos.

-No, hombre, que son negros y chinos y matándolos facilitos yo llego a General. ¡Vive dios que así será!

José Vicente quiso ver la broma, pero el rostro del otro era imperturbable. ¡Hablaba con absoluta seriedad!

Y en la oscuridad creciente, el soñador avizoró, mar adentro, millones de puntos fulgentes, algunos de ellos muy grandes y con

tonalidades que llegaban al dorado intenso como el oro. Así, lo que se veía era casi un adelanto de las riquezas que iba a encontrar José Beinell García.

El silencio los envolvió, y Regera no pudo retenerse ni siquiera atándose al fusil de reglamento porque iba desarmado, y como la inmensa mayoría de sus compañeros, no había visto un arma de fuego en toda su vida. Y saltó a Baneira. Para su propio asombro, los contornos de los rostros queridos se les difuminaban, y mientras más deseaba recordar cada cara, con más facilidad desaparecía. Así, como en un desvanecido gran lienzo con las montañas pintadas como telón de fondo, se les representaron las gentes entregando al administrador la cosecha de uvas, en grandes canastos, que muchos habían transportado sobre sus cabezas, desde distancias considerables.

El testaferro, sin levantar los ojos de los productos, argüía que la recogida era cada vez más pobre y ya el señor vendría de su residencia en Carballo para recordarles que Dios era dueño del cielo y él lo era de estas tierras, que los holgazanes perderían trabajo y techo.

Por eso estaba triste José Vicente, en la familia faltaban sus dos brazos para ayudarla a sostenerse. Pero no todo estaba tan mal para ellos, porque no perderían la tierra: ¡jamás les había pertenecido! Lamentable fue el caso de su amigo Bernardo Fraga, que a los seis meses del embarque para el ejército en Cuba, a los padres les embargaron la parcelita porque la tierra no producía como antes y el fisco exigía igual, a pesar de que don Manuel y doña Enriqueta trabajaban como bestias. Allí se vivía con una espada afiladísima pendiendo de un pelo sobre los cuellos aldeanos. Y la actitud de todos delante del señor, e incluso delante del administrador, tenía que ser sumisa. El feroz vasallaje no había terminado aún cuando en muchos lugares de la España ya soplaban aires fuertes de otro tipo de economía.

En Barcelona, Madrid, Zaragoza y Vizcaya hacía años que existían grandes empresas textileras, donde laboraban miles de personas que habían creado un ancho río de inmigración campesina. Buscaban mejorar sus vidas y terminaban perdiéndolas, como obreros recién estrenados, bajo larguísimas jornadas de trabajo por sueldos miserables. Eran condiciones similares a las del campo, pero iban creando esa mentalidad proletaria transformadora de sociedades y que provocaría –con los burgueses empujándolos– la ruina de la nobleza, hasta su muerte.

Por supuesto, tales pensamientos no iban en la cabeza de José Vicente; él era simplemente uno de los que sufría las consecuencias desde abajo y en más de una oportunidad hubiera querido convencer al viejo de lo ventajoso que sería irse a la ciudad de Carballo o mejor aún a La Coruña. En donde, se decía, funcionaban muchas fábricas de

chocolate, alambre, vidrio, tejidos, cerveza y hasta una refinería de petróleo. Si no podían conseguir empleo en esos establecimientos, siempre tendrían la oportunidad de entrar en la industria de embutidos y salazón de carnes. ¡Había que huir del campo!, muy pobre, y donde lo único abundante era el trabajo con aperos de labranza atrasados para cultivar principalmente patatas, cebollas y habichuelas o cosechar castañas o aserrar pinos para vender su madera. Y en todo caso, de quedarse allí, lo correcto era abandonar las labores en la vid, de la cual existían pocas siembras y se pagaba mal. Pero lo ideal sería siempre abandonar el campo.

Agradecía, sin embargo, haber nacido y vivido entre montañas, porque sabía defenderse de los animales salvajes. La enseñanza le serviría en Cuba, donde con más razón abundarían las fieras. Selvas inmensas, apenas pobladas por personas, serían el terreno natural de las bestias carniceras, y Regera, anteponiéndose a esa lógica, no olvidaba al viejo Estanislao con su guadaña al hombro cuando salía de la aldea. Si un lobo se le ocurría irle encima lo partía a la mitad o le picaba las patas como si segara hierbas. Y del padre había aprendido a matar los peligrosos jabalíes. Bastaba entizar un cuchillo de punta aguda al extremo de un madero fuerte y largo para presentarlo ante la embestida del animal.

Ahora, con agua alrededor, sentía envidia por la soltura de Beinell, un aldeano pulido a fuerza de tropezar con gentes de ciudades que le habían dado agilidad para moverse y facilidad de palabra en un mundo casi nuevo que exigía otras relaciones entre los hombres.

José Beinell García volvió a sacarlo del encastillamiento al narrarle con su acostumbrada viveza la salida desde Madrid, que fue una despedida grandiosa, José Vicente, porque en la Estación del Norte estaba el Ministro de Guerra, todos los generales, jefes y oficiales de franco servicio y medio Madrid, porque como tú sabes la República está de pie desde 1868, y aunque el rey no estaba allí, pues ahora nos gobiernan unos hombres que se creen superiores, yo sentía la presencia de Su Majestad, hablando como tú y como yo. Porque las palabras de los reyes son leyes que acuñan con los ojos y con las manos. Me parecía escuchar su saludo como a amigos que jugáramos desde muchachos.

Él es el único que puede agradecer el esfuerzo de sus hijos, en nombre de la Patria, para evitar que los negros miserables separen a Cuba de España. Imaginé su cara encendida diciendo que con tal de retener la Siempre Fiel Isla no le importaba gastar hasta la última peseta y el último hombre.

Pero, desgraciadamente, España está descabezada, y uno de aquellos Ministros habló de los penosos deberes que nos traían y yo pensé por qué penosos, si es un grupito de alzados que anda por la manigua disparando a traición, que así lo dicen todos en Madrid. Los derrotamos pronto y empezamos a ganar muchos duros para volver ricos. Va a ser mi sueño convertido en realidad. También nos despidió un cura ahí que dijeron que era el Señor Patriarca de las Indias, Vicario General Castrense. Fue tan lindo el discurso que me lo aprendí de memoria:

Si os toca perder en el combate, el cielo os deparará la bienaventuranza que espera al verdadero creyente. No creais muertos, dice el Corán, a los que hayan sucumbido peleando en los senderos de Dios: junto a Dios viven y de Dios reciben alimento. Llenos de gozo por los beneficios de que Dios los ha colmado, se regocijan de que estén al abrigo de temores y penas los que siguen sus huellas y no los han aún conseguido. Creed en Dios y en su apostol, pelead por la senda de Dios, sacrificad vuestros bienes y vuestras personas. Perdonará Dios vuestros agravios y os introducirá en los jardines por donde van abundantes ríos. Vivireis eternamente en moradas encantadoras. Inmensa será vuestra ventura.[8]

Cuando salí de allí, siguió José Beinell García, ya no tenía ningún miedo y comprendí que no es imaginación mía regresar rico. La gente daba vivas a España y al Ejército, y antes, en la Calle Mayor, regalaron a mi sección veinte botellas de vino porque era la que iba más contenta, aunque a todos los soldados nos dieron cajetillas de cigarros y algunas pesetas. Luego montamos en el tren, y, para asombro de

todos, no viajamos hacia Valencia o Tarragona, que serían los puertos más cercanos. Los jefes se traían un secreteo ahí y no sé por qué ni cómo llegamos a La Coruña.

Regera advirtió la excitación de Beinell y consideró a fondo si todo el grupo de Madrid había aplaudido, convencido de la victoria, porque para algo tan serio debía de tenerse entrenamiento. El, por lo menos, dudaba un poco. Lo habían sacado de Cabana, directamente a Carballo, a un cuartel sucísimo y de escasa comida, donde los sacerdotes oficiaban misas y los jefes militares sólo hablaban de que una horda de negros salvajes y chinos prófugos guerreaban en Cuba.

Descontando el pelado al cero, el carácter militar del enrolamiento se le apareció únicamente en las rectas filas de hombres silenciosos, pasando sin camisas, delante de médicos que conversaban animadamente. Para José Vicente fue molesto, que después de tantas advertencias en el Ayuntamiento de Cabana, con el propósito de que cuidara la libreta de recluta y la mostrara a las autoridades, ninguno de aquellos hombres se dignara hojearla con detenimiento, y así saber sus señas personales. Y para qué es esto, preguntó alguien, y José Vicente escuchó que así sabrían si uno estaba apto para el servicio de las armas. Total, se dijo, si nadie me ha mirado. Y quedó observándolo todo.

En una de ésas, vio que un oficial de alta graduación se acercó a un mozo como él para entregarle un sobre cerrado. La curiosidad casi lo tiró con los ojos bien abiertos dentro de bolsillo del otro, pero, contenido a duras penas, supuso que era dinero. O una carta para una novia en la Isla. O la dirección de algún conocido en Cuba. O un consejo para evitar la muerte. O cualquier otra cosa. Más, la indiscreción le subió de tono al ver el rostro de satisfacción de aquél cuando guardaba el sobre.

Otra vez con las camisas puestas, recogieron sus pertenencias y caminaron en masa por una carretera de primer orden hacia La Coruña, donde los llevaron, a través de estrechas calles, a la parte antigua de la ciudad hasta la Plaza de María Pita, gallega que demostró tanta valentía como cualquier hombre, cuando el ataque de los ingleses hacía muchísimos años. Tantas veces le escuchó al padre el cuento de su viaje a la ciudad, de que había caminado por las viejas calles de San Andrés, Real y Los Cantones y que incluso visitó la Iglesia románica Santa María del Campo, y hasta le metió en la cabeza una visión grandiosa de aquella plaza, que se la imaginaba grande y en verdad era inmensa. La plaza tenía el Ayuntamiento a un costado y en el balcón del edificio altísimo había sacerdotes y gentes del gobierno que hablaron durante mucho rato. Uno de ellos dijo así:

La bendición de su Santidad León XIII os acompaña. Llevais las

bendiciones del Cielo y de la Tierra. Vais a emprender una faena ruda, es verdad, pero esto nada importa cuando los enemigos nuestros de la manigua tienen que luchar con corazones españoles. Os recomiendo en primer término la unión y la disciplina, extremos indispensables para conseguir el triunfo. ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Patria!

En realidad ni ése ni ningún discurso llamaron la atención de José Vicente, ni lo llenaron de ardor como a José Beinell. Y pensaba que eran las mismas palabras, sólo que dichas por gentes diferentes. "Cuba pertenece a España", fue lo único que a Regera le pareció interesante de todas las arengas, pero él ya lo sabía. Eran palabras con un trasfondo discutible. Pensó entonces que si Cuba era de España y si él lucharía para no perderla, y era español, pues Cuba le pertenecía por partida doble. Pero él, José Vicente, era un campesino pobre que procedía de familia pobrísima y que España se quedara o no con la Isla no le interesaba mayormente. Sus objetivos en la vida eran otros y los tenía bien claros: viajar por el mundo, vivir en ciudades y hacer uso con entera libertad de los adelantos de que todos hablaban.

En Cuba, manigua inmensa con aldeas pequeñísimas, imaginaba José Vicente, había indianos blancos, con hijos del mismo color de piel, que se habían enriquecido allí mismo. ¿Por qué ellos no enfrentan la rebelión de los negros miserables?, reflexionó molesto, mas le pareció que los alzados no eran cobardes y no eran siquiera un grupito, porque ya iba para dos años que había comenzado esa guerra en la que peleaban alrededor de treinta y cinco mil españoles, según dijeron en la plaza, y miles de soldados seguían embarcando en pos de la victoria.

Ahora apoyaban a la tropa catorce buques de guerra, entre ellos dos fragatas blindadas, el material completo para un regimiento de artillería de montaña, con veinticuatro piezas, veinte cañones de acero Krupp, nueve mil seiscientas carabinas, seis mil seiscientos fusiles, además de tercerolas, sables, lanzas, machetes y abundantes municiones.

Un oficial de áspera voz, con barba recortada y espejuelos redondos, llamó a los soldados, y Regera y Beinell se apartaron de la borda para acudir a la rígida formación en la cubierta, donde todos escucharon que ya faltan pocos días para el desembarco, dijo con énfasis el militar, y es necesario que la tropa se convenza más aún de la importancia de la guerra que librará, porque las posesiones de Ultramar son un gran elemento para la vida económica y política de España; ellas facilitan el desagüe de nuestros productos agrícolas que cambiados por los suyos dan lugar a un vasto comercio doblemente lucrativo. Las posesiones ultramarinas son la base de nuestras relaciones comerciales con otros pueblos y contribuyen a mantener y

acrecer nuestra importancia política entre las demás naciones, importancia que perderíamos el día que, de grado o por fuerza, nos despojáramos de ellas. El español, pues, que a ello contribuya directa o indirectamente, debe ser execrado de todos los españoles que estimen en algo la gloria y la honra de la patria.

Regera comprendió que jamás podría pasarle por la cabeza, ni siquiera de refilón, la más mínima idea en contra de la guerra. Y ese mismo pensamiento lo asustó porque los penetrantes ojos del oficial daban vueltas por sobre todas las caras, hasta que se detuvieron momentáneamente en los del joven. Sintiéndose descubierto, le temblaron las piernas. Pero el hombre continuó mirando a otros y él se dijo que no tenía más opciones que la de empuñar un fusil y disparar antes de que le dispararan. Aunque seguía pensando en aquella locura de abandonar el ejército cuanto antes, porque en su espíritu pesaba más la idea cristiana de no matar.

Y se volvió hacia Beinell para verlo sonriente. En las pupilas negras del otro, la mirada firme, vio la figura majestuosa de un rey. Alta, y con una luz que brotaba del cuerpo, iluminando todo a su alrededor. El soberano, con prestancia en el paso y en los gestos, también le infundía fuerza gallarda a José Vicente. Tomó conciencia de ello al sentirse erguido, el pecho afuera, el estómago adentro y dura la mirada. Se le deshizo el encantamiento bajo la recia voz del oficial cuando concluía la perorata con que todos podían sentirse seguros, porque en las cincuenta y seis zonas de reclutamiento españolas había grandes listados de hombres prestos a partir hacia Cuba, cuando se les dé la orden y, por supuesto, si las circunstancias lo exigen. Añadió con énfasis, que de todas estas zonas se organizaron cincuenta y cinco regimientos[9], y los nombró a todos, pero José Vicente sólo grabó que a La Coruña correspondía el ochenta y ocho.

Rota la formación los soldados, caminaron hacia las cocinas instaladas en cubierta y hacia las letrinas a poca distancia. Aquí podía verse la gente comiendo un potaje hecho de prisa y allí otros permanecían agachados, de fondillos contra el agua, sobre maderos que tenían un hueco y estaban por encima de la baranda. Algunos dejaban sus necesidades íntimas para las madrugadas, pero se llevaban la gran sorpresa de la vida al descubrir que la mayoría había hecho lo mismo. Quiso reír José Vicente de las cosas del viaje hacia la guerra, pero desde la salida en el mismo muelle había empezado a saturarse y le vino un repunte de ira pues el trato ya no era humano cuando los contaron como cabezas de ganado al subir a los lanchones.

En el transcurso de los cuarentiún días de travesía, José Vicente pasaba del mal humor a esa languidez que anula toda fuerza interna. Y con frecuencia, para saberse vivo, se llevaba una mano al pecho donde palpaba el relicario con una medalla de la Inmaculada

Concepción de María Santísima. Muchas veces intentó en vano recordar el rostro de aquella muchacha que había aparecido en medio de la multitud, apiñada en el Paseo de Méndez Núñez, para colocarle en el cuello el resguardo que lo acompañaría en las buenas y en las malas. Aunque con seguridad no le ocurriría nada desagradable, porque desde hace muchos días va con nosotros el fresco olor a hierbas y tierras, y ahora al fin aparecen las tan mentadas palmas y las aves vuelan y cantan pacíficamente, además de escucharse relinchos de caballos y voces de hombres que gritan o entonan melodías a los acordes de guitarras o de tambores, confundiéndose también el olor de las fritangas con el del café negro recién colado, en medio de este calor del infierno, al otro lado de una alta y larga muralla.

¡La Habana! ¡La Habana!, ¡La Habana!, se levantó un tenso murmullo y quedó flotando sobre el barco que entraba en la bahía.

Capítulo II
LOS ENJAULADOS

Una negra

1

Era Gobernador Civil y Militar el Coronel D. Eladio Noval muy llevado de los laborantes por que le eran simpaticos. Un dia dispuso que desde el Tarao condujese á Banao el Capitán Azuela[10] *un comboy de vino, arroz, galletas, maiz, tozino y otras cosas que ocupaban diez y seis carretas con dos yuntas cada una; como habia unas cuatro leguas de camino faldeando las lomas de Banao, que siempre habia gran numero de insurrectos y el capitán no tenia disponible mas que cincuenta y cuatro hombres, le mandó un telegrama explicando el caso, y contestó: el comboy que baya á su destino. Gracias á los recursos y conocimientos de que disponia, llego el comboy sin novedad ya anocheciendo; habiendo salido á las siete de la mañana del catorce de Marzo, hostilizandonos todo el camino. Lo admirable para todos y especialmente para el Capitán, fue que se estaba descargando el comboy y se presenta un paisano del campo con un telegrama para el Jefe del destacamento de Banao preguntandole qué ha sido del comboy, que conducia el Capitán Azuela. Esto no necesita comentarios fijense... Yo le contesté: Doy á VS las gracias por el interés que por mí se toman, estoy entregando el cargamento sin novedad.*

Al mandarme á fines de junio la comunicación del Capitán Gobernador nombrandome nuevamente, recibí una comunicación del digno Gobernador Noval para que tomara posesión del Partido y del Mando de Fuerza. Le contesté que continuaba enfermo. Y como pasaron quince dias y continuaba de Gobernador, yo no tomaba posesión; parece que el Capitán General le apretaba, me mandó un telegrama para que tomara posesión y le contesté que no tomaba posesión mientras el fuera Gobernador.

A los ocho dias me embarqué para España, y el correo que salió detras de mi, trajo una carta de un amigo que me decia que habian quitado á Noval y habia ido mi amigo Gonzalez Anleo. Me escribio éste tambien y le conteste dandole las gracias por sus buenos deseos, pero que ya habia resuelto arrinconarme por tantos desaciertos y atropellos como habia visto; pero que sentia en el alma no ubiera ido á Sti Spiritus antes de que yo saliera de Cuba. Este célebre Noval, despues que dejó la Capitanía General al Conde de Valmaseda, volvia á Cuba y lo tiraron al agua: Decian lo periodicos que habia enfermado y se murió. ¡Que Dios le tenga en descanso!

Así narró el capitán Azuela sus últimas experiencias en Cuba, sin diferencias esenciales con hechos correspondientes a 1868, cuando comenzaba la guerra en la Isla:

Pasó algún tiempo y el Señor Gobernador Pezuela me mandó una carta

para que fuera por unos dias á Cienfuegos para ausiliar los trabajos de estadisticas; llevaba seis dias y recibi un aviso verbal de uno del Partido (hay diez leguas de Yaguaramas a Cienfuegos) diciendome que ha desembarcado por la Ensenada de Cochinos una espedición de negros y que va con dirección de Colon (que es la jurisdicción lindante) lo puse en conocimiento del Gobernador y me dice: Salga V. á darle alcance y prenderla si está en nuestra jurisdicción; sin demora ni aun para cambiar el caballo, salí con cuatro guardias y tres vecinos y al anochecer llegamos después de 18 leguas, al río Amarillas, dibidiendo la jurisdicción y no hacia diez minutos que habia pasado la espedicion, parte de ella, segun me dijeron. Regresamos a Yaguaramas, preparamos comida para algunos dias, cambiamos de caballerias, y con tres vecinos mas muy practicos, salimos para la ensenada; tan oscura estaba la noche, que no nos veiamos unos á otros, llegamos á la Cienaga y tubimos que esperar dos oras para poder entrar en ella, en cuanto aclaró un poco. En Júcaro quemado, me encontró el Cabo de ronda de la ensenada que iva á darme parte de que cuatro hombres llevaban una partida de negros hacia Colon entonces hechamos pie á tierra, dejamos las caballerias en una casa y por los atajos que nos llevó el Cabo de ronda, adelantamos tanto que antes de que entraran en la cienaga para ir ha Colon le dimos alcance escapandose los que los conducian. Con un guia, enfilamos los negros hacia Jucaro quemado y alli descansamos hasta el dia siguiente.

De alli mandé al Gobernador Sor Pezuela ó sea el de Cienfuegos, el parte de la captura de 60 negros, que cuatro hombres que los conducian ha la entrada de la Cienaga para Colon; huyeron en cuanto nos vieron por lo mas hondo de la Cienaga. Al dia siguiente, despues de alimentar los negros con una vaca que mandé matar, y viandas que me proporcionó Nicolás Madruga o sea el Cabo de ronda, emprendimos la marcha muy penosa, sin impedimenta; pero con los negros descalzos por los arrecifes, era superior á nuestras fuerzas; los pies les sangraban, se dejaban caer y no se levantavan; por trechos y nosotros á pie, los fuimos conduciendo en las caballerias y como habia que dejar dos guardias con los que quedavan atras como en los que dejavamos delante, tenia yo que constituirme en conductor y de este modo lo vijilava todo; asi llegamos hasta la entrada de la Cienaga, indudablemente faltava lo mas grave, aunque esta Cienaga no es tan honda como la que hay que ir á Colon, pero es mas larga y peor pero por tener arrecifes, por consiguiente resolvi pasar á caballos con un negro cada uno, y los mas fuertes, agarrados á la cola, asi vencimos las dificultades anocheciendo; pasamos la noche en Palma Larga, se les dio de cenar á los negros carne y viandas; y sentado á la mesa para cenar, recibí comunicacion del Sor Gobernador felicitandome por la actividad desplegada y sus buenos resultados y que condujera los negros á disposicion del Gobernador de Colon Sor Argüelles. Al dia siguiente preparé

cinco carretas que pedi á los vecinos mas proximos y los lleve al Partido de la Hanabana lindando con el mio é hize entrega aquel bajo recibo, para que cumpliera lo que mi gefe ordenara.

Al mismo tiempo que me ordenava lo que dejo dicho, me decia en comunicacion separada que me constituyera tan pronto hiciera entrega de los negros; en la costa y que vijilara sin descanso que se habia visto una embarcacion pequeña por entre cayos que se hacia sospechosa, que al efecto y para que me ausiliara en lo que fuera necesario lo mismo que para la correspondencia con el Gobierno, mandava á la ensenada á donde ya estubieran, una lancha cañonera. Como llegamos a Yaguaramas á las cinco de la tarde, me dediqué á preparar el viaje para la marcha, que emprendi á las tres de la madrugada; á las siete de la noche llegamos a la Ensenada de Cochinos, y me alojé en la casa de maquina de aserrar; puse los centinelas convenientes y mandé á buscar los dos cabos de ronda que hay en la costa que se presentaran, el de la Ensenada muy pronto, el de la Caleta al amanecer; á las preguntas me contestaron que algunas embarcaciones pequeñas ya han visto bordear por la tardecita. El comdte de la cañonera que habia fondeado á 40 metros de mi residencia me entregó otra comunicación del Sor Gobernador reiterandome las sospechas de nueva espedicion; aunque los cabos de ronda me dijeron que no se habia visto persona alguna sospechosa; distribui algunos centinelas, y yo con un guardia recorrí algunas alturas, pasandose el dia sin novedad.

Una vez anochecido, coloqué un centinela en punto conveniente, prohibiendo toda clase de luces y ruidos (bastante hacian los mosquitos) yo aun cuando hacia dos noche que no dormia, casi pasé en vela la tercera y una vez amanecido me vinieron á dar cuenta de que no habia novedad, por lo que dispuse un centinela en el punto mas conveniente, los demas se quedaron paseando á la parte de afuera del local de la maquina, por que les dije que iva haber si podia dormir hasta la hora de almorzar; no habia transcurrido una hora cuando se presentó un guardia y me dijo que dos hombres bien portados habian llegado de la parte de Colon y querian ver la maquina haber si les convenia para comprarla. Me senté en la hamaca y entraron los dos hombres, que me saludaron quitandose el sombrero y me repitieron lo que el guardia me habia dicho. Sacó uno de ellos un metro y se puso a medir las piezas de la maquina; como el guardia estava á la parte de afuera de la casa y estava solo, le hize tijera con los dedos, indicandole que debian de ser dos y se fue á buscar otro que estava con el comandante de la cañonera: Viendo los que median la maquina que me habia quedado solo, se me acercaron y dijo uno: Capitan, para que bamos á andar en rodeos; el objeto de nuestra venida no es la maquina; en un cayito del Mogote del Padre hay 80 negros que queremos conducir á Colon á Yngenio; como son pocos, no permiten hacer muchos gastos, V. no tiene que comprometerse; nada mas que salga á recorrer la costa y vuelva

mañana, que en ese tiempo ya los hemos pasado, y al efecto traigo para V. en un pañuelo á la cintura doce mil pesos en billetes; se disponia a sacarlos y le dije: bien muy bien, no se moleste V. ahora; ya lo arreglaremos luego; yo con cara muy risueña digo, bamos ha tomar primero la mañana (habia una tiendecita á la parte de afuera) ibamos muy contentos los tres y dije a los guardias: digan al comdte si quiere acompañarnos á tomar la mañana lo espero: como ya teniamos hablado que cualquiera indicacion era bastante para reunirnos, se presento en el acto; reunidos todos en la tienda, dije á los guardias como una broma, Vs. ya habran tomado la mañana; mi capitan si V. nos da otra podremos sufrir mejor los mosquitos; en estas bromas sirbio el tendero á cada uno lo que pidieron, y cuando las copas se trasegaron, dije: Señores: éstos dos hombres quedan presos desde éste momento; doce mil pesos en billetes tiene á la cintura en un pañuelo que me ha ofrecido este señor para que les permita introducir unos negros que tienen en un cayo cerca del Mogote del Padre: dificil es esplicar aqui la impresion que causó á todos este acto; los dos paisanos lloraban: continué; haber saque V. los billetes; los conté y resultaron los 12,000 pesos justos; hize entrega de ellos con los presos al comandante de la cañonera que me dio recibo, y acompañando la comunicacion de remisión al Sor Gobernador de que al regresar la cañonera, me mandase una embarcacion de Cienfuegos de menor calado para sacar los negros.

A las seis de la tarde recibo comunicacion del Sor Gobernador que decia: puede V. regresar á la capitania porque no hay tal espedicion; los 12,000 pesos los han sacado del municipio con objeto de ver hasta donde llegava su honradez y en caso contrario, seducirlo; el Gobernador Argüelles que ha tenido muy pronto aviso de V. los ha preso, me encarece por telegrafo que no se estrabien los doce mil pesos, porque son del municipio, y ya se los he mandado con los hombres que puse en libertad pero acompañados de la guardia civil.

Mucho se sorprendieron los dos hombres de Colon y los demas que los presenciaron cuando después de la bromita de las copas fueron presos á la cañonera, pero creo que me he sorprendido yo mas al ver el resultado; después de todo habra comprendido el Sor Argüelles Gobernador de la jurisdicción de Cienfuegos hay capitanes dignos del Coronel Gobernador D. José de la Pezuela y del General Domingo Dulce que me mando a Yaguaramas.

Como el escandalo que se produjo en la jurisdiccion de Colon con la dicha espedicion de Zulueta, que asi se llamaba fue tan grande; se formo causa por un señor magistrado de la Audiencia; por lo tanto me reserbo pormenores que siempre se analizan bien en las causas. No hay que dudar que cuando el viento es muy fuerte llega hasta los rincones más reserbados. A los dos meses fui nombrado de Yaguajay Jurisdiccion de Remedios, una

de las mejores jurisdicciones por su posicion topografica...

2

El Capitán Azuela llevaba la honradez como un faro girando sobre su cabeza; eran obvios los motivos para su traslado.

Lo cierto es que allá, en la costa, se encontraba la expedición. Y luego de vueltas y revueltas entre la sureña cayería de la Isla de Cuba, la tripulación del "Esperanza" no se decidía a dejar la carga en tierra, porque las señales convenidas no aparecían y era preferible esperar. Las horas pasaban y el enfurecido Tenaza cubría la borda de la embarcación con grandes zancadas. Para ese momento el cristianísimo capitán del barco carecía de importancia; ya la había gastado en el puente de mando, dando órdenes durante la travesía por el Océano Atlántico.

¡Paisanos ganapanes y mequetrefes!, mascullaba Tenaza, ¡en lugar de poner el pellejo allá en la manigua pa' agarrar a los insurrectos, nos persiguen a nosotros que venimos en paz a traer negros pa' trabajar!

Millones de mosquitos implacables, zumbaban entre la tupida red de mangles y el fuerte olor a mariscos, obligando a todos a meterse en el agua hasta el cuello o castigarse a manotazos. Los negros allá abajo deberían acomodarse mejor, pero van apiñados en una esquina, decía un marinero a otro y subrayaba la cobardía de estos tipos incapaces de enfrentarnos y no quiera Dios que a ninguno se le ocurra, porque se quedan aquí para alimento de cangrejos, Dios nos protege a nosotros, a ellos los cuida un diablo sin tridente ni tarritos. Y lanzó una risotada al viento para levantar una nube de pájaros blancos del más cercano manglar.

Al atardecer del segundo día, vieron pestañeando la viva luz de una linterna, en dirección a uno de los cayos pertenecientes a Mogote del Padre, en la Ensenada de Cochinos. Tenaza, que ahora poseía la jefatura completa, y sobre cuyos hombros recaía la responsabilidad de entregar la mercancía, ordenó al capitán dirigirse al cayo señalado. El traslado de los negros tenía que hacerse rápido o corrían el riesgo de perder mucho dinero porque, aunque el pacto estaba hecho entre los jefes, podrían descubrirlos desde la lancha cañonera que rondaba la zona y quién sabía si entre los militares venía algún paisano zoquetón.

La luz de otra linterna osciló suavemente en la cubierta del "Esperanza" y entró cuadrada hasta la cala de la nave, para dejar sin ojos a la cargazón. Voces enérgicas ordenaban subir a cubierta y a pesar de que ningún negro entendía el lenguaje blanco, todos salían con mil esfuerzos, agarrándose de las sogas anudadas, merced a los cañones de los fusiles. Tambaleándose, procuraban sostenerse en pie y el viento les golpeaba las narices con olores desconocidos, al tiempo que el sol se escondía una vez más dejando huellas extraordinariamente coloridas. Entonces hubo magia, porque la

vegetación exuberante que emergía del agua, y el cielo violeta, añil, azul, verde, amarillo, naranja y rojo, con sus suavidades, los invitaban a saltar y reir para poner fin a meses de cautiverio. Pero miraban sobrecogidos el impresionante crepúsculo y no se atrevían a dar un paso para no deshacerlo.

Oddedeí se sintió desfallecer, y al ver que Olorun también agonizaba envuelto en la mágica atmósfera, supuso que era la señal esperada para recibir al fin a Ikú, mas percibió a su lado la apagada figura de Yemula que intentaba una sonrisa hacia su ama. Y comprendió que no era el momento de convertirse en un *ara-orun*.[11]

Quienes no se movían sobre las escalas, caían igualmente por los empujones para sentir cómo el agua rodeaba de súbito los sexos negros, que se encogían, engurruñaban, arrugaban, fruncían... Y de nuevo se formaron las filas en el fango gelatinoso, que tenía milenios de asentamiento, o que ayer pudo ser removido por otros pies del mismo color. Dos botes con blancos armados, dispuestos a apretar los gatillos en caso de una huida, conducían el grupo a tierra con el agua al pecho.

–Rápido, carajo, rápido –gritaban los de los botes–, que allá está el firme.

De cuando en cuando, el agua cenagosa cubría las cabezas negras, y desde el fondo subía la fetidez de la podredumbre. Parecía que el desembarco transcurriría sin sorpresas, cuando gritos desgarradores, lanzados por dos negros, paralizaron la marcha. Los botes avanzaron a toda velocidad, y les dio tiempo a sacar los cuerpos todavía vivos, de cuyas piernas manaba sangre. Respiraban con dificultad, tosiendo y vomitando el líquido oscuro, agarrándose los pies agujereados por esas levisas que nos joden la mercancía, me cago en dios, coño, que basta pisarlas para que joroben sus rabos y los claven en la carne, entre el hueso, pero eso se arregla con un trozo de hierro al rojo vivo metido ahí mismo, que así se elimina el dolor y en pocos días hay un negro bueno pa' vender.

3

La brisa soplaba desde el mar moviendo las ramas de las uvas caletas, en el promontorio hacia donde se dirigían blancos y negros, y yo voy erizándome con lo fría que debe estar el agua, carajo, ahora precisamente que se me ocurre pensar en la mulata Zoraida, con una botella de buen ron al lado y no esta mierda que nos dio Tenaza, ¡¡hijoputa, negro maricón, camina pa'cá, que te vas a ahogar!!, y el bote se acercó al cautivo para obligarlo a seguir los pasos de los demás, a la orilla del largo canalizo y no por el centro, mas ninguno de ellos siente nuestro dolor, ni les importa el ser humano que viene en nosotros porque vamos dando diente contra diente y nuestro color

es cenizo, pareciéndose entonces al de ellos aunque seguímos desnudos y sin ese aguardiente que ahora les calienta las lenguas.

Los contrabandistas, con Tenaza al frente, ni se paraban a respirar. Hubiera sido irreparable la pérdida de un segundo y enfilaron la negrada contra el mangle tupido, precisamente por la parte más honda pero de menor trayecto para llegar a Colón. Yemula iba agarrándose de las ramas resbaladizas para mantener la cabeza fuera del agua, y Oddedeí, que la oía toser cavernosamente, estiraba los brazos procurando brindarle un apoyo que en realidad ella misma necesitaba.

En tales penurias, iba quedando atrás la noche junto a los mangles, con los enjambres de mosquitos, cuando se escucharon relinchos y ladridos, y voces de otros hombres que habían aparejado yuntas de bueyes con varias carretas. Todo iba a la carrera y una sombra salió de la maleza. Tenaza se adelantó y cruzaron saludos:

-Traigo ochenta Piezas y seis son hembras. El negocio iría bien si no fuera por esos ingleses... Después te cuento de otro asunto que no puede llegar a oídos de don Julián.

Y con los negros tirados como bultos sobre las carretas, los quejidos de las ruedas fueron levantando lechuzas de las arboledas oscuras para recordarle a cada ser vivo la cercanía de la muerte. Así, la marcha lenta fue convirtiéndose en un camino con bienvestidos de amplias ramas a ambos lados, hasta aparecer en medio de la luz creciente del nuevo día un largo techo de guano con paredes de tablas de palma y enormes aves negras que volaban en círculos a buena altura.

Un guajiro musculoso accionó el látigo y el estallido hizo saltar los cuerpos de las carretas. Oddedeí ayudó a Yemula, para otra vez protegerse mutuamente.

Los esperaba debajo de un árbol corpulento una fragua con carbones encendidos y aros de metal engarzados por eslabones. Hasta allí los empujaron. El guajiro del látigo sacó de la fragua una humeante y larga varilla metálica, que tenía en su extremo una pequeña estrella. Iban halando los negros uno a uno para embadurnarles con sebo la piel del hombro izquierdo, colocarles encima un pedazo de papel y herrarlos hasta sentir mareos por el olor de la carne quemada, que se me ampolla al instante y sufro dolor intenso pero estoy muerta porque ya no me importa, qué debo hacer antepasados míos, Obatalá, dios supremo, para que Ikú no me rechace más y trago obligada un vaso con un líquido transparente que al bajar va quemándome las entrañas y haciéndome sentir vapor en el rostro y las orejas.

Mientras algunos blancos preparaban un desayuno rápido que repartían entre los cautivos, por allá, otros terminaban de aplicar grilletes a los pies de la negrada. Todavía eran bestias salvajes que

debían domarse y con los hierros se evitaba la huida al sentir tristeza o soberbia como los pájaros enjaulados, pero tienen que agradecernos el bien que les hacemos porque cada negro tiene ahora su estrella, además de que los enseñamos a trabajar como dios manda.

estirpe mía levanta la cabeza así como lo haces ahora basta ya de lágrimas y mira el sol de la mañana que con su luz te baña porque en ella baja la mirada de alah omnipotente y te envuelve dándote fuerzas para que puedas ascender un día a uno de los ocho cielos que tiene dispuesto para un alma como la tuya la cual encontrará allí ríos de leche vino miel preciosos tejidos joyas raras manjares exquisitos y frutos deliciosos por eso resígnate y que se haga la voluntad de dios pues él todo lo ha previsto escrito lo tiene y dará su recompensa al justo desgraciado y más a tí a causa de los sufrimientos pasados y por pasar aunque para ayudarte en algo yo te acompaño porque eres la viva encarnación de una de mis más entrañables concubinas en quien me multipliqué y de hijos a nietos he venido transmigrando a lo largo de doce generaciones que avanzaron lentamente por tierras ardientes para irme ennegreciendo más y más desde el cairo donde era jefe respetado hasta verme a tu lado y dentro de ti por la vía de tu padre cuyo abuelo era siervo del señor y uno de los poderosos del pujante pueblo de oyó a cuyos oidos llegó la palabra de mahoma

Calimbados en el hombro izquierdo, Tenaza separó a los negros en tres grupos.

-Juan, estos diez los encargó don Julián para la plantación de don Estéban de Mendoza y tú los llevarás. Y tú, Casimiro, arranca con estos treinta para La Habana. Llévalos al segundo barracón de ventas, al final del Paseo del Prado. Espera órdenes allí. ¡Y métete en la cabeza que el ingenio Flor de Cuba se está desmantelando y vamos a liquidar su dotación, por eso mandamos su negrada al barracón de ventas! ¿Entendiste? Yo me quedo con estos cuarenta que entregaré a don Julián en Cienfuegos. Tú, Nemesio, te adelantarás en el quitrín.

Los cautivos se habían derrumbado moralmente contra las paredes del viejo caserón. De pie, dos blancos armados vigilaban y otros iban sacando bultos que desenrollaban en el suelo. Eran camisas de listado y pantalones de tela de rusia, muy mal confeccionados. Tenaza tomó un pantalón y gritó a la negrada que todos tenían que ponérselos. Ninguno entendió. Se acercó con ira al más próximo y de un puntapie lo hizo pararse. El negro temblaba, se creía muerto.

-¡Levanta una pata, animal!

Y el esclavo, más por instinto que por entendimiento, introdujo las piernas en el pantalón, que el blanco le subió hasta la cintura. Se lo amarró allí con una soga despelusada y se alejó limpiándose las manos de dos palmadas.

-¡Ya vieron!

El negro abría la boca y los ojos, con las piernas separadas, molestándole la piel cubierta. Los blancos se reían hasta el llanto y los demás cautivos miraban temerosos. Tenaza cogió una camisa para elevarla por encima de su cabeza y vociferó:

-¡Ahora va esto que se pone así! -llamó al negro anterior y se la colocó. Entonces sí que se sintió como caballo sin doma pero con montura apretada. Parecía que fuera a correr por los maniguales desaladamente. Sin embargo, estaba muy quieto y el pecho se le iba humedeciendo por las gruesas lágrimas.

Los ochenta negros quedaron flamantemente vestidos. Tenaza los miró satisfecho y pareció recordar algo, porque se dirigió resuelto a Oddedeí para halarla por un brazo y ahora nada ni nadie podrá salvarme, que me muera antes, Obatalá, concédeme esa gracia, por favor, pero Tenaza fue a las alforjas que colgaban sobre las grupas de su caballo, las abrió y extrajo un sayo de tejido menos basto, distinto del que le habían entregado a las otras mujeres, simples túnicos sin más adornos que un hueco para la cabeza y otros dos para los brazos.

Entendió Oddedeí que debía cambiarse, preocupada ante la diferencia del tratamiento que quizás entrañara un destino distinto. Las dos mujeres se miraron largo rato, como si se vieran por última vez cuando Yemula y los demás subieron en las carretas. Con su lenguaje nativo se trasmitieron esa ternura entrañable que solo existe entre hermanas. Tenaza las mandó a callar y quedaron inconclusas las últimas palabras de aliento.

Abajo se quedó Oddedeí mirándola desesperanzada, oh dioses míos, por qué me abandonan, mas no le dieron tiempo para albergar más tristeza, y llegó un guajiro cantando a toda voz. Halaba una yegua de ojos grandes con pestañas enroscadas, que traía enganchado un quitrín.

-Oye, negra, vamos a dar un paseo.

Oddedeí comprendió que seguía viaje, sin dudas hacia el lugar donde la sacrificarían a los dioses extraños, y decidió facilitar la llegada de Ikú, por lo que subió de un salto a pesar del grillete. El guajiro ocupó su asiento y el aparato pareció montarse en un huracán. Tras ellos avanzaba Tenaza a todo galope en un hermoso caballo. Les dio alcance cuando entraban en la ciudad de Cienfuegos y la muchacha se maravilló ante los edificios y el agua cercana, pero se sintió orgullosa de Ijesa, la ciudad donde nació, por la limpieza de sus calles.

Mientras, Tenaza tendía una mirada a través de las rectas y polvorientas vías, con el caballo aún sudoroso entre las piernas, para ver al otro lado de la bahía, irguiéndose incólume, el Castillo de Jagua armado por vetustas piedras. Descabalgó y amarró las bridas al poste frente al Ayuntamiento. El guardajurado le dio la bienvenida y comunicóle que el Gobernador Señor Argüelles lo esperaba en su despacho acompañado de don Julián Zulueta y Amondo. Una amplia sonrisa coronó el rostro de Tenaza y con paso firme atravesó el vestíbulo del sobrio edificio, sonando las espuelas. Apareció entonces el enorme patio embaldosado, rodeado por columnas y plantas exóticas. Iba hacia la escalera cuando un centinela se le acercó. Tenaza hubiera querido seguir y que le rindieran honores, pero el otro

le cerró el paso. Visiblemente molesto, explicó que el Gobernador lo esperaba. El centinela llamó a otro y ordenó que acompañara al recién llegado al piso superior.

Arriba, de detrás de un escritorio oscuro se levantó un estirado individuo que dijo ser el secretario. Arregló sus anteojos redondos en el rostro macilento y recorrió la musculosa figura de Tenaza, quien advirtió una mueca casi imperceptible. Era conocida la labor del negrero y sus gustos repugnantes. Al retirarse el centinela, los dos hombres se acercaron a la puerta de caoba pulida. De apenas rozarla con los nudillos la puerta fue entornada brevemente.

-Señor, aquí está...

Tenaza apartó con un hombro al pasante y mostró el rostro cuadrado.

-Sí, sí, que pase. Lo esperábamos.

Cerrada la puerta, el negrero caminó brevemente con el sombrero en la mano derecha y la mirada en las puntas de las botas, apercibiéndose de la tranquila atmósfera entre quienes seguían sentados.

-Acércate –dijo volviendo el rostro un hombre de estatura media, vestido con mesurada elegancia, piel muy blanca en la que se destacaba una barba recortada y mirada escrutadora detrás de lentes redondos–. ¿Cómo estuvieron las cosas?

El otro respondía seleccionando cada palabra, con voz leve. Zulueta frotaba lentamente una mano contra la otra.

-Don Julián..., la compra fue buena, pero usted mejor que nadie...

-Al grano, al grano, que el tiempo apremia. ¿Dónde está el encargo que te hice?

-Espera por usted allá afuera. Creo que adiviné, señor. Es la mejor pieza. Ah, señor, hice la distribución que usted me ordenó a través de Casimiro y...

-Bien, bien. Espérame afuera.

La puerta se cerró trás las macizas espaldas de Tenaza, quien liberó un profundo suspiro sin mirar al pasante. Su andar adquirió resonancia en el pasillo y a taconazos bajó las escaleras para seguir de largo ante la seriedad de los centinelas y el saludo del guardajurado.

Y en el despacho continuó la interrumpida conversación:

-Mi querido amigo Argüelles, agradezco a usted la ayuda que me brinda en estos menesteres, ahora precisamente que hay tantos obstáculos para importar mano de obra. Pero sólo personas como nosotros comprendemos cuán importantes son los negros. La patria y yo, personalmente, le pagaremos por el desprendimiento de que nos ha dado muestras –y colocó distraídamente un abultado sobre encima del escritorio, al lado de una mandíbula de tiburón que servía de pisapapeles– Ahora deseo que usted me acompañe por unos instantes.

-Antes de salir, permítame, don Julián, expresarle ciertos razonamientos –dijo el Gobernador de Cienfuegos con voz pausada, al tiempo que se ponía de pie y alisaba su traje de dril blanco por encima del voluminoso vientre– Tenga por seguro que aquí le queremos bien y siempre podrá contar con nuestra colaboración, pero dígale por favor a sus subalternos que tengan más prudencia porque sin conocer a la gente se le acercan para proponerle dinero que casi pierden, además de quedar presos. Suerte que el asunto no trascendió y pude intervenir. Recuerde que nuestros ministros, con Su Majestad, la reina, a la cabeza, estrechan día a día los lazos con los ingleses. Yo por mi parte, pensaré en el futuro de cierto paisano excesivamente celoso en el desempeño de sus funciones. Quede usted tranquilo. Veamos ahora qué asunto es ése.

-Los ingleses presionan, es verdad. Pero hecha la ley, hecha la trampa –y don Julián sonrió beatíficamente, poniéndose de pie, y con una reverencia, cedió el camino al señor Argüelles.

Don Julián retardaba su nervioso andar a causa de los cortos pasos del Gobernador. Afuera los esperaba un quitrín. Tenaza, expectante, permanecía al lado y se apartó al llegar los dos hombres.

-Este obsequio es para usted, mi querido amigo.

-Pero..., don Julián, qué hace... Se ve que es una buena Pieza, no se desprenda de ella.

-Tómela, por favor.

-Es que no merezco tanto. Mis servicios no llevaban interés alguno. Además, ya tengo esclavos en demasía, muchos, regalados por buenos amigos.

-No se me niegue, que uno más no le ocupará espacio ni le hará mal. Mírela bien, es joven y fuerte y con los años será buena paridora.

-Pero... don Julián, por favor...

-No, no, esto lo destiné para usted.

Desalentado ante la insistencia de don Julián Zulueta y Amondo, el señor Gobernador Argüelles asintió y Tenaza tomó la orden al vuelo, para secretearle a Nemesio el destino de la cautiva que no levantaba los ojos del grillete uniendo sus tobillos, porque soy para ellos una fiera que pudiera escapar y me miran y revisan como hacía mi madre en el mercado con los pollos.

-Correcto, don Julián, me la quedo... Ahora me perdona usted, pero ya me marcho para despedir a un amigo que regresa a La Habana.

-Vaya usted con dios, que yo tengo mucho que hacer en mis propiedades de por acá. Verdad es que la guerra está muy lejos, pero aquí también hay revoltosos y no dude usted que pretendan hacer lo mismo que en los ingenios del Oriente –respondió Zulueta, y atravesó la calle para ascender a la volanta que ya le esperaba. El señor Argüelles se quedó mirándola hasta perderla de vista, y entonces

observó a la muchacha con detenimiento. En verdad, la Pieza valía, y a no dudarlo, podía empadronarla satisfecho con su apellido. Y reflexionó sobre el asunto.

5

Sola, por primera, vez desde aquel caserón donde le marcaron la piel, y experimentando la comodidad del asiento acolchado del quitrín, ya se veía Oddedeí coronada como una reina para la segura ceremonia del sacrificio. Empezaban a agasajarla para que volara a los pies de los dioses blancos y hablara bien de sus creyentes en la Tierra, sólo que es muy extraño que usen un carro tirado por un animal para llevarme al lugar de las ofrendas, que debe ser muy lejos y tal vez más lindo que el sitio donde sacrificarán a Yemula y los otros, porque me vistieron mejor que a ellos y voy sola, sin empujones esta vez, ni hombres que usen sus lenguas para agredirme, entonces, al fin le veré la cara a Ikú y gustosamente me iré.

El quitrín fue levantando una estela de polvo blanquecino hasta el final de la calle, casi pegada al mar, que batía el borde de la tierra. Finísimas gotas volaban hasta Oddedeí que las aspiraba gustosa a pesar de sí misma. Nemesio volvía la cabeza, frecuentemente, y riendo miraba a la cautiva por el espanto reflejado en los ojos y en la rigidez, que en todo el viaje no ha puesto la espalda contra el asiento de cuero, negra estúpida que no acaba de comprender que va en coche de ricos, pero ya llegaban a una amplia casona enjabelgada, con puertas y ventanas enrejadas creciendo en volutas hasta el techo.

Nemesio haló las riendas y la bestia se detuvo bruscamente. Oddedeí, que iba en el borde del asiento, hizo un gran esfuerzo para no caer. El otro saltó y se acercó a la cabeza de la yegua para acariciarle el belfo, a la vez que le susurraba cariños y la limpiaba del sudor con un pedazo de tela. La muchacha esperaba sin saber qué hacer.

-Oye, negra de mierda, acaba de poner las patas en el suelo que aquí te quedas.

Supo que el hombre se dirigía a ella, pero qué quiere de mí, qué hago, y Nemesio vino airado para agarrarla por el brazo y de un vigoroso movimiento colocarla en el suelo, donde ella se tambaleó.

-Camina, perra –y se adelantó al portalón de la cochera, donde tocó firmemente. Un negro viejo la abrió y Nemesio dijo que recibieran esa propiedad del señor Gobernador. Sin más palabras, volvió al quitrín, montó de un salto y arreó alegremente.

Adentro, a lo largo de un pasillo lateral, Oddedeí sintió que los oídos le zumbaban y todo tornaba al blanco brillante. Al final de la casa, ella, de espaldas a la pared, en una esquina, con gentes y más gentes, blancos y negros a su alrededor, hablando el mismo lenguaje extraño, tan feas como son las mujeres de ellos con esas greñas largas y las narices finas, llenas de ropas con lo incómodas que son para moverse, sintió que el trato era diferente cuando alguien le pasó una

mano cálida por su cabeza. Y lloró al ver un negro viejo, de caminar cansino, que le puso delante a Otandá, el abuelo sabedor de los males del cuerpo y el alma. Ya comenzaba a relajarse y hasta deseó el oloroso plato que una negra huesuda le tendía, cuando reconoció la voz del blanco gordo que la había mirado mucho frente a aquella casa grande. Era la misma voz aunque diferente, como si su dueño hubiera cambiado. Todos los negros callaron, ahora de pie, rígidos y las cabezas bajas.

-Pepa, dale de comer y prepárala como tú sabes, que ésta sale en una hora hacia La Habana.

-Sí, mi amo.

Oddedeí se dejó llevar más allá del patio y en la caballeriza le arrancaron el grillete, oh mis dioses, soy libre, aunque tan lejos, cómo regresar, pero ya Pepa se acercaba con un cubo humeante y un bulto, para ordenar a otras que la desvistieran, le estregaran el cuerpo con agua y jabón y cambiaran ese túnico por este vestido, que es incómodo pero blanco y limpio, ajustado a mi cintura, de mangas al codo y saya muy amplia.

Sin zapatos, porque nadie en la casa tenía pies pequeños, se la presentaron al señor. El señor Argüelles la miró de arriba abajo, buscó una flor roja en el búcaro de la sala, pidió prestado un ganchillo y ante el asombro de la esposa, la hija y dos esclavos, prendió la flor al cabello de Oddedeí. El resultado no se hizo esperar. El rostro de la muchacha fue otro, más aún cuando la llevó ante un espejo y ella vio al otro lado de la superficie pulida una mujer que poseía acentuada sensualidad, envidiable incluso para la propia Oddedeí que se descubría por primera vez facciones que ni soñara, y hasta el brevísimo esbozo de una sonrisa. Y se sonrojó toda, sin saber entonces de dónde le venía el intenso deseo de sumergir su cuerpo en miel, nadar en las diáfanas aguas de un río en el que se reflejaban los árboles de las márgenes y, a la vez, bailar con los ojos cerrados para dejarse llevar por el ritmo sensual...

-Vamos, muchacha, sigues camino –dijo el Gobernador alzando la mirada para alcanzar los ojos de Oddedei.

Y salieron a la calle. No montaron esta vez en carros halados por bestias porque allá cerca, en el agua, se balanceaba un velero de líneas airosas y gentes moviéndose en la cubierta. Avanzaron sin desviarse hacia el muelle de madera y saltaron al navío para acercarse a un blanco todavía joven que parece jefe y no tiene cara de malo, aunque me mira interrogante y es que seguramente se cumple el presagio de Obatida porque ya llego al fin del mundo, donde todo es diferente, las casas, las ropas, muchos se mueven sobre ruedas, y ahora los orishas, que no me habían abandonado, ya me premian, mientras los hombres blancos no me maltratan y me regresarán en este barco limpio y

cómodo junto a los míos, pero el señor Argüelles se apartó para mostrarla con gesto displicente, quedándose con la boca abierta.

-¡Ea! Mi estimado Argüelles, ¿se hace usted acompañar de guapas mozas?

-No, no. Ayer en mi hogar no pude hacer un aparte para hablarle de esta sorpresa. Una deuda tengo con usted y quiero saldarla. Verá, querido Francisco –el Gobernador se mostraba eufórico moviendo sin cesar las regordetas manos–, menos de un mes hace que interceptamos una expedición negrera por la Ensenada de Cochinos y tuvimos a bien incautar el cargamento.

-¿Pero qué me dice, Gobernador?

-Tate, Francisco. Soy celoso guardián de las leyes, así que procedimos según anteriores acuerdos de la Comisión Mixta[12] y trasladamos los negros al depósito del gobierno. De allí tomé hace un mes esta emancipada que ahora se la pongo en las manos.

-Es un gran honor que me hace, pero...

-Sepa mi preciado amigo, que no olvido los favores prodigados por usted en aquella oportunidad en La Habana y, como me conversó ayer mismo de su inversión en el ingenio Mora, que en enhorabuena lo llamará Andrea, en honor a su esposa, pues permítame ayudarle a completar la dotación.

-Si es así, bienvenida sea. Más no la acepto por deudas que dice tener conmigo. En aquella ocasión solo convencí a la mujer para que no hubiera escándalo. Nada más. Aquella bagatela no es ni la centésima parte del valor de esta hermosa Pieza.

-Pero el susto fue grande, Francisco. Así que llévela y quedaré tranquilo. Deme pluma y papel, por favor.

Francisco de Sales Díaz y Piedra, hacendado habanero de gran prestigio, se ausentó un momento hacia el camarote de la embarcación y Oddedeí miró por encima de la cabeza del señor Argüelles para hundirse en el horizonte verdeazul, disfrutando la inefable brisa que me acaricia cada porción de mi cuerpo, hasta acelerarme el corazón sin yo saber los motivos, oh dioses que me miran y sostienen, por favor, guíenme al lugar de donde me trajeron, cuando llegaron pluma, papel y tintero a las manos del Gobernador, que con florida caligrafía escribió así:

"En veinte y siete del mes de mayo de mil ochocientos sesenta y nueve, el ilustre hacendado Francisco de Sales Díaz y Piedra resibe del Deposito de Hemancipados de Cienfuegos una esclava que..."

Y siguió extendiéndose en las cualidades personales de la negra, como que era

"...doméstica, muy trabajadora, sin tacha, buena reputación y que al arriba mencionado se le cede la dicha negra, de casta africana, más bien alta antes que baja, como de quince años, nombrada...

El señor Argüelles detuvo la escritura y levantó la cabeza:

-¿Qué nombre le gusta para su esclava, Francisco?

-Uno que no sea muy saleroso como los de algunas blancas, ni difícil como esos de los negros.

-¿Y qué le parece Constancia? Porque ella se ve firme, ¿eh?

-Es usted muy buen conocedor de los negros. Me gusta –dijo brillándole los ojos azules.

Y el Gobernador añadió el nombre, para volverse a Oddedeí y tocarle el pecho a la vez que le decía:

-Tú, Constancia... Cons-tan-cia... Cons-tan-cia...

La muchacha lo creyó loco de momento y pronto comprendió su error. ¡Ella se llamaba Oddedeí, del que estaba orgullosa y le recordaba a su padre cazador!

-¡Oddedeí! -exclamó la muchacha, los pies plantados.

-¡No, negra, te llamas Constancia de Sales Díaz y Piedra!

Oddedeí miró rabiosa a los dos hombres, al gordo que enrojecía y al más alto riendo por el absurdo. Decidió incomunicarse y no le importó nada más. Su nombre era Oddedeí, que ella lo sabía bien.

El Gobernador dobló la hoja cuidadosamente y se la entregó a Francisco de Sales Díaz y Piedra. Las manos blancas se estrecharon oprimiendo un alma negra que expiraba, para afirmar una amistad. Luego, Argüelles retrocedió de un salto, y, aliviado, esperó que la embarcación partiera, dioses míos, empújenla así, con todos los vientos que ustedes dominan, y tú, mi Obatalá querido, háblale a Olokun para que lleguemos a Ijesa, pero el velero mantuvo durante días y a la derecha la costa de la Isla de Cuba, hasta que el faro del castillo de los Tres Reyes de El Morro dividió la oscuridad creciente y La Habana fue aumentando junto al clamoreo.

6

La embarcación fondeó en el Muelle de Luz y Oddedeí, aturdida, siguió al hacendado hasta una lujosa volanta, cuyo calesero brillaba a la luz de los faroles de gas. Fulgían la piel negra y las medallas plateadas en las cañas de las botas a media pierna, con abombachados pantalones blancos y ajustado fajín punzó. De humanidad espigada, el esclavo hablaba torpemente el lenguaje del amo y parecía quebrarse por las reiteradas reverencias, entre las que ayudó a don Francisco con los bultos. También recibió a la nueva como cosa natural, pero ella descubrió lástima en los huidizos ojos del negro y se volvió al cielo, los maldigo, orishas que me acompañan y no me ayudan, y por pasajes polvorientos echó a andar el vehículo, que por momentos traqueteaba a causa de las chinas pelonas apisonadas en las calles.

Ante los ojos de Constancia pasaba, entre sombras y luces y ruidos, sin principio ni fin, una masa confusa de perrosniñoscaballoscochesedificoshombresmujeresgatossoldados para concluir ante una casa de fachada extendida, de piedra de cantería y muy austera, con dos grandes puertas de dos hojas cada una, en las que se destacaban las rejas de hierro trabajado en forma de tejido, y detrás las altas ventanas coronadas por vitrales y persianas de madera a mediana altura.

El calesero saltó y no dio tiempo a don Francisco para que abriera la portezuela desde dentro. Constancia le siguió hasta el suelo, para volverse un momento y ver que frente a la casa había cuatro prolongadas arboledas por cuyo centro avanzaba una interminable fila de carruajes, y hombres en grupos, sentados en bancos de piedra o paseando, hablaban con fuertes voces a la luz de extraños faroles que querían convertir el atardecer en día.

Por la puerta del zaguán entraron en la casona número 47, del Paseo del Prado. Acudió con prisa una negra delgada y vieja que tomó el sombrero y el bastón entregado por don Francisco. El se volvió a la nueva para indicarle que lo siguiera, mientras el calesero parqueaba el carruaje en la cochera y quitaba los arreos a las bestias.

Apareció un amplio patio interior rodeado de columnas gruesas unidas por elevados arcos. Allá abajo se quedaron los esclavos haciendo comentarios, al par que miraban a Constancia subiendo la escalera de mármol, detrás del que ya era su dueño. Hasta la saleta no pararon, donde bordaban Andrea y dos de sus hijas, acompañadas por la diligente Encarnación, negra entrada en carnes y de andar bamboleante. Constancia esperó en medio de la habitación sin saber dónde meter las manos. Entre besos y abrazos y risas se fueron los primeros minutos y en las pupilas negras se reflejaron enlazados un hombre y una mujer, alegres por el regreso de aquél de una fructífera

cacería, con muy buenas pieles al hombro y mucha carne transportada por los ayudantes... Las lágrimas inundaron los ojos de la muchacha y se las quitó de un manotazo.

-¿Y esto, Pancho? ¿De dónde la sacaste? –preguntó Andrea acercándose a la esclava para dar una vuelta a su alrededor. Las dos hijas miraban curiosas.

-Mujer, ciego el que no ve en día tan claro –sentenció Francisco satisfecho y coronó la frase con una carcajada.

-Tu risa me suena a algo escondido.

-¿Recuerdas a Argüelles, el Gobernador de Cienfuegos? Pues se creía en deuda conmigo y quiso pagarme.

-Con seguridad era grande la deuda, Pancho.

-Pues no. Pero él la creía inmensa.

-¿Y qué va a hacer con ella, padre?

-Me la llevo al ingenio.

-Padre, déjela aquí...

-No, Isabel, la zafra anda a la mitad y escasean los brazos.

-Ande, padre, por favor. Usted me prometió un perrito y no me lo trajo todavía... Déjela aquí.

-No, hija. Hace muchos años prohibieron comprar negros en Africa. Ahora sólo se consiguen aquí cuando alguien vende su dotación, lo que no ocurre todos los días.

-Ay, padre, los que están en la casa son viejos.

-Hija, ella no sabe el idioma.

-Padre, por favor –intervino Leonor con aplomo–, en el servicio doméstico sería muy útil. Por ejemplo, para los trabajos más duros. Así Encarnación puede atendernos mejor.

-¡Sí, sí. Y yo le enseño a hablar! —aseguraba Isabel, abrazando a don Francisco por la cintura.

-Pensaré en eso –entonces se volvió a Encarnación–. Que le den de comer y acomódala.

Un blanco

1

Constancia salió a la calle con una cesta de mimbre y se dirigió resuelta al mercado en la Plaza de Cristina. Sudaba a pesar de las ropas ligeras. Era una mañana de sol brillante y abrasador, aun cuando finalizaba el mes de abril. Casi un año había pasado desde que Encarnación comenzara a instruirla acerca de sus deberes como sirvienta de la familia Sales Díaz y Piedra. Con su edad, el idioma no había sido obstáculo para aprender a desenvolverse en un mundo totalmente distinto. Ya había olvidado la idea del sacrificio humano, porque en el tiempo transcurrido, jamás la llevaron al sagrado lugar de las ofrendas blancas, aunque ellos sí acudían a verse con sus dioses acompañados de Filomena, una vieja esclava de la que la Señora Andrea se sentía orgullosa porque "es ejemplo entre los negros de lo que debe ser un buen católico"; así, llevaba una pequeña alfombra tejida para que las señoritas Isabel y Leonor se arrodillaran, sin dañar ni ensuciar sus pieles, en el piso de la iglesia del Santo Angel Custodio, y en una esquinita de la misma alfombra, ella también se arrodillaba, rezaba cada noche antes de acostarse para que su ángel de la guarda le vigilase el sueño, agradecía con otro rezo los alimentos al Señor antes de llevarlos a la boca...

Mientras, cuando cada noche se tendía agotada en el camastro, la muchacha invocaba, ya sin mucha convicción, a los ancestros y a los orishas, y casi como por costumbre rogaba que Ikú la visitara. Luego recorría las memorias, y los ojos de Yemula se le aparecían como luces al lado de la misma Ikú; veía a Yemula convertida en un ara-orun. El dolor por todas las pérdidas era el mismo cada día y también venía siendo diferente. O en todo caso, la diferente era la misma Constancia, que en esencia no había cambiado. Porque en ella caminaba, hablaba y se peinaba aquella Oddedeí que los blancos creían anulada.

Avanzaba hacia el mercado, en sentido contrario del mar, y más allá de donde finaliza el Prado en línea recta; ella iba atravesando calles con pasos firmes, sobre duras chancletas de madera, y obligaba a los hombres a torcer sus cuellos atraídos por la gracia, que sin proponérselo, emanaba de su cuerpo, a través de la ropa rústica. El revuelo de sus ojos mostraba una sensualidad intensa, de fuego y miel en las entrañas. Pero la sonrisa triste infundía seriedad al semblante de la muchacha y la volvía inaccesible. Aún así, movidos por la codicia, muchos proponían una lucrativa compra a don Francisco, quien se negaba, aduciendo los más disímiles pretextos. Estaba orgulloso de "la esclava linda", como él mismo había comentado casi en secreto con Andrea, porque la "negrita" elevaba el nivel de los

adornos caros a los ojos de familiares y amigos.

Del brazo acodado le pendía la cesta que golpeaba rítmicamente la cadera derecha. Y ya el caminar ocultaba la pureza de la niñez, arrebatada tempranamente por la vida atropellada que le impusieron, para dar paso a la mujer que aparecía y desaparecía, y de la que la misma Constancia se percataba a veces por los regaños de Encarnación, esa negra buena y de ojos tristes que hablaba con firmeza sin levantar la voz, tomando sin querer a la muchacha como aquel hijo que nunca tuvo a su lado, porque el padre blanco se lo llevó de la casa de los señores justo por los días en que Encarnación empezó como nodriza de Andrea, pues mi niño Francisco tiene la misma edad que la Señora y ahora, orgulloso él, se pasea con grados de subteniente en las Milicias Disciplinadas de Color, rememoró el ama de llaves ante Constancia una noche de grillos y cocuyos, pero con frecuencia quedaba mirando a la muchacha para lamentarse así: "¡Qué lástima, eres tan inteligente!", porque Encarnación palpaba, que en apenas once meses en la casa, Constancia hablaba el castellano tan bien como cualquiera que hubiera nacido con esa lengua atravesada en la garganta. Y ni qué decir de la misma música, pues en el patio, mientras lavaba y creía que nadie la escuchaba, ella remedaba con palmadas y murmullos la melodía blanca y hasta le sacaba tonos más agradables que los logrados por las señoritas Leonor e Isabel, quienes repetían una y mil veces las lecciones de piano, las de canto, las de baile, las de italiano y las de francés y jamás dominaban el teclado, ni las lenguas, ni los pies. Y ese aprendizaje de Constancia era de sólo ver a través de la puerta entreabierta a Piero, el refinado profesor. Pero ella era negra y tenía que aceptar la esclavitud.

Constancia recordaba rabiosa las palabras de Encarnación cuando contaba que, dos veces en su vida, pidió permiso a la Señora Andrea para admirar a Francisco marchando al frente de un grupo de hombres de color, bellamente uniformados, y que el hijo iba muy derecho sin mirar para los lados; fue ése el fruto de una pasión escondida, cuando el peninsular Antonio Guiros visitaba el hogar de los padres de la Señora Andrea, allá en Quivicán, que, oye, muchacha, me puso los ojos arriba porque a tu edad yo era muy bonita, aunque nunca como tú, qué va, hija, pero a lo que iba, pues aquel señor, que era dueño de un negocio de víveres, empezó a cortejarme a espaldas de los amos y yo me enamoré, suspiraba como una boba por todos los rincones, aunque sabía que eso no llegaba a nada, y él insistiendo, yo diciéndole que no, pero mi corazón se aceleraba cada vez que lo veía y nadie puede frenar las ganas, entonces la barriga me empezó a crecer y no sabía dónde meterla, pero los amos fueron muy buenos y también cobijaron a mi hijo, hasta que un día vino el señor Antonio, habló mucho con el amo y me quitaron el niño, se me partió el corazón;

lloré semanas, meses, años, qué sé yo, pero todos en la casa me decían que era lo mejor para mi hijo, porque aunque él tuviera de negro sería libre.

Constancia escuchaba incrédula y molesta, y, dios mío, no lo vi más hasta que el mismo Francisco vino una tarde, cuando ya era un hombre, a decirme que su padre había muerto y quería comprarme la libertad, lo abracé mucho y lloré de alegría, pero yo no podía darle la espalda a la señora Andrea que era como mi hija, la vi nacer y crecer, le di mis pechos y, además, nunca me maltrataron, y ya, con sesenta años, sería una carga para él, encima de que era parte de la familia Sales Díaz y Piedra.

2

Constancia caminaba de prisa, buscando, como siempre, entre los transeúntes, los protectores ojos de Yemula, cuando escuchó la sirena de un barco llegando a puerto y gentes que hablaban entusiasmadas, dirigiéndose con apuro hacia el muelle.

¡Habría un desfile! ¡Desembarcarían miles de soldados! ¡Venían para la guerra! Gritos por doquier. Y movida por la curiosidad, desvió sus pasos del Prado para torcer a la izquierda por la calle de la Obra Pía. Un mendigo la detuvo en la encrucijada. El cabello increíblemente blanco, y la figura encorvada mostraban un negro de edad indescifrable. Miraba extraviado como un loco, pero la esclava sintió que los ojos negroazulados le penetraban el corazón, y se inclinó hacia el infeliz.

-¿Mushasha da lisensia a ete biejo pa' decí una cosa?

-Sí, abuelo.

-Mushasha é hija de Oshún y é Oshún de pie a cabeza, que ba a toa hora aquí mimitico –y se tocó el pecho– Mushasha no sabe, cré y no cré y se ríe deso.

-Ay, abuelo –respondió Constancia, preguntándose al mismo tiempo, por qué no respondía en yoruba; en realidad quería quitárselo de arriba sin despreciarlo.

-Mushasha no hase ebó a Oshún, no pone oñí ni ná... Mushasha ba a sabé quién é Oshún un día de'eto... Ese orisha jala duro palojombre y tú tené que tené cuidao. Un día de'eto Oshún ba jalá duro palojombre branco.

-Sí, abuelo. Gracias

-Si mushasha no ba tra Oshún, pué no biene día malo.

-Gracias, abuelo –dijo sintiéndose liberada desde hacía mucho de un gran peso, pues ya había dejado la incondicional creencia en los orishas. Los dioses blancos habían demostrado más fuerza que los dioses negros o, en realidad, sólo existían los de los amos, como decía doña Andrea y las señoritas Leonor e Isabel. Por todo eso no daba crédito a la existencia de Oshún y demás orishas, ni a que los espíritus ancestrales fueran compañías personales capaces de evitarle daños mayores y menores. Tampoco llenaba aquel vacío con la presencia del dios blanco que no le permitía ser feliz. Y por tanto no podía creer en ese Jehová.

Continuó apurada por la calle de la Obra Pía, para ver, con sus propios ojos, si en verdad los desfiles eran tan bonitos como había oído decir a los señoritos Sebastián y Carlos, que los caballos andaban muy derechos, unos detrás de otros, los jinetes con banderas de colores y los soldados de a pie vestidos con uniformes de telas iguales y brillantes, caminando estirados y mucha gente de La Habana

tirándoles flores con alegría.

Llegó a una esquina y se paró indecisa al ver el rumbo que tomaba la gente como ella y muchos hombres blancos, quienes continuaban por la calle de Aguiar; los siguió hasta que se le interpuso el Convento de Santa Clara de Asís, una edificación muy seria y enorme, de macizas puertas y ventanas altas custodiadas por barrotes de hierro.

Dobló otra vez hacia la izquierda por la calle Sol y salió al Muelle de Luz, donde se defraudó. Por ninguna parte estaban los soldados para el desfile. Caminó por la calle de la Marina al lado de otros tan curiosos como ella. Allá en el agua, frente al Real Arsenal del Ejército y la Marina, estaba el barco que aún despedía humo negro por la chimenea y del que sólo bajaron algunos hombres entorchados; saludaron ceremoniosamente a otros militares con trajes igualmente lucidos y se intercambiaron papeles enrollados; también los esperaban otros hombres vestidos elegantemente y una compañía de las Milicias Disciplinadas de Color, cuyos miembros formaban en filas, muy engalanados, con sus arreos y fusiles brillándoles en los hombros. Constancia los vio por primera vez y recordó que el hijo de Encarnación era uno de los jefes de ese grupo armado; lo buscó con los ojos y pensó que quizás fuera el mulato alto y fuerte que daba órdenes, o el blanconazo bajito que se miraba mucho el uniforme azul y blanco con botonadura dorada, o el negro retinto que se movía inquieto acomodando el morrión con pompón encarnado y miraba a los más jefes que él por si lo llamaban. Estaban muy orgullosos de ser los únicos pardos y morenos sobrevivientes de aquel glorioso batallón que sucumbiera a la cólera de los blancos poderosos, en 1844, cuando la denominada conspiración de La Escalera, porque aquellos negros habían alcanzado mucha fuerza económica y prestigio y reconocimiento social.

Ahora, en el muelle, el grupo de Pardos y Morenos Leales era una pantomima política para que los recién llegados quintos sintieran apoyo desde todos los colores.

La muchacha se empinó un poco y descubrió aquel personaje que viera en Cienfuegos, con rostro de barba recortada en el grupo que estrechaba, con entusiasmo bastante sincero, las manos de los jefes que acababan de bajar. Era don Julián Zulueta y Amondo, fundador y presidente del Casino Español, miembro influyente del Ayuntamiento de La Habana y elevada figura de la economía en la Isla; al lado, en la transparencia de la sonrisa de Zulueta, se advertía la risa accesoria del Capitán General de la Isla de Cuba, General Antonio Caballero y Fernández de Rodas, que lucía sobre su uniforme cuajado de oro la banda de San Fernando y todos sus altos distintivos de honor; también estaba el Gobernador Eclesiástico Benigno Merino y Mondi, que ostentaba sobre su noble pecho las grandes cruces de Carlos III, de

Isabel la Católica y la de Pío IX; y junto al señor Comandante General de Marina del Apostadero de La Habana, luciendo la honorable banda de San Hermenegildo y otras placas y cruces, estaban los Condes de Cañongo, Jaruco, Santovenia, Lagunillas y el Marqués de Marianao.

Constancia se asombró de ver entre tanta pompa y brillos a aquel hombre de barba recortada, y comprendió que jamás sepultaría el doloroso recuerdo, siempre a flor de memoria. Elevó la mirada y disfrutó las caras risueñas de los jóvenes soldados en la cubierta del buque, ay, éstos que arriban son más blancos que la gente de aquí pero gritan y agitan las manos como si hubiesen llegado a una fiesta, y si te fijas, Beinell, aquel grupo de endomingados que saluda a nuestros jefes se parece al grupo que llegó en carruajes para despedirnos en La Coruña; creo que no van a desfilar porque quienes se bajaron están subiendo otra vez, hay muchos negros harapientos, aunque seguro se sienten bien, pues vinieron al puerto para vernos desembarcar, hoy Encarnación me da diez azotes por llegar tarde a la casa, qué peste tendrán esos negros que nos miran, me voy corriendo al mercado, no he puesto un pie en tierra y ya estoy sudando.

En medio de la dispersión de la multitud, Constancia retrocedió paralelamente al Muelle hasta tomar por la calle de la Luz, donde apenas pudo deleitarse con la sazón que volaba de la cocina al fondo del hotel Luz,[13] cuando el barco se despegaba del puerto para atravesar la bahía y fondear ante la Pastora, donde una batería de cuarenta y cuatro cañones inmóviles recibió a los imberbes soldados con las bocas abiertas, porque estaban dispuestos para el disparo y porque traían hambre de comida en tierra, al tiempo que Constancia iba en flecha hasta la calle del Inquisidor, para doblar a la derecha, atravesar las calles Santa Clara y Sol, y sólo detenerse ante los vendedores en el mercado de la Plaza de Cristina, mientras los quintos ascendían trabajosamente la empinada rampa, organizados en cuatro filas, con sus pertenencias en sacos al hombro, para entrar en la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña.

Al final de la sinuosa rampa, traspasaron el muro por una arcada y, pendiente arriba, llegaron a la Plaza de Armas a través de pasillos y adoquinadas calles interiores. El sentimiento de invencibilidad impregnado en las descomunales murallas se integró a las tropas, armándolas desde ese momento para cualquier contingencia. Se sintieron muy protegidos aunque completamente aislados; no más cruzar la boca de la bahía estaba la bullanguera Habana, mientras la guerra andaba en sentido contrario, mucho más allá de donde alcanzaba la vista, incluso más allá de los nominales cuarenta kilómetros caminados por la luz de un heliógrafo.

Ni les permitieron respirar, pues apenas colocaban los sacos en el suelo, un oficial de alta graduación, que se presentó como el

Administrador Militar de la Fortaleza, ordenó distribuirlos en los edificios-dormitorios, donde descansarían hasta el día siguiente.

Iba José Vicente a estirar el cuerpo en la cama que le habían destinado, cuando apareció el Segundo Auxiliar del Administrador seguido por un grupo de soldados que cargaban bultos de ropas, y éstos entregaron los uniformes contra una lista leída con voz de tenor debido a las resonancias en los techos abovedados. Hubo risas y burlas por chaquetas y pantalones a media pierna y medio brazo, cuando no daban una vuelta completa a los vientres. Finalmente, cada uno entró en el traje correcto: pantalón blanco, casaca azul y capas oscuras, que debían estar arrolladas y cruzadas al pecho, cuando los flamantes soldados salieran de campaña. Lo de los borceguíes y los sombreros fue otra historia, porque había pies y cabezas que no les daba la gana de entrar o casi salían por el otro lado. Lo cierto es que hubo más de uno que sólo pudo calzar las alpargatas reglamentarias y guardar las medias botas para cambiarlas algún día. Que jamás llegaba.

Y supieron, acorde a las ordenanzas militares, que tenían derecho a completar "la primera puesta", consistente en un pañuelo de percha (especie de bolsa), una cuchara, una bolsa de aseo, una bota para vino o agua, dos toallas, dos pañuelos de bolsillo, un cinto, dos calzoncillos, dos camisas, un cuello de tela, un vaso de lata y un gorro de cuartel. Suspiraron a fondo al conocer que también les entregarían ochenta céntimos mensuales, mas, por desgracia, eran para pagar exactamente "la primera puesta", además de la comida, quedándoles en los bolsillos la soberbia cantidad de quince céntimos para consumos en la cantina del cuartel, tabaco, papel, sellos de correos, betún, agujas, hilos, botones...

Uniformados al fin, algunos jóvenes quisieron saciar curiosidades recorriendo la fortaleza que se les presentaba mítica, pero atravesadas como guardianes en cada puerta se erguían órdenes

severas
rígidas
bruscas
ásperas
exactas
cabales
adustas
precisas

que les impedían moverse de los dormitorios, ni siquiera aduciendo necesidades corporales, porque los clarividentes señores ingenieros don Silvestre Abarca, don Alejandro O'Reilly y don Agustín Crame previeron, ciento siete años atrás, un lugar en cada edificio para recepcionar mierdas.

3

El sueño envolvió a la tropa para hacerla saltar con la guerra encima, porque una explosión extraordinaria removió puertas y ventanas e hizo castañetear los dientes a más de uno, los ojos muy abiertos. Había sido un cañonazo y esperaron otros más, con la probable llegada de la muerte. Pero de afuera sólo se escucharon voces lejanas confirmando las ocho de la noche en la paz inalterable.

Y otra vez el sueño flotó sobre los párpados.

Ni los gallos cantaban, porque también era casi imposible escucharlos dentro del amurallamiento, cuando la estridencia de un cornetín abrió los ojos a José Vicente para recordarle que ya era un soldado al servicio de la Patria y la vida de Baneira se le distanciaba en kilómetros y en espíritu. Puesto de pie, sintió un frío distinto al conocido allá en las montañas gallegas, donde llueve con frecuencia y la niebla que lo empapa todo impide a diario la llegada fuerte de los rayos de sol, mientras que aquí el aire húmedo entraba por todos los resquicios del dormitorio y le penetraba hasta los huesos. Aterido, alcanzó los pantalones tiesos y contó hasta tres para meterse en ellos, otro tanto hizo con la casaca, enfundó los pies en las medias y estuvo indeciso entre usar las cómodas alpargatas o los duros borceguíes. Quizás los hicieran marchar, y prefirió las botas. Cuando salió del dormitorio encontró una fila medio dormida que empezaba a organizarse. En la oscuridad oía la voz de Beinell, pero no podía verlo, su cabeza quedaba por debajo de los hombros de la mayoría y se perdía entre tanta gente vestida igual.

En momentos del alba, la fila avanzó hacia el comedor, y, de pie, recibió galletas y café en el vaso de lata que cada uno traía. Era un líquido para agradecer, porque estaba caliente en medio de la mañana fría, además de que les animaba cada célula, pero, con qué manos agarrar el recipiente metálico y a qué labios llevárselo.

¿Voló anoche algún polvorín?, era la pregunta que rebotaba entre los bisoños y los curtidos reclutas reían con ganas, pues qué va a ser eso un polvorín, hombre; no es más que el cañonazo para anunciar las ocho de la noche, disparado por la nave capitana de la flota fondeada en el puerto. Y en el espíritu de Regera aumentaron las interrogantes.

Todavía resbalaba el desayuno por las gargantas, cuando se escuchó una voz dura ordenándoles ir hacia la Plaza de Armas. Era el Comandante Sargento Mayor, segundo Jefe de la Fortaleza, que se presentó a sí mismo. Y vio José Vicente a Beinell caminando con soltura, confiado, gallardo y hasta con marcialidad, crecido dentro del uniforme, y le reapareció aquella envidia del barco. No le cupo la menor duda de que, en verdad, lograría la Gran Cruz de San Fernando, porque éste llegará a general y yo terminaré de soldado, es

que tengo las piernas y la lengua amarradas y este uniforme es una armadura antigua que me enjaula.

-¡¡Fiiiirmess!!

Cesó el murmullo. Para moverse con rapidez. Chocaban los cuerpos. Y terminó el tropel. Los brazos se alargaron rígidos y las manos nerviosas buscaron espacios. Salían de los bolsillos, se cruzaban al pecho, se agarraban detrás, cuando todos los ojos convergieron en un militar de sólidos pasos con un fajín dorado que le inmovilizaba el rollizo abdomen y poco más arriba, a la izquierda de la pechera, los primeros rayos del sol multiplicaron su luz enceguecedoramente en las fúlgidas condecoraciones que crecían, absorbiendo al hombre que las portaba. Abajo, con el amanecer a sus espaldas, los soldados permanecían sobrecogidos. Mientras, la figura del alto militar se recortaba a contraluz en el cielo azul y la bulliciosa Habana se extendía detrás, al otro lado de la bahía.

-¡Soldados! –exclamó con voz grave el Brigadier Gobernador Gefe de La Cabaña–. Sean bienvenidos a la principal fortaleza de la Siempre Fiel Isla de Cuba, lugar de recepción de tropas y de su distribución por todo este territorio. Los vi brevemente en el muelle, pero una junta militar para tratar asuntos impostergables me impidió recibirles como son ustedes merecedores. Sepan que nuestros ejércitos asestan golpes demoledores a los insurrectos. Nuestro Gefe, el Capitán General Antonio Caballero y Fernández de Rodas, detalló con precisión, ayer en la mañana, que de Bayamo expulsamos el pasado ocho de febrero a los insurrectos, a la vez que les causamos un número considerable de bajas. Los alzados van a la defensiva, pues son pocos, están desorganizados y los atacamos casi diariamente. Los mozos que están en la primera línea –hacia donde se dirigirán ustedes– pueden combatir sin temor, porque cuidándoles las sagradas espaldas se encuentra esta Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, que es un pueblo militar con ciento cincuenta instalaciones de techos abovedados, a prueba de todo fuego parabólico. La mayoría de las instalaciones son almacenes de armas y están bien guarnecidas. Pueden ver ustedes los magníficos cañones, que en más de setecientos defienden esta fortaleza. Todas las baterías se hallan en perfecto estado de defensa y dotadas de gruesa artillería. Las de barbeta, que miran a la bahía, tienen excelentes piezas a la Paixant. El número fijado para la guarnición de esta soberbia fortaleza no pasa de cuatro mil trescientos hombres, pero podría abrigar más de seis mil en todas las armas. Pueden ustedes luchar confiados por el trono y por la cruz, anteponiendo sus corazones bisoños a las balas enemigas. ¡Viva España!

El alto militar dio un paso atrás, saludó marcialmente y giró sobre sus talones para retirarse erguido hacia la comandancia, acompañado

por favorables aclamaciones surgidas entre los soldados que acababan de poner sus pies en Cuba. Mientras, varios fogueados reclutas se mostraban apáticos y mascullaban que el Brigadier puede hablar así porque desconoce la manigua y vive cómodamente con los cuatro mil quinientos pesos fuertes mensuales, además de los trescientos de gratificación como jefe de esto. Por toda esta mierda es que los campesinos se sublevaron contra las quintas en España, ayer mismo, el 13 de marzo de 1870, y tenían muchísima razón porque esta Isla se está convirtiendo en la tumba de todos nosotros por las enfermedades, el clima y las cargas al machete.

José Vicente atrapó palabras sueltas del grupito, pero estaba más ocupado en encontrar significancias ocultas detrás de cada idea en el discurso oficial. Tal operación exigía la mente muy despierta y notaba que su inteligencia le había disminuido mucho al parecerse a esas aves zancudas que se apoyan en una pata y luego en la otra. Las botas nuevas eran un tormento y, para colmos, la dura tela del uniforme comenzaba a rozarle el cuello, además de hacerle sudar igual que una esponja. ¡De la frialdad del amanecer a este calor húmedo! El malestar que le había entrado por los dedos de los pies iba más allá de la cabeza. Entonces, para obligarse a sonreír sacó en conclusión que "Piensa mal quien no camina bien", pero sólo miró el mar con nostalgia porque al otro lado de aquella línea estaba Baneira. Se sentía aplastado por la tristeza y deseó desaparecer, lanzarse por encima del muro y caer al agua de la bahía de La Habana, que cualquier tiburón extraviado se lo merendase, cuando una fuerza desconocida lo hizo saltar de muy extraña manera y algunos a su alrededor le tomaron por loco. El mismo no se entendía, algo lo empujaba, qué me pasa, Santiago Apostol, y presintió entre sus piernas la existencia de un cuerpo que intentaba elevarlo para desaparecer con él a galope.

heme aquí caro descendiente mío que vuestra piel enardezca al contacto del caballo bramante para que de vuestro semblante se extravíe la añoranza innecesaria que en nada contribuye al triunfo para el cual habeis navegado tanta mar océana por eso mozalbete muestra tangible de mi excelsa personalidad ejemplar en quien me sumerjo al paso de quince generaciones y por cuyas venas transita la azul sangre de aqueste varón de noble nacimiento que ha mucho abandonó la mortal tolerancia para con los humanos descreídos paganos adoradores de un único y extraño dios ajeno en mucho a nuestro señor padre hijo y espíritu santo tres en uno pídote y suplícote mantener firme el espíritu por fuera que aqueste cruzado os lo sostiene por dentro como empujado a hacerlo me vi ante la agresión despiadada de que los cristianos éramos víctimas por parte de los infieles cuando a partir del año terrible de mil noventa y cinco avanzamos hacia el sepulcro santo y esquelético volvíme a pie esa vez al castillo de tarento

donde su señor feudal mi primo bohemundo encontróme reponiéndome de tanta afrenta y para paliar mi dolor púsome delante una ibérica mozuela altiva espigada como yo y viva cual gacela en quien procreé un estupendo vástago que a mi nueva partida al santo sepulcro regresó a á terra da saudade con la nobilísima familia de sus difuntos padres y hasta finisterre no puso fin al caminar donde mi hijo ya hombre tuvo su prole y dedicóse a regar luego mi simiente por baneira coristanco igualada cabana ceso allones y carballo y siempre todos como ahora vos han sido firmes empezando por dentro y duros con los de afuera

Trataba José Vicente de restablecer su postura, cuando José Beinell García se acercó para agarrarlo del brazo preguntándole si habeis visto una moza guapa, porque teneis la cara del color de una granada y el otro hubiera querido sonreír, aunque seguía asustado. Mas Beinell no permitió el desahogo de su amigo, pues continuó contando que en minutos tendrían buenas armas en las manos y a combatir a los ñáñigos que quieren exterminar a los blancos y por eso nosotros acabaremos esta guerra, porque los manigüeros son zarrapastrosos como los negros que vimos en el muelle, y con las condecoraciones de general me pasearé victorioso por las calles de La Habana y por las de Madrid, así que enderézate, hombre, y cambia esa cara, pero una recia voz les hizo poner atención porque el Comandante Sargento Mayor, con tono solemne y armado de gruesas listas de soldados, ordenó el repartimiento de fusiles Remington y largas bayonetas, para luego dos oficiales ayudantes separar los quintos en grupos y casi meterles en las cabezas que esa arma es novedosa, hace sólo un año que la hemos comprado en los Estados Unidos de América del Norte, donde las llaman Long Tom, dispara cartuchos metálicos con proyectiles de plomo, colocados uno a uno en la recámara por esta parte, miren aquí, y la bayoneta para atravesar negros y chinos se coloca en el cañón, fijándose de esta manera.

Los superiores manejaban los fusiles con gran habilidad ante los ojos bisoños y a todos les crecía un sentimiento altivo, capaz de derribar gigantes. Imbuidos del poder que tenían sobre la tropa, los oficiales iban elevando las voces:

-¡Ustedes son soldados que han integrado el ejército mediante reclutamiento forzoso y unos formarán parte de la Infantería, otros de la Caballería y otros de la Artillería. Los que sean designados por el Mando Superior como No Combatientes, trabajarán como sanitarios en cuarteles y hospitales, Cuerpos de la Administración, Jurídico, Clero y Tren de Equipajes Militares!

4

Los viejos soldados en La Cabaña, bajo el mando del Teniente Coronel de Artillería, empezaban a adiestrar a los mozos en el manejo de las armas, cuando un joven de maneras resueltas se apartó callado buscando algo en los bolsillos para caminar firme hacia el oficial. Fue empequeñeciéndose hasta casi hacerse transparente en momentos de alargarle un sobre cerrado que temblaba. Regera reconoció al individuo y, dueño de una fuerte intuición, comprendió que aquél se traía algo entre manos porque ahora entregaba lo que recibiera de un oficial cuando el chequeo médico en Carballo. Ahora el oficial en La Cabaña abrió el sobre y extrajo un papel que desdobló para saltar, luego de pasarle la vista con desinterés manifiesto, al rostro del quinto apenado que por supuesto esperaba una contestación inmediata. Pero sólo le ordenó regresar a la tropa, guardándose el papel en el bolsillo. El joven volvía con pasos blandos, desconcertados, pero un inusitado movimiento impidió a Regera seguir observándolo y al otro continuar rumiando su pena, porque reaparecía el Comandante Sargento Mayor con las listas de los soldados y poniéndolos en atención les ordenó agruparse por regiones de reclutamiento.

Y comenzó el fogueo, sudando de verdad. Aprendían a marchar, saludar a los superiores, cargar fusiles con rapidez, disparar con la mejor puntería posible, hasta que llegaron al arte de la esgrima a la bayoneta como eficaz oposición –decían los estrategas– a la carga al machete de los insurrectos traidores. A la semana tenían los músculos tensos y algún que otro rasguño se mostraba como una condecoración moral. En casi todos iba desapareciendo el azoro del paleto al tropezar de pronto con adelantos de la época y con distintas ideas de otros hombres. Ya se veían confiados y seguros de sí mismos. Llegó así el día del juramento a la bandera, que tremolaba en el asta enhiesta de la Plaza de Armas, al pie de la cual se erguía el Brigadier Gobernador Gefe de La Cabaña:

-¡Soldados, ustedes prestarán servicios en la Infantería y ahora todos ocupan un lugar en ese cuerpo del ejército! ¡Como ustedes saben, de cada región española se formó un Regimiento, compuesto por tres batallones! ¡Y en cada batallón hay cuatro compañías, las cuales cuentan con doscientos cincuenta hombres cada una! ¡Forman cada Compañía cinco Secciones, compuestas a su vez de cincuenta quintos! ¡Y en cada Sección hay dos Pelotones con veinticinco hombres! ¡Por último, el Pelotón tiene dos Escuadras de doce soldados cada una!

Calló un instante, desinflandósele el tórax, porque el Administrador Militar de la Fortaleza le tendió un mensaje que leyó y asintió.

-¡Soldados –las condecoraciones se elevaron nuevamente en el

pecho hinchado–, han sido ustedes dotados de la preparación necesaria para enfrentar y vencer a la rebelión inicua que paga con tamaña ingratitud la benevolencia de la Madre Patria española! ¡Por los crímenes, el robo, el fuego y la destrucción, Cuba ha dejado de ser aquel jardín del mundo y verdadero oasis donde la vida se deslizaba en medio de todas las seducciones, de todos los encantos, en la abundancia, en la riqueza y en la paz inalterable! ¡Pero con vuestro esfuerzo y sin el temor a la muerte del que ya vosotros haceis gala, recobraremos todo este suelo que es y será por siempre español! ¡Jamás retrocederemos cuéstela lo que la costare! ¡Viva la República! ¡Viva España!

Llevó entonces el papel a sus ojos para ir recobrando la respiración normal y, con voz cambiada, ordenó que dieran un paso al frente quienes supieran leer, escribir y sacar cuentas claras. Un murmullo recorrió la tropa. En algunos rostros se pintó el asombro, titubeó la mayoría y el jefe repitió la orden. Muy lentamente regresó la respuesta en las piernas de cuatro quintos al moverse hacia adelante. José Vicente era uno de ellos.

-¡Rooompaaan filasss!

Solos, de pie, quedaron los del paso al frente. Parecía que los hubieran olvidado, cuando vino por ellos un sargento para llevárselos al despacho del Administrador Militar. Varias mesas con cargas de papeles se alineaban en un recinto abovedado y al fondo, detrás de una sólida puerta, Su Majestad Isabel II supervisaba ceñuda y con rostro de óleo, la labor del adusto administrador que levantó los ojos al entrar el grupo pero continuó firmando y acuñando recibos y órdenes sobre su escritorio.

-Con el consentimiento de Su Excelencia el Brigadier Gobernador Gefe de este castillo, hemos tenido a bien dejarlos para que con su buen entendimiento hagan tareas de escribanos en asuntos no sólo militares, sino también en otros de carácter civil que pudieran presentarse.

Caramba, no se enredaría con los ñáñigos, plomazos y machetazos de por medio, además de las lluvias y el sol en la manigua como ya había oído a los viejos soldados de La Cabaña; y su trabajo no sería rígido como todo lo militar ni estaría en la guerra. Con tales pensamientos flotó José Vicente Regera, las manos en los bolsillos, hacia el dormitorio. Beinell saltaba con un fusil imaginario atravesando cuerpos y avanzando entre las filas enemigas, en medio de un grupo que le escuchaba boquiabierto el recuento de las peripecias futuras. Se volvió y luego de hacer una mortal descarga contra veinte negros y chinos, abandonó triunfante el campo de batalla.

Al explicarle Regera los motivos del paso al frente, Beinell se

separó un poco y, lejos de felicitarlo por alejarse de la muerte inmediata, le espetó con rudeza la agazapada cobardía que respiraba en algunos, porque si soy yo me niego, he venido a esta Isla a pelear y a eliminar a esos ingratos que nos deben el lenguaje, caminan y se visten porque los enseñamos, porque eran indios con taparrabos, y hasta saben comportarse pues les enseñamos nuestra religión... ¡A éstos tenemos que retorcerles el pescuezo y no es desde atrás de un escritorio como salvaremos la honra de España!

El violento estallido de Beinell lanzó el cuerpo de Regera hacia una pared y él, sin comprender a fondo, se apartó callado, pensando que quizás el otro llevara parte de la razón pero contra él no era la guerra, no afectaba a la gente de Baneira y mucho menos a su familia, tampoco le interesaba escalar a General ni alcanzar la Gran Cruz de San Fernando. Y no creía en el sueño de regresar rico. Además, tenía ideas propias. Por otro lado, él estaba convencido de su valentía personal, a nadie más tenía que demostrársela.

Miró entonces con otros ojos a José Beinell García, sin rencor pero teniendo en cuenta su temperamento. Lo quería como amigo y por lo mismo debía tolerarlo. Beinell por su parte era una de esas gentes que explotan en un santiamén y olvidan a igual velocidad. Por supuesto, siempre dejando heridas en los demás y los sentimientos ya no serían los mismos. Más, a quién acudir cuando la nostalgia atrapaba al corazón lejos de la familia, de la aldea, en una tierra desconocida. De quién recibir aliento para no extraviarse en el tiempo y regresar con la memoria intacta. No podía seleccionar tanto, encima de que José Beinell García se afanaba en brindar lo poco que tenía, principalmente las ideas que en ocasiones llegaban a ser luminosas.

Y por Beinell lo supo, que a La Habana podían ir fácilmente. Y lo necesitaban para calmar el espíritu. Porque a las dos semanas de estar en la fortaleza, las mil setenta y siete varas de largo de los imponentes muros se les habían reducido a un pequeño tramo de fácil recorrido. Y casi se sabía de memoria las construcciones en las más de ciento cuarenta y tres mil varas cuadradas ocupadas por toda la fortaleza. Era preferible la cárcel, pues en una celda se tenía la certidumbre de no poder ir hacia ningún lugar; dondequiera que se mirase estaba la pared y nada más. La libertad en la ciclópea Fortaleza de San Carlos de La Cabaña era ilusoria y peor aún teniendo tan cerca, al otro lado de la estrecha boca de la bahía, la dinámica vida habanera.

Era muy triste ver hundirse el sol incendiando el horizonte, más allá de los edificios que no se parecían a los miserables lares con paredes de rocas amontonadas como los de Baneira, escuchando a la vez el rasgueo de alguna jacarandosa guitarra o el modulado toque de los tambores negros, rítmicos sonidos que viajaban incitadores por sobre el agua, acompañados las más de las ocasiones por voces que traían una inconfundible sandunga criolla, y enredados en ellos viajaban fabulosas visiones de enaguas –sin faldas encima– cubriendo atractivas pieles del color de la canela, oh Santiago Apostol, permíteme echar una mirada a La Habana, cuando Beinell insistía en lo fácil que era visitar la ciudad.

Lo decidieron una tarde después de registrar los bolsillos y comprobar el dinero que les quedaba a cada uno. Empujado por Beinell, Regera iba delante con temor en las piernas. Sería la primera aventura en un lugar donde el enemigo podía sorprenderlos a la vuelta de cualquier esquina. El sargento que llevaba y traía la correspondencia de la Capitanía General no se hizo de rogar. Al contrario, arrebató los diez céntimos –cinco por cada uno– que le tendieron los jóvenes y añadió que cuantas veces desearan dar una vuelta por La Habana vinieran a verlo, porque me vine acá hace tres años y sé lo que es estar encerrado en La Cabaña.

Atravesaron el largo y ancho muro por un pasadizo cercano al obelisco erigido a los soldados españoles caídos en 1851, en Cárdenas, cuando rechazaron la invasión capitaneada por el anexionista Narcizo López. El joven se prometió detenerse a leer las tarjas a la vuelta. Ahora no podía porque descendían por una escalinata de durísimos escalones de piedra hasta un pequeño muelle de madera. Los esperaba un botecito a remos que, al atravesar la bahía, fue sacudido por las fuertes ondulaciones producidas por un buque de bandera norteamericana; iba saliendo de la rada habanera y en su cubierta trabajaban gentes de todos los colores. José Vicente supuso que

cualquiera podía enrolarse en uno de esos barcos para alejarse de la guerra. Pero rechazó la idea por absurda y porque en menos de diez minutos ya pisaban tierra firme.

Desde entonces varió el ritmo de sus corazones.

Bajo un cielo rojizo la ciudad se levantaba sólida y gris por las altas edificaciones de la Catedral, el Castillo de la Real Fuerza, el Palacio del Segundo Cabo, el Palacio de los Capitanes Generales, la Universidad de La Habana, el Convento de Santa Clara de Asís... Pero de más cerca, las fachadas de casi todas las casas estaban pintadas de amarillo oscuro, azul añil y verde apagado. Al lado de los preciosos palacetes se extendían avergonzadas las viviendas de embarrado y acanaladas tejas criollas.

Invadiéndolo todo estaba el olor a la vieja carne del tasajo hervido, olor que venía uniéndose y desuniéndose a la grasa recocinada de las fritangas y a los sudores de las bestias haladoras de carretones y, viajando en las aguas espumosas que escapaban de las viviendas, iban excrementos humanos, animales muertos y basuras –que antes de parar finalmente en la bahía– inundaban el centro de las calles por donde transitaban raudos carruajes que declinaban de lo opulento a lo mustio.

Contribuía al aturdimiento de los jóvenes soldados el griterío de los caleseros –algunos con argollas de oro en las orejas– azuzando a las bestias para dar mayor velocidad a las volantas, y que las gentes saltaran a las estrechísimas aceras, donde a codazos los transeúntes ganaban el camino. Los tristes aullidos de los perros hambrientos se confundían con los vivaces pregones de los negros cargando en sus cabezas o en carretillas canastos llenos de olorosos panecillos o de canisteles, caimitos, caimitillos, pomarrosas, mangos, piñas, zapotes... Mientras, muchas negras gordas y tetonas, con las posaderas afincadas en asientos de tijera, sumergían tenedores en grandes calderos donde nadaban en aceite hirviendo frituras de bacalao y maíz tierno o preparaban pan con lechón asado, sin faltar por supuesto el espumoso guarapo que brotaba de cañas de azúcar comprimidas entre dos mazas cilíndricas y servido en jarros sospechosamente limpios.

Destacándose entre la masa negra, querían pasar inadvertidos hombres de mirar razgado[14], con pantalones blancos a media pierna y largas trenzas de cabellos muy lacios, que llevaban y traían bultos de ropas lavadas y planchadas o cargaban a ambos lados, pendiendo desde los extremos opuestos de una pinga, grandes cestas llenas de vegetales.

En pocos minutos habían visto una parte de las entrañas habaneras, concentrándose lo descrito en un compacto y reducido espacio como si el exótico Nuevo Mundo los asaltara en bloque, repelente y atrayente, porque también estaba el exuberante verdor de la floresta, rodeado de

un cielo recién salido de alguna acuarela, a más del intenso colorido de cuanto animal, cosa o persona se moviese al compás de un ritmo oculto en el denso ambiente. La ciudad discurría bajo un poderoso embrujo y José Vicente sintió que La Habana era mil veces La Coruña por el ruido, el gentío y su paso apurado. Pues a diferencia de los escandalosos habaneros, los coruñeses eran frugales, de carácter melancólico y vestidos siempre con tejidos oscuros.

Mirándolo todo con verdadera sorpresa, Regera y Beinell esperaron por el sargento durante horas. Se lo había tragado el imponente edificio que albergaba al General Don Domingo Dulce, sustituto del anterior hacía poco y principal figura político-militar de la Siempre Fiel Isla de Cuba. Los dos dragones apostados en la puerta de madera maciza observaron recelosos a los jóvenes, quienes decidieron atravesar la calle para meterse en la Plaza de Armas, donde el rey Fernando VII contemplaba con ojos marmóreos, bondadoso e impasible, el ir y venir de hombres que buscaban soluciones a sus problemas en las oficinas de la Capitanía General.

6

El enorme reloj de la entrada principal, allá en lo alto, parecía detenido. Impacientes ya, vieron acercarse a dos mulatas reidoras, que a causa de los estrechos talles sus bustos saltaban para casi explotar por encima de los atrevidos escotes; pasaron abanicándose al lado de los jóvenes con miradas invitadoras hacia sus bolsillos. Beinell creyó en el amor a primera vista y Regera lo aguantó; podían haberse enamorado de ellos, era cierto, eran blancos y de la Península, soldados al servicio de España, pero, paisano, hoy tenemos cinco céntimos y eso apenas alcanza para refrescos.

Ellas querían que de todas maneras los mozuelos las conquistasen a fuerza de tintineantes palabras, mas, para suerte de ambos, vino a rescatarlos el sargento que había andado rapidísimo, apenas diez minutos me llevó hoy hacer la diligencia. Demos una vuelta a la ciudad. ¿Qué les parece la Plaza de Toros?

Arrancaron con prisa por toda la calle del Obispo, empujando a los vendedores ambulantes que les metían sus mercancías por los ojos, cuando cedieron el paso a tres caballeros blancos enjoyados hasta en las miradas, cuyas vistas erguidas y de lejanas metas no reparaban en las extendidas manos de criaturas harapientas, la mayoría viejos negros, que suplicaban una limosna. También en sentido contrario, tomándose completamente la vía y hasta obligando detenerse a todos los transeúntes y carruajes, avanzaba un piquete del Cuerpo de Voluntarios[15] con fusiles y bayonetas caladas dispuestas para matar. Sus vistosos uniformes, como que los habían sufragado los indianos ricos y la Iglesia Católica, eran polainas de cuero pulido, chaqueta y calzón de pana azul, con blusa y pantalón de dril cazador, llevando en la cabeza con orgullo desmedido la roja barretina. Iban elevando las botas al unísono para dejarlas caer con estruendo sobre las piedras, cuando un mendigo pretendió atravesar la calle y cayó ante la marcialidad sin freno.

-¡Y ellos qué se creen! –exclamó José Beinell mientras Regera se agachaba ante el negro que expiraba.

-Esconde la lengua, muchacho –susurró el sargento–. Vamos, vamos.

-Pero..., pero...

-Andate rápido, que con esta gente no se puede hablar.

Al entroncarse las calles del Obispo y de Monserrate vieron un imponente muro que todavía alcanzaba diez metros de alto en algunas partes en pie; cuadrillas de negros sudorosos luchaban con mandarrias y barretas para sacar enormes peñascos de sillería que otros cargaban en carretones.[16]

Y justo allí, en la calle de Monserrate, los jóvenes vieron cómo se

iban encontrando las empedradas calles con los barrizales y montes, separadas sin embargo ya no por la colosal muralla sino porque atrás iban quedando las paredes de cal y canto y transitaban ahora entre apiñadas casas de madera, techadas de tejas criollas o guano. A partir de ahí la calle cambiaba de nombre, llamándose San Rafael. Hablaba el sargento de lo exquisito que era comerse un pedazo de capón asado, con los condimentos criollos, porque veían atravesar la calle una bandada de pollos al lado de cerdos rollizos, cuando se escucharon disparos esporádicos en dirección a la Plaza de Toros, en la Calzada de Belascoaín.

-Sigamos, sigamos –decía Beinell remedando el paso de los voluntarios–. ¿Quién se atreve a hacernos algo?

El sargento, al contrario, sugería regresar porque otros ánimos se mueven en La Habana, me acuerdo que a principios del año pasado se reunió un grupo de laborantes en el teatro de Villanueva y, a sus gritos contra España, respondieron los voluntarios defendiendo la integridad nacional; la sangre corría por las calles, muchachos, y no quiera dios que ahora corra la nuestra, así que volvamos.

-Eso fue entre voluntarios y revoltosos.

-Te equivocas –replicó el sargento–. La esquina que dejamos atrás, frente al teatro de Tacón, es la del café del Louvre, donde se reúnen muchos paisanos y adonde los voluntarios acudieron a causa de un tiroteo desde allí mismo... Porque había desorden, es verdad, pero sin preguntar ni fijarse mucho atravesaron a bayoneta limpia a mucha gente, paisanos como nosotros la mayoría... Hubo cuatro muertos... Eso fue el año pasado, ahora es peor porque los habaneros se van entusiasmando con los ñáñigos en la manigua.

Pero nosotros vamos a la Plaza de Toros, decía Beinell, alargando todos los razonamientos cuando vieron, en la esquina de las calles de San Rafael y del Campanario, un grupo de negros rodeando a alguien tirado allí mismo. Supieron que era una morena muerta, cuya sangre salida por la boca formaba un charco oscuro alrededor del rostro contra el suelo. Había ya un carretón, y un negro viejo se afanaba en subirla a la parte trasera del vehículo junto a basuras y a un perro muerto. La gente continuaba aglomerándose. Comentaban que la habían lanzado desde una volanta en marcha; no, que fue de un quitrín; no, que la mataron ahí mismo...

Constancia, curiosa y armada de la inseparable cesta porque buscaba mejores precios fuera de los muros, también se acercó para ver por encima de las cabezas. Y la ahogó un repentino sollozo. Hubiera querido correr, perderse entre los carruajes que rodaban como si nada o ser uno de aquellos pregoneros. Pero sus pasos inconscientes la habían llevado hasta allí y ahora, ya muerto, yacía en grotesca posición el único vínculo con sus ancestros. Era su esclava

Yemula. Constancia se sentía obligada a acompañar a la hermana fallecida, aunque luego los amos la castigasen con la mayor crueldad.

-Sigamos, sigamos... –insistió Beinell viendo con su feraz imaginación, en el centro del ruedo, la nubecilla de polvo levantada por la pata nerviosa del toro antes de embestir el paño carmesí.

Y a media cuadra había otro grupo de negros y blancos ruidosos alrededor de un individuo de ojos razgados que a media lengua decía con voz cantarina:

-Animalito que anda pol tejao y no lo lompe– no más terminar el versito, las voces se alzaban para pedir, ¡oye, chino, ponme un quilo al gato boca!, ¡dos quilos al gato fino! ¡un quilo al ratón!, y las apuestas seguían para que el chino, después de embolsillarse el dinero, respondiera con rostro serio y sonrisa pícara:

-Todo se equivocalon, polque é elefante! –y rápidamente recogía el cajón entre insultos y risas.

Los jóvenes se detuvieron para atravesar al sargento con preguntas y el otro dijo que eso eran estupideces de los criollos; mientras, el tiroteo había arreciado y Regera apoyó la idea del regreso, por lo que dieron media vuelta en la esquina de las calles de San Rafael y del Campanario, y alcanzaron a ver entonces una negra dotada de gracia y sencillez detrás de aquel carretón traqueteante que llevaba, en su parte trasera, el cadáver de la que habían visto en el suelo. Al pasar junto al vehículo Regera dio media vuelta a su cabeza y miró –sin ver– que la acompañante delgada y alta lloraba en silencio y apretaba fuerte la cesta de mimbre, su único asidero.

7

Iba el carretón a torcer hacia la izquierda por la calle de Manrique, cuando José Vicente volvió de nuevo su cara y sí vio esta vez que Constancia alzaba la suya para abrir los ojos, donde a él casi le pareció descubrir un misterio oculto a otros. El joven recorrió la piel alrededor de aquellos intensos ojos negros y ya no le interesaron, porque estaban en un rostro moreno. A ella le ocurrió igual, pues creyó ver antes una mirada distinta de las despóticas conocidas. ¡Otro blanco de ésos!, murmuró Constancia, y apuró el paso. Fue como si jamás se hubieran visto. O sí, sí se vieron bien. Aunque no precisamente ellos. De ambos cuerpos saltaron dos sombras o dos luces, muy confuso era todo, que atravesaron vendedores con sus cestas, quitrines y volantas, los caballos que halaban aquellos carruajes... Eran sombras como con una luz detrás, ribeteadas ambas de un fuerte haz; una, de rígido tórax, encima de brioso corcel blanco y larga espada al viento; la otra, a pie pero flotando igual, envuelta en el amplio y pesado taled y el kefi cubriéndole la cabeza y parte del rostro. Nadie en la calle se dio vuelta pero el choque fue memorable, pues una miríada de chispas inundó la confluencia de las calles de San Rafael y de Manrique. Detenidos frente a frente y lanzándose miradas escrutadoras, lograron entenderse mediante el universal lenguaje de los muertos:

quién eres tú que puedes verme

soy el alma en pena de un insepulto caballero cruzado pero vuestros ojos también me descubren entonces a quién pertenecen debajo de esas pobladas cejas

soy el califa fatimita hakem

pues mi gracia ha de deciros mucho porque plantado ante vuestra presencia se encuentra el príncipe tancredo invencible entre los temibles cruzados que ha mucho tomaron el sepulcro santo

ah fuiste tú uno de los que mi ejército combatió en

cuán equivocado estais azote de dios todopoderoso y de su hijo jesús pues a aqueste gentilhome nadie jamás lo combatió y

Y precisamente, en la esquina de las calles de Manrique y de San Rafael, todos se separaron: los tres jóvenes siguieron recto, mientras el carretón doblaba a la izquierda para dirigirse al Hospital de San Felipe y Santiago, donde practicaron la autopsia a la negra. Llorando desconsolada, Constancia esperaba afuera al lado de un carromato techado, con cruces latinas pintadas de negro a ambos lados en la lona

y tirado por dos mulas que manejaba un negro muy serio, quien buscó espacio para el nuevo cadáver entre otros seis.

Ya ella sabía que enviarían el cuerpo a la parroquia del Monserrate, adonde se dirigieron entre voces que exclamaban: ¡¡La Lechuza, solavaya!! -hasta llegar al sagrado recinto donde el párroco desde el suelo movió rápido el hisopo en el intento de esparcir agua bendita sobre aquellos muertos, amortajados con lienzo basto y sin ataúdes, mientras pronunciaba en latín y a igual velocidad la misa sacramental.

Del breve discurso, dicho sin mucho esfuerzo, lo único que llegó al entendimiento de Constancia fue "¡Aaarrre, mula!", gritado por el negro ante la señal de la mano santa que lo invitaba a retirarse con celeridad porque se acercaba una engalanada carroza fúnebre, guarnecida de crespones negros, que ocho caballos blancos halaban en suave trote. Ya los profundos redobles de las campanas se dejaban escuchar en toda la ciudad anunciando a muerto distinguido, cuando el cargado carromato se alejaba de los escalones eclesiásticos.

Retrocedieron por la calle de Manrique hasta la calle de la Reina y siguieron recto, por entre matorrales, palmas y desperdigados bohíos, hasta un camino de hondas huellas trazadas por anteriores ruedas llevando miles de difuntos cuando la última epidemia de cólera morbo[17], concluida casi ayer mismo. Las mulas parecían conocer el camino porque el conductor las azuzó una sola vez en todo el trayecto y, sin proferir voz alguna, aumentaron la marcha –dejando a Constancia muy atrás juntos a otros dos acompañantes–, para al fin frenar ante el portalón de madera con una cruz latina en lo alto que identificaba al Cementerio de San Antonio El Chiquito.

Detenidas las mulas a la voz de "¡Sooooo, bestia!", Constancia se acercó ya sin lágrimas para estirar una mano y sentir la terrible frialdad traspasando el lienzo, al tiempo que murmuraba:

-Has tenido más suerte, hermana, porque la paz de la muerte es preferible a la tranquilidad en la esclavitud. Y ciertamente, *oko kan la miguayé oko kán la mi orún Iya olomó orisa oyaré*.[18]

No le dio tiempo a más. Mientras el amanuense entraba en una instalación provisoria con las boletas de las inhumaciones de ese día, La Lechuza arrancó a mayor velocidad que la traída hasta allí para saltar sus ruedas sobre piedras y los amortajados cuerpos se reacomodaban de continuo unos sobre otros, hasta un gran hueco que los recibió desde las piadosas manos de dos sepultureros que fueron lanzándolos de lo alto de La Lechuza hacia el fondo y, encima de todos, les esparcieron cal viva para, palas en manos, apisonarles la tierra suelta.

Constancia llegaba al sitio cuando allí sólo quedaban las huellas de los vivos, pisadas que el viento y la lluvia borrarían horas después.

Cuánto dolor, ni flores ni una simple cruz –según la creencia de los

blancos– en este cementerio de olvidados de la Vida y de la Muerte, donde tampoco ahora puedo ofrecerle algo de comer o de beber si ella tuviera hambre o sed cuando flote convertida en Ara-Orun, si es que allá arriba hay algo. Lejos de Constancia, allá en la improvisada oficina, asentaban las defunciones de ese día en los Libros de Enterramientos del Cementerio General de San Antonio El Chiquito[19], donde, bien separados en la hora suprema, hacían filas los Blancos por una parte y los Pardos y Morenos por otra para recibir cada uno el lugar que les correspondería por siempre aquí abajo y allá arriba:

> *En veinte y dos de abril de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General al cadáver de una morena que tirada de un coche por la calle de San Rafael cayó al suelo arrojando gran cantidad de sangre por la boca, cuya negra se ignora quien sea y practicada la autopcia resultó una aneurisma que tenía en el corazón, fue conducida por un emancipado del Ramo de Calles y remitida de la Parroquia de Monserrate y lo firmé*
>
> *= = Antonio Fonte y Arechy.*

Capítulo III
EL ENCUENTRO

Un hombre y una mujer

1

Todavía pasaban visiones fugaces de negras vendedoras, de mulatas incitadoras, de emperifollados caleseros, cuando Regera y Beinell despertaron por la nota monocorde del cornetín y desde la cama, con los ojos cerrados, todos metieron el cuerpo en la ropa y los pies en las alpargatas, para ocupar su lugar en la Plaza de Armas cuando el sol era todavía un tímido fogonazo en el horizonte a sus espaldas. Era una mañana gris y, al parecer, la lluvia no se haría de rogar.

El Comandante Sargento Mayor no estaba solo ante los soldados. Algo distinto flotaba en el ambiente. Lo acompañaba el Brigadier Gobernador de la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña. Los jóvenes se dieron cuenta de que había llegado al fin el día que me escuchas, gracias, Santiago Apóstol, pues saldré a luchar por la Gran Cruz de San Fernando en el mismísimo corazón de la manigua matando ñáñigos y chinos.

Allá en lo alto el Brigadier Gobernador les dirigió breves palabras de despedida y Regera supo cómo terminaría la arenga mucho antes de concluirla el alto militar, porque había oído una igual en las despedidas en la Madre Patria, durante el viaje, a la llegada y cuando el adiestramiento, pensando siempre que escucharía la última. Mas, para desgracia suya, continuaría oyendo discursos similares y decidió resignarse tapiándose las orejas a la vez que contemplaba los rostros de los soldados. Era un ejercicio que practicaba a menudo y al que le había sacado magníficos resultados; recordaba, por ejemplo, al padre Mateo disparando sermones en la parroquia de San Pedro de Silvarredonda, a la feligresía compuesta por viejas beatas, y cómo el rostro del añejo sacerdote no concordaba con el llamado a la santidad, y que a la vez rechazaran pensamientos lujuriosos y viciosos.

Estaba Regera ocupado en tal maniobra, cuando descubrió que delante de él había un quinto tembloroso al que le corría abundante sudor por el cuello, empapándole la sobaquera. ¿O era agua de la llovizna que arreciaba por momentos? El otro permanecía rígido y pálido y José Vicente creyó que se deshidrataría. Entonces lo reconoció: era el mismo que entregara aquel sobre cerrado al Teniente Coronel de Artillería; el mismo que recibiera el sobre de otro oficial en Carballo. Una sonrisa coronó el semblante de Regera.

Mientras, Beinell, en el otro regimiento, tenía una cara de mil demonios. Golpeaba los adoquines a taconazos y maldecía a los jefes desconocedores de su valentía y habilidades como soldado, capaz de dejar tendidos en el campo de batalla a cien enemigos juntos.

De todos era ya conocido el rumbo que tendría cada compañía. Y el

muchacho sudaba, los adoquines sufrían las patadas y Regera sonreía, cuando ordenaron romper filas para el almuerzo rápido, pues ¡¡en breve partirán los designados rumbo al Oriente de la Isla!! Y comieron a trompicones, en viajes repetidos de cucharas de lata desde los platos hasta las bocas, ligeras sopas y arroz con tocino, además de enormes y duras galletas.

A la salida del comedor, José Vicente Regera se acercó a José Beinell García para felicitarlo por el heroico destino que le dieran, y el otro preguntó si era burla porque ¡joder, paisano!, no me mandan a Cuba, directo a la manigua donde los insurrectos se pasean como dueños de esta provincia española, sino a un tiro de cañón desde aquí, ¡leche!, a la jurisdicción de Marianao, bajo el mando del capitán Eladio Pereyra Suárez, para sustituir a quienes van a combatir frente a frente al enemigo. Regera se abstuvo de felicitarlo, pero en lo más hondo de su conciencia se alegraba de que Beinell no corriera peligro. Muchas y malas noticias llegaban filtradas, en la oscuridad de la noche, entre cigarro y cigarro, a escondidas de los jefes, que las muertes eran más que las victorias, aunque todos afirmaran que España ganaba la guerra.

Los designados cargaron con los sacos de alpaca para caminar en fila por las resbaladizas y adoquinadas calles de la fortaleza, salieron a través de la arcada y descendieron por la rampa a la Baja Pastora para ir embarcándose en las lanchas que los llevarían a través de la bahía hasta muy cerca de la estación de Villanueva, donde los esperaban rugientes locomotoras para llevarlos a Batabanó y de allí en goletas dirigirse al interior de la Isla.

Y bajo un descomunal aguacero, porque transitaba el mes de mayo, los dos amigos se despidieron a la salida de La Cabaña casi para siempre, ya que, en una guerra, no hay nada ni nadie seguros. Aunque ambos tenían la esperanza de un reencuentro. Dejaron de verse los brazos levantados tras la gris cortina de la lluvia; y un tremendo vacío se apoderó de Regera. La vida no tendría mucha diferencia en adelante, pensaba él; continuaría en la fortaleza copiando asuntos que no le interesaban y llevando cuentas de números que nada le decían.

Muchas veces pensó abordar al sargento para atravesar la bahía otra vez y meterse en el vértigo de las calles habaneras. Y una tempranísima mañana, que previo aviso, la tendría libre, imitó la vivacidad de Beinell, porque sin dar tiempo al otro a preguntar ya estaba dentro del bote, remando, incluso, para ganarse la amistad del experimentado militar.

No más saltar al muelle y cruzar la calle de La Marina, para sentir libres sus piernas, los brazos, el pensamiento..., y ni tiempo le dio a hablar al sargento, fundiéndose rápidamente con el gentío, sin dejar de destacarse por el uniforme de gala que exhibía: casaca azul con cuello rojo, y del mismo color hombreras y vivo a lo largo de la botonadura dorada. También era rojo el pantalón y negras las botas pulidas; la gorra, roja en su parte superior y azul abajo, mostraba un breve penacho en su visera colorida.

José Vicente avanzó erguido por delante de varios tenderetes situados de espaldas a la bahía y se sintió vigoroso ante los pequeños y débiles vendedores. Tuvo por primera vez conciencia de que su paso había cambiado, porque ya era largo y firme. Estaba por un lado la juventud vibrándole en cada célula, y, por otro, aquel trabajo en el campo gallego le había tensado los músculos. Y eso tenía que agradecérserlo al viejo. Buscaba ni sabía qué, porque a mirar había venido a la ciudad, cuando sus ojos pasaron sobre cristales en los escaparates de una tienda donde vio un soldado de gallardo porte. No se reconoció. No podía. Era la primera vez que se veía de cuerpo completo. Uniformado. Y se recreó en la imagen admirable, pero con la misma rapidez se dijo que eso era cosa de mujeres, para seguir caminando. Otros, sin embargo, contemplaban su piel rosada aún sin tostar por el sol tropical y la empinada estatura del muchacho de mirada limpia, que parecía ver el mundo por primera vez.

Tomó por la calle del Obispo, con diez céntimos en los bolsillos, para tratar de llegar a la Plaza Vieja. A un viandante le preguntó dónde estaba el mercado y el otro le indicó que fuera por la calle de los Mercaderes hasta Teniente Rey. Iba rememorando su primer paseo por La Habana, cuando un quitrín que siguió de largo casi lo atropelló además de mojarle el pantalón con el agua estancada en un hueco. Los individuos del carruaje lanzaron estruendosas carcajadas al ver los ojos desorbitados de José Vicente, que pasaba del susto a la confusión y finalmente a la ira. Repuesto ya, echó a andar. Su paso abandonó aquella elasticidad de antes, y ya no iba erguido. Se empequeñecía a medida que el vehículo alejaba las risas, porque las ruedas girando a saltos iban aplastando su gallardía. Resurgieron aquellos sentimientos de rechazo a la parte alta de la sociedad y comprendió que en cualquier lugar del mundo algunos pueden más que otros. No bastaba

ser blanco, ni soldado, ni peninsular. ¡¡Dinero, dinero, dinero!!, esa era la fórmula, y Beinell tenía razón. De dos manotazos intentó quitar las manchas de barro como tratando de borrar el primer encontronazo con los criollos. Y mirándose el pantalón tropezó con un vendedor negro y se disculpó; el otro sonrió para cederle el paso. Otra vez en marcha, iba José Vicente ganando el camino a codazos, entre quienes andaban de prisa, cantando algunos, otros en una improvisada rumba, hablando en muy alta voz, bebiendo en bares de malamuerte o a pico de garrafa en la misma calle...

Rodeado de cientos de personas, él se sentía infinitamente solo, como extraño que era en un mundo desconocido. Desorientado, siguió adelante hasta que la rúa se abrió inmensa convirtiéndose en plazoleta con una lujosa edificación al fondo. Parecía que la mitad de La Habana se dedicara a vender y la otra a comprar. Pero no era cierto. En el mercado mayoreaba la gente humilde que pregonaba mercancías o las regateaba, o limosneaba, pues ésa era una de las más extendidas faenas de la población. Muchos esclavos domésticos cumplían órdenes de sus amos y discutían precios y calidades para librarse del castigo por gastos excesivos. Acentuaban la barahúnda los mugidos de bueyes haladores de carretas, los ladridos de perros callejeros y el alboroto de cuanto animal enjaulado presentía que su destino era el fondo de un caldero.

Sobrecogido por la abigarrada multitud, José Vicente apenas sintió el empujón propinado por un individuo bajetón, con barba oscura y ojos azules. Lo seguía un negro fuertote y descalzo, de remendado pantalón a media pierna. "Quédate aquí, es el que voy a saludar al lado de la fuente", le dijo el primero al segundo. Y el joven soldado iba a seguir su camino, cuando descubrió ante una tarima una hermosa mujer negra que seleccionaba mangos para colocarlos en su cesta. Separaba el brazo derecho del talle para, sin inclinarse, tocar las cáscaras de las frutas con la punta del dedo y luego, indecisa, llevarse el mismo dedo a la boca para morderse la punta y hacer la misma operación una y otra vez. Cubría su cuerpo un vestido rústico y sin adornos que, lejos de restarle elegancia, la mostraba seductora. Porque los contornos de su figura aparecían perfectamente delineados bajo la pieza única.

José Vicente intentó hablar de la agradable visión y miró a derecha e izquierda. Recordó entonces que Beinell no andaba a su lado. El estaba solo, aunque lo rodeara mucha gente capaz de crear todos los sonidos del mundo. Regresaba a la mujer cuando se distinguieron dos voces entre la algarabía.

-¡Cómo está usted, mi querido capitán! ¿Por dónde andaba que hace mucho no se le ve?

El aludido se reponía de la sorpresa y en su rostro se dibujó una

mueca que quiso ser sonrisa, a la vez que respondía a la mano extendida.

-¡Grande sorpresa la que usted me causa, Tenaza! ¡Y permítame llamarle por su nombre de faena! ¡Verle por estos suburbios, mezclado entre tanta gente de bajas posiciones!

-¡Encargos, mi querido capitán! ¡Encargos! Ahora le dejo pues mis asuntos apremian. ¡Que la pase usted bien!

Y el capitán del barco negrero se llevó las manos a la cintura para ver que Tenaza se alejaba, al tiempo que movía la cabeza a ambos lados, chasqueando los labios.

José Vicente adelantó un paso para ver la cara de la muchacha que, por cierto, era negra pero endemoniadamente atractiva. Ella fue elevando el rostro ¡y tropezó con los mismos ojos! Sostuvo la mirada. Y de súbito, el mundo se les desapareció. Como si ellos dos fueran los únicos. Los primeros en la vida. Avergonzada, la muchacha bajó la cabeza recorriendo la figura masculina. En las piernas de él se dibujó un retroceso, mas no se movía. No podía dejar de mirarla. Ella lo sabía. Una fuerza oculta lo empujaba hacia la joven, que hubiera querido huir. Aunque esperó. Y José Vicente miró alrededor para comprobar que nadie se fijaba en ellos. A medida que se acercaba iba encendiéndosele el rostro con la cabeza ladeada, sin saber dónde poner las manos.

-¿Desea algo, su mercé?

vuelvo a verle una vez más sobre ese hermoso caballo

-Tú nombre... -dijo Regera en un hilo de voz.

ah pues heme acá presto siempre para cabalgar contra las iniquidades de paganos que como vos muéstranse en desafío perpetuo con alfanje a la cintura

-En esta tierra me nombraron Constancia –respondió en voz baja pero clara, sin levantar la cabeza, cuando a sus espaldas se escuchó un grito aterrador, como de bestia herida, pero que salía de alguna garganta humana.

La gente huía despavorida derribando canastos y lanzándose unos a otros al suelo. Sin saber qué sucedía realmente, José Vicente atinó a proteger a la muchacha halándola por un brazo para ver los dos, casi a sus espaldas, un hombre blanco tratando de incorporarse en medio de un gran charco rojo. Pero, sin compasión, un negro inmenso metía y sacaba su puñal en el cuerpo del otro que se esforzaba en llegar al muro en torno al surtidor. Y la sangre brotando de cada herida, como fuentes abiertas, teñía de igual color las manos negras, blandiendo el arma, y las manos blancas en el intento por cubrir las cuchilladas.

Nada los detenía, y al fin el blanco quedó quieto en el suelo, luego, el negro tiró con fuerza el arma sobre los techos para irse muy tranquilamente sin que nadie lo viera.

Temblorosa, Constancia empezó a llorar. Retrocedía a Ijesa para ver en repetida imagen la gente corriendo mientras ardía la aldea. Por sus ojos pasó una y otra vez el cuerpo ensangretado del generoso Obatida, y escuchó muy cerca la voz consoladora de Yemula.

-Constancia..., oye, oye...

Yemula seguía susurrándole con cariño que no temiera y, por favor, alejémonos de este lugar, vamos, vamos, no te quedes plantada ahí, mira que las autoridades estarán aquí de un momento a otro, hasta que ella reconoció la voz masculina y se apartó erizada, con su licencia, señorito, debo irme, ¿pero dónde vives?, señorito, mi ama estará impaciente, el castigo será duro, déjeme pasar, ¿vienes todos los días a la plaza? no, no, sí...

escapais califa hakem como ha mucho otros iguales huyeron de la cantadora espada y del blanco corcel bramante mas

escúchame tancredo quizás nos volvamos a ver porque tiembla ante tu vista la materia que acompaño

Y Regera la vio alejarse con pisadas que jamás llegaban al suelo. ¡Flotaba! Hasta que se paró en una esquina y giró su cabeza, porque sabe que yo la miro, él sigue en el mismo lugar mirándome, ¿qué hago, Santiago Apostol?, ay si yo no fuera esclava, la sigo, por dios, él quiere burlarse de mí porque soy negra, no, no, la sigo, me pareció un señorito respetuoso, si Beinell me viera, hasta me protegió, se reiría de mí, eso no lo hace ningún blanco. Y ya no la vio más.

Entonces saltó, sintiendo que su estómago galopaba sin freno, igual o más aún que cuando descubría entre las hojas de la vid aquellos ojos negros dejados en la aldea.

pero en qué pensais mozalbete la color de la indigna esclava jamás alcanza vuestro rango pues criaturas muy iguales hube de matar ha mucho o involuntariamente usarlas como receptáculo para sembrar la semilla de nuevos cristianos y habrían de añadirse las razones por las cuales habeis llegado a estas tierras

3

Recobraba la calma a medida que el agua salpicada por los remos iba mojándole el rostro. Luego ascendió con pereza por la empinada escalera hasta el corazón de la fortaleza, mas, al atravesar el imponente farallón, se percató entonces, porque le aplastaba el cuerpo, del peso insoportable que sentía cuando penetraba en el túnel a los pies del obelisco en honor a caídos en la refriega de Cárdenas. Y la curiosidad le picó fuerte, porque además quiero dejar de pensar en la negra que vi en La Habana, para subir por la pequeña rampa hasta el enrejado alrededor del alto obelisco con cuatro caras, revestidas de mármol blanco de Carrara.

José Vicente leía para sí en la placa de bronce, pero qué me pasa, me voy otra vez atrás de la negra, y se impuso leer en alta voz:

AQUI YACEN LAS CENIZAS DE LOS SOLDADOS
Vicente Pérez. Francisco López. Ramón
Caballero y Galo Tejedor del Regimiento
de Infantería de León y los del cabo 1º
Ginés Ibañez y soldados del Regimiento
de Caballería lanceros del Rey Feliciano
Carrasco. Roque Blanco. José Crespo y
Francisco Valenzuela que murieron en
Cárdenas el 19 de mayo de 1850 peleando
por su Reina y Patria.
COMPAÑEROS HONRAD LA MEMORIA DE LOS MUERTOS

Para suerte suya, José Vicente desconocía la enmarañada historia de aquel monumento, porque si bien los soldados pusieron sus huesos, los habaneros exhibieron una vez más la solidaridad de sus bolsillos para levantar la pirámide. Y entre todos sumaron 33,015 pesos fuertes, divididos en dos objetivos: 13,198 para repartirlos entre los familiares de los mártires y 19,817 para edificar dos monumentos, uno en Cárdenas y el otro en Las Pozas. Pero unos derechos tenían los mártires y otros deberes decía poseer el Capitán General de la Isla de Cuba, porque habiendo echado mano al dinero, lo destinó a la construcción del Colegio de los Jesuitas. Más, cuando hubo traspaso de mando en 1854, el nuevo Gobernador determinó que lo recaudado se convirtiera en los memoriales proyectados. A la par, sólo cuatro familias recibieron sus cantidades respectivas y las restantes –según las autoridades– nadie las localizó, por lo que canalizaron el dinero hacia la estatua de la reina Isabel; las sobras fueron a parar a manos del Ayuntamiento de la ciudad de Baracoa para enfrentar los efectos de un temporal.

Pero ajeno a las idas y venidas de aquel dinero, la gente al otro

lado de la bahía veía desde hacía mucho tiempo el obelisco en la cara oeste de la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña. ¡Ni que un patriota lo hubiera erigido gratuitamente!

Por suerte, él no sabía nada, y dio media vuelta rumbo al comedor, meditando en las dos inscripciones de las caras laterales de la pirámide:

A LA LEALTAD Y AL HEROISMO y EN MEMORIA DE LOS MARTIRES.

El sol convertía en sombra redonda su cuerpo casi achicharrado sobre los adoquines, cuando logró arrimarse al plato de garbanzos con tocino y galletas requeteduras. Luego fue hasta el dormitorio para no pensar en nada, pero lo atrapó una oleada de recuerdos recientes, porque es absurdo fijarse en una negra, con tan bellas mujeres como hay en La Habana, de suaves cabellos, pieles que da gusto pasarles los ojos por encima, muchas de ellas con trajes elegantes, sin embargo, esa esclava, ¿me dijo que se llama Constancia?, tiene una mirada tan, tan diferente que me hace saltar el corazón, con sus piernas brillantes y el cuello fino y esos labios, y es como si por los ojos pudiera vérsele el fondo del alma, ¡dios, qué me pasa!, ella dijo que su ama la castigaría, seguro la golpearon o a lo peor le pusieron una cadena en un pie, cuando respondió que ¡Sí, Encarnación, ya llevo las cebollas picadas! Y corrió de la cocina persiguiendo la voz de Leonor ¿diste brillo a mis zapatos?, para acudir ante la Señora Andrea con el acostumbrado vaso de limonada y salir de la saleta hacia el patio, con el encargo de limpiar la gracia del perro en el pasillo y recoger la ropa que ella misma lavara, pero no importa que me muera de cansancio, mejor, así no pienso nada, ni en aquél que vi.

Tarareaba en voz baja una suave melodía jamás olvidada de la aldea, mientras sumergía las manos en el agua enjabonada con que fregaba la loza de la comida y su pensamiento volaba incesantemente al mercado de Cristina, cuando de alguna parte le llegó un profundo lamento. Escuchó atenta e incorporó las caderas al ritmo que hacía con la boca. Otra vez se repitió la queja y ya no le cupo la menor duda: venía de la cochera y era la voz de Encarnación. Corrió. Pudo llegar antes que la Señora Andrea y vio al ama de llaves en los brazos de la vieja Filomena. Un recadero la había derrumbado con la terrible noticia de la muerte de su hijo Francisco, el militar del piquete de Pardos y Morenos Leales.

Constancia quería brindarle su calor a Encarnación, pero la Señora Andrea y las señoritas Isabel y Leonor apenas le dejaron un resquicio para ver la cara bonachona, contraída por el sufrimiento, con los ojos cerrados en el intento de aislarse y no creer que algo así podía sucederle, porque las madres tienen que morirse primero y los hijos después, y dime, tú, Virgen de la Caridad del Cobre, por qué me

escogiste a mí para una prueba como ésta, qué mal he causado yo que me castigas de manera tan cruel, yo que siempre he sido generosa y fiel con todos, tú lo sabes...

-¿Pero qué murmuras, Encarnación? Llora, deja que tu dolor salga convertido en lágrimas. Piensa que si el Señor lo llamó, no puedes hacer otra cosa. Reza mucho para que su alma sea recibida y bendecida por el Señor en el Cielo, que El nos creó y a El nos debemos, porque todos somos sus hijos.

Constancia permanecía de pie, a espaldas de las mujeres, pareciéndoles muy curiosas las palabras de consuelo de la Señora Andrea, hasta graciosas, si no fuera por la muerte del hijo de Encarnación, porque vamos a ver, si yo fuera hija de ese señor dios de ellos, pues fuera hermana de todos y no sería justo que me tuvieran de esclava, ¿y que Francisco va para el cielo? No lo creo, pero bueno, a lo mejor sí, porque era libre, pero de todas formas era negro y pienso que si ese señor dios nos mantiene separados aquí en la Tierra, pues dudo mucho que permita la entrada de un negro allá arriba al lado de los blancos, a no ser que como ese dios blanco es más fuerte que los dioses negros pues tenga un lugar para nosotros aunque no el mismo de los blancos, sino...

-¡¡Que vayas a la cocina a buscar una taza de tilo, muchacha!!

Y Constancia se hundió en la semipenumbra de la casona para regresar con el brebaje que pone los nervios en fila y que levantó, junto con los brazos de todos, a la respetada esclava hasta un cómodo asiento. Encarnación se dejó hacer y pasó el tiempo, sola en la cochera, porque los demás siguieron con sus tareas de costumbre hasta la hora del cañonazo, a las ocho, cuando ordenaron que todos se recogieran y que Constancia acompañara a Encarnación al barrio de Jesús María donde Francisco tenía su casita.

Y donde, entre cuatro cirios que lloraban lagrimones de cera, un mulato largo y fuerte se extendía rígido sobre una cama hundida, de broncíneos tubos hacia la cabeza y los pies, lugar en el que una mujer joven y pequeña de tanto dolor, se arrodillaba con las manos entrelazadas sobre los cabellos. Los vecinos ocupaban las dos habitaciones y las más viejas traían y llevaban vasos humeantes y platicos con galletas, queso, dulceguayaba, además de cigarros y tabacos. El ruido confuso de las voces se aplacó al llegar Constancia con Encarnación del brazo y comprobar, para su asombro, que era el mismo jefe militar que había visto en el muelle.

4

La noche se fue leeeeentamente, entre suaves bajadas de cabezas y sus repentinas subidas, hasta que al sol le dio por salir para despejar oscuridades, iluminando con sus rayos la partida de un feliz mortal porque iba en ataud sobre engalanada carroza y llegaría al seno del Señor por la vía de una sepultura digna de blancos en el Cementerio General, el de Espada.

Recorrieron tristes las calles de la que había sido casi hasta ayer mismo La Habana intramuros y salieron a la Calzada de San Lázaro para irse alejando con lentitud, el mar a la derecha detrás de las uvas caletas y los bohíos esparcidos a la izquierda, en terreno llano, hasta que el hedor les anunció la cercanía del camposanto. Salvo el gorjeo de los gorriones, ningún otro sonido recorría las laberínticas vías adonde el sol apenas llegaba entre los altos paredones rebosantes de muertos tapiados, muchos más de nueve mil.

El gentío se detuvo ante un espacioso jardín, con baranda de hierro, que tiempo atrás fue muy florido pero hoy exhibía plantas mustias como todo el Camposanto de Espada. Un largo paseo conducía a la puerta principal, consistente en par de verjas metálicas con goznes empotrados en dos columnas toscanas, mientras la amplia fachada se extendía en seis columnas de sillería con rejas también de hierro.

El celador aguardaba con un manojo de llaves en la entrada, retorciéndose los largos bigotes en el rostro mofletudo. Echó la boina negra sobre la frente y detuvo a Constancia y los demás porque sepan, comadritas, que hace muchos años las Ordenanzas Sanitarias prohibieron a los dolientes entrar en este recinto. Así que cada uno despídase aquí de su difunto.

Y los negros todos, a la sombra de dos enormes majaguas, rodearon a un viejo de sombrero en la mano derecha y almidonadas ropas blancas que empezó a hablar del Reino Celestial, echando a volar sus manos como palomas fugaces, y concluyó con los pies muy bien puestos en la tierra al decir que todos terminaremos en un hueco similar.

Constancia deslizó los ojos sobre la gente y vio que muchos adujeron urgencias para casi salir corriendo, perseguidos por el penetrante hedor; y los mismos pañuelos que secaban lágrimas, ahora se detenían convertidos en tapones en los huecos de las narices, porque adentro del camposanto los cuerpos se movían sin cesar buscando acomodo en los profundos agujeros de los nichos, donde unos sobre otros formaban muros malolientes.

Y tratando de encontrar una más agradable visión, la muchacha se detuvo en lo alto del frontispicio, para poner en práctica los últimos conocimientos arrebatados a las hijas de Andrea y Francisco, pues leyó

de corrido un letrero semicircular:

RELIGIONI. PUBLICAE SALUTI[20]

El Marqués de Esparragosa *Marqués de Esparragosa*
Gobernador Obispo

Año 1805

¿Trae usted la boleta de inhumación entregada por el párroco?, escuchó Constancia y bajó la mirada de lo alto para ver cómo el conductor de la carroza alargaba al celador el pase único y definitivo del muerto hacia el interior de la necrópolis. Y desde la oficina a la derecha el escribano admiraba los dos caballos de peinadas crines, adornados con crespones, el adusto semblante del cochero, las coronas y los cojines del churrigueresco sepelio generalmente traído por blancos. Después de una vuelta de llave las verjas rechinaron sobre sus goznes y el vehículo rodó cementerio adentro. Luego, el golpe seco de una contra otra indicó que todo había terminado. La carroza avanzó por la calle de lajas, sombreada en parte por pinos, para doblar a la izquierda y evitar de esa manera chocar con la pequeña y pulcra capilla que contenía pinturas al fresco del italiano José Perovanni.[21]

Constancia abrazó a Encarnación en un intento por exorcizarle el dolor, pero la vieja negra viajaba sin retorno dentro de la carroza florida. Y sin poder con ella, la muchacha casi cargó hasta la casa de los amos aquel cuerpo hecho pedazos para esparcirlo sobre la cama.

Allá, en el cementerio, el sarcófago había bajado sostenido por largas cintas al profundo hueco de paredes cementadas, y, al mismo tiempo, el escribano registraba al nuevo residente en el Libro No. 23 de Enterramientos de Blancos.

Caía el sol detrás de las cruces de mármol y de madera, cuando el Capellán Mariano Rodríguez Armenteros[22] se marchaba, apartando, molesto, la sotana de su pie, para no caer ante la oficina de la Necrópolis desde el estribo de la volanta. Iba irritado por la reprimenda que debió dar al amanuense ante el imperdonable error de asentar una persona negra en el libro destinado a los blancos. Sus finas manos mostraban todavía la mancha de tinta oscura del momento en que, iracundo, hizo la observación con letras gruesas al final del registro que decía así:

No. 403
Diez de Octubre y siete de agosto de mil ochocientos setenta y tres. Se dio sepultura en este Cemiterio General en Colón y Cuba cofradía de Santa Catalina tercer tramo al cadáver del Subteniente de Milicias Disciplinadas de Color D. Francisco Paula Guiros y Guiros, adulto pardo ingenuo, natural de esta capital de cuarenta y un años de edad, casado con la de

NO PASÓ

igual clase Juliana de la Merced Escalera, hijo legítimo del peninsular Antonio Guiros y de la morena esclava Encarnación, otorgó testamento ante el Escmo. D. Gabriel Ramires; y fue remitido de la Parroquia del Santo Cristo del Buen Viaje por el Sr. Cura D. Tomás Sola y lo firme = = ***NO PASO*** = = *Se traslada al libro de personas de color. Mariano Rodríguez.*

La volanta del noble clérigo desaparecía en una nube de polvo, y el escribano, con manos y pies temblorosos, buscó el Libro No 17 de Pardos y Morenos para trasladar, completa, la inscripción al folio 478, con el número de orden 403 y que aquella alma ascendiera a la Gloria por la correcta vía de los negros.

Porque nosotros tenemos nuestro camino y los blancos tienen otro, se dijo Constancia queriendo explicarse la distancia entre ella y un posible marido de ese color prohibido para sus sentimientos. Sin embargo, continuaba pensando en aquel soldado del mercado que parecía tan distinto de los otros blancos, pobrecito, debe de andar metido entre balas y machetazos en la manigua, seguro que ya lo mataron y su mamá llora tanto como Encarnación, y ahora la novia no tiene con quién casarse, o quizás esté con un fusil al hombro pensando en Constancia, a la vez que pateaba el piso de la atalaya para ahuyentar la modorra que venía invadiéndolo con este calor sofocante del mes de agosto, que ni me permite hacer agradables las horas con recuerdos buenos, porque es como si el sol y el tiempo ido incineraran los rostros en mi memoria, quedándome apenas los rasgos sobresalientes de mi viejo con sus manos duras, la voz cariñosa de mamá, las caras tristes y alegres de mis hermanos siempre obedientes ante papá, José Beinell insubordinado, tan grande a pesar del tamañito, y yo aquí solo entre estas paredes circulares con aspilleras para ver esos muros enormes que parecen sembrados allá abajo, como hechos por gigantes, pero que en realidad fueron negros esclavos dirigidos por los blancos inteligentes, quienes, sin dudas, erigieron una obra imperecedera, como esta de La Cabaña que hoy me apresa el cuerpo y el espíritu.

Y al recordar, de pronto, una anécdota histórica, José Vicente se echó a reír. Creyéndose loco, miró a su alrededor. A escasa distancia de los ojos estaba únicamente la pared de la garita, entonces rió con ganas porque el rey Carlos III pidió un catalejo para ver, desde Madrid, la obra que en Cuba había costado la escalofriante cifra de catorce millones de pesos fuertes a la Corona en 1773, además de que esta fortaleza jamás entró en combate y, por lo menos, hasta ahora, nunca nadie disparó un cañonazo desde aquí, ni siquiera para mandar

a dormir y despertar a los habaneros; así que pudo haberse quedado como un simple cerro en el que existían cabañas miserables, donde los únicos contendientes fueron chivos comiendo hierba, primero, y los ingleses después cuando dominaron La Habana desde esta elevación; mas, para suerte de España, se fueron ellos y como el terreno pertenecía al patriota don Agustín de Sotolongo y Pérez de las Alas, pues lo cedió gratuitamente al gobierno de la Siempre Fiel Isla para dejar listo el castillo a once años de la retirada británica; macizo, y laberíntico en su base cual queso gruyere.[23]

Unos pasos resonantes le hicieron entrar en su tiempo para dejar la atalaya a la guardia siguiente. Era su relevo aquel joven de los temblores y la sudadera en la Plaza de Armas cuando la distribución de tropas; el mismo al que habían entregado un sobre de papel en Carballo; el mismo que entregara el sobre en La Cabaña. José Vicente ahogó una risita, pues sin dudas es milagroso el papel machucado que este quinto trajo desde allá, porque gracias a él lo dejaron prestando servicios aquí en la fortaleza. Hubiera querido detenerse a conversar con Ramón Morgada y prestarle un poco de coraje, porque en noches oscuras, o con luna, confesaba su tremendo miedo a la muerte. Lo decía sin sonrojos, con la candidez de sus dieciocho años debajo de la falda de la madre pues, según él mismo, jamás lo dejaron alejarse de la familia ni acompañado de amigos o de familiares, lo contrario de José Vicente que gustaba de andar solo y ciego por la niebla en las montañas, y no temía a la muerte que podía venir en los colmillos de cualquier lobo o jabalí, pero lo apenaba la guerra y no precisamente porque fuera a morir, sino por no meter la muerte en el pecho de otros hombres. Más, lo de Ramón Morgada era enfermizo, incontrolable. Para este otro, las unidas Parcas estaban acechando fuera de los inconmensurables muros, y en el interior de la Fortaleza él aseguraba la vida. Así que Regera lo dejó achicándose dentro de las alpargatas, con el fusil al hombro, bien resguardado en la estrecha garita y por los amplios farallones. El, José Vicente, quería libertad, y ahora mismo la buscaría. Que la Vida volara con él por las calles de La Habana, en busca del amor bueno. Sin pérdida de tiempo fue a la oficina, pidió permiso a su jefe inmediato superior para refrescarse la cabeza a través de los ojos mirando mulatas, por lo que el otro tomó a bien la idea y le otorgó el pase reglamentario para la mañana siguiente, que la trajo una tortuga. Estregándose todo el cuerpo con un jabón de perros y cantos a la vendimia, José Vicente dejaba atrás los sudores y aparecía limpia la piel ya quemada por el sol. Se vistió con prisa, sin olvidar nada del atuendo de gala y fue otra vez gallardo, para atravesar la bahía sobre el bote y al lado del sargento que seguía recibiendo las regalías ahora con ánimos siempre más amistosos.

Ya en el muelle, una oleada de mendigos lo engulló. Pero sin mucho esfuerzo visible, su bizarría fue imponiéndose en medio del mar de harapos y mirando únicamente hacia adelante se alejó en dirección a la Plaza Vieja.

Recordaba haber venido veces anteriores y nunca vio a la muchacha, lo que pudo sucederle a ella también, porque quién sabe si aquella vez me miró con ojos de ternura y yo ahora tengo que buscarla aunque sea entre miles de personas, porque ella existe en esta ciudad, ¿me habré enamorado de la negra? *estais desequilibrado mozalbete*, loco estaría si lo hiciera, mi interés es saber si la castigaron aquel día, cuando creyó ver un conocido contoneo de faldas pero no era ella, y otra vez avizoró el leve movimiento de unas manos femeninas..., que no pertenecían a Constancia.

Así fue acercándose a los improvisados mostradores donde blancos y negros nadaban en la densa atmósfera de excrementos de cerdos, gallinas, patos, carneros y esclavos sudorosos, pieles negras que brillaban al contacto del sol reverberante de la mañana, frutas podridas y muchas otras que exhalaban aromas capaces de alejar las pestilencias cercanas.

Iba a seguir, desesperanzado, igual que otras veces, y sintió que el estómago le dio un vuelco, como si el corazón le saltara por la boca y, estremecido, trastabillando, no supo adónde caminaba, sencillamente se movía hacia una tarima con grandes naranjas al otro lado de la plaza.

te lo dije tancredo aláh omnipotente todo lo tiene escrito

no vengais anciano califa hakem con fábulas sobre la absurda predestinación pues trájome mi exacta memoria que mi cantadora espada engarzó ha mucho vuestro ruin pecho que sin hesitar albergaba esperanzas de continuar con vida

ah por fin cesan mis dudas y te reconozco fuiste tú aquel joven aventurero que se sentía señor en nuestras tierras y a quien en justo combate logré decapitar en las afueras de jerusalem cuando me desafiaste amparado en la armadura metálica tan difícil de penetrar y sin más compañía que la desgastada cabalgadura a la que antes dí muerte

magüer yo os perforé primero ya que mi férreo puño encauzado por la cólera de mi señor todopoderoso en el cielo os lanzó al infierno al lado de satanás

qué más da el primero o el último y abandona los alardes que si bien ameritan a algunos en la vida de nada valen en la muerte y no tiene

sentido que desenvaines para matar a quién recordándome ahora que ustedes los cristianos vinieron a nuestras tierras a dios rogando y con el mazo dando en las cabezas de todos

José Vicente caminaba con torpeza. Hombres cargando canastos se le atravesaban, y él debía darles un rodeo para seguir el rumbo que intuía.

os atreveis vejestorio a poneros frente a mí la última vez infiel adorador de un dios inexistente quereis acaso una nueva derrota bajad la inmunda cabeza ante el avasallador paso de aqueste noble cruzado o la cantadora os hará mirar el suelo que pisais y del cual no eres digno porque es nuestro todo

cuán equivocado sigues estando cierto es que me arrancaste la vida porque aláh te lo permitió mas no derrotaste en mí a mi pueblo pues nosotros los musulmanes estamos en todas partes del atlántico al pacífico desde marruecos a las islas de las especias y en la inmensa banda de estepas y desiertos el sahara y el mogreb arabia y asia menor persia afganistán y turquestán en el asia de los monzones y del océano índico en la india y las islas de la sonda y en las ciudades y puertos y el noroeste chinos

argucias son ésas mi dios en el cielo es harto poderoso y él impera desde lo alto en este universo que engendró y que únicamente atañe a los cristianos callad cerrad la tragadera pagano impuro

Y los ojos de José Vicente refulgieron, cual espada enhiesta, al ver frente a él la tímida mirada de Constancia.

mas para qué desenvainas cruzado ignorante no ves que tu arma es incapaz de causarme alguna otra muerte aunque me atraviese una y otra vez y circule a lo largo y a lo ancho de mi taled en todo caso hiere mucho el corazón de la materia que acompaño

La muchacha se quedó con las naranjas en las manos sin saber dónde ponerlas. No las llevaba al canasto ni las dejaba en el mostrador, sino que se oprimía el pecho a través de las frutas, con el aliento cortado, en espera de que el joven soldado decidiera una sola palabra, sí, por favor, háblame, a dónde te fuiste aquel día, por qué no apareciste más, cuando ella al fin bajó el rostro en medio del silencio y desaparecía el mercado.

-¿Dónde vives, Cons...tancia?

-En la calle del Prado número cuarenta y siete –respondió ella sin poder aguantarse la lengua que no permanecía quieta, aunque sus

manos intentaran un movimiento para detener las palabras que brotaban sin freno.

-¿Pero tienes familia?

mas algo he de haceros para que la obscuridad os zampe

-No, no. Trabajo de sirvienta, me compraron –dijo, desviando la mirada hacia los vitrales de color azul en las puertas y ventanas de la segunda planta de la lujosa mansión que pertenecía a los Condes de Jaruco.

deja las tonterías somos incorpóreos

-Ah, eres esclava.

Y Constancia bajó la cabeza. José Vicente le vio brillar una lágrima al levantarle el rostro por la barbilla. Hubiera querido darle consuelo, explicándole algo que ni él mismo entendía: razones económicas muy lejanas de sus bolsillos pero que lo sustentaban a él.

-Así es, señorito.

-¿Hay esclavos tan jóvenes? ¿Cuántos años tienes?

Constancia miró alrededor y José Vicente le dijo que no temiera, que él era un soldado peninsular y podían hablar sin que nadie los molestara, asombrándose al mismo tiempo de haber sido capaz de saltar por encima de su propia timidez.

-Tengo dieciséis..., me sacaron de la aldea recién cumplidos los catorce.

-¡Ya hablas como los nacidos en esta isla!

La muchacha sonrió apenada, como disculpándose por la inteligencia que heredó de su padre, miembro orgulloso del Reino Ulkumí que por error, pensaba ella, le dicen aquí lucumí.

-¿Siempre te mandan a esta plaza?

-No, voy también a otros lugares a cumplir encargos de la Señora Andrea y de las señoritas Isabel y Leonor, y a veces hasta del amo Francisco.

-¿Te castigaron aquel día, Constancia?

-No, no fue mucho. Soporté un sermón de Encarnación.

-¿Y te trajeron sola de..., de África?

Constancia miró por encima del hombro de José Vicente y levantó la cesta del suelo, para responder que debía irse, no podía seguir allí, lo vería otro día y él preguntando cuándo y ella que quizás la semana entrante, pero él insistiendo el día y la hora, y ella que sería un día igual que ése y a la misma hora en el mismo sitio.

José Vicente vio desaparecer el pañuelo colorido que envolvía la cabeza de la muchacha y saltó en un pie para dar media vuelta en el mismísimo aire, y caer ante la sorpresa de quienes le pasaban al lado.

Pero no veía a nadie, la euforia lo enceguecía y le daba tantos bríos que arrancó hacia la Plaza de Toros[24] dispuesto a enfrentar el primer astado.

No paró hasta la Calzada de Belascoaín y torció por ella a la derecha para llegar a la de Concordia y ver, en una amplia explanada cercada de tablas, un inmenso ruedo en el que ondeaba la bandera roja y amarilla de la Patria. Si antes el pecho le había latido de gozo, ahora casi le estallaba porque estaba acercándose al corazón de España. ¡Tenía que entrar en la plaza aunque el bolsillo no lo ayudara! Serpenteó entre mendigos, quitrines y bestias y negras con tártaras llenas de dulces al lado de tinajas de barro que contenían limonadas y naranjadas. Muchas de aquellas vendedoras lo interceptaron para que comprara, pero sus ojos se iban por encima de todas estudiando el rostro del portero, a quien apenas miró cuando soltó el único real sobre la tablilla. El hombre hizo ademán de pararlo, pero José Vicente ya se perdía entre cientos de pantalones que vitoreaban, desde las gradas, al espada realizando una verónica delante de un formidable toro negro, cuya piel relumbraba al sol ardiente.

Entusiasmado, Regera se incorporó al coro repitiendo ¡Ooolé! ¡Ooolé!, para caer directamente en Baneira y sentir que sus puños sostenían firmes el paño rojo robado a la madre, con el que hacía pases de maravilla ante Vitorino trayendo semiagachado un pitón en cada mano, y regresó a la plaza porque todos se pusieron en pie admirando el peligroso pase de pecho que hacía el novato espada, paisano que por su bravura llegaría lejos, y que hoy vestía traje negro y amarillo con profusión de broches dorados, la chaquetilla bordada de oro y con lentejuelas, camisa cuya blancura le hacía resaltar el rostro moreno, parecido al de un gitano aunque no, ceñido calzón de lidia y medias rosadas dentro de las zapatillas negras, volando el tiempo entre quites, verónicas, pases naturales, ayudados, de pecho... ejecutados elegantemente por el matador que giraba sobre los talones ondeando el capote y que a las exigencias del corro ensordecedor se acercaba desafiante al toro, hasta que la fiera pareció decidida a matar, bajó las astas puntiagudas, rodeada de miles de voces varoniles empujadoras a embestir para casi ensartar el cuerpo del increíble mozo que brillaba de sudor y que crecía en cada ¡Ooolé!

El silencio envolvió a los dos contendientes. Bestia y hombre parecieron fundirse al sol en un destello fulminante que originó el estoque al salir del paño carmesí. Y penetrar como un diablo en la piel negra.

Borracho de coraje, Regera abandonó la Plaza de Toros llevado por un fuerte río de compatriotas. La primera vez que iba a un ruedo tan grande y concurrido, o, mejor dicho, la primera vez que entraba en uno y veía una verdadera lidia. Porque en La Coruña hay una plaza y hubiera querido vivir un quite allí, alguna vez, pero conoció aquella

ciudad el mismo día que se despidió de ella. Mas, para Eduardo Griondo, el ingeniero militar que gusta de hablar envuelto por el humo de un tabaco Londres, la tauromaquia en Cuba no pasa de ser una comedia, porque la verdadera tragedia del hombre y la bestia en desafío a muerte es en su tierra; el genuino quite tiene un solo escenario en toda España y es en la blanquísima Pamplona, la de muros soleados y estrechas y viejas calles, en cuyas plazas se lidian toros desde 1126. Y con placer de viejo orgulloso, aunque tiene treinta años cumplidos, el ingeniero recuerda que el enfrentamiento a esos animales se popularizó en una gran fiesta, por los días en que la reina Isabel concedía una audiencia al Almirante Cristóbal Colón en el campamento real, a las afueras de Granada. Desde entonces, todos los años, en la primera quincena del mes de julio, los toros se pasean desde las seis de la mañana como bailando al compás del chistu y del tamboril, casi al lado de los mozos y las mozas que giran en un pie por la música empezada la noche anterior para miles de visitantes que van enfrentando a los toros en callejeras verónicas, hasta la plaza, donde cientos de aficionados torean con los más inimaginables capotes ante el griterío de las gradas.

Y trataba Eduardo Griondo de hacer el más simple pase en un esfuerzo enorme desde una cama del Hospital Militar de San Ambrosio de La Habana,[25] adonde José Vicente le visitaba no más cruzar la bahía, al fondo del Arsenal.

Caminaba ensimismado el joven y reparó de pronto en que ¡en la plaza no había mujeres, ni blancas ni negras!, igual que en las calles por donde no se ve caminar a las blancas, apenas logro descubrirlas encima de las volantas, detrás de los capotes; a estas cubanas no les gusta ese espectáculo sangriento y no saben lo que pierden, porque de allí se sale en un puro temblor de las emociones para saberse vivo. Aunque, pensándolo bien, es un acto cruento donde hombre y toro no tienen a dónde escapar porque la puerta del toril tiene la llave pasada, la barrera es alta y miles de personas empujan a matar, lo mismo al espada que a la bestia.

De tanto pensar, dos hombres se le interpusieron y el soldado José Vicente Regera tropezó con ellos. Los otros eran tan altos como él, con pieles que tendían a cobriza sin dejar de ser blanca y parecían resueltos a todo, incluso a no dejarlo pasar y que se tirara a la calle polvorienta. Sin motivo alguno levantaron las voces, acompañadas de amplias gesticulaciones y José Vicente advirtió la ausencia del acento español en el hablar. Cuando iba a poner un pie fuera de la acera, los otros prorrumpieron en risas, sin dar importancia a un incidente que hubiera podido terminar en algo grave, se disculparon con cierta ironía, dejaron el paso libre y el joven siguió rumbo al muelle pensando que su bizarría había ganado. Mas, cuando le dio vueltas a

los hechos, bien a fondo, comprendió que aquéllos no eran como él y ni siquiera parecidos a quienes le acompañaran en el ruedo; eran más sueltos y de pretendido mirar superior. Recordó entonces que se alejaron moviendo exageradamente los brazos, como si la calle les perteneciera. ¡Claro, sí, no había ninguno en la plaza porque huele demasiado a España! Y se sintió contento de haber llegado a tal conclusión, pero de pronto la tristeza lo invadió: barruntaba que España estaba desgajándose ante sus ojos. En unos pocos años esta isla tampoco sería del reino.

Debió recostarse en un muro de la Capitanía General como si la aguantara con su cuerpo, pero la verdad es que después del choque con los dos criollos las lágrimas casi le asomaron, y no porque su Patria perdiera estas tierras, sino por las muertes innecesarias.

A partir de ese momento el cielo perdió aquel azul tan diáfano y el mar precioso de otros días fue un poco de agua salada que arrastraba inmundicias, por donde discurrió lentamente el barquichuelo hasta La Cabaña, dejando a la izquierda la fortaleza del Morro y su faro.

-No te fue bien en la ciudad, paisano. Tienes una cara... –dijo el sargento, y José Vicente fingió sonreír.

A mitad de camino hacia el dormitorio lo sorprendió una noticia tremenda: a Ramón Morgada se lo habían llevado moribundo hacia el Hospital Militar al otro lado de la bahía y enseguida vinieron diciendo que ya era cadáver.

-Pero si lo dejé haciendo la guardia, él me reveló y estaba bien –replicó José Vicente con los ojos muy abiertos, incrédulo de que le hubiera ocurrido algo tan definitivo a una persona que empezaba a comprender, y al momento cayó en la cuenta de que basta estar vivo para morir, verdad tonta en apariencias y muy cruel en el fondo, principalmente si la existencia desaparece temprano y por una causa tan absurda como el miedo. Porque sin duda, el miedo debía de ser la bala o el machetezo que lo había matado.

La noticia tiró a Regera en el camastro, sin ánimos para seguir hacia el baño porque sin dudas estaba obligado a limpiarse de muchas suciedades, aunque le hubiera gustado acompañar el cuerpo de aquel muchacho indefenso, sumergirse horas enteras a su lado y despedirlo de alguna manera, pero eso no sacaría de la muerte al españolito, mientrás él, José Vicente, seguía andando, y más podía la vida fuera de la Fortaleza. Y pensando en ella decidió trabajar como un burro cada día de la semana y cada hora del día para así ganar el pase gratificador que le hiciera volar el tiempo aquí.

7

A su vez, ya lejos de Regera, La Lechuza iba con paso cansino por el peso de los cinco cuerpos yertos colocados unos sobre otros. Las dos mulas llevaban la Muerte a través de las estrechas y viejas calles habaneras para depositar una parte de aquellas vidas en los nichos y la otra en los Libros de Enterramientos de Blancos:

En treinta de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General en el nicho No. 24 del tercer departamento, primer patio al cadáver de Ramón Morgada y González, adulto, natural de Carpazos, provincia de Orense; é hijo de D. Manuel y de Da. Teresa; y fue remitido del Hospital Militar de La Habana, por el Sr. Capellán de guardia D. Marcos Guerrero y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En treinta de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General en el nicho No. 95 del primer departamento del primer patio al cadáver de Ramón Melendez y López, adulto, Farmacéutico Mayor de Sanidad Militar, natural de Madrid, casado, hijo de D. Andrés y Da. Vicenta; y fue remitido del Hospital Militar de La Habana por el Sr. Capellán de guardia D. Marcos Guerrero y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En treinta de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General en el nicho No. 104 del primer departamento del primer patio al cadáver de Adolfo Ibañes y Sollosso, adulto, Alférez de la Cuarta Compañía del primer Batallón de Infantería de Marina, natural de La Coruña, soltero de diez y nueve años de edad, hijo de D. Ramón y de Da. Orosina; y fue remitido del Real Hospital Militar de La Habana por el Sr. Capellán de guardia D. Marcos Guerrero y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En treinta de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General en el nicho No. 228 del centro del segundo patio al cadáver de Eduardo Griondo y Gorostigui, adulto, natural de Pamplona, Ingeniero primero, gefe de segunda clase de la Armada Nacional, hijo de D. Pedro y Da. Josefa; de edad treinta años y fue remitido del Arsenal de La Habana por el Sr. Capellán Párroco del Arsenal D. Julian Rodríguez y Freire y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En treinta de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio General en el nicho No. 645 del centro del segundo patio al cadáver de Juan Marcos y González, adulto, oficial primero de

administración militar, sin que se haya dado más rason; y fue remitido del Real Hospital Militar de La Habana y lo firmé == Mariano Rodríguez.

8

Y antes de que la diana pusiera en pie a los soldados experimentados como él, y otros bisoños que seguían llegando, José Vicente hizo por automatismo lo acostumbrado, para luego saltar –mordiéndose la punta de la lengua– sobre números y letras, y pensar que nada heroico tenía su trabajo allí. ¿Pero es que acaso eran héroes quienes habían ido hacia la manigua a matar y a dejarse matar por ingenios azucareros que ya tenían dueños, por seres humanos que humillados de tanta esclavitud se perdían en los montes y por gentes que querían respirar por sí solas?

acoquinado por el presente aterrador no sabeis mozalbete que el tal pasado será y os reiriais mañana de la cara mostrada ayer porque el tiempo real es sólo ahora y nada más yo por ejemplo pensando en mi presente fuime en peregrinación al lado de mi ibérico progenitor para rendir votos ante el sepulcro santo del salvador y en tal lugar vejáronnos cruelmente los paganos que sentíanse dueños de las feraces tierras aquellas donde a la ribera de rías se cultiva lo que os pluguiere mas el califa fatimita hakem y sus infieles despojábannos de cuantas vituallas traíamos y sólo así podíamos entrar en la ciudad santa dolor de mi dolor porque hincados cuales cerdos musulmanes nos obligaban a estar ante los tales que ni caballeros eran y ya con mi progenitor extinto allá volvime esquelético al lado del santo varón pedro el hermitaño que con verbo encendido venía recorriendo las galias y hablando de los horrores sufridos por nosotros los cristianos y excitando a los fieles a armarse para rescatar de manos de los turcos el santo sepulcro además de que el grande emperador alejo de comneno a quien nunca mis ojos habían visto antes clamó por ayuda del papa gregorio séptimo y en marcha pusímonos un millón de creyentes desarmados pero santificados por la iglesia galos casi todos bajo la tregua de dios repitiendo hasta perder el juicio die li veult que es dios lo quiere como sabiamente dijo el papa urbano segundo en el concilio de clermont bajo cuya recordada voz fuimos atravesando poblaciones enteras al filo de las pocas espadas para también caer muchos de los peregrinos a manos de los salvajes pobladores que no comprendían nuestro sacrificio y así llegamos a las puertas de nicea donde los últimos de aquellos inexpertos guerreros regresamos empujados por los turcos mas no os imagineis que me sentí derrotado al contrario inflamóseme la fiereza de mi estirpe para esa vez sí formar un temible

A José Vicente se le rebeló algo en su interior, pues pasó su mano derecha por la saturada nuca y alejó sin querer cualquier pensamiento ajeno. Para dejar enseguida que la punta de la pluma empapada de tinta rasgara sin cesar el papel apaisado, en el que iban apareciendo cifras valiosas:

3,500 pesos Cabaña	
y 300 de gratificación	
1,650 Sgto Mayor	
1,700 y 60 de gratificación	
dos ayudantes:	
850 y 60 de gratificación	Tte
675 y 60 de gratificación	Sub-Tte
557 y 75	Capellán
550	Cpl
500	Cpl 1º de Admon Mltar
325	Auxiliar
132	Alguacilero

Y al concluir la lista, Regera se llevó inconscientemente las manos a los bolsillos para recordar que no disponía de cigarros ni con qué comprarlos. Los ochenta céntimos al mes eran pobres para gastos tan millonarios como la cafetería militar y el sargento amistoso del bote. Mas no eran preocupaciones que lo llevaran al suicidio, porque no tenía costumbre de traer tanto dinero encima, aunque de manera creciente lo necesitaría para acercarse a La Habana y hasta invitar a alguna guapa mozuela a beber naranjadas o panales, que después de castradas las colmenas se toman uno o dos pedazos, se colocan dentro de un vaso con agua fresca, se espera a que se diluya bien y se ayuda un poco con una cuchara para, finalmente, añadir varias gotas de jugo de limón y así lo sirves a la Señora Andrea antes de que ella te lo pida, pues ésa es su bebida de las tres de la tarde.

Constancia escuchó con la cabeza baja la orden de Encarnación hablando desde una silla, casi ahogada por la falta de aire. Hubiera querido arrodillarse delante de ella, poner la cabeza en su regazo y que la vieja le pasara las usadas manos por el cabello; o pararla y salir de la casa para caminar por el Prado, hasta el mar, y que la gorda esclava se animara con la idea de que al otro lado de esa inmensa extensión de agua tenían familiares dispuestos a acogerlas, si regresaban.

Pero se mantuvo quieta al lado de la mesa, mirando la miel y los limones, tan dulce una y tan ácidos los otros, cuando Filomena se le acercó desde la saleta, para urgirla con la bebida de la Señora y otra vez, armada del cuchillo, dividía las frutas en dos mitades y miraba de soslayo que la ama de llaves se le iba. Sabiéndolo, colocó el vaso en la pequeña bandeja de plata y caminó por el pasillo en semipenumbra, con multicolores manchas de los vitrales atravesados por la luz del sol. Iba llorando y no dijo el motivo a Filomena cuando le entregó el vaso. Luego se impuso para dar media vuelta y regresar arrastrando los pies; quería hoy más que nunca que la casa se alargara y la cocina estuviera muy lejos.

9

Otra vez tras de La Lechuza, Constancia fue el único acompañante de Encarnación. Que de paso llevaba el encargo de traer dos pollos destinados a la cena, mientras las señoritas vestidas de negro y con mantillas de encaje sobre las cabezas subían a la volanta para ofrecer una misa por el alma de la negra difunta. Y Constancia pensó que nunca la llevaban a la iglesia, pero Isabel y Leonor le hablaban de dios: tienes que quererlo como nosotras, porque El es un viejito con barba blanca y los ojos más buenos del mundo y como El nos quiere tanto y nos cuida, pues nosotras somos buenas y lo queremos a El. Y parece que es verdad, reflexionaba Constancia, porque no les falta cariño ni juguetes ni dinero ni comida... Debe de ser cierto que ese Dios poderoso las quiera mucho pero no porque sean blancas, se decía la esclava que también había visto pordioseros del color privilegiado, con lo que concluyó entonces que ese dios tiene predilecciones: gusta de unos y no de otros; en fin, no es justo; si lo fuera repartiera la felicidad por igual entre toda la gente. Después de meditar en todo aquello, se sintió vacía y se maldijo. Y recalcó, quizás buscando sostén en el cuerpo yerto, que nada hay peor que un corazón duro y unos ojos secos.

Iba el traqueteante vehículo dejando ese olor a bestia sudada en el que se enredaba el de la muerte, y la muchacha se repetía: ¡qué sola estoy!, aunque en vida de Encarnación, la muchacha también sufrió la soledad porque las separaba la sumisión de la vieja; y la lástima sentida transformábase en rabia que muchas veces aguantó entre dientes para no ofenderla, porque una cosa es que a mí me manden a hacer algo y yo cumpla en contra de mi voluntad y otra es que corra arrastrándome para agradecer que me mandan; a ella la parieron libre igual que a mí, que a todos, los gatos, los perros, las gallinas del corral nacen libres y después son otros los que les quitan la libertad. Es muy doloroso que uno sea esclavo y además se sienta esclavo. Pobre Encarnación. ¡Infeliz! ¡Ni merece los honores que en la muerte los negros podamos darle! *Ibaé*.[26]

estoy orgulloso de ti eres digna de tu raza con la cabeza siempre erguida y limpia de cuerpo trabajador y de franca resignación fiel a si misma y a los demás sin temblar ante nadie estirpe mía que si bien es imposible olvidar acepta entonces que debes vivir porque los recuerdos felices e infelices afincan la existencia y todo es un girar constante pero lo importante en la vida es actuar con justicia aunque nunca se sabe pues por ejemplo de cuando en cuando llegaban a jerusalem pequeñas caravanas de cristianos que se prosternaban en el lugar donde supuestamente colocaron más de mil años antes el cadáver de quien ellos consideran el hijo de su llamado dios jehová o yavé o yhvh y nada de que en jerusalem hubiera

muerto quien consideraban hijo de su dios puesto que es absurdo buscar tan lejos de sus tierras un apóstol lo cual demuestra poca imaginación en los hombres occidentales porque con mahoma nosotros tuvimos el enviado del señor salido de nuestras tierras hablando nuestra lengua con nuestras costumbres pero lo de ellos fue de siempre una inconsecuencia absoluta pues en la época del tal jesús gobernaba jerusalem por orden del imperio romano el quinto procurador de judea poncio pilatos quien no hizo nada el día que los judíos pidieron la muerte del llamado mesías y pilatos como representante de aquel imperio de donde son los cristianos aprobó la crucifixión con su silencio y mil noventa años después era yo el gobernador de la misma ciudad y no podía como el otro lavarme las manos ante el arribo siempre creciente de largas caravanas de occidentales que andaban por las estrechas calles de la ciudad amurallada impidiendo a los naturales el libre tránsito y a mí joven entonces ejercer el mejor gobierno por lo que decidí hacerles pagar tributos en oro y piedras preciosas o vituallas de todo tipo para que la cantidad de occidentales disminuyera pero las medidas provocaron protestas y al contrario aumentaron las visitas al denominado por ellos santo sepulcro lo que me hizo tomar medidas más severas aun porque las aguas potables y los alimentos nuestros empezaban a ser pocos para tanta cantidad de gente que aumentaba por años cuando decidí dejarle el mando al sultán malek xa quien sí apretó de veras y en consecuencia fue mayor el número de visitantes occidentales y

De un tropezón la cesta se le fue de las manos a Constancia y los pollos saltaron a la calle en un intento por liberarse. Para suerte de la muchacha estaban amarrados por las patas y no fueron lejos, a lo que también ella se resignó; quizás hubiera escapado junto a los dos animales que entraron en la casa pendiendo de sus manos hasta la cocina, donde no esperó orden alguna para retorcer sus pescuezos, colocar antes una olla con agua sobre las brasas de carbón y ver después burbujas emergiendo a la superficie líquida, que convertida en vaporosa nube se tragó a los dos pollos aún temblequeantes y de cuyos cuerpos se escurría el agua hirviente que aflojaba las plumas en las manos ágiles, las cuales no descansaron como las aves ya convertidas en muslos y pechugas, porque seguían picando ajos, cebollas, ajíes, tomates, laurel, perejil..., que nadaron con sal al gusto en la grasa dentro de la sartén donde todo se hizo un olor capaz de rodar por la casa y llevar a las narices de la Señora Andrea y sus dos hijas la sazón de Encarnación, que bañó muslos y pechugas dentro del caldero de hierro, en cuyo fondo fueron dorándose, en abundante grasa, al lado de trozos de carne de cerdo a lo que seguidamente les añadió un puñado de aceitunas y otro de uvas pasas, para entonces lavar el arroz de grano largo y finalmente dejarlo caer sobre las masas, revolviéndolo todo con una paleta de madera, tapar el caldero y

disminuir el calor del fogón separando algunos carbones encendidos.

Filomena, a sus espaldas, sin hablar, porque todo estaba dicho en su vida, veía a Constancia trajinar vigorosa y le pareció de pronto tener delante a Encarnación con aquella risa enamorada pero triste, diciéndole que no picara el casabe, que esa fina torta de fécula de yuca rayada en guayo la serviría en el plato debajo de la carne con salsa.

-¿Tú me hablabas, Filomena?

Y la vieja negra se persignó atemorizada, casi perdiéndose entre fuentes y platos, ante la sonrisa condescendiente de la muchacha que no concebía un negro africano con manías de blancos, por lo que terminó de freír las lascas de plátano maduro y luego fue a un estante, abrió las puertas y sacó una botija de barro vidriado llena del rojo vino catalán y con ella contra su pecho caminó hasta la larga y pulida mesa de cedro desde donde, antes de colocar la pesada vasija, despertó a Filomena dormida en un asiento, para que se apresurara con la ensalada de berros y lechuga, que no olvides de lavar bien, quitándole los tallos duros, todas las hojas picadas, con sal, vinagre blanco y aceite de oliva, y también separa el clarete que está en aquella botella para la señorita Leonor, que yo me encargo ahora mismo de mezclar con agua de la tinaja media jarra de este vino demasiado fuerte para que lo puedan beber el amo Francisco y la Señora Andrea, a Isabel le llevamos su refresco de anón, todo listo como ordenó la dueña de esta casa, que vendrá a la cocina dentro de poco destapando calderos y fuentes, oliendo y rebuscando con cuidado encima del sólido escritorio del comandante el trabajo de ese día, cuando tomó por equivocación una carpeta de tapas gruesas que imitaban piel, con arabescos dorados y la inscripción semicircular Año de 1870, en bajo relieve, que llevó a su mesa, se sentó, abrió los libros donde debían agruparse comestibles en cantidades y valores y, para sorpresa suya, en los folios del cartapacio apareció con redonda caligrafía una lista de nombres, apellidos, fechas y enfermedades... Hubiera querido devolver el documento a su lugar pero miraba sin comprender y fue a la primera página para leer en su centro:

En cumplimiento de la Circular fechada en 29 de enero del año de 1848, disponiendo que los militares no paguen derecho de sepultura y la cual se remite a la Circular de la Inspección General de Infantería de agosto 13 del año de 1829 y a la Real Cédula de febrero 28 del año de 1830 que declaran á los individuos de tropas exceptuados del pago de derechos de sepultura por estar considerados como pobres de solemnidad y creyendo oportuno manifestar a V.E. que se sirva advertirlo á quien corresponda á fin de obviar interpretaciones que en lo adelante, en fraude de los derechos de la Iglesia, que cuando el cadáver

de un militar de cualquiera clase o graduación que sea, vaya a Tramo Preferente no gozará del beneficio de pobre que es sepultarse en Tramo Común de Limosna, sino que satisfará los derechos de arancel como un particular.

José Vicente no acababa de entender y miró asustado a su alrededor. Estaba solo y, tenso como un resorte, fue pasando hoja tras hoja.

ENERO
Día 4
Vicente Villarba
Alonso Gómez Martínez
Pablo Orden Nieto
Francisco La Higuera
Felipe Iñiguez De Ibar
Quintín Alvarez
José Rodríguez Comino
Francisco Doña Ederra
Día 11
Ramón Rodríguez
Juan Cristal
Basilio Alcolea
Haide Rivera de fuego
Antonio Balach
Jorge Galía Garcés
Enrique Virgilio
Francisco Valenzuela
Ramón Comino
Día 29
Manuel Fresno
Manuel Iglesias
Serafín Cordero
Joaquín Serna
Tomás Sirvente
Domingo Cardona
Begoña Algadas Bibar
Salvador Oliver Altes
Manuel Centeno
Antonio Ruíz y Ruíz
Tomás Billannell
Nicolás Bran,
Ramón Primera Bella
Agustín Pascual
Gálder Romero Solano
Juan Doria Horet
Día 20
Cayetano José Segura
Cayetano Justo Delgado
Máximo Peralta
Antonio Ripiente
Vicente Román
Manuel Parrega

Agustín Iraiga
Juan Rafael Suesá
Felipe Matías
Día 19
Rodolfo Clemente
Manuel Ransil
Francisco Bailo
Día 24
Juan Oriaroé
Pedro Guzmán
Jaime Macanut
José Guadalupe González
Día 28
Isidro Máy Perol
José Manuel Rojo Sánchez
Juan Martínez Díaz
Juan Díaz López
Día 30
Manuel Flores Ferrer
Día 24
Juan Martiz
Día 28
Julián Santa
Día 19
Sgto. Andrés Ruiz
Manuel García
Esteban Segret
Joaquín Haijal
FEBRERO
Día 3
Ramón Fernández
Día 22
Virginio García
Día 28
Manuel José Rosí
Día 28
Ramón Fernández
Ramón Méndez
Francisco Vendrel
Antonio Fuego
Día 1
Arturo Antonio Rodríguez
Silvestre Morales
Manuel Márquez
Fabián Illa Lazo
Guillermo Roque
Día 7
Manuel Fraga
Manuel Pérez
Constante Quintana
José Iglesias Fernández
Juan Carlell
Día 26
Antonio Diego Baorana
Santiago Martínez
Ignacio Suárez
Juan Carlla Butiquí
José Rodríguez
Día 14
Antonio Lázaro Renido
José Tomás Perich
Manuel Recarea
Día 29
José Dapena

Francisco Amarillo Pérez Díaz
Martín Amarillo Santos
Día 26
Antonio García
Antonio Amarillo Planes Pluch
Fernando Amarillo Pérez Gómez
Día 19
José Amarillo Riera
José Amarillo Moliner y Molines
Diego Amarillo Fernández Vasquez
Cándido Amarillo Hernando Allende
Antonio Amarillo Abad Santa María
Día 1º
José Siena Blanco
Día 26
Amarilla
Rosendo González Prieto
Ruperto Amarillo Vuelta
José Amarillo Llana
Eduardo Amarillo Paredes
Ignacio Amarillo Casadelas
Juan Amarillo
Francisco Amarillo Arcas Peláez
Balbino Amarillo Silvero
José Amarillo
MARZO
Día 11
Pastor Amarillo Fernández
Cipriano Amarillo Vallejo
Pedro Amarillo Díaz
Gabriel Amarillo Carric
Benito Amarillo López
Diego Amarillo Bailo Ferrer
Rafael Amarillo Canela
Día 21
Miguel Amarillo Morales
Martín Amarillo Martínez
Día 29
Víctor Moreno
Día 31
Amarillas
José Amarillada Segueiro
Diego Amarillo
José Amarillo del Campo
ABRIL
Día 12
Pedro Amarillo María Martínez
Diego Amarillo Históricas
Antonio Amarillo Cavaín Gómez
Día 24
Carilo Sarabe
Manuel Amarillo Alvarez
MAYO
Día 4
Joaquín Amarillo Esperancí
Dionisio Amarillo Martínez
Ramón Amarillo Amarillada

Dolores Carmona Gutierrez
Día 16
Juan Cabrera
Juan Garcia
Hilo de sangre de fuego
Juan Carrillo
Juan Carrillo
Día 18
Apolinar Marín Braña

Día 21
Francisco Sevallo Domínguez

Día 22
Juan Tejera Neiro
José Pablo Incognito
Pablo Aguilar López Ramiro
José Mayano Nieto

Día 26
Antonio Montero Vasquez

Y cuando sus ojos trataban de descifrar las firmas alargadas de los Capellanes del Hospital Militar Príncipe Alfonso y del Cementerio de Santa Efigenia, así como la del Gobernador de la Jurisdicción de Santiago de Cuba, en el oriente de la Isla, escuchó las pesadas botas del Comandante Administrador General de La Cabaña y cerró el libro de un portazo, saltó hacia el escritorio oscuro y lo dejó allí, temblándoles la cabeza y el corazón, azotados, heridos y enojados. Le faltaba el aire y pidió permiso para beber agua, que tengo una gran revoltura en el estómago.

qué importan unas pocas muertes bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos dejase de haber soldados tened presente que la humanidad es mucha y las guerras obligan al progreso al eliminar a incapaces dando camino a su vez a la civilización para que se mueva con celeridad dejad los pesares a un lado

Salió entonces a que el mar le golpeara el rostro con su brisa, dejándose llevar hacia Beinell, por quien sintió miedo, porque la Muerte no ve diferencias entre la paz y la guerra, pero a él, a José Vicente Regera, las Parcas no le harían nada pues para escoger había muchas víctimas que pasaban a su lado sin llamarlo como acompañante a la miserable sepultura de Tramo Común de Limosna.

pues sí que hay diferencias preferible es pasear entre alabanzas el cuerpo mutilado o inerte en la guerra gloriosa que vivir deshonrado y de cuerpo entero en la paz inmunda la cual siempre enmascara una guerra y a la tuya habéis venido a ganar como hice yo en la mía que sin esperar a más siendo imberbe tomé la cantadora de mi difunto padre y a galope del bramante acompañado de mi primo bohemundo de tarento pusímonos en marcha cien mil infantes y sesenta mil jinetes a cuyo frente iba el presuntuoso godofredo de bouillón que buscó arrimo en sus hermanos eustaquio de bolonia y el engreído conde balduino mientras que los franceses sureños obedecían órdenes del conde de tolosa que unidos al duque de normandía los condes de blois flandes y vermandois avanzamos hasta constantinopla todos bajo la guía espiritual del obispo adhemar suplidor del papa quien no se opuso cuando muchos decidimos arremeter contra aquella primera ciudad mas en defensa de los atemorizados bizantinos salió godofredo de bouillón reconociendo soberano de las tierras por conquistar al emperador alejo y por aprobación de casi todos celebróse la ceremonia para prestarle juramento a él en su trono del que se levantó con la espada en la mano dispuesto a titular a los nobles caballeros acá abajo mas mi rebelde espíritu molesto por aceptar a un medio cristiano hizo que mi cuerpo ocupara el trono vacío y alejo quedó paralizado ante la

dura mirada que le tendí pero el ensoberbecido balduino levantóme profiriendo injurias aunque de todos modos en un aparte con el emperador llevé mi honor al lugar correspondiente al decirle soy noble y en mi país hay un sitio en que se cruzan tres caminos y en ese sitio una iglesia junto a la cual todo el que quiere batirse va a esperar a su contrario por lo que me golpeé fuerte el pecho ante alejo y proseguí espetándole yo he estado allí muchas veces pero nadie se atrevió jamás a presentarse

El mar calmado le suavizó los pensamientos y se sintió flotar sobre las aguas. Deseó como nunca estar en Baneira, protegido por el viejo para olvidar la terrible relación de muertos que enfermaba su espíritu. Y que jamás hubiera hecho este viaje, quedándose en completa ignorancia de un mundo ruidoso y colorido donde no había más alternativa que morir, y parecía anunciarlo a campanazos desde las parroquias, con bienvenidas para unos y despedidas para otros: ¡Oh, los que entrais, dejad toda esperanza!

Si en los primeros días en Cuba, José Vicente se aseguraba con optimismo regresar a la aldea y continuar viendo alegría en la vida, ahora descubría que si lograba volver jamás sería el mismo; ya tenía una indeleble marca que mutilaba su espíritu, impidiéndole para siempre ver bondad en alguna sonrisa como cuando era un paleto.

no mireis atrás mozalbete que vuestro corazón late ahora y haced como yo que luego de la viril contestación al emperador volvíme gallardo para traspasar el bósforo donde al otro lado derroté frente a nicea al cochino sultán kilidge-arslon quien nuevamente atreviose a desafiarnos en dorilea y allí sí que lo aplasté pero el hambre y la sed batieron a los cristianos que no iban impregnados de la fe muriendo también todas las bestias menos mi formidable bramante y dos o tres de su clase de manera que veíanse nobles y decididos caballeros a lomos de vacas bueyes y burros aunque hubo cobardes negados a continuar para no abandonar las tierras conquistadas pero yo impulsado por la fe y seguido por el clamor popular avancé hacia la pequeña ciudad de tarso de la que el torpe balduino quería adueñarse y aunque no era de mi interés reinar en ella le puse pleito y lo vencí por lo que cabizbajo él se fijó en edesa y allí proclamose príncipe mas para mí lo único valioso era el sepulcro santo hacia donde partimos tomando antioquia mas en aquella ciudad otros débiles cristianos quedáronse sepultados por el hambre o envenados al tragar la carne de musulmanes cazados mas yo preferí alimentarme de la arena del desierto y cabalgar en mi bramante pero los piojosos musulmanes rodearon antioquia y a punto de caer en las sucias manos por la indiferencia de algunos cruzados ocurrióseme la estupenda idea de al encontrar una vieja lanza en un monasterio muy antiguo llevarla al altar para allí exclamar que con ella los infieles atravesaron el costado de nuestro señor jesús y la ira adueñóse de los fieles quienes caminaron sobre los cuerpos suplicantes de los roñosos

muslimes y como fue una victoria sonada pues brindamos a nuestra salud y el bramante no cesaba de resonar los belfos porque intuía la cercanía del santo sepulcro y allá fuímonos cincuenta mil soldados de la fe dejando en grotescas posiciones los cadáveres de muchos que afirmaban su cristiandad mas no llevaban con independencia la mirada y el corazón a lo alto

Sí, debo pensar más elevado, ya mi vida no puede ser como la del viejo, siempre pegado a la tierra y dócil ante el terrateniente; tengo mis sueños y lucharé para despertar con ellos logrados, impidiendo que mi existencia transcurra monótonamente hacia la muerte, sin haber disfrutado la vida; quizás Beinell y los demás tengan razón y esta guerra sea corta con lo que me liberaré de las quintas y, ya sin este uniforme, decidiré mi vida ajena a las duras manos de mi padre, a quien desde ahora pido perdón, pero no está en mis ánimos regresar a las gélidas tierras gallegas y probablemente tome otro rumbo, solo o tal vez acompañado de alguna habanera bonita, de larga cabellera recogida por cintas, siempre al tanto de su hermosura y riendo en las volantas ante galanteos de los hombres al paso, más todas son frágiles y al parecer convencidas de que es suficiente ser linda para asegurarse la vida; creo que no es posible en mi caso, un campesino de bolsillos vacíos, matrimoniarme con una de esas mujeres siempre rodeadas de esclavos atentos a sus deseos, ¿y por qué no pienso entonces en una muchacha pobre, en Constancia?, negra, ciertamente, pero bella y sin ínfulas, transparentando en su mirada inteligencia y desinterés, además de amor y lealtad, aunque es una locura pensar en su compañía pues me rechazará; los negros odian a los blancos porque les quitan la libertad obligándolos a trabajar como animales y no va a desprenderse de su color para amarme, porque para colmos es soldado y sería absurdo hacer mi vida con él, a no ser que abandone el ejército y nada resolvería pues su piel seguiría siendo blanca y yo siempre seré abajo diversión para el blanco arribs, meditaba Constancia con amargura mientras secaba la vajilla de plata después de haberla fregado Filomena, mis sueños ardieron en Ijesa y blancos como él me trajeron a esta tierra de horror.

no te opongas al destino que en las manos de aláh está resígnate como nosotros cuando ante las murallas de antioquia doscientos mil musulmanes con keborga el califa de bagdad a su frente fuimos derrotados por los fanáticos cristianos cruzados aventureros quienes pretendían nuestras posiciones para aposentarse ellos y eso es una gran burla a su fe porque dándose golpes sobre las cruces rojas en los pechos partieron de donde estuvo antes el centro del poder del imperio romano con lágrimas bañándoles las mejillas a salvar el supuesto sepulcro de su mesías pero los ojos iban secándose cuando caminaban sobre las tierras conquistadas mofa que además venía en el nombre de un monje germano llamado gotteschalk

que en su idioma es burla de dios la cual fue muy evidente cuando después de tomar antioquia se entregaron al disfrute de vinos y mujeres que violaban mas alah los castigó matando de sed a quinientos durante una jornada y después les envió el invierno con ríos crecidos para que desaparecieran los frutos plantados por las manos de nuestros fieles y los sucios cristianos carecieran de alimentos muriendo muchos de ellos además de que el hambre los llevó a devorar a algunos musulmanes cuyas almas sufrieron el tormento de las rabiosas mordeduras evangélicas

Tengo que dejar de pensar en eso, pero su mente no se alejaba de aquel soldado que me pareció simpático en su uniforme varonil, aunque eso es lo de menos, pues lo que me llegó al corazón fue su trato de igual a igual, como se hablaba la gente de la aldea allá en Ijesa, y sin poder evitarlo, los ojos de Constancia se le humedecieron, pues no pudo dibujar como acostumbraba el soñado rostro del hombre que su padre le designó para marido; otro rostro iba imponiéndose en su imaginación, que sin quererlo, ella le volaba hacia la libertad, en tierras distantes y distintas donde no hubiera amos y los negros llevaran su color con dignidad, como lo lleva cualquier blanco, se dijo, cansada, tirándose en el camastro para mirar el techo abovedado y detenerse en varios nombres de aquella lista que alegres viajaron con él y ahora, indefensos en un hueco, eran atacados por los gusanos. Cierto es que las posibilidades de morir son mayores en una guerra, pero esta gente no cayó frente al enemigo; sucumbieron como Ramón y el Ingeniero, sin haber disparado un tiro y sin recibir un machetazo. Casi todos perecieron de una enfermedad.

-¿La fiebre amarilla[27] es la única que mata en esta tierra o sucede igual que con el formal chequeo médico que nos hicieron en Carballo? –preguntábase José Vicente una y otra vez sin poder dormir, deseando que la noche pasara rápido porque se iría a La Habana en las primeras horas de la mañana, y cerró los ojos con fuerza para hundir los pensamientos en la oscuridad pero la lista se le aparecía destellando.

-¿Y sólo morimos los quintos por ser jóvenes, por no haber nacido aquí?

Su pensamiento vagaba en las brumas de la duermevela, y, aterrado, saltaba en la cama con la angustiosa sensación de que lo enterraban vivo, porque no pueden haberse muerto así tan estúpidamente de esa fiebre única, se repetía. Pero si hubiera tenido ojos para ver, José Vicente habría descubierto, quizás al trasluz y en las mismas hojas, como al dorso de cada una o debajo de cada nombre de los blancos soldados muertos, los de los esclavos inhumados en el mismo cementerio de Santa Efigenia –durante los primeros cinco meses del año 1870– con la mención de sus desconsolados propietarios que debieron desembolsar tres escudos por la inhumación

de cada Pieza de Ebano:

ENERO lista de esclavos

[illegible] Despaigne
[illegible] Santana
[illegible] Castillo
[illegible] Anaxeslao del Castillo
[illegible] Machirán
[illegible] Alzón
[illegible] Barret
[illegible] Colás
[illegible] Francisco Román
[illegible] Fernández
[illegible] Castillo
[illegible] Cano
[illegible] Duharte
[illegible] Bonne
De Estable
[illegible] Peralta
[illegible] Belemí
[illegible] M. Bravo
[illegible] Cano Torrida
[illegible] Masfarroll
[illegible] Giró
[illegible] Cadillo
[illegible] Duharte
[illegible] Bresler
[illegible] Magdalena Gersenil
[illegible] Asencio
[illegible] Soulans
[illegible] Machirán
[illegible] Kindelán
[illegible] Parrio
[illegible] Carmo Puariá
[illegible] Rans
[illegible] Prades
[illegible] Santiago Cancio
y Ruiz
[illegible] Schaunt
[illegible] Peralta

FEBRERO

[illegible] Pasés
[illegible] Cazmán
[illegible] Rodríguez
[illegible] Romera Cosme
[illegible] Prades
[illegible] Machirán
[illegible] Hernández
[illegible] Espero Mounier
[illegible] Michel
[illegible] Cancio Cobo
[illegible] Romero Cosme
[illegible] Francisco Ill
[illegible] Frómeta
[illegible] Colás

[illegible] Olivaret y Cía
[illegible] Correoso
[illegible] Colás
[illegible] Macronía
[illegible] Muñoz

MARZO

[illegible] Enrique
[illegible] Artola
[illegible] Ferrer
[illegible] Kindelán
[illegible] Ruvalcaba
[illegible] Hechavarría
[illegible] Portuondo
[illegible] Hidalgo
[illegible] Díaz
[illegible] Luna
[illegible] Richard
[illegible] Baiosa
[illegible] Guibert
[illegible] Corazón
[illegible] Duany
[illegible] Núñez
[illegible] del Castillo
[illegible] Calás
[illegible] Cians
[illegible] Bidet

ABRIL

[illegible] Bonne
[illegible] Saltage
[illegible] Desounes
[illegible] Mendízabal
[illegible] López
[illegible] Stable
[illegible] Núñez
[illegible] Lapuente
[illegible] Mustelier
[illegible] Gola
[illegible] B. de Herrera
[illegible] Cairien
[illegible] Solorzano
[illegible] embargados
de D. Carmen Miranda
[illegible] Balastro
[illegible] Lorenzo Alonso
[illegible] del Río
[illegible] Eugenio Stable
[illegible] A. Guibert
[illegible] Inamote
[illegible] Beme
[illegible] A. Guibert
[illegible] Olivares

MAYO

Fernán Freire
Pablo González
Ángel Sánchez
Mario de Rosario
López

Antonia
José María
Trinidad
Luis Sambert
Sebastián Cotosa
Manuel Cisneros y Villar
Calixto Duany
Antonio Magiaes y Hnos
María Brun
José Fabré
Gustavo Guilbert

quienes rodearon a José Vicente en su camastro para despertarlo con una gran pesadez en la cabeza, y ver él, que todos tornaban de la luz a la sombra y de la sombra a la luz, creándole la extraña sensación de haberse perdido en medio del camino de la vida y encontrarse errante por selva oscura, extraviado de la recta vía aprehendida de sus mayores en España. No le quedaba otra ilusión que la de caminar por las vertiginosas calles habaneras para olvidar.

11

Utilizando los cinco céntimos como pasaporte, hizo el viaje al otro mundo de la ciudad, donde los mendigos se le aparecieron tan altos como él y más tristes que nunca. Aquel uniforme de gala que otras veces le elevaba la estatura, hoy eran dos simples piezas cubriendo su cuerpo. Las calles fueron pasándole al lado con sus carruajes, y desde los ventorros escuchábase la risotada maliciosa de las mulatas al habla con bigotudos de alpargatas.

El mundo transcurría sin pena ni gloria para José Vicente. Sin ver ni oír permitió que sus pies lo llevaran al mercado para dejar que los ojos le giraran enredados en las ruedas de una volanta, cuya marcha era lenta a petición de su ocupante.

mozalbete en quien hoy me afirmo duéleme deciros que os mostrais tal cual rama tambaleante y si no afirmais vuestros lerdos pies en la tierra os va a sucederos como a muchos flojos cristianos azotados por la peste indignos de su señor en el cielo que nos guiaba a lo largo de la costa sin resistencias mahometanas hasta ver la sagrada ciudad ante la cual lloramos arrodillados besando la arena que pisaran las nobles plantas de nuestro señor jesús y puestos de pie deseamos postrarnos delante del sepulcro mas el califa fatimita del cairo maldito entre los malditos nos exigió dejar las armas pero a tan humillante proposición respondieron las espadas que previamente realizaron una solemne procesión en derredor de las murallas para luego asaltarlas y sabeis tú mozalbete que debeis sentiros honrado de tenerme por guía pues fui yo el primero en escalar aquel paredón para matar como moscas durante siete días a los ingratos que dueños creia

nse del suelo sacrosanto entonces proclamamos a godofredo de bouillón rey de jerusalem mas él aceptó únicamente el título de defensor y barón del santo sepulcro negándose como fiel cristiano a colocar una corona real porque allí a nuestro señor le impusieron una corona de espinas y victoriosos organizamos la ciudad según nuestras costumbres defendiéndola trescientos bravos guerreros pues los otros que quedaron vivos partieron ya satisfechos hacia sus terruños en las galias y demás

Logró zafar los ojos de las ruedas, porque ellas giraron interminables hasta perderse a lo largo de la concurrida calle. Por allí, precisamente, empezó a elevarse su estatura hasta llegar a la plaza y buscar ansioso a Constancia. Hoy más que nunca la necesitaba, pues tal vez ella entienda mi tristeza y quizás me ayude a encontrar sentido a esta vida miserable, o quién sabe si por todo lo que ella ha sufrido me empuja adelante, pero Constancia es negra y esclava. Lo mejor sería encontrarme con Beinell, que aunque tiene algunas ideas diferentes es blanco y soldado como yo. Y eso también es imposible, él

está muy lejos de aquí. *mozalbete os recuerdo que te bastas a ti mismo* ¡Sí, no puedo esperar por nadie, tengo que enfrentar mis propios problemas! Y fue más alta que nunca su mirada por encima del gentío en el mercado, buscando más allá de las tarimas, pues lo de los tomates de ensalada para la comida fue el pretexto de Constancia ante la Señora Andrea, con la advertencia de que podría tardarse a causa de la súbita escasez de esas hortalizas rojas, pulposas y que no estén blandas como a su mercé le gustan.

la inteligencia y la paciencia estirpe mía son armas tan eficaces como cualquier afilado alfanje si se usan en una acción justa medita en esto y no dés crédito a los que creyéndose talentudos se enorgullecen de victorias rápidas sobre gentes pisoteadas pues los vencidos acechan al triunfador que se refocila en las conquistas huecas carentes de cimientos como los cristianos que invencibles dentro de jerusalem enfrentaron a mi ejército en ascalón y nosotros cargamos con la derrota mas a ellos finalmente ni les interesaba ni supieron mantenerse firmes sobre lo conquistado pues satisfecha su sed de sangre se sintieron superiores para casi todos regresar a sus pueblos de modo que la toma de la llamada ciudad santa que tantas vidas costó a ambas partes de nada les sirvió porque aquella victoria se fue diluyendo en el tiempo mas el hombre en su orgullo sin medida se expone frecuentemente a estas barbaries

Y pasaba ante las tarimas sin mirar las pirámides de miles de tomates encendidamente rojos con la pulpa firme, colocadas unas seguidas de las otras, acomodándose el ancho vestido azul que tuvo mejores momentos sobre el cuerpo de la Señora Andrea y que ya en desuso ésta se lo había regalado. La muchacha halaba el tejido desde atrás para que, al ajustárselo por delante, las armoniosas formas le resaltaran. Así había caminado silenciosa la noche anterior frente a la risa de Filomena, que no dejaba de admirar lo linda que se veía Constancia con aquel túnico de ricos. Ahora pisaba cuidadosa para no enfangar los gastados zapatos de piel brillosa que aprisionaban los dedos adoloridos. Y aunque deseaba conducirse como todos los días, veíase torpe en sus movimientos. Pero una alegría tremenda rebosaba sus manos inquietas y los ojos no cesaban de buscar hasta que, en el tiempo detenido, coincidieron los dos en un salto por encima de la vida y de la muerte, para ser entonces los únicos, sin blanco ni negro.

ideado tengo ya la manera de eliminarte

Y sin articular palabra, como puestos de acuerdo, echaron a andar fuera del bullicio una al lado del otro, deseosos de mirarse.

por qué continuar esta guerra

Caminaban por la barriada de San Lázaro sin ver las casas de madera con techos de tejas o guano, ni las calles polvorientas hasta descubrir los arrecifes y al otro lado el mar. Los promontorios rocosos fueron de pronto guardianes insuperables que los separaron del mundo a sus espaldas. Y el suave ir y venir del agua frente a ellos pareció darles la bienvenida.

-¿Quieres sentarte?

descabalga tú también que nunca vi tus pies en el suelo

no descenderé pues mi triunfo va conmigo y en el bramante

Con cuidado la muchacha recogió, en un puño, por delante, su mejor prenda de vestir. Para sentarse con la cabeza baja mirando las algas entretejidas en las piedras.

quédate allá arriba ustedes los cristianos necesitan la altura para sentirse superiores aunque lo hacen todo al revés

cuán necias son vuestras palabras los únicos que van al revés sois vosotros los musulmanes que arrancais un pedazo de pene y afirmais estar a bien con vuestro dios sentís horror por el cerdo y no clavais los dientes en otro animal sin haber sido antes degollado según los ritos coránicos y para colmos escriben de derecha a izquierda

El se agachó, tomó como al descuido una pequeña laja, la acomodó en el cuenco de la mano derecha y, sonriendo, verás qué lejos llego, cuando echó atrás el brazo y disparó a la superficie marina para mirar los arcos repetidos, que fueron alejándose hasta perderse, y reaparecer, él sentado al lado de Constancia, que instintivamente sintió un gran miedo y amagó pararse.

-Quédate, por favor.

El tono de voz confirmó a la muchacha un pensamiento que desde la primera vez había penetrado hondo en ella: *puedes confiar en él.*

-Pensé mucho en ti... –susurró José Vicente–. Mírame.

Y acostumbrada a cumplir órdenes blancas, fue subiendo la cabeza hasta mantenerse con ella en alto por el placer de verlo a él, que se hundió en las pupilas femeninas para descubrir una pureza quebrantada por la larga estela de sufrimiento.

cristianos tontos que colocan estúpidamente el título y el índice de materias del libro donde nosotros ponemos el principio y que derraman impurezas sobre las vestiduras al orinar de pie

Movido por la lástima la tomó del brazo, que era firme, y con mano

cálida le transmitió un sentimiento desconocido hasta entonces para él, que afloraba justo en ese momento, quizás esperando la primera oportunidad. Mas, temeroso de que ella saliera corriendo quitó la mano y empezó a hablar atropelladamente de su familia pobre, de la durísima vida en Baneira, de que todos se quedaron allá trabajando como burros, de que a él no le gusta el ejército ni la guerra, de los jefes exigentes, de que Beinell es su único amigo, hasta que ella lo interrumpió:

-Me trajeron encadenada... Estoy sola... Ya murió la única persona que yo conocía... Lo que más quisiera es huir, huir, irme muy lejos, donde no me maltraten... Durante mucho tiempo supliqué ayuda a los orishas pero no me oyeron o no gobiernan en esta tierra...

-Tú dirás a Dios Todopoderoso.

-No, hablaba de los dioses negros.

vosotros sois infieles soportes de satanás y agentes de la muerte eterna vuestra religión os convierte en dependientes y fatalistas

-¡Constancia, hay un solo dios! ¡El creador del cielo y de la tierra, el que nos dio la vida!

La muchacha pareció revolverse sobre un panal de avispas.

-¡No, tu dios blanco es malo porque me la quita!

el único dios aláh nos prepara para asumir la vida y lo adoramos en cualquier lugar mientras que el tuyo está en el altar de una iglesia y si no pagan a alguien no se comunican con él pero nosotros somos nuestros propios sacerdotes

-No digas que es mi dios, porque es tuyo también.

-Si fuera mi dios no permitiera mi esclavitud ni...

-Eso es porque tú cometiste...

-...ni que otros hombres hubieran matado a mi familia.

-...una falta grave a los ojos de dios y ahora te castiga.

-Oye, yo era una niña cuando me esclavizaron. ¿Qué falta grave podía haber cometido?

José Vicente recordó los sermones descreídos de Mateo, el viejo sacerdote de la aldea, y arremetió convencido con una de las mejores armas:

por tu aláh no arriendo la ganancia mientras que a la diestra de dios padre avanzamos los occidentales llevando progreso y civilización y portadores somos de superiores técnicas que posibilitaron los descubrimientos geográficos para estar a mayor altura que vosotros los orientales

-Dios es sabio en su misericordia y...

-¡Tan sabio como la Señora Andrea, que me ve con catarro y me ordena lavar bien las ropas de Isabel y Leonor porque ellas tienen gripe!

-No hables así, que El te castigará.

-¿Más todavía? Ellos dicen que todos somos hijos de ese dios blanco. ¿Yo soy hermana de Isabel y de Leonor? ¿Por qué entonces tengo que comer en la cocina y ando con ropa vieja y trabajo como un animal? ¡Tú no eres negro y no sabes el sufrimiento de un negro!

-Soy blanco y me duele tu sufrimiento... No todos los blancos piensan igual.

-Como soy negra, mi esclavitud continúa a pesar de tu sufrimiento y de que haya blancos diferentes.

-Tú misma te rechazas por el color de tu piel. Si creyeras en la existencia de Dios como hacedor del mundo con todo lo que vive, serías feliz en tu estado.

-¡Caramba, si aceptara la existencia de tu dios blanco no podría comprender por qué me hizo negra, para además autorrechazarme como tú dices! Pero no es cierto, acepto mi color y era feliz en mi aldea.

Otra vez José Vicente acudió al viejo Mateo:

-Constancia, debes razonar. Dios fue sabio al colocar en el hombre el beneficio de la duda.

nunca comprendí al hombre occidental porque el hijo del supuesto dios de ustedes nació en nuestras tierras y su muerte vino desde el corazón de tu civilización adonde fue a parar después el centro de esa religión que hoy adoras y de qué civilización hablas si hasta el café que beben es nuestro como nuestros son los números con que calculan las riquezas que sacan de la piel de los esclavos mas déjame callar que no quiero tancredo seguir hiriendo tu orgullo y

Ella permaneció callada mirándole casi retadoramente. José Vicente no se achicó:

-Acéptalo. Dios es bueno.

-No lo creo –replicó ella con fuerza en las palabras–. Si existen, tu dios y los míos fueron muy muy injustos, porque nos dieron la vida, y la inteligencia para saber que la tenemos y que la perderemos con la muerte. A mí, además, me dieron la esclavitud.

-Pero dios nada tiene que ver con la esclavitud, eso es un invento abominable de algunos hombres.

-Oye –Constancia le miró al fondo azul de los ojos–. Si él existe como tú dices, es el único culpable de mi vida miserable; es el único a quien ha de castigarse porque creó al hombre que ahora me esclaviza. El amo Francisco, la Señora Andrea y las señoritas Isabel y Leonor van a la Iglesia a verse con ese dios y son felices porque no trabajan,

tienen ropas lindas, nadie los manda, hacen lo que quieren...

José Vicente quedó callado y vio razones de peso en las palabras de Constancia, pero seguía convencido de la existencia bondadosa de Dios Todopoderoso, aunque era cierto que cometía algunas injusticias. Y tratando de remediar de alguna manera los desmanes del Altísimo, acercó su rostro a la muchacha para darle un beso. Recibió de ella los ojos cerrados y ninguna resistencia. Extrañamente, saboreaba José Vicente la miel en los labios de Constancia. La muchacha, en cambio, era recorrida por un calor incontrolado que la hacía vibrar y le parecía arder.

Al separarse, un mundo nuevo se les abrió delante.

por qué no llegar a un acuerdo para mantener el honor en la paz

-Todo ha sido por mi rey.

-Sí, contra mi orisha.

no puede haber honor sin victoria y para lograrla os haré la guerra guiando a mi materia contra la tuya

Pero recelosos bajaron los ojos sin hablarse y después miraron al mar, tratando de disimular un embarazo tan denso que podía picarse con un cuchillo.

-Tengo que irme -murmuró Constancia.

-¿Eh?

-Se me hace tarde y me van a castigar.

-Te acompaño.

-No, no. Yo voy corriendo y llego rápido.

-Constancia, por favor...

-No salgas conmigo, déjame ir.

-Está bien, rezaré para que nada suceda. ¿Te dejarán salir el otro viernes?

-¡Síííí...! –dijo, desapareciendo entre las uvas caletas y los acantilados.

12

A José Vicente la sangre le afluía con furia a determinados puntos del cuerpo y la boca se le resecaba. Deseó beberse un buen vaso de aguardiente, mas esperó a calmarse. Y mirando el mar logró que los ánimos bajaran al lugar conveniente. Caminó a ciegas y casi tropezó con los muros perimetrales del Cementerio de Espada, a través de cuyas rejas vio pequeñas y grandes lápidas trabajadas en alto y bajo relieve, con epitafios para resaltar la memoria de los difuntos. Luego salió flotando al bullicio, envuelto por una nube que le impedía ver más allá de sí mismo. Hasta que el Café Dominica lo recibió con su toldo color crema, y la puerta que daba acceso al amplio patio lo invitó a sentarse en cualesquiera de las sillas en torno a las mesas redondas. Más, él se mantuvo de pie mirando los peces en la fuente que se extendía en el centro del embaldosado. Tuvo presente una vez más la voz del sargento hablándole de esta famosa tertulia, donde se podía comer y beber de todo menos café, aunque fuera el néctar negro de los dioses blancos –como le había llamado un pretendido poeta alabado por esclavistas–, bebida común en La Habana que ingerían todos de la mañana a la noche, puro o mezclado con leche.

Un mesero lo condujo a una silla desde la que podía observar a los parroquianos que fumaban y discutían de política. Todos eran hombres de piel blanca, vestidos con elegancia y con las cabezas descubiertas. Los dedos índice y del medio armaban tijeras que aprisionaban tabacos gruesos y delgados, largos y cortos, con las aromáticas hojas de distintas tonalidades. Varias perchas exhibían los sombreros de diversas calidades y a José Vicente se le ocurrió casar a cada uno de ellos con el probable dueño: aquel negro de copa va en la cabeza del gordo que ostenta la leontina y que sin motivo aparente consulta a cada instante el paso del tiempo en su reloj de oro macizo; el sombrero de hongo de color marrón oscuro tapa la calvicie del señor alto y circunspecto, a quien sus ojos se le pierden trás unos aros dorados; los de paja tejidos finamente, cuelgan en todos los ganchos y pueden ir sobre las cabezas de aquéllos que parecen adinerados o de esos simples amanuenses que se las dan de señores, y el flexible jipijapa debe posarse, sin dudas, encima del hombre de ropas blancas y almidonadas que mira lejos.

-¿Qué desea el caballero?

Y José Vicente, envidioso ante la imagen señorial de quienes fumaban, pidió un tabaco. No le fue fácil decidir y memorizó los comentarios del comandante de La Cabaña, que prefería los toscos Vegueros, aun cuando fueran escasos y de tan altos precios, que sólo se le acercaba a sus bolsillos; la Regalía Imperial, el más elegante con sus siete pulgadas de largo; la Regalía, no tan larga pero igualmente

buena; el Trabuco, corto y grueso; el Dama, que como su nombre indica es pequeño y fumado por señoras y por algunos hombres; y el Londres, que cada dos pasos alguien lo trae entre los dientes. Estaba claro que era el más barato.

-Un Londres y un vaso de aguardiente de caña.

A la vuelta del mesero y después de pagar con la fortuna de su sueldo en los bolsillos, Regera bebió medio vaso de un tirón. Sintió que al fin su espíritu comenzaba a remansarse, por lo que se acomodó en la silla, apoyándose al espaldar. Y el Londres entre los dedos índice y del medio. El mundo le giró, de pronto, de muy distinta manera, y vio solución en todos los problemas. Bebió otro sorbo y distanció la silla de la mesa, agarrándola por ambos lados, para cruzar las piernas y esta vez caer con todo su peso encima del asiento. El mundo aguardaba bajo su borceguí.

-¿El señor desea candela? –escuchó José Vicente, y vio al mesero con un recipiente lleno de cenizas y dos o tres brasas en el centro. Comprendió que debía perforar el fondillo del Londres y atinó a morderlo como había visto a su jefe, que escupía a derecha e izquierda para seguir dando órdenes, y así mismo él hizo, sólo que después chupó fuerte con las brasas en el otro extremo, y el humo azulado lo atragantó, pero un hombre no podía permitirse debilidades de ese tipo, y soportó hasta que el rostro enrojecido le indicó al mesero que debía darle palmadas por la espalda.

-Bas-ta, es sufi-ciente –logró musitar.

Ondulaban las altas columnas del Café Dominica, como si siguieran el ritmo de la danza apresurada de las muchachas de Baneira, Silvarredonda y Allones, que reían, porque pasado el agosto llegaba septiembre con la vendimia; y José Vicente las veía moverse vigorosas en ruedo compacto, en el que se imponían unos sensuales labios negros.

Nuevamente tiró del tabaco y entre las volutas de humo descubrió, alejándose, el cansado rostro del viejo al lado de la madre y los hermanos. Quiso retenerlos y el humo desfiguraba aún más las imágenes, hasta que desaparecieron por completo. Mas, para asombro de él mismo, no sintió soledad.

Tratando de aparentar sobriedad, miraba puntos fijos, que resultaban móviles al instante. Y sus ojos se detuvieron en un negro viejo que extendía la mano a la entrada del Café. Vio entonces el rostro endurecido de un individuo que pasó y escupió antes de dejar caer una moneda al suelo, para luego sentarse en medio de un ruidoso grupo. Todos tenían la misma cara y comprendió José Vicente que la diferencia está en las entrañas; no es por fuera, sino bien adentro donde va el alma buena o mala de cada cual.

Tambaleándose, Regera abandonó el Café, para vomitar en la

misma esquina y sentir que el poste del alumbrado público, donde se apoyaba, estaba lo mismo al frente que a la espalda, a la derecha que a la izquierda. Se impuso y caminó erguido hacia la primera fuente que pasó a su lado. Metió la cabeza y la sacó despejada. Se juró no beber ni fumar nunca más. Bogando, llegó a la chalupa, y así mismo, se dejó llevar por los pies hasta su camastro, en el dormitorio de la Fortaleza, donde repetía como un imbécil.

-Se está aplatanando, paisano. Huele usted a criollo.

Capítulo IV
EL PACTO

Los amantes

1

mozalbete oid mi conseja y que como cantar de blanco te llegue esta copla gitana para el mal del corazón y los vaguidos de cabeza la cual dice así cabecita cabecita tente en tí no te resbales y apareja dos puntales de la paciencia bendita solicita la bonita confiancita no te inclines a pensamientos ruines verás cosas que toquen en milagrosas dios delante y san cristóbal gigante y con seis cruces sobre vuestro corazón quedareis como una manzana que no estará de dentro podrida y alejarás de la mente esas congojas porque nada hay más real que unos en su bando y otros en el suyo así la diferencia es cierta y permite la saludable distancia que de siempre hubo y motivos no existen para desaparecerlas pues la indigna negra aunque tus ojos hoy llene animal es y carece de juicio y de alma para solo servir como prueba a la endurecida espada de tu noble y joven cuerpo mas piénsate en el intento de enhebrar tus dedos blancos en esa compacta masa que posee cuales cabellos y la boca circundada de labios imposibles de besar y

José Vicente abrió los ojos. Sudaba y tenía mucha sed. Una explosión lo tiró de un salto. Pensó temeroso que la guerra había llegado al fin a La Cabaña y, movido por un mecanismo oculto, se tocó la frente y el pecho con el dedo pulgar, para rápidamente caer en la cuenta de que era el cañonazo de las ocho, dejando inconcluso el acto de persignarse. Rió de sí mismo y se alegró de que todo estuviera oscuro. Para suerte de su valentía, nadie lo había visto.

Y al contrario, la explosión lo llenó de tranquilidad porque oírla significaba que todo estaba normal, que la Fortaleza seguía en nuestras manos y que por lo menos esta noche no habrá peligro. Eso mismo llegaba a los habaneros, quienes ajustaban sus relojes y los novios tenían que empezar a despedirse de sus novias.

Otra vez en el camastro, rememoró una vieja historia relacionada con el cañonazo, porque oírlo cada noche le parecía a él que así fue de siempre. Pero no era posible, en algún momento empezó. Quizás a comienzos del siglo diecisiete, por la época en que cerraban la boca de la bahía con una larga cadena para que los barcos piratas no pudieran penetrar, y, para avisar a los buques lejanos en la oscuridad de la noche, detonaban una salva a las ocho desde la nave capitana de la flota surta en el puerto de La Habana. A las cuatro y treinta de la madrugada quitaban la cadena y lo pregonaban con otra detonación. José Vicente sonrió por la enorme cantidad de coitos interruptos debido a la pavorosa explosión a una hora tan inapropiada. Luego, siguió con la rememoración de la historia escucada, levantaron una

alta muralla alrededor de La Habana y le hicieron dos puertas por la calle de Monserrate. Evitaban, con el muro, la entrada de los atrevidos piratas que viniesen por tierra. Y aquellos dos cañonazos también avisaban a la población que las puertas estaban abiertas y cerradas.

Seguía la tragedia de los amantes, lo mismo para los de las madrugadas que para aquellos nocturnos residentes en intramuros con novias en extramuros, porque una despedida amorosa después del cañonazo de las ocho implicaba dormir a campo traviesa. A la ciudad no podía entrarse. Los centinelas armados atravesaban las nalgas de cualquiera a bayonetazos o plomazos.

Regera se revolvió en el calor de finales de octubre y trató de alejar los pensamientos, pero volvían con más insistencia. Constancia se le había metido en el tuétano de los huesos. Mas, no podía lanzarla lejos de sí por lástima, y porque intuía, en la bondad transparentada en aquellos ojos grandes, que en ella tendría apoyo inteligente, pues le demostró a él que sabía pensar..., aunque no dejaba de ser negra y por tanto nacida para la esclavitud...

acertada es vuestra apreciación mozalbete la condición natural de todo negro es estar sometido y si no fijaos que en su tierra de origen son esclavos de unos pocos como ellos mismos o del demonio que se aloja en sus ritos satánicos

Hizo un gran esfuerzo y pudo enfilar su mente hacia la historia grata del cañonazo, porque era incomprensible que siguieran disparándolo si terminaban de derribar las murallas. Ahora, tenían suerte quienes esperaban la complicidad de la madrugada para respirar afanosos unos sobre otras -y viceversa, qué caramba-, porque aquel tempranísimo disparo había desaparecido con las nueve puertas de la muralla, que ya no era preciso cerrar, pues estaban siempre abiertas, y es que al fin y al cabo el muro caía como gigante inservible. Continuaban sin embargo las tiernas despedidas nocturnas hasta el estruendo.

Y José Vicente, con los dedos entrelazados debajo de la nuca, supuso que el gasto de pólvora era porque los habaneros seguían rigiendo sus vidas por el cañonazo y, sin dudas, las guarniciones lejanas, además de la población, sabían que con el estallido reinaba la calma, pues el poder permanecía en las mismas manos.[28]

Y apenas si le dio tiempo a unir los párpados, cuando los agudos acordes de la corneta lo hicieron correr a la Plaza de Armas con las estrellas perdiéndose en el clarear del nuevo día. La diana esta vez no era para un simple despertar. Por su tono, estaba claro que una información de importancia sería dicha al partir los quintos del último arribo. Y en efecto, el Gobernador Brigadier ya se erguía inquieto en el adarve con la todavía silenciosa Habana detrás.

-¡Soldados, antes de la distribución de ustedes por toda la Isla, obligado es para mí comentarles la seria situación que presenta el estado de la guerra en el Oriente de Cuba! ¡Desde hace pocos días los insurrectos de ese territorio actúan bajo el cabecilla Máximo Gómez, y cobardemente atacan a nuestros hombres para obtener triunfos insignificantes, como es el caso de la toma del poblado de Tiarriba, donde perdimos acémilas y hubo algunos heridos de nuestra parte, mientras que muchos murieron en el bando de ellos, pero cual victoria pírrica, abandonaron el poblado incendiándolo antes, como ya es costumbre en estos incivilizados, que no se limitan a hacer la guerra contra nuestro glorioso ejército, sino que se ensañan en la población civil que los rechaza! ¡A esta escaramuza le siguió el combate de Sabanilla, donde los insurrectos, desconocedores del arte de la guerra, nos atacaron en nuestro propio campamento sin dar tiempo a la preparación de la tropa para el encuentro en el campo de batalla mediante enseñado en la academia! ¡Mas, usando sus mismos y bárbaros métodos, nuestro ejército enfrentó a los mambises cuando se acercaban estúpidamente al campamento español de la Santa María, instalado muy cerca del Bayamo, y la victoria estaba a punto de sonreírnos cuando armados de machetes se les encimaron, pero por la falta de igual adminículo y para no pisotear nuestro honor en combates desiguales, se decidió la retirada y el jefe de la columna, un capitán graduado, aún se encuentra prisionero de los desalmados mambises!

A José Vicente se le revolvía el estómago, porque conocía informes confidenciales. Repasó aquella lista buscando muertos heroicos y comprendió que era inútil, pero a la inversa de toda lógica se alegraba de que sus compatriotas antepusieran el honor individual y corrieran colectivamente, pues así salvaban sus vidas y no la perdían por intereses ajenos.

El oficial seguía la injustificada arenga.

-¡Cierta es la pérdida de hombres de valía en nuestras filas, que si bien es un suceso desgraciado, nos sirve de consuelo, porque si sorprende tanto el que hayan conseguido tan importantes ventajas los insurrectos, esto prueba su gran debilidad. Pues perder más de doscientos cincuenta hombres en varias sorpresas, causa asombro, como si no fuera algo natural y fácil de ocurrir, cuando el enemigo tiene fuerza e importancia, y nosotros somos ese enemigo invencible!

Los muros devolvieron a la Plaza de Armas los aplausos de los bisoños junto a aquellos vivas tan conocidos, y los jóvenes marcharon con sus bultos al hombro para embarcar en lanchones rumbo a la estación de ferrocarril de Villanueva. José Vicente iba hacia la oficina cuando lo llamó el sargento encargado de la correspondencia.

-Tu amigo José Beinell García está muy enfermo en San Ambrosio y

le urge verte.

2

Las palabras le sirvieron de trampolín para saltar sobre el tiempo en sentido inverso. En dos ocasiones Beinell vino a visitarlo, atravesando en su uniforme de gala el paisaje desabrido a ambos lados del camino de hierro, desde Marianao hasta la estación de Cristina, muy cerca de la Calzada del Monte y de la calle del Matadero.

-Fue una porquería de viaje, paisano –contó la primera vez–. Negros sin bañar pasándote por al lado con cestas llenas de viandas o racimos de pollos cagalerientos. Hasta hubo uno que traía un marrano y se le soltó. No se sabía cuál chillaba más, si el negro o el cerdo, cayéndose atrás los dos para agarrarse. Los dos animales se metían por entre las piernas de la gente, abajo de los asientos y ensuciando a todos... ¡Este país es una mierda!

Y otra vez lo tuvo presente, al rememorar aquel día, cuando Beinell deseaba comunicarse con su familia en Murcia. José Vicente se armó de pluma, tintero y papel y esperó por la inspiración del amigo, pero Beinell se había ido a saludar a otros en los dormitorios, para regresar tres horas más tarde y preguntar por la carta ya terminada, y que además le regalara un sobre y estampillas.

Reírse fue lo menos que José Vicente pudo hacer. Beinell jamás cambiaría su carácter, ni en los momentos más difíciles, y no dudó que llegaría a General, siempre dando órdenes limpias para que otros las cumplieran, quizás sucias, y los buenos resultados le acumularan méritos. De todas maneras no podía molestarse con el amigo y empezó a escribir:

La Habana, Setiembre 18 de 1870

Ahí mismo paró. Qué decír. Porque para él, para José Vicente Regera, le sería muy fácil elaborar una carta a su familia. Como las que ya había enviado. Mas no se trataba de su pensamiento, bastante liberal en los últimos tiempos y al que debía ponerle freno. El caso es que si se ponía a meditar en el dichoso escrito acerca de la guerra y de las quintas, allá sabrían que no era él. Y eso sería lo de menos, pensó, pues en estas circunstancias cualquiera cambia. El asunto estribaba en que supondrían que a Beinell le había sucedido algo, cuando en realidad andaba dándoselas de héroe y rodeado de grupos como una figura popular.

De modo que decidió escribir sobre cosas intrascendentes: el sol, que está afuera todo el año; que no hay frío ni fieras salvajes; que abundan los negros y muy holgazanes aunque son los únicos que trabajan aquí; que de la mezcla de blancos y negros ha salido otra gente que no se parece a nosotros ni a los esclavos, y son oradores por naturaleza; que mueven todo el cuerpo cuando hablan y si uno se tapa

los oídos puede seguir el cuento viéndole las manos, los ojos, la cabeza, las piernas...; que se ríen de todo y de todos, principalmente al embaucar a otros o incumplir su palabra; que poseen el aire gracioso para decir chistes y prometer el mundo o la nada, cuando saben que jamás cumplirán; que son tan hospitalarios como iracundos; que dejan de comer por jugar y que son irrespetuosos con todo lo que se parezca a la religión...

Con la pluma en alto, fue a empezar la carta y pensó en quién se la leería a los padres de Beinell allá en Murcia. Nadie de la familia, eso estaba claro. Sería el cura. Y para él debía escribir con mucho cuidado. Así que mordiéndose la punta de la lengua, por pura costumbre y más que todo para evitar la imposición de su propio criterio, escribió una larga carta, que concluyó "...con abrazos a todos, no se preocupen por mí, os lo ruego. De aquí saldré triunfante y nos reuniremos pronto". Para doblarla cuidadosamente, introducirla en el sobre y pegarlo junto a la estampilla.

Recordó de pronto que su amigo desconocía lo escrito, mas en una reflexión a fondo se dio cuenta de que tampoco le interesaba.

3

Regera, amparándose en la dura faena a toda hora, y dando una vuelta inteligente a las palabras, consiguió salir hacia el Hospital Militar. A pesar de los chistes del sargento, José Vicente no huía del mutismo. Pensaba en el amor y en la amistad, si tomaba una u otra dirección. ¿Beinell o Constancia?

olvida ese primogénito y elevado sentimiento sólo dedicable a vuestra madre y a la tierra donde viste la luz primera

José Vicente mezclaba, sin proponérselo, los rostros del pequeñito Beinell y el de Constancia, que de pronto se le hizo ajeno, para preguntarse: ¿La querré?

no es posible mozalbete tus claros ojos dedicados estarán a enaguas a vuestra altura

Y él supo entonces su rumbo, que lo tengo bien claro, pues el trabajo esclavo ya no es lo único en mi vida, ando con otras cosas en qué pensar, sin molestarme tanto las palabras duras que me está diciendo la Señora Andrea en presencia del amo Francisco porque él elogió, como acostumbra, el desayuno que hizo la "negrita linda", habráse visto cuán bajo ha descendido la Señora, celarse de mí, que soy su esclava, y sin esperarlo ella, le ordenaron ir al vestíbulo armada de un plumero para sacudir adornos y demás que vendría visita en horas de la tarde.

Allá estaba Leonor acomodada en el alféizar de la ventana abierta, a través de cuyos barrotes miraba el ir y venir de carruajes y caballos por el Prado. Intentaba leer para sí misma y en alta voz un artículo del último número de la revista La Ilustración Española y Americana:

> *...viviendo todos en Cuba, decididos a sepultarse entre sus ruinas primero que consentir en que la bandera de la Patria sea arriada por nada ni por nadie en aquella tierra española, y solo española; ven que, no obstante nuestras desgracias en la Península, nuestra desorganización política, nuestra pobreza, el atraso de nuestro comercio, industria y agricultura y la lucha incesante y patricida de nuestros partidos políticos, España, nuestra incomprensible España, aún ha podido mandar cuarenta y nueve mil hombres a la Isla de Cuba en dos años, a combatir y vencer una rebelión inicua, atizada por todos los pueblos de América, POR TODOS; y detrás de esos millares de hombres, ha mandado montes de oro, ella que tan pobre se la juzga, ella, que, con efecto, tan pobre, pero que jamás retrocede...*

Una mosca zumbó.

-¡Constancia, un vaso de agua, apúrate!

Y con el plumero bajo el brazo la esclava corrió a la cocina para llenar una jarra de la tinaja y regresar a igual velocidad al zaguán. Leonor ya no quería agua ni que Constancia estuviera allí, porque un mozo hablaba con ella parado a la parte de afuera del ventanal enrejado. Rabiosa, la esclava dejó a la amita almibarándose y volvió a la cocina para recostarse en un asiento, donde la encontró la Señora Andrea: ¡Qué tú haces ahí sentada! ¡Te ordené desempolvar! ¡Muévete, que últimamente andas como espiritada!

Sin levantar la cabeza y con unas tremendas ganas de que todos desaparecieran, recogió el plumero y arrancó dispuesta a desempolvar. Apenas había aparecido en el vestíbulo, casi escondiéndose detrás de grandes tiestos con plantas ornamentales para que la amita no la reprendiera de nuevo, cuando la misma Leonor, disculpándose con el joven de afuera, se acercó a Constancia y, empinada en las puntas de los pies, miró fijamente los ojos almendrados para masticarle estas palabras: ¿Tu escaso cerebro no te permite comprender que molestas? ¡Vete!

Constancia bajó la cabeza más todavía y, con toda la lentitud que le fue posible, zumbándole los oídos, caminó por el ala izquierda del pasillo hasta el centro justo de la mansión, equidistante de la ama y su hija. Allí, entre arecas en cubos y tiestos, se apoyó a la pared y, mirando el cielo intensamente azul, empezó a llorar. Era un llanto silencioso, de lágrimas que bajaban libres por las mejillas, y ella permanecía con los brazos lánguidos a los lados del cuerpo, que le pedía saltar por sobre los techos para escapar de la muerte lenta que acecha a mi amigo en ese camastro sucio, donde delira por la fiebre.

Regera se sentó a los pies de Beinell y, alargando el brazo, le pasó la mano por la frente. El otro abrió los ojos e intentó sonreír. Una monja de piel blanca y tersa, con anteojos de finos aros metálicos, llegó sin marcar sus pasos en el piso de baldosas y dijo con voz dulce:

-No se le acerque mucho.

José Vicente tomó distancia, no sólo del amigo enfermo sino también de sí mismo, y contempló el techo plano de puntal alto, deteniéndose en los encristalados arcos de medio punto que coronaban las largas ventanas. Pensó en la posibilidad de verse en una cama del mismo hospital y la vio remota. Nunca se había enfermado y no había motivos para pensar en eso. Las ventanas permanecían cerradas. Notó que Beinell respiraba con dificultad. Buscó entonces un médico y creyó ver una monja delgadísima que pasaba de cama en cama pegándose a las caras de los enfermos; él la llamó, pero ella, con su flotante y oscura vestimenta, continuaba acercando el rostro a los cuerpos yacentes. Haciendo eso únicamente se fue perdiendo en el

largo pasillo, hasta desaparecer sin regreso en la sala contigua. Entonces volvió aquella monja de porte recto, que parecía vieja por el semblante adusto.

-No le pasa nada. Con ayuda de dios, él sanará.

-Hermana...

-Sor Eusebia Alonzo.

-Bien, Sor Eusebia. ¿Por qué no abren las ventanas?

La monja miró a José Vicente, condescendientemente.

-Los médicos no lo permiten –dijo con voz firme–. Casi todos los de esta sala sufren de fiebre. Váyase ahora, por favor.

Y deseando llevarse la conocida imagen alegre, miró a Beinell. Su cuerpo sudoroso empequeñecía entre las sábanas amarillentas. En el rostro enrojecido resaltaban las cuencas de los ojos, que iban hundiéndose en medio de dos círculos oscuros. Para descubrir de pronto que la nariz se le había afilado mucho. Y un violento nudo se le trabó en el pecho. Decidió perderse en el tráfago de La Habana.

Como estaba cohibido hasta de respirar en el largo pabellón, afuera aspiró con fuerza. Fue cuando se despojó del tufo en el que entraban humedad, sudores, ungüentos, sangre, alcóhol..., y el conductor de un carromato casi a sus espaldas chasqueó el látigo en el lomo de la mula. José Vicente permanecía parado en la esquina de las calles Diaria y Factoría; por esta última se le acercaba el vehículo, cuando él se volvió con indiferencia ante los asustados ojos del negro, que tiraba de las riendas, hasta torcer el cuello de la bestia para frenarla. Retrocedió para darle paso al carretón, y por la parte trasera pudo ver cuatro ataudes de pino, madera basta, sólo claveteada.

-¡Solavaya, La Lechuza! –exclamaron dos mujeres que cruzaban la calle para entrar en el hospital. José Vicente repitió ensimismado ¡La Lechuza!, pensando además en el peculiar sentido gráfico de los criollos, que a todo le ponen nombre, lo mismo para ridiculizar que para exaltar. El canto agorero y anunciador de la desgracia identificaba a esa rapaz nocturna con la Muerte misma, y con quien la trae; es lógico, entonces, que llamen así a la carreta que lleva al cementerio los cadáveres de quienes no pueden pagar una carroza fúnebre.

Buscó alejarse de prisa y en sentido contrario para detenerse, no sabía si a los cien o mil pasos, ante una edificación circular con techo de cinc en la que estallaba una algarabía inusitada. Afuera se apiñaba la ralea de La Habana que, al verle llegar, se apartó temerosa para cerrarse nuevamente trás él. Uno comentaba que "el próximo será mío" y eso mismo lo repetían todos. Cuando alguien abrió una puerta con el cadáver de un ave desplumada y de rojísima piel, que lanzó al grupo. Como fieras en lucha encarnizada, se golpearon hasta que uno logró salir arrastrándose en cuatro patas, con el animal muerto entre los dientes, agarrado por el pescuezo.

-Ese tiene suerte. Se tomará hoy una sopa de gallo.

El desdentado individuo echó una carcajada, burlándose con que los gallos de pelea tienen músculos como flejes de acero, el fuego no los ablanda, apenas si sale un agua saborizada y éso si se dispone de sal. Así que es lo mismo tomarse un jarro de agua con azúcar, vaya, una "sopa de gallo cubana". Las risas lo apoyaron.

José Vicente no comprendía el asunto. Y tampoco le importaba. Necesitaba quitarse aquel tremendo peso, y, después de pagar la entrada, fue a sentarse en las gradas circulares, entre apostadores que pasaban botellas de aguardiente para beber gordos tragos desde los picos, en griterío ensordecedor. Allá abajo pesaron dos gallos, y luego los galleros agarraron a cada animal por los costados para, agachados en el ruedo, azuzarlos cabeza contra cabeza. ¡Una onza al plateado!,

dijo un negro, a lo que ripostó un blanco: ¡Pues yo le voy tres onzas al oscuro!, exclamó de pie. Y el otro debió reunir la diferencia entre los demás a su alrededor. Las apuestas seguían como una ola en el graderío, colmando de angustia muchos corazones.

Todos vociferaban y manoteaban alrededor de los dos gallos pelones que se herían mortalmente, clavándose en amplios revuelos las largas espuelas como navajas. Para al momento caer ambos sobre sus dos patas y extender los pescuezos, desnudos, al tiempo que tras las cabezas erizaban los ruedos de plumas tornasoladas, y volvían a saltar, después de calcularse mutuamente, con ondulaciones de los cuellos, chocando las patas espueladas contra las pieles endurecidas como cueros debido al rociado constante de aguardiente desde las bocas de los galleros.

Tres hombres de muy serios semblantes, los únicos en silencio, se alineaban en un palco para decidir el triunfo y la derrota de cada contendiente. Aunque casi en el ciento por ciento de los casos los combates concluían con la vida de los dos animales.

Los gallos cayeron una última vez en el piso, y las plumas de las alas, además de las colas enhiestas, de metálico brillo rojoazulverde semejaron, en la imaginación de José Vicente, dos caballeros en sus armaduras cruzando las adargas en violento combate.

El piso enarenado, con la sangre, se tornaba rojo, y su olor ascendía, para enardecer a cada hombre que, ya bestializado, exigía la muerte de uno de los dos combatientes. Y así fue, porque las espuelas del gallo de plumaje más oscuro atravesaron, de una y de otra parte, la cabeza del enemigo, para, sangrante, erguirse después y entonar un fuerte canto de victoria ante el cuerpo muerto.

José Vicente miró alrededor y vio blancos, mulatos y negros revueltos en el delirio. Prestó atención a las voces carentes de acento familiar, elevándose molestas porque había ganado el que debía perder, pues con la caída de uno desaparecían las esperanzas de muchos. Ganó el gallo que en apariencias era más débil. Como la Muerte, que en lucha franca contra el Hombre no pudiera vencerle, porque él se ve más fuerte, pero cuando Ella te ataca en la indefensa cama de un hospital no es una lucha pareja; la fuerza se va de un solo lado que es el caso de mi amigo Beinell, esperando pacientemente a que ocurra algo, pues no puede ni siquiera huirle a las Parcas, como pudieran hacer otros en el campo de batalla, en defensa de la Vida.

Atormentado por tales pensamientos, decidió salir. Y ya en la calle lo asaltaron otras ideas. Recordó que en la Plaza de Toros estaba el corazón de España y ahora, en la Valla de Gallos, veía el alma de los nacidos en esta tierra.

Los criollos disfrutan la misma Muerte muy diferente a nosotros.

Y aquella sospecha del desgajamiento de España se le hizo

palpable, además de dolorosa, por tantas víctimas. Entonces miró a su alrededor y no vio uno solo, entre quienes caminaban, que vistiera uniforme militar y hablara como él. Y le pareció entrever, como un fogonazo, que era absurdo morirse por algo ya perdido.

Con los pies pesados se arrimó al muelle y esperó sentado en el bote. El sargento llegó interesándose por el amigo enfermo. Regera se mostró parco. Mientras menos hablara, con menor fuerza sobrevendría la desgracia. Así que en silencio atravesó la bahía y se internó en el laberinto de números y anotaciones militares.

Sin ver ni oír, fue tomando papeles del escritorio del comandante para volcarlos en libros mayores. Después, alegó malestar del estómago, no acudió al almuerzo y revisó una comunicación con plena conciencia:

> *...en la Península se hicieron tres llamamientos de reserva en los meses de Enero, Abril y Julio y solamente á los que tocó la suerte en la última les corresponde satisfacer la cantidad de 250 como precio de su redención y á los de las dos primeros 500; y no viniendo en las requisitorias que se reciben de esa supeririodad por detención de aquéllos que les ha cabido la suerte, aclarando un particular tan necesario puesto que de él depende el conocimiento exacto de la cantidad que han de librar; se vé en todos los casos este Gobno de exigirles lo que corresponde con noticias que de los mismos interesados recibe, ocurriendo como es consiguiente la duda de lo que verdaderamente deba pagar, por falta de datos oficiales que la señalen.*
>
> *Según V.E. comprenderá expresándose únicamente en la requisitoria para la detención, talla y reconocimiento de los Quintos, que pertenecen á las reservas estraordinarias de 1871, sin clasificar cuál sea de las tres que se llevaron á cabo en él, á la que corresponda el reclamado; contribuye mucho á que este servicio sufra entorpecimiento como sucede hoy y como es consiguiente esperimenten también perjuicios los interesados que unas veces abonan mas y otras menos de lo que deben satisfacer por el concepto espresado y con el fin pues de evitar en lo posible aquellos, ruego a V.E. se digne disponer que en las órdenes o requisitorias que se dirijan á este Gobno sobre el particular, se esprese como dato indispensable, á cual de las reservas del espresado año pertenezca el quinto que se reclama, sin cuyo requisito no es posible, sin incurrir en falta que trata de evitar, exigir el precio que deba pagar por su redención, evitándose de este modo los entorpecimientos que ocasiona el sistema que hasta hoy se á seguido admitiendo las letras por los valores que los mismos interesados han manifestado corresponderles con las noticias que reciben de sus pueblos.*
>
> *Direcc. Gral de Admon Civil de la Isla de Cuba*

La respuesta aparecía en otro pliego enviado por la Sección de Administración del Negociado de Quintos:

Exmo Sor

Enterado de cuanto consigna V.E. en su oficio de 6 del actual, debo manifestarle en respuesta, que al llenarse las requisitorias que se dirijen á las autoridades se ponen en ellas todas las circunstancias que contienen las reclamaciones procedentes de la peninsula, pero en muchos casos carecen hasta de los datos más indispensables, como ha acontecido en los de la provincia Santander recibidos últimamente que no espresan los nombres de los padres de los quintos ni sus números, por lo cual ha sido preciso elevar comunicación al Ministerio por el correo del 15 del presente, manifestándole los inconvenientes que ofrecía la omisión de esos requisitos esenciales.

De otras provincias se han recibido también reclamaciones que ni siquiera espresan el reemplazo á que pertenecen los quintos y de aquí que muchas veces no puedan las requisitorias contener todos los datos que debieran reunir y que son de necesidad para que pueda tramitarse sin rémora alguna los expedientes de los mozos responsables á quintas.

Al concluir el documento, otra pequeña hoja le hizo ver el diablo:

Ministerio de la Guerra
Tengo a bien informarle a V.E. sobre el estado de las tropas y el número de hombres recibidos en la Siempre Fiel Isla de Cuba, desde el día 15 del mes de Otubre del año 1868 hasta el día 15 de Otubre del corriente:

	35,360	1868-1869
14,075	1870	
	——	
	49,435	Total

Y se levantó indignado preguntándose cuántos de aquellos infelices, cual firme propósito de los Mercaderes, desaparecieron en el intento de alargar el poder cuando defendían las riquezas en la Isla, y apenas sirvieron como raquítico relleno de los cimientos de un dominio que él estaba seguro ya no podía sostenerse.

5

Mientras José Vicente sufría por la suerte de sus coterráneos y pensaba en sus muertes innecesarias, otros que en vida crearon aquellas riquezas, de la misma Corona y de los mismos Mercaderes, también se perdían en las profundas grietas de los cimientos carcomidos:

En veintitres de marzo de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Francisco Xifre, adulto, moreno de nación congo, esclavo de D. José Xifre, que falleció en la Casa de Salud Quinta del Rey; y fue remitido de la Parroquia del Pilar por el Sr. Cura Miguel Pons y lo firmé == Mariano Rodríguez.[29]

En veinticuatro de marzo de mil ochocientos sesenta y siete años; se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna al cadáver de José Cubano Cimarrón, adulto, cimarrón número 1355 del Ramo de Calles; falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Anacleto Redondo y lo firmé == Mariano Rodríguez.

En veinticinco de marzo de mil ochocientos sesenta y siete años; se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de José Arará, adulto de edad como de cincuenta años, soltero, esclavo de Dª Mª de las Mercedes Rodríguez y fue remitido de la Parroquia del Pilar por el Sr. D. Andrés Díaz y lo firmé == Mariano Rodríguez.

En veintiocho de marzo de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Pabino Piquero, esclavo de los Herederos del Excelentísimo. Sr. D. Gregorio Piquero de Argüelles, adulto, como de cuarenta años de edad, soltero y fue remitido de la Parroquia de San Nicolás de Bari por el Sr. Cura D. Jorge Basabe y lo firmé == Mariano Rodríguez.

En dos de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Nicomedes o Domingo, adulto, moreno emancipado del Depósito del Gobierno número 56, no dan más pormenores, falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. D. Lorenzo Maejós y lo firmé == Mariano Rodríguez.

En seis de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Hilario Criollo, adulto, esclavo de D. José María Rada, falleció en la Casa de Salud Quinta del Rey y fue remitido por la Parroquia del Pilar por el Sr. Cura D. Andrés Díaz y Márquez y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En doce de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de José Manuel Cantón, asiático, adulto, cimarrón número 1402 del Ramo de Calles, falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Anacleto Redondo y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En quince de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Manuel Lucumí, como de cuarenta y cinco años de edad, esclavo de Dª Carmen Díaz, falleció en la Casa de Salud Garcini y fue remitido de la Parroquia de Guadalupe por el Sr. Cura Juan Galien y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En dieciseis de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna al cadáver de Feliciano Macao, asiático cimarrón del Ramo de Calles número 1564, falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Anacleto Redondo y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En diecisiete de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna al cadáver de Alejo Emancipado, moreno número 5858 del Guadálquivir, a cargo de los Sres. Granados y Cía, falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Lorenzo Maejós; y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En diecisiete de abril de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna al cadáver de José de los Santos Acosta, congo, como de cien años de edad, soltero, esclavo de D. José Romero y fue remitido de la Parroquia del término de San Salvador por el Sr. Cura D. Cristóbal Suárez Caballero; y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En veintiocho de mayo de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Cayetano Castell Florife, de nación congo, como

de cincuenta años de edad, soltero, esclavo de la Excelentísima Sra. Marquesa de Castell Florife y fue remitido de la Parroquia de San Salvador en el Cerro, por el Sr. Cura Cristóbal Suárez Caballero; y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En veinticinco de junio de mil ochocientos sesenta y siete años; se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Amalia, adulta, parda como de catorce años de edad, esclava del Excelentísimo Sr. Marquéz de la Real Proclamación, fue remitida de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Lorenzo Maejós y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En veintidos de agosto de mil ochocientos setenta años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Andrés Cabarroca, esclavo de Antonio Cabarroca, de nación mandinga, adulto como de ochenta años de edad y fue remitido de la Parroquia de Jesús del Monte por el Sr. Cura D. y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En ocho de setiembre de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Blás Gangá, esclavo de Rosa María Ramírez, de nación gangá, adulto, como se sesenta años de edad, y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Lorenzo Maejós y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En dos de noviembre de de mil ochocientos sesenta y siete años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna, al cadáver de Julián, negro de nación mina sin más razón, falleció en el Hospital de San Felipe y Santiago y fue remitido de la Parroquia del Monserrate por el Sr. Cura D. Lorenzo Maejós y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

En treinta de noviembre de mil ochocientos sesenta y ocho años se le dio sepultura en este Cementerio de Espada, en Tramo Común de Limosna al cadáver de Fedencio Carabalí, adulto, esclavo de D. José Xifre, se ignoran sus padres, falleció en la Casa de Salud Quinta del Rey, y fue remitido de la Parroquia del Pilar por el Sr. Cura Andrés Díaz Márquez y lo firmé = = Mariano Rodríguez.

Pero, en la sala del Hospital Militar, cuando la visita, riéndose los dos de costumbres criollas, Regera y Beinell pasaron un buen rato: las autoridades prohibían andar por las calles –porque las afeaban– a ciertas mujeres hermosas y bien vestidas que, sin embargo, asaltaban a los extranjeros desde las puertas de sus casas invitándolos a entrar y en las salas o en los cuartos los mismos extranjeros podían encontrar otras mujeres que se acomodaban a sus gustos y... a sus bolsillos; también era muy graciosa el habla a media lengua de los naturales y que se llamaran con silbidos igual que a un perro, sin contar con que en las fondas el plato común era carne de res con abundante ajo y aceite...

O que los riquísimos hacendados adornaran un negro como a una cotorra, esos pájaros de mil colores, y a un valioso caballo con arreos de cuero pulido y plata bruñida, para halar juntos una volanta o un quitrín. Y como lo averiguaron por pura diversión, pues memorizaron la cantidad de dinero que es preciso reunir para poseer el más moderno y veloz de los vehículos:

1200 pesos, fuerte	sano y sin tacha
450 "	caballo criollo
600 "	carruaje "
800 "	arreos de plata
250 "	botas, librea, sombrero, espuelas
200 "	derechos de alcabala y escritura
3580 "	"

Comentaron entonces que con razón algunos señores son capaces de pasear incómodos sobre sus caballos, mientras el negro alquila el carruaje particular y las ganancias vienen a los bolsillos blancos.

Las risas se les terminaron cuando al final de la sala vieron el revuelo de dos monjas en torno a un enfermo. Creaban una atmósfera patética las miradas de las dos mujeres, que de pronto permanecieron quietas al lado de una cama.

-Ese es Ceferino Teralesta, de Roda, en la provincia de Santander, que llegó hace poco y lo alejaron porque tiene viruelas. Parece que consiguió boleto de ida.

Regera no vio el chiste y su rostro se endureció.

-Paisano, no te enfurruñes. Me hubiera muerto de pena si compadeciera a todos los que pasan por aquí camino del camposanto.

José Vicente permanecía tieso.

-Mira, ayer mismo abandonaron este mundo Antonio Montero Carvajal, buena gente él, de Lugo, que apenas si estuvo dos días; y le siguió el oficial segundo Leandro Losada y Moreno, de Madrid, a quien nunca le oí la voz; y Antonio Reinosa Pérez, de Córdoba... Eso

fue por la mañana y por la noche las monjas no descansaron, aunque a ellas no hay que pedirles eso, porque tú las llamas y vienen al otro día para regañarte por haberlas molestado... Pero a lo que iba, pues por la noche se despidieron Eustaquio Cabreras y Lucenas, de Terubleque; el oficial mallorquín Miguel de Tur y García, y Vicente Hernández, de Santa Cruz de Tenerife, a quien nunca imitaré en dos cosas, que son haber llegado a capitán nada más y morirse ahora. Oye, Regera, cuando yo tenga treinta y dos años como él ya he ganado la Quinta Cruz..., y de ahí el cielo.

Tosió varias veces y después de coger aire disparó al pecho de Regera:

-No me moriré ahora, paisano... No me iré de este mundo por la fiebre amarilla como todos ellos... Yo, por lo menos, eliminaré algún ñáñigo... Así que quita esa cara y que un poco de mi alegría de vivir pase a ti..., porque me sobra... –una sombra le cruzó el rostro–. Cuando regreses, ve a hablar con mi familia..., con mi madre..., a decirle que su hijo fue muy valiente... No le digas que me viste enfermo en una cama.

Beinell terminó prácticamente ahogado.

El primer impulso de José Vicente fue correr hacia las monjas a increparlas; no estaban allí para curarlos, sino para asistirlos en la muerte mansa que el Poder les deparaba. Lo pensó mejor y comprendió que no eran, en el fondo, responsables de los fallecimientos.[30] Mejor que fueran testigos ante dios de las iniquidades de algunos hombres. Y apoyó la cabeza entre las dos manos. La voz desfalleciente del amigo lo sacó a flote:

-No me matarán ni otras veinte lluvias..., ni el calor agobiante por el día o el frío húmedo de las madrugadas..., tampoco el hambre..., ni el cansancio... Un quinto lo resiste todo...

José Vicente fijó su atención en una larga ventana de la parte opuesta a la fila de camas, donde se extendía José Beinell. Estaba entreabierta y casi adivinó un velero blanco remontando las sucias aguas de la bahía. La luz del sol se dividía en largas tiras a causa de las rejas. Regera seguía esperando por otras palabras que armaran el vacilante monólogo del amigo. De súbito, el aire se detuvo y una quietud ajena invadió el ambiente. Creyó sentir un ligero roce de vestiduras, bajó los ojos y vio aquella monja de piel transparente que justo en ese instante besaba la frente de Beinell, para después erguirse con el rostro pálido, los ojos hundidos en las cuencas, y desaparecer entre las camas.

-¿Qué decías?

Beinell tenía la boca y los ojos semicerrados. Por toda la cara había esa placidez del que descansa de veras, como al final de un largo viaje. La piel ya no era aquel rosado que José Vicente conocía, sino que

comenzaba a ponerse blancoamarilla. Y le apretó una mano para despertarlo. Percibió entonces de alguna manera que la mano del amigo perdía la suavidad y el calor de la Vida. Sin dar tiempo a más, alguien lo empujó despacio pero firmemente. Era la monja de gafas redondas, que ya veían a cerrar los párpados del cadáver y subir los bordes de la sábana amarillenta para amortajarlo. Regera apartaba las lágrimas y miraba el impasible rostro femenino tras los aros metálicos, en tanto las manos volaban con rapidez sobre el cuerpo exangüe.

Atado por la desdicha, José Vicente no atinaba a mover sus pies de delante de la cama a pesar de la orden de huir que circulaba en su interior. Los ojos eran lo único libre en su cuerpo. Y lo veía todo tan distante, semejante a una pesadilla. ¡No era posible que desapareciera alguien capaz de retar a la Muerte! ¡Beinell, tan entusiasta y seguro de sí mismo, yacía indefenso y solo en una cama ajena, amortajado por manos desconocidas, en una tierra extraña, donde nadie lo lloraba y nadie lo sentía!

Decidió acompañarlo durante el último viaje por sobre la tierra. Y salió al pasillo de gruesas columnas y techo de vigas. Desde allí vio el rápido movimiento de dos enfermeros que cargaron el cuerpo en una camilla. El joven se recostó al zócalo de mosaicos de fondo blanco, coloridos de azul añil con motivos moriscos, que le llegaba a la cintura. Iban los hombres, uno detrás de otro, y al caminar la camilla oscilaba con el cadáver envuelto por la sábana a través de la cual se advertían los rasgos faciales de Beinell. José Vicente no daba crédito a sus ojos y le pareció que la pared se le separaba de las espaldas. Por eso afirmó sus pies en el suelo para ver cómo la luz del día bajaba cuadrada sobre el patio. Entonces agradeció al sol de la Isla su resplandor en diciembre, para iluminar, con fuerza, la última vez a su amigo.

Los enfermeros se perdieron tras una puerta para colocar el cuerpo inerte dentro de un ataúd. Y de allí salieron seis sarcófagos hacia la capilla del mismo Hospital. Donde les ofició una breve misa el capellán de guardia Marcos Guerrero, hombre joven y de espaldas cargadas que mostraba en su semblante el rigor de la guerra en Cuba. Y no porque hubiera peleado. Sino por el diario enfrentamiento a la Muerte. Hasta que dolido de tanto sufrimiento inútil, pedía a Dios que hiciera algo o los hombres acá abajo acabarían con la juventud española.

Varios convalescientes de dolencias menores observaban, desde el pasillo del segundo piso, el trágico andar de los ayudantes con los féretros. Y no por doloroso era menos acostumbrado el movimiento de los vivos llevando muertos al interior de La Lechuza.

José Vicente retrocedió a lo largo del amplio pasillo para doblar a la derecha y salir por la puerta principal a la calle de Diaria. Ya La

Lechuza se había adelantado por la calle de Factoría y Regera debía apurarse. Atravesaron el bullicioso barrio de Jesús María, sobre el cual caía el sol encendido. A la breve sombra de un alero, cuatro negros fornidos tiraban dos dados, en un gran aspaviento, y bebían desde botellas que colocaban en el piso. Los pregones de los vendedores no eran entonces simpáticos y el día se le antojaba despiadado. Llegaron a la Calzada del Monte y La Lechuza torció a la izquierda para empatar con la calle de la Reina, una avenida larga y monótona, de suave pendiente hasta coincidir, más allá de la calzada de Belascoaín, con el Paseo de Carlos III.

7

En el largo recorrido José Vicente no apartaba los ojos de los seis sarcófagos, iguales en tamaño y color, mientras pensaba en que la vastedad de la Muerte era excesiva para el pequeño cuerpo de Beinell, que iba como los demás entre cuatro tablas rectangulares y dos cuadradas, perfectos cajones de bacalao que los Poderosos entregaban cual premio a aquellos jóvenes por el inmenso servicio prestado.

El Paseo de Carlos III finalizaba en un camino vecinal que bordeaba la fortaleza del Castillo del Príncipe, inaccesible en lo alto de esa loma y a la derecha de esta senda que conduce a la Muerte. De sólo mirar los muros, allá arriba entre árboles frondosos, escuchó de nuevo la palabra atropellada de Beinell contándole que desde lo profundo de esa plaza fuerte se alargaban tres túneles para ingresar tropas a escondidas o evacuarlas caso de que la ciudadela cayera en manos enemigas.

José Vicente descendió al camino ahondado en muchas partes por las ruedas de todo tipo de vehículo, principalmente y en los últimos tiempos por La Lechuza. Que avanzó al lado de un cercado de tablas claveteadas, alrededor de un inmenso potrero en el que convivían las almas de aquellos olvidados de la Vida y de la Muerte.

Con los ojos apagados por el dolor, José Vicente vio una cruz latina que coronaba el portalón hecho de gruesos troncos, a cuyos lados se movían diligentes hombres y mujeres vendiendo flores, café, refrescos, dulces... Se llevó una mano al bolsillo para hacerse de algunas rosas o claveles o mejor jazmines, de suave aroma, capaz de perfumar la tumba árida que de seguro designarían a su amigo. Se registró en todos los bolsillos. Ni un céntimo. Creyó que la tristeza lo aplastaba definitivamente. Miró al cielo y en la inmensidad las nubes flotaban como algodón. Y fue bajando la vista hasta tropezar con un árbol de potente tronco, sobre cuyas ramas saltaban trinando los sinsontes en desafío al silencio de la Muerte.

Estaba agachado, reuniendo minúsculas flores silvestres, cuando La Lechuza arrancó hacia el interior del cementerio después de obtenido el permiso para las inhumaciones. A diferencia del otro, este camposanto tenía las puertas abiertas y entraba quien quisiera. En las calles polvorientas iban quedando dos lineas paralelas marcadas por las ruedas del carromato. Ya José Beinell García comenzaba a ser pasado e historia, y su nombre no aparecería coronando una suntuosa lápida, de finos mármoles, igual que las del Cementerio de Espada, pertenecientes a quienes en Vida se dieron el lujo de exigir una Muerte diferente.

Iba trotando circundado de tumbas solitarias, cuando vio un extraño grupo compuesto de blancos y negros, pobres sin llegar a la

mendicidad, que separaban huesos de sarcófagos deshechos, entre restos de ropas y zapatos, para colocarlos en pequeñas cajas de los materiales más diversos.

Y más allá, obedeciendo a su conductor, la mula se detuvo próxima a una profunda fosa de la que dos sepultureros negros sacaban las últimas paletadas, y a ambos lados reposaban par de lomas de tierra en las que José Vicente vio huesos carcomidos, sin vestigios de ataudes, calzados ni tejidos, que una vez vistieran a los cadáveres desconocidos.

¿Quiénes fueron estas gentes, tan olvidados que nadie vino a recoger sus restos como hacen con aquéllos otros de allá atrás? Los de allá atrás siguen vivos en el cariño de quienes limpian sus huesos. Y no pudo dejar de lanzar una maldición, porque ¿dónde está la persona que reclame y cuide los de Beinell? ¡Esa persona no existe en esta tierra!

Los sepultureros colocaron tres cajas en el fondo de la fosa y al ver que no cabía nadie más, comenzaron a lanzar despreocupados bultos de tierra en los que viajaban aquellos tristes huesos que nadie vino a limpiar. Y con tremenda amargura reflexionó José Vicente que, al paso del tiempo, los restos de Beinell se confundirían con los de otros y, mezclados en la tierra, también servirían de relleno para sepultar futuras muertes.

Se acercó al montículo y, arrodillado, colocó las flores humildes sobre la tierra recién removida. Comprendió que cuando se fuera del cementerio no quedarían huellas de la memoria de su amigo y sería imposible encontrar, en esta inmensidad sepulcral, el miserable hueco que lo acogió. Por eso, con la vista buscó un palo para escribir en la corteza el nombre de Beinell junto al día 12 de diciembre del año de 1870, pero enseguida entendió que sería una injusticia con los otros dos españolitos y con los huesos de aquellos que antes fueron inhumados en la misma fosa, negros probablemente y quién sabe si esclavos.

Cuando quisiera recordarlo traería a la mente los momentos gratos a su lado, con aquella risa estridente y los comentarios heroicos. Por supuesto, así lo tendrían presente él y la propia familia de Beinell; no les quedaba otro remedio. Ahora, quienes no lo conocieron, jamás sabrán que este muchacho de apenas veinte años poseía sueños altos y que era valiente, pero no tuvo ninguna oportunidad para demostrarlo; tampoco conocerán que José y Josefa, allá en Murcia, serán los únicos que llorarán la ausencia de este soldado hasta sus propias muertes, y con cierto orgullo envuelto en dolor repetirán su nombre porque un papel oficial les habrá llegado a las manos afirmando que cayó cual militar español, valientemente, después de realizar una verdadera proeza. Pero José Vicente conocía de antemano de la falaz

comunicación, y la verdad es que un infeliz catarro bronquial le había arrancado la vida.

En todo aquello pensaba él, y en más aún, porque cuatro puertas tenemos abiertas los pobres: la iglesia, el hospital, la cárcel y el cementerio. Y estamos para servir a las dos fuerzas que nos trajeron a esta tierra: los Indianos Poderosos y la Iglesia. Uno puso el dinero, las armas, el campo de batalla, los hombres y los muertos, que el otro se encarga de sepultar gratuitamente en su cementerio, reservándoles un espacio en el Tramo Común de Limosna y al acoger sus almas reivindica, como es lógico, a los Indianos. Para seguir bendiciendo desde el mismo púlpito los intereses mutuos, con latinazos y agua bendita esparcida por el hisopo.

bájate de ese caballo muchacho y camina a nuestro lado

descabalgarlo jamás que aquesta guerra no ha concluido para mí

ah el orgullo que portas es más alto que tu estatura y el menos esperado de los días te consumirá

no me dirijais la palabra inmundo ser que arreglado tengo vuestro destino pues mi materia desdeñará la negra que acompañais

-Fui muchas veces al mercado y no te vi.

- Mi amigo murió.

Bajaron las cabezas y caminaron en silencio. Desde muy alto descendía el mismo martillo para golpear sobre el mismo yunque. El sonido del repetido movimiento retumbaba en las sienes de la esclava y del soldado. Hasta que dejaron atrás al herrero en su taller y al zapatero sentado a la puerta de su casa ante una bigornia, en la que claveteaba una suela a un zapato viejo. Y más adelante, de la veloz rueda de un afilador saltaban chispas de cuchillos y tijeras, que se perdían acompañadas del canto en voz baja y el zumbido de la misma rueda. A un lado veíase el sastre esforzándose en armonizar, sobre una mesa, dos paños de tejidos diferentes. Y enfrente, a la sombra de un pequeño toldo, un mulato alegre enrollaba escogidas capas de tabaco sobre tripas ya prensadas.

Sin avisarlo, la calle Mercaderes se abrió en grandes y lujosas tiendas cargadas de adornos por las Navidades, y atrás, marginados, se quedaron el herrero, el zapatero, el amolador, el sastre, el tabaquero..., cuando pasaron ante un grupo que rodeaba a un chino gordo y de piel tirante. Las voces lo comprimían:

-¡Oye, Manteca,[31] acaba de tirar el bicho!

Al parecer, el asiático se daba lujos porque retardaba la acción, regodeándose en las caras ávidas de los apostadores. Hasta que se abocinó la boca con una mano:

-¡Caballelo que no duelme!

Y varios alrededor del gordo de ojos oblicuos sacaron papeles doblados, para ver listas de anteriores versitos y responder adecuadamente.

-¡El ratón! ¡El ratón!

-¡El gato! ¡El gato!

-¡Tigre! ¡Tigre! ¡Tigre!

Todos daban una o dos monedas de a céntimo, cada una, para recibir a cambio veintinco o cincuenta céntimos... si ganaban. El chino iba embolsillándose el dinero, sin traslucir en su semblante ninguna

emoción.

-¡Voy! –exclamó– ¡Es el tleinta!

-¡Mentiroso, ladrón, descarao! ¡No puede ser el camarón!

-¡Sí, polque camalón que se duelme se lo lleva la coliente!

Sin poderlo evitar, Constancia y José Vicente se echaron a reír. Y él, con la cabeza ladeada, preguntó si ella conocía qué significaba cada nombre de animal. Pues un número, respondió la muchacha. Por ejemplo:

1 caballo
2 mariposa
3 perro
4 gallina
5 gallo
6 cerdo
7 vaca
8 mono
9 elefante grande
10 gallina pequeña
11 pavo
12 pato
13 tigre
14 león
15 pescado chico
16 jaba
17 pulpo
18 paloma
19 gato
20 jutía
21 perro
22 pavo
23 pollo
24 cucaracha
25 pingüino
26 pez
27 camarón
28 ratón
29 tiburón
30 caballo
31 vaca
32 cochino
33 mariposa
34 cucaracha
35 ratón
36 paloma

-¿Cómo aprendiste eso?

-Muchas veces Encarnación me...

-¿Quién es Encarnación?

-Murió hace poco. Era negra y esclava de los señores. Era una mujer muy buena. Ella se quedaba con algunos céntimos del vuelto de las compras que yo hacía, para mandarme a que le jugara un número sin que la Señora Andrea se enterara. Todos los días tenía que ir a apuntarle un número distinto, porque si soñó con un perro o si vio una mariposa. Eso y cocinar eran sus únicas diversiones.

José Vicente apretó los labios.

Y en el caminar sin rumbo, el mar se les vino encima, con un cielo ya gris por el anuncio del tímido invierno cubano. Constancia se arropó con la gastada manta y se equilibró en las puntas de los pies, sobre el dienteperro de agudas aristas. Allá atrás había quedado el Cementerio de Espada y ahora bordeaban el Vedado, con las desperdigadas casas.

Alzábase a sus espaldas una cortina de uvas caletas que los separaba del resto del mundo. Lo único en movimiento eran las olas en su eterno vaivén, y el viento que mecía las ramas para lanzar al espacio una melancólica melodía.

Permanecía ella parada cuando él fue a sentarse a sus pies. Constancia intentó mirarlo desde lo alto pero no pudo y él le tomó una mano, para entonces ella, aligerada del rencor, escuchar anda,

siéntate aquí a mi lado, a lo que ella respondió con una sonrisa franca.

Hombro con hombro, no sabían por dónde empezar. Se los sugirió una fila de hormigas caminadoras con grandes cargas a cuestas, que unas a otras, cuando andaban en sentido contrario, se frotaban las antenas imperceptibles para decirse secretos:

-Me gustas y te necesito mucho, Constancia.

maldito imberbe poseído ya por satanás oidme os lo ordeno esa inmunda

-¿Me escuchas, Constancia?

ordénote la inmediata separación de esa

-Habla, muchacha. Dime algo. Estamos solos.

-Tengo miedo.

-¿A mí?

-No.

-¿A qué..., o a quién?

Constancia carecía de palabras para explicar el sentimiento de rechazo hacia el blanco y a todo lo que implicaba ese color de piel. Pero, curiosamente, no repelía a José Vicente. El formaba parte de un bando de seres humanos diferentes, que quizás intuyera de alguna manera la intrincada madeja de pensamientos y le hizo llegar a ella su comprensión, posando una mano cálida en el hombro femenino, que se estremeció en oleadas, los ojos cerrados y la boca entreabierta, para ascender en lentas ondulaciones mientras se despojaba de todas las ataduras y, libre ya, dejar allí sentado al joven que no cesaba de mirarla asombrado, cohibido ahora por la sensualidad ímpetuosa que emanaba del movimiento voluptuoso de las caderas y de los brazos extendidos. Para repetir: *Guaguo mí, guaguo mí.*[32]

José Vicente observaba quieto, aunque por dentro el corazón se le desbocaba.

Ella de pie, las manos seductoras se abrían y cerraban en alegre invitación al baile, al que, temeroso, él no acudía, y ella seguía vibrando al compás del tintineo de las campanillas, que lo llevaron a halarla hasta su nivel para abandonarse a la corriente de un río que los arrastró hasta perderlos en las aguas frescas y espumosas. Para ver ante ellos el mar quieto y de azul intenso pegado al horizonte, con otro tono de azul verdoso más cercano y azul acero lamiendo la costa.

qué me dice ahora mi querido tancredo vea usted cómo el odio se inclina ante el amor no vuelva el rostro y baje de ese caballo

Medio ahogados, emergieron a la superficie. Y mirándose los ojos,

supieron que se pertenecían. Pero a medida que fueron separándose los rostros, con rapidísimos recuerdos traídos por cada uno, la realidad se impuso.

muy hondas raíces sustentan los juicios del mozalbete y no creais hakem que un simple contacto desvanecerá las diferencias

-Soy un soldado español.

-Y yo una negra esclava.

Y no pudieron evitar abrazarse para echarse a llorar.

Ambas afirmaciones les hicieron ver los límites de cada uno, y rompieron el encanto al ponerse en pie. Debían correr para no ser castigados por sus dueños. Se verían un día igual que ése de la otra semana. Ella atravesó el tupido muro de uvas caletas y él esperó un instante para dar la espalda al mar y caminar a través de un túnel flanqueado por la alegría y la tristeza, que reía una desde su parte soleada mientras la otra lloraba en total oscuridad.

José Vicente no tenía más opciones que la de cruzar la bahía y sumergirse en papeles. Si hubiera estado en la aldea de Baneira andaría de fiesta, desconociendo la Muerte. También ayudaría de alguna manera a preparar la cena de mañana veinticuatro de diciembre. Y lo pensó.

habeis cometido tal pecado mortal por la traición a vuestro linaje que una sola elección teneis y es correr a confesaros en la primera parroquia

Sin proponérselo, José Vicente torció los pasos hacia la derecha para terminar en la capilla del Convento de Santa Clara. Traspuso la inmensa puerta y el sosiego fue llegándole lentamente, hasta serenarse del todo. Cuando se dejó caer en el reclinatorio y, con devoción, llevó sus manos unidas al pecho. Mientras miraba fijo las velas encendidas que iluminaban las pocas imágenes de madera y de cera, representaciones toscas del poder celestial, ciertamente, pero de donde le vendría el perdón.

Con más serenidad, pudo mirar a su alrededor. Y vio a varias personas, diseminadas en el espacioso salón; muchas de rodillas, al parecer entregadas a la silenciosa oración. Otros, hombres en su mayoría, se hallaban de pie o sentados en bancos dispuestos a lo largo de las paredes enyesadas. Y muy cerca del altar, inclinados sobre la pulida barandilla de cedro, varios negros con cestas en los brazos demostraban ser los de más profunda religiosidad entre todos los presentes.

José Vicente volteó la cabeza y vio una joven sentada en el confesionario. Era tan blanca y tan ricamente vestida, que por contraste le trajo a Constancia a la memoria.

Y al fijarse en los negros allá alante, se preguntó por qué ella no vendría también a la Iglesia, para que se me iguale a los ojos de dios. Porque aquí las dos razas no están separadas. Una profunda campanada lo devolvió al tiempo real y se levantó imitando a los demás.

Hacia el ancho pasillo central afluyeron blancos, negros y mulatos que formaron una abigarrada corriente humana, más unida entonces. Para recibirlos la luz del mediodía y unos montar en lujosas volantas, otros en hermosos alazanes y la mayoría dispersarse a pie a través de las calles enfangadas, pues lloviznó y mira cómo he llegado, pero tuve suerte porque encontré los tomates que le gustan a la Señora Andrea...

-Coge aire, muchacha. Habla despacio. A ver, mírame. ¿Qué te pasa a ti hoy?

Queriendo esconder la cara en la cesta, Constancia hablaba sin parar. No se atrevía a mirar a Filomena, porque la vieja le conocería el secreto en los ojos. Y justo eso mismo, sin tanto rebuscamiento, le dijo la anciana:

-Yo creo que tú andas medio enamorisqueá.

-¡Qué lengua la tuya, Filomena!

Y al darse media vuelta, tropezó con los ojos azules del amo Francisco, que se deleitaba en las redondeces del cuerpo joven. Por lo que sintió un miedo distinto y presintió alguna desgracia. Me gusta tu sazón, dijo él acercándose para oprimirle un hombro. La muchacha se estremeció. Otros pasos que eran leves trajeron a la Señora Andrea y la colocaron entre Francisco y Constancia. La ama agarró el brazo de su marido y lo arrastró a la sala, mientras lo acusaba en voz baja y con ira contenida de haberlo sorprendido otra vez mirando a esa negra. Por eso prefería la esposa querida tener al marido atareado en el ingenio allá en Quivicán.

Y Constancia sintió aquellas miradas hiriéndola con más saña que cuchillos afilados. Aunque tenía mejores motivos para preocuparse, si acaso lo hacía. Había entregado la virginidad, su mayor tesoro, al hombre que amaba.

así es estirpe mía pues flor es la virginidad que muchas veces con la imaginación se ofende porque cortada la flor del rosal con qué brevedad y facilidad se marchita éste la toca aquél la huele el otro la deshoja y finalmente entre las manos rústicas se deshace y si la virginidad se ha de inclinar ha de ser siempre ante el amor que entonces no sería perderla sino emplearla en futuros tiempos que felicidad prometen

Pensando en ello, dejó que la nostalgia de los demás por la celebración de las Navidades le resbalara por la piel. A ella nada le decía el nacimiento del Niño Jesús. Y evocó, con mezcla de alegría y tristeza, el sublime instante de aquella entrega, mientras en un

mortero machacaba ajos y pimienta, para unirlo todo de dos fuertes puñetazos en el fondo de un jarro que contenía jugo de naranja agria con sal y cebolla picadita.

Y con aquel jarro Filomena se fue chancletera hacia el patio, donde Anselmo el calesero había amanecido al lado del puerco, sudando en torno a una inmensa olla con agua hirviente. Lo había amarrado por el cuello y halado el otro extremo de la soga, hasta ver que el animal se afincaba en el suelo, en un intento por retroceder. Al adoptar el cerdo esa posición rígida, Anselmo ató la cuerda tirante a una columna y, de frente, hundió la punta del cuchillo en la parte interna de la paleta izquierda para cortar los chillidos al atravesarle el corazón. En su tozudez, el puerco mantenía la posición de pie, rehuyendo, y el calesero aprovechó para colocar un recipiente bajo la herida y recoger la sangre, que salía intermitente de su pecho. Hasta que, ya sin fuerzas, cayó como una paloma bien muerta.

Poco después, mientras Constancia compraba tomates en el mercado, que así se lo había dicho a Filomena por si la Señora Andrea preguntaba, Anselmo la pasó pelando y abriendo el puerco, colgado, más tarde, en el naranjo del patio y que escurriera el agua y la sangre, para luego colocarlo sobre la mesa y pincharlo en mil lugares, por donde penetraría el mojo que preparaba Constancia, quien ni siquiera tenía tiempo para secar el sudor sobre el rostro, porque andaba corriendo con los brazos cargados de madera y hojas de guayabo que, al ahumar, impregnarán de exquisito sabor las carnes del puerco que mañana cenará el Comandante.

-Los jefes sí saben comer –dijo entre risas amargas un quinto a José Vicente, cuando ascendían por la pendiente desde el Foso de los Laureles.

Y como las órdenes no se discuten, Regera no lo pensó ni la mitad de una vez. Ciego, sordo y mudo fue a buscar lo requerido por el cocinero del Estado Mayor, un mulato gordo y de manos maestras en el arte culinario. Descargaron las ramas y esperaron de pie. El cocinero se movía gelatinoso, con tres roscas en el cogote y pasitos de foca, delante del enorme fogón que metía tanto calor como el Infierno. Se volvió en medio de una gran risa y dijo que quedaban libres. Pero no, cáiganle a mordidas a España, y le dio a cada uno dos manzanas. Que hubieran querido disfrutar afuera, mas se las tragaron en grandes trozos allí mismo no es bueno alimentar la envida en nadie y una manzana es poca cosa.

oh mozalbete como os deleitais con frutos da nossa terra para sentir vuestro pecho henchido de gozo mas renegais de ella pisoteándola al mezclar sentimientos con hechos pues admisible es que limpieis vuestra espada mas no que lo mireis como sublime acción

Sin embargo, ahora, después de una semana sin verla, hubiera querido abrazarla delante de todos, en la plaza donde Constancia compraba lechuga y berro. Porque hasta el aire soplaba alegre y entre sus colores no había tanta distancia.

me parece tancredo que nuestras diferencias se acercan a su fin

Y caminaron silenciosos sin expresarse los sentimientos. Se les notaba en los ojos.

vejestorio indeseable sois vos el único que teneis cercano el fin

Veíanse personas ricas dando generosas limosnas a los pobres. Hacendados que jamás visitaban la casa de dios, entrando en ella para depositar bonitas sumas en los platillos que el monaguillo pasaba con inocencia. Las volantas, con las capotas descubiertas, mostraban rostros moviéndose humanizados al ritmo de las músicas escapando por ventanas y puertas de las sociedades de recreo. Las pequeñas vendutas se tambaleaban a causa de los compradores, para satisfacción de los que vendían. En todos estaba presente la risa fácil. José Vicente sabía que era una atmósfera ilusoria y pasados estos días de fin de año, el negro llevaría de nuevo al blanco sobre su lomo. Y también resurgirían las diferencias entre los mismos blancos. Estaba seguro de eso. Lo veía venir.

Atando palabras, frases, comentarios y miradas que no siempre eran risueñas, sino más bien hoscas, dirigidas a su uniforme en las visitas a La Habana, fue armando la historia reciente: a la insurrección desatada en el Oriente de la Isla, en octubre de 1868, respondieron las autoridades con hombres y plomo y la fundación del periódico *La Voz de Cuba*, desde el cual su propietario don Gonzalo Castañón llamaba a los integristas a matar a todos los traidores, y eso precisamente hicieron los 35 000 Voluntarios al tomar las calles de la Capital, donde balearon a los revoltosos reunidos en el Teatro Villanueva y a otros en el Café del Louvre. Hasta que el líder ideológico Gonzalo Castañón resultó muerto en un duelo en Cayo Hueso, en enero de 1870. Traído su cadáver, lo inhumaron en el Cementerio de Espada, y los afligidos Voluntarios –que no respondían al mando de las autoridades, carecían de cuarteles y eran dueños de sus armas– cayeron coléricos sobre la población.

Y un tétrico cuento de aquellos días, más bien salido de la pluma afiebrada de Edgar Allan Poe, repasaba José Vicente: acompañaba al joven Luis Luna y Parra el embravecido mar de febrero, pues venía por la calle de San Lázaro después de visitar a su novia; serían

aproximadamente las nueve de la noche y se acercaba a un grupo de Voluntarios del Segundo Batallón, que estaba apostado en la esquina de la calle de la Perseverancia y dijeron al verlo: "¡Ése que viene es mambí!" Al pasar entre ellos le dispararon dos veces con un revólver, tan cerca que la pólvora le quemó la levita por la espalda. El herido echó a correr gritando "¡Viva España!", "¡Viva España!" Pero fueron trás de él dándole bayonetazos. Milagrosamente vivo aún trató de refugiarse en una bodega de la calle de las Lagunas, donde un furioso Cabo del Primer Batallón sacó el machetín para pasárselo. Al suelo fue a dar y de pie otra vez retrocedió a la Perseverancia, hasta la esquina de las Lagunas, donde un asturiano seguidor de las ideas de Castañón lo apuñaleó tantas veces que se hirió su propia mano y se dislocó la muñeca. Todos gritaban: "¡Mátenlo! ¡Mátenlo! ¡Maten a ese mambí insurrecto, traidor a la patria!" Tambaleándose, continuó por la Perseverancia para atraversársele otro Voluntario del Segundo Batallón, entre las calles Ánimas y Lagunas, que lo remató de un pistoletazo en el pecho. Y aquel asturiano, insatisfecho todavía, vino a disparar cuatro tiros al cadáver y clavar triunfante su bayoneta para exclamar por último "¡Viva España, rediez!"

Más, a qué encabritarse el alma, cuando debía ir alegre. Cierto es que veía muchos rostros en las calles, tristes si se los miraba bien a fondo, pero se imponía la tradición de una festividad milenaria. Y él no podía ni quería escapar a la contentura de la gente, que se gastaba las pesetas reunidas un año entero en las tiendas La Bomba, El Forastero y La Virtud, las más importantes de la calle de los Mercaderes, por donde usted puede ver dos negros descalzos seguidos de una señora elegante, que los increpa por no cuidar el paso al llevar en hombros el mueble caro recién comprado. O un mulato alquilándose él mismo para cocinar deliciosos platos, por esos días, y que le paguen a su ama en la calle de San Ignacio número 85. O el blanco de porte distinguido que cambia a su esclavo Francisco, erguido allí mismo, con todos los dientes, sano, sin vicios ni tachas, por un matul de tabaco rubio de Vuelta Abajo. O aquel comerciante hábil que anuncia el trueque de azúcar y café por dos negros que no bajen de catorce años ni pasen de cincuenta, y que lo vean en la calle real de la Salud pasada la Iglesia y la primera cuadra casa número 122.

Caminaron durante largo rato, cuando a José Vicente se le ocurrió entrar en la iglesia de San Felipe, la preferida de los elegantes de La Habana, y en cuyo frente se agolpaban carruajes de vistosos ornamentos, con caleseros brillándoles las pieles y los arreos igual que los caballos.

late orgulloso mi pecho por vuestra ocurrencia de acercaros al señor que

todo lo ve y lo juzga de modo que no permite mancha oculta y siempre expuestas están a la luz

Un brusco salto le hizo retroceder a la tierra natal por los días de la despedida, cuando deseó de todo corazón visitar en La Coruña la iglesia de Santiago, para detenerse ante la respetada estatua del Apóstol en el tímpano de la puerta occidental. A varios escuchó sobre la bondad de ese santo y hubiese sido bueno que lo bendijera desde lo alto para regresar sano y salvo, pero ya era militar y no podía andar libremente. Con la cesta en las manos, Constancia se negaba a seguirlo. Nunca había puesto un pie en la casa del dios de los blancos y menos en ésta, porque a la distancia se veía la mucha riqueza de sus visitantes.

-Tomemos unas ramas de romero para que el Señor nos acompañe en las hojas siempre verdes.

A ella nada le dijeron aquellas palabras, mas le siguió para complacerlo. Pasado el primer vistazo, la muchacha descubrió que otros de su condición se arrodillaban muy cerca de la imagen santa allá en el fondo. Era la única iglesia en la que sí se borraban las diferencias abismales entre el hacendado de más alta alcurnia y el más miserable de los andrajosos, donde aparecían todos inclinados ante el Señor y bendecidos por Él.

Los caballeros y las damas notables ocupaban los bancos centrales, junto a personas de menos rango, incluidos negros esclavos, que con devoción lastimera se entregaban en cuerpo y alma a la misa.

Constancia permanecía de pie, sin oír el llamado de José Vicente para que viniera a sentarse. Los ojos femeninos se deslumbraban ante el altar magnificiente, repleto de brillos y oropeles. La invadió una sensación de insignificancia y se sintió aplastada, a lo que contribuyó la voz del sacerdote como venida de la elevada bóveda.

comprendo tu malestar estirpe mía pues es grande la distancia entre este templo y las naves blancas y austeras allá en nuestra tierra en las que nos reunimos para entrar en nosotros mismos allí nada distrae el espíritu y el pensamiento limpio va directamente a aláh y su profeta mahoma que penetra en todos como la luz clara y dulce a través de las numerosas ventanas para recordarnos la paz de un valle nevado cubierto de un cielo despejado

Avanzó con lentitud hasta el banco ocupado por Regera y, mecánicamente, fue a sentarse a su lado. El había volado al seno del Señor. Ella veía tan distante aquel dios blanco que le pareció imposible comunicarse con él, porque no tengo otras posesiones que mi color y mi esclavitud a diferencia de Él, que lo veo tan rico y poderoso.

Y eso que Constancia desconocía las grandes riquezas de quienes

representaban a ese dios en la Tierra; ellos eran dueños de los suelos más fértiles de la Isla, de los cuales obtenían magnos ingresos que les permitían vivir regiamente, lo mismo en el campo como en la ciudad, con viajes frecuentes a Europa y suculentos banquetes a los que acudían amistades encumbradas, capaces de pedir el más soñado de los manjares –para ponerlo dentro de sus panzas o por fuera de ellas– y allí estaba en fuente de plata. Pero si por un lado, el Poder Celestial les permitía tales debilidades de la carne, por otro lado, el Poder Terrenal, en manos del Capitán General, colocaba algunos obstáculos a los frailes, monjas incluidas, de apetitos desmedidos, para mantener ante los feligreses la siempre anhelada imagen limpia de la Iglesia y que mejor le sirviera a sus propósitos de dominio.

Concluida la misa con fuertes latinazos pronunciados desde el púlpito por el sacerdote, José Vicente caminó al altar. Buscaba las ramas de romero y preguntó a un monaguillo, que se echó a reír con gran burla de gestos.

-No sé de qué me habla, señor –respondió el niño–. Pero si busca ramas bendecidas para llevar al hogar, aquí tenemos guano..., guano bendito.

Y miró mejor a su alrededor. La gente se iba muy contenta con largas tiras verdeamarillas. No había otras ramas u hojas y aceptó conforme el guano que le extendía el monaguillo. Doblándolas, José Vicente regresó a Constancia y la invitó a salir para cada uno llevar sus diferencias a cuestas. Como los hacendados y los andrajosos, mortalmente resignados cada uno por el sitio que les tocó en la escala social.

En medio de las gentes que iban y venían, los jóvenes hubieran deseado pegarse, sentirse los calores mutuos, pero el temor a que les descubrieran sentimientos hondos y les conocieran aquel secreto de la costa los mantenía separados. Y así caminaron, él anudando la larga tira de guano para luego regalársela a ella.

Sin percatarse, porque se dejaron llevar por las ganas de la soledad, avanzaron hacia los mismos arrecifes. Con el mar salpicándoles los pies. Entre los dos flotaba, esa vez como en ninguna otra oportunidad, un velo de timidez que ninguno se atrevía a descorrer y cada cual esperaba por la acción del otro.

-Yo quisiera... –dijeron a la misma vez. Y soltaron dos largas risas. El hielo derretíase bajo el tenue sol de diciembre.

-Constancia, quería decirte algo.

Las olas mojaban las puntas de sus zapatos. Podía adivinarse un mundo distinto al otro lado de la infinita línea del horizonte. Por allí mismo quiso escapar ella muchas veces, pero sólo ahora empezaba a serle menos dolorosa su condición de esclava.

-No soy un hombre libre, soy un soldado.

-¿Tengo yo alguna libertad?

-Espera, por favor. Me agarraron en quintas cuando empezaba a vivir.

-A mí me cazaron como a un animal cuando era niña.

-Déjame seguir. Estoy lejos de mi familia allá en Baneira.

-¿Y dónde está la mía?

-Quería explicarte que esta tierra y su gente son tan extraños, que ni siquiera hablan como nosotros los de la Península.

-Yo estoy peor, porque tuve que aprender esta lengua y que jamás se me ocurra decir *ocuollireó*, *ocuollimaó* u *ocuagán* si debo dar los buenos días, las buenas tardes o las buenas noches.

-Constancia, el ejército me convirtió en un número y por él me identifican cada día.

-Yo no soy Constancia; Oddedeí me llamó mi padre cazador.

-Tengo miedo, presiento que aquí me llegará el fin de la vida y desapareceré sin dejar huellas como mi amigo, que nada identifica su sepulcro... Lo echaron en un hueco de la tierra pelada que regala la Iglesia.

-A Yemula la enterraron igual; sin cruz y sin nombre en un pedazo de tierra –y tiró al mar aquel guano bendito para que en las tranquilas aguas continuara la paz entre peces grandes y chicos.

Entonces sus ojos siguieron el movimiento de un ave enorme. Un pelícano pescaba en el mar encrespado. Parecía mirar a los amantes desde su altura, él con las alas combadas, el cuerpo sólido y las plumas de color blanco sucio. Se desplazaba contra el viento, como si jugara a ver quién podía más. El ave fue rápida. Giró en ángulo recto para dejarse caer de cabeza con las alas plegadas y partir una ola en medio de un fuerte chasquido. Salió poco después con un pez aleteándole en el pico. El ave flotaba en el agua espumosa y acomodaba la presa mediante estirones del pescuezo. Hasta que lo estiró totalmente, con la cola espinosa alejada de sus ojos. Movió hábilmente la cabeza y el prisionero pasó raudo al estómago.

José Vicente bajó el rostro. Ella también. Habían visto la cacería, nada mejor para identificarlos.

-Si tuviera las manos libres viviera en otro lugar.

Y fueron acercándose hasta permitir que sus cuerpos hablaran el lenguaje eterno.

De pie nuevamente, José Vicente la contempló con mirada limpia para preguntarle cuándo se verían otra vez, pues hasta ahora todo nos ha ido muy bien pero temo por tí. La vida en esta Isla es cada día más difícil, la guerra va metiéndose en todas partes. Dicen que un nuevo Capitán General reemplazará a Caballero de Rodas. Los Voluntarios aclaman al General Blas Villate, Conde de Valmaseda, que ha ganado grandes méritos como jefe de operaciones de la guerra y del que

afirman es el pacificador del Oriente. Y si los Voluntarios lo aclaman, ya podrás imaginar cómo ha de ser ese hombre y qué giro tomarán los acontecimientos aquí. Creo que no podremos vernos tanto como quisiéramos. Así que pensemos en nuestros destinos.

La despedida fue silenciosa y triste.

Y en efecto, el año de 1871 rompió con el célebre Conde de Valmaseda al frente de la Capitanía General de la Siempre Fiel Isla de Cuba, estrenándose con mano de hierro. Antes, sin embargo, durante las últimas horas del año viejo, Constancia debió enredarse en la hechura de una opípara comida para los señores. Un ejército de negras y negros se desplazaba veloz a su alrededor por órdenes de la Señora Andrea, pobremente iluminados por llamas amarillentas desde tres quinqués.

Pelaban plátanos verdes y maduros, y yucas, escogían arroz, lavaban lechugas, berros, tomates, pepinos, rábanos... todo envuelto en el olor que venía del patio, justo por el sitio donde el naranjo se afincaba en el suelo. Allá atrás, Anselmo brillaba tanto como el lechón que daba vueltas, abierto y apresado por entretejidos cujes de guayabo, encima de brasas de carbón de mangle. Las ramas y las hojas de guayabo darían su toque final de ahumado y esperaban quietas al lado del negro, que a pesar del frío reinante, sudaba y no tanto por el calor salido del hueco en la tierra, sino por los varios vasos de aguardiente que Constancia le daba a escondidas de todo el mundo.

La parrilla de madera, entre dos horquetas en los extremos del hueco encendido, giraba por impulsos de las manos largas del calesero agachado, que se esmeraba en dorar parejo el lechón y de cuyas masas humeantes caían gotas de grasa para producir leves quejidos en los carbones allá abajo. Anselmo empapaba en el mojo una escobilla de guano y untaba las carnes agradecidas, cuyos olores invadían el resto de la casa para enloquecer a blancos y negros, felices todos de que los amos no los maltrataran tanto y de que los esclavos fueran cada vez más dóciles.

Constancia había ordenado rallar yuca, y con la masa blanca en un platón de aluminio esmaltado, se fue al lado de las especias ya picadas –ajos, cebollas, ajíes–, que mezcló vigorosamente, batió huevos, los añadió junto con la sal al gusto y otra vez con el platón en alto fue a las hornillas, donde, sobre una de ellas, hervía la manteca en un caldero de hierro en el que vertió cucharadas pequeñas de aquella masa diluida, solidificándose en chirridos para que el calor en ascenso escapara por la inmensa campana sobre el fogón, pero eso no impide que sienta fogaje en la cara a pesar del aire cortante que entra por las aspilleras de esta garita y desde la que escucho la algarabía de los habaneros, en un persistente rasgueo de guitarras y frenético tamboreo.

-¡Centinelalertaaa!

-¡Alerta estáááá! –replicó una vez más José Vicente, triste y amargado, incorporando su voz al eco que cada cuarto de hora

recorría la Fortaleza de guardia en guardia, para hacer más palpable el silencio que lo obligaba a pensar en mil formas distintas de abandonar las armas sin echar el honor a la basura, pues a pesar de todo soy peninsular y Cuba siempre ha pertenecido a España y no podemos perderla, aunque me duele la muerte de mis compatriotas a manos de gentes que también pelean con su razón, porque es verdad que cada cual debiera hacer su destino como mejor le plazca, lo que me gustaría ahora mismo pero estoy obligada a obedecer las órdenes de los amos, de la Señora Andrea que ya vino a exigir el final de la comida para que corra a servir porque quieren comenzar la cena a las diez.

Mas, ella debe saber que los plátanos verdes hay que freírlos a última hora, porque pasado un rato se ponen zapatudos. Así que cogió las descascaradas viandas para picarlas en trozos tan largos como su dedo pulgar, fue colocándolos uno a uno en el caldero hasta dorarlos y, después de escurrida la grasa desde la larga espumadera, los aplastaba entre dos maderos con leves concavidades unidos por una bisagra para, acto seguido, sumergirlos en la vasija con agua y sal que tenía a su lado, y de allí echarlos otra vez en la manteca y esperar a que se sobredoraran.

Igual que los plátanos maduros, pues si se comen fríos la grasa se le duerme arriba y es desagradable en los labios. Así que tomó las rodajas tan finas como un dedo y fue poniéndolas una a una, para que no se pegaran, hasta verlas también sobredoradas.

Con la yuca no pasó tanto trabajo. Ya los pedazos habían hervido sin cáscaras en agua y sal y estaban en una fuente fileteada de oro; sobre ellos dejó caer el mojo de cebolla y ajo bien picados, que antes había sofreído en grasa de puerco y al que luego le exprimió dos tapas de limón.

Filomena al otro lado de la mesa de la cocina disponía de las lechugas, los tomates, los berros, los rábanos y los pepinos, artísticamente divididos cada uno, para luego unirlos bajo la sal, el aceite de oliva y el vinagre blanco en fuentes llanas, que volaron hacia la mesa en manos de numerosos esclavos traídos del ingenio, y que servirían a los muchos comensales invitados a esta fiesta que despide el año.

En otros platos grandes nadaba, en abundante salsa de jugo de tomate y aceite con los inseparables ajo y cebolla ya sofritos, el picadillo de ternera aderezado con aceitunas y uvas pasas.

Mientras que el brillante arroz moro ya descansaba humeante sobre la mesa del convite y en tres fuentes de porcelana; sobresalían cocinadas hojas de culantrillo y chicharrones por entre los granos del arroz carmelitoso y los frijoles negros.

Y de las frituras de maíz, ahogadas en almíbar espesa, ni hablar. Se comen fáciles, en las puntas de los dedos, de un bocado y con risas

gentiles. Pero hay que traer maíz tierno del mercado, deshojarlo, desmenuzarlo a puro rallador... Y con la masa lechosa, unida a huevos batidos, un punto de sal, varias cucharadas de azúcar y canela en polvo, ir depositando cucharadas en bastante aceite hirviendo, nunca en manteca, para escurrirlas y así doradas, que vayan directas a la almíbar.

Sin dejar de vigilar el flan de calabaza, hervida antes con poca sal y pelada, para aplastarla luego a punta de tenedor, mezclarle huevos, azúcar, leche, uvas pasas y ralladura de nuez moscada; masa que se vierte en un recipiente metálico, pintado antes el fondo y las paredes con caramelo hecho de azúcar prieta derretida, para luego taparlo con papel grueso amarrado y que no le entre agua; y puesto entonces en otro recipiente mayor lleno de agua que se coloca al fuego durante media hora o más.

Constancia caminaba hambrienta de uno a otro lado, igual que los demás negros. Ninguno había comido nada en todo el día. Aunque algunos se llevaban cualquier pedacito de lo que fuera para atragantarse detrás de alacenas, el pasillo o vueltos de espalda simulando repentinos mareos, que, de paso, eran más reales que inventados. Y fue al patio armada de un quinqué con par de propósitos: llevar un poco de aguardiente, y requerir a Anselmo para que concluyera. Desde los ojos del larguirucho calesero caía un torrente de lágrimas, pero él reía. No hay nada como un buen humo de maderas verdes para sacar a flote los sentimientos.

Desenganchado el puerco de la parrilla, caminó hacia la cocina en las manos de ellos dos. Iban a engalanarlo para que también los ojos comieran con apetito. Allí Constancia y Anselmo colocaron el asado en una bandeja metálica para aguachentar las bocas negras, que debieron consolarse con la luminosa idea de que a los blancos les repugnara rápido aquella carne y volvieran las sobras en la misma bandeja. O fuera de ella. Qué más daba.

Así es como lo preparaba Encarnación, jugoso y que su pellejo cruja por la patada en el miserable piso de esta atalaya, dios mío, qué fin de año me espera, igual que a los demás quintos en la Fortaleza, aunque algunos beban y coman y rían ahora mismo o en el momento cortante de las doce de la noche, mas si yo sufro porque pienso y siento, qué digo del pobre Beinell, solo de verdad en aquel hueco frío y sin compasión, donde sus ojos ya cerrados no podrán ver el inicio de un nuevo año y su cuerpo rígido va reventando por partes.

La Muerte debe de ser tan fría como el metal de este fusil, capaz de meterla en el cuerpo de un ser humano vivo, inocente o culpable, que esté cercano a nosotros o se mueva muy distante; para eso lo creó la inteligencia del hombre, que al disparar sobre otro es como si lo hiciera contra su propia imagen en un espejo, donde Constancia se

miró de soslayo cuando regresaba a la cocina llevándose a la boca una minúscula avellana sin cuesco. La recelosa Señora Andrea había seguido los pasos de la esclava y la alcanzó en el instante en que la joven movía sus mandíbulas, ya paralizadas, y no sabía si tragar o escupir mientras la ama, mirándola desde abajo, le echaba tan fuerte mirada, que hizo correr a la negra hacia la cocina para confundirse entre calderos tiznados.

la resignación debe ser tu mejor cualidad musulmana porque te hace fuerte

Sabía que debía seguir llevando platos, vasos y copas del mejor cristal italiano, además de cucharas, tenedores y cuchillos de plata labrada, junto a las blancas servilletas de hilo con el monograma de la familia. El trasiego no impedía que los acordes salidos de los finos dedos del Profesor Piero, sobre el teclado, se desperdigaran a lo largo de la casona y viajaran por el Prado, acompañando algunas volantas rezagadas. Y sobre el mantel bordado, como obra maestra, se acomodaron, por último, platillos con doce uvas cada uno, además de regadas manzanas, peras, avellanas, nueces, turrones y membrillo. Y las cervezas inglesas, en sus botellas verdes y cortas, ya humeaban invitadoras, sudorosas, al lado de garrafas del fuerte vino catalán.

Un espacio quedaba en el centro de la mesa repleta y vino a ocuparlo el lechón asado, que Anselmo había adornado con rodajas de piña, papaya y naranja, todo eso entre manojos de verde lechuga.

En la casa se escuchó la voz grave del amo Francisco cuando dijo: "Damas y caballeros, la mesa está servida." Para quedar truncos los diálogos, sustituidos al instante por el fru-fru característico de sedas y tafetanes, al moverse los cuerpos femeninos, libres ya de mantillas, cuando, las manos cerraron en un rápido y artístico movimiento los vistosos abanicos. Los bastones y los sombreros varoniles descansaban en la bastonera y sobre la percha.

Todos convergieron en el amplio salón después de pasar bajo el elevado arco que dividía la sala del comedor, en el cual destellaban las paredes blancas cubiertas en parte por óleos de ceñudos ancestros, y agradecieron con sonrisas preparadas, para tan elevadas ocasiones, el arduo trabajo de la ama del hogar, la Señora Andrea, orgullosa y modesta, mientras afirmaba que no es para tanto, queridos invitados, pues cierto es que hube de esforzarme mucho, pero completaría mi satisfacción el saber que ustedes se sienten a gusto en esta humilde cena.

Y comenzó el combate.

11

A Constancia se le ocurrió dar una vuelta por el salón para comprobar si Severina, Anastasia, Juan, Rufina, Dorotea y Nazario atendían presurosos y con corrección, como se les había indicado, las exigencias de los señores. Apenas mostró el rostro por entre los pliegues de una cortina y los vigilantes ojos de la Señora Andrea la enfriaron hasta los pies negros, que se movieron rápidos hacia el fondo.

Extenuada y ya sin hambre, pudo estirar las piernas desde un taburete en espera de otras órdenes, que no tardarían, porque a los jefes no les parece suficiente una guardia de doce horas en este lóbrego sitio, con una temperatura tan diferente de la que se siente en el terruño. Allá en Baneira, aunque el viento aúlle y se arremoline en torno al lar, hay tanto calor, dios mío, cuándo lo sentiré de nuevo, con mamá colocando en la mesa cuanto el Señor les permitió conseguir, todo a la luz del hogar y a la llama de una lámpara de fino cuello, colocada en lo alto al lado de la puerta, y el viejo sentado en su asiento escanciando, desde un pellejo, el vino de uva que él mismo fermentó y con el que ahora todos en la casa brindarán por un año de dicha. Seguramente habrán puesto el viejo cesto con los racimos de uvas en el centro de la mesa, de madera ya pulida por el tanto uso, y cada cual tomará doce frutos para comerlos uno a uno hasta ese instante impalpable que junta y divide un año del otro.

De súbito, a las doce de la noche, se unieron al repique de campanas de todas las parroquias en la ciudad el disparo de cañones desde los cuarteles, con las sirenas de los barcos y la algazara de blancos y negros, para que José Vicente soltara el fusil y se abrazara a si mismo en un esfuerzo por rechazar la soledad, sin poder evitar las lágrimas, que también corrían por las mejillas negras, y sentir que la vida bellísima venía unida al más desgraciado sufrimiento. Estaban obligados a tolerar uno para disfrutar la otra. O se rebelaban para disminuir los padecimientos.

Y como las lágrimas sólo sirven para limpiar los ojos y aliviar el corazón, Constancia fue más ligera a fregar junto a los demás, para que el nuevo año los recibiera exhaustos, igual que los despidió el anterior. Algunos entonces diéronse el lujo de comer y beber a sus anchas, vigilados esa vez por las mudas estrellas y las mortecinas luces de los quinqués, incapaces ya de eliminar la penumbra en la creciente claridad en torno a la garita, desde la que veo un nuevo día semejante al de ayer y acepto como haré con el de mañana.

estais equivocado mozalbete pues nunca la resignación elevó a ningún mortal a la victoria

Y él se irguió con la mirada alta, pensando entonces que si tenía dónde envainar su espada, pues debía hacerlo, porque no es lo mismo el futuro improbable que el presente palpable. A partir de ese momento, José Vicente y Constancia contaron los días por minutos, aunque el tiempo pasó como siempre, para llegarles los instantes en que se vieron repetidas veces, hasta confesarse penas y alegrías mutuas. Aunque los acontecimientos en la Isla de Cuba no eran para reír. El General Blas Villate y de Las Heras, Conde de Valmaseda, había tomado el mando después de marcar su rastro, desde Puerto Príncipe hasta Guantánamo, con los fusilados merced al bando que él mismo firmara el 4 de abril de 1869 y cuyo artículo primero decía así:

Todo hombre de la edad de quince años en adelante que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.

Y eso le proporcionó grandes méritos para presentarse, desde la poltrona en la Capitanía General, como hombre duro que se regodeaba en su alocución a los habitantes de la Isla, el 12 de diciembre de 1870:

Ya saben los que continúan en armas contra la Madre Patria lo que tienen que esperar de mí y está bien explicado en mis bandos como Comandante General de Operaciones.

Y el Castillo del Príncipe dejó de ser el lugar lícito, donde las autoridades aplicaban garrote vil y fusilamiento a los mambises asesinos, para desplegarse por toda La Habana y más allá, la mano justiciera de ese gran jefe y sus fieles puntales, los Voluntarios. Hasta que tras de la frente despejada, con curveadas cejas y ojos de mirada noble, surgió la idea de también concentrar la querida Muerte en la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña, que no necesitó rubricar como cualesquiera de sus bandos, pues hombres de su estatura se encargaban de cumplir celosamente.

Por eso, José Vicente Regera taconeaba firme, con el fusil sostenido por su mano derecha y apoyado sobre el hombro, frente a las rejas de la bartolina, donde descansaba, incomunicado, Juan Clemente Zenea y Fornaris, un poeta español que había tomado la nacionalidad norteamericana y que nació en Cuba, exactamente en la ciudad de Bayamo.

Molesto, el soldado derribaba mentalmente el alto muro que frente a él le impedía cambiar el paisaje. Era monótono e innecesario ir y venir armado ante el calabozo con rejas dobles, porque la muralla interior opuesta a las celdas a más de los tantos centinelas por doquier constituían obstáculo suficiente para evitar una fuga. Apenas veía José Vicente un pedazo rectangular de cielo allá en lo alto, por donde se

desplazaban acechantes las auras de cabeza desnuda y el plumaje negro. Y el Sol, en su paso de Este a Oeste, nada más iluminaba durante unas pocas horas el patio de hierbas raquíticas, que le hicieron meditar en que Juan Clemente Zenea no era el único preso.

Se dio media vuelta y casi tropezó con el Gobernador de la Fortaleza. Rígido y el fusil más tieso que nunca, Regera se paró con las mandíbulas trancadas. Andaba el militar con su séquito, mas los ojos del soldado quedaron fijos en las fulgentes condecoraciones, que se detuvieron ante el calabozo de Zenea para cumplir una visita reglamentaria. Y de allá salió una voz quejumbrosa:

-¡Un libro, un libro, señor gobernador!

José Vicente dejó sin sangre sus labios y lanzó la mirada por encima del Gobernador, para pensar, confuso, en la tremenda severidad de las leyes y en las sinceras culpas del reo, precisamente el autor del conocido romance que había transportado más de una vez al quinto a su tierra y de allá a un amor etéreo. Por eso, solo ya, su memoria se encaprichaba en recitárselo como un retornelo

Baja Arturo al occidente
Bañado en púrpura regia,
y al soplar del manso Alicio
Las eolias arpas suenan;
Gime el ave sobre un sauce
Perezosa y soñolienta,
Se respira un fresco ambiente,
Huele el campo a flores nuevas;
Las campanas de la tarde
Saludan a las tinieblas
Y en los brazos del reposo
Se tiende naturaleza.
¡Y tus ojos se han cerrado!
¡Y llegó tu noche eterna!
¡Y he venido a acompañarte!
¡Y ya estás bajo de tierra!

mientras el poeta que nunca he visto continúa envuelto por la penumbra, en espera de la libertad, que de seguro, le ha de llegar, porque los habaneros saben que él está aquí y presionan al Capitán General para que lo absuelva. Y aunque me apena su desesperación y su salud quebrantada, mi orden es no dirigirle la palabra ni responder una suya. Y que tampoco escriba.[33] Qué culpa cargará este hombre para tamaña pena, pues no es posible que con tal sensibilidad sea un mambí asesino. Terrible ha de ser para alguien que utiliza la elocuencia como instrumento vital, le prohíban su uso.

Para suerte mía, ya se acerca el relevo, y mañana atravesaré la

bahía en el mismo bote, por cinco céntimos y una sonrisa que me permita huir hasta el mercado y verla con el vestido de siempre, ajustado ahora a la cintura por una cuerda de colores que ella misma entrelazó con cuidado al seleccionar cada naranja, mientras él llega y me diga al fin lo que yo tanto deseo. Porque no es la falta de libertad lo que angustia, sino la humillación constante de recibir órdenes cuyos resultados elevan los méritos de gentes que parecen hechos para mandar.

Y arrancaron, sin mirarse mucho, ella, con la cesta llena de naranjas, y él, con gruesas preocupaciones, una al lado del otro. Hasta que el mar los detuvo detrás de las uvas caletas. La muchacha jadeaba y en el rostro había síntomas de otra naturaleza, mas José Vicente tenía puesto sus sentidos en una sola idea.

-Constancia, el nuevo Capitán General es severo con todos, con civiles y con militares. En la Fortaleza se reorganizan las tropas y aumentan las exigencias. Cada día tropiezo con más dificultades para verte.

El sudor corría a lo largo de sus cuerpos tensos y nerviosos y las aguas brillaban por el sol de agosto.

-Imagino que la situación será cada vez más difícil –dijo el soldado con voz grave.

Ella hubiera querido sembrar en la cabeza masculina la idea que de siempre la acompañó, pero temía que él se fuera de su lado, o en el peor de los casos, la acusara de infidente.

-¿Serías capaz de acompañarme lejos de aquí? –inquirió mirándole el fondo de los ojos. Ella se asustó queriendo reír por la coincidencia, mas, él creyó ver otra reacción.

-Vámonos, Oddedeí.

Y se abrazaron con temblores, y muy serios, como aplastados por la tremenda decisión que no había tomado cuerpo.

¡Oh, dios mío, por qué te empeñas en ponerme a prueba de escoger entre el honor y la libertad! ¡Sabes bien que la cobardía no se anida en mi pecho, mas continuar en el ejército me convierte en cómplice de asesinos! ¡Me enseñaste el sagrado principio de no matar, y si sigo aquí estaré forzado a violarlo, porque fui designado para combatir a los insurrectos en el Departamento Oriental!

Creía de todas maneras José Vicente que el momento de aquella complicidad bestial estaba aún lejano, cuando escuchó los pasos resonantes de muchos soldados saliendo de detrás de la Tenaza de San Agustín. Metió su vista a través de una aspillera vertical de la torrecilla sobre el semibaluarte de San Lorenzo y vio allá abajo dos filas de soldados con un reo al centro; el prisionero venía cojeando de la pierna derecha, con las manos unidas por esposas de hierro.

-¡Ese es el poeta Juan Clemente Zenea! ¡Sí, sí, en el juicio del jueves veintritrés fijaron el ajusticiamiento para hoy sábado! ¡Maldición de guardia, haberme tocado en esta atalaya, frente al Foso de los Laureles! ¡No hace una hora que la empecé y los remordimientos me atormetarán las once horas restantes y todo el día! ¡Suerte que no integré el pelotón, mas no tanta, pues soy testigo de su muerte alevosa!

El poeta, escoltado por guardias de crujientes correas sobre pechos y espaldas, pasó entre los extremos de la Tenaza de San Agustín y del semibaluarte de San Lorenzo para salir a la Caponera. Iba con la cabeza erguida y los espejuelos redondos sobre los ojos turbios, y desde los quince metros de altura José Vicente pudo verlo bien la primera vez: cabellos rubiancos, ralos y muy lacios; piel blanca como papel por los ocho meses de calabozo, y pequeño de estatura o poco más alto que Beinell.

Aunque nunca había visto un fusilamiento, sabía que todos eran hechos contra la alta pared de la Tenaza de San Agustín. Pero aún cuando el piquete estaba allí, con las armas al pie, y miraba los huecos que antes abrieran los disparos al atravesar otros cuerpos, José Vicente albergaba la esperanza de que a última hora se impusiera la dignidad de España y el Capitán General retirara la condena.

Pero otra fue la orden, pues lo llevaron al Luneto de San Julián, frente a la Tenaza. Y a la atalaya, donde el soldado Regera cumplía su guardia, ascendió la voz débil del condenado pidiendo que le permitieran estar de pie por una úlcera en la rodilla derecha. Miró José Vicente hacia abajo, y vio que aquellas dos filas de hombres, que trajeran a Zenea, armaban un cuadro con el piquete por un lado y el muro al fondo.

Un oficial había desenvainado su sable brillante, y allá enfrente, el

poeta se quitaba los espejuelos para dejarlos caer al suelo, al tiempo que el militar elevaba la afilada hoja. José Vicente observó entonces por otra alargada aspillera que una bandada de gorriones levantó repentino vuelo, y las ramas de los dos corpulentos laureles se estremecieron.

El también se vio lanzado contra la pared opuesta de la garita, para sentir que la Patria se le derrumbaba en el interior. Esto no es la guerra honrosa de la que tanto he oído hablar, sino una campaña sangrienta sin cuartel contra la vida.

qué vos sabeis del honor ajeno si el vuestro lo llevais manchado inmaduro mozalbete aguantad los impulsos del corazón que en nada contribuyen a ideas claras añádase a ello cuán ligero es vuestro pensamiento sobre la guerra

¡Cierto, debía refrenar los impulsos y recordar que era un soldado español, mas su honor se estaba comprometiendo y prefería huir a seguir sumergido en el río de sangre! Y con esa idea fija esperó impaciente el lunes 27 de agosto, pues ese día, temprano en la mañana, se verían como siempre en el mercado, y esta vez ya caminaban silenciosos detallando cada vidriera y cada rostro de los vendedores ambulantes entonando pregones:

Lindas cintas de hiladillo
y bellos mazos de cordones
llevo de todo y barato
para alegrar los corazones.

Voces negras, mulatas y blancas, que al elevarse melódicas escondían la tristeza de sus hogares, donde los fríos fogones se encenderían si sus dueños tenían suerte en la venta del día.

Y con un único objetivo, las pisadas de Constancia y de José Vicente fueron firmes como nunca antes. Avanzaron sin mirar las apuradas volantas que pasaban a su lado y las pesadas carretas haladas por bueyes que les iban detrás. No sabían adónde dirigirse ni cómo, pero ya pensarían en el destino y en los medios. Porque en el puerto de La Habana fondeaban barcos extranjeros y con sus tripulaciones se podía llegar a un arreglo.

Solos al fin, se sentaron en los arrecifes, para abrazarse por una eternidad, y así sellar el pacto del que fueron testigos el cielo azul y el mar calmado.

Otra vez de pie, y muy cautelosos, tomaron rumbos distintos, pensando cada uno los próximos pasos. Ella parecía volar hacia la casa, donde sacó del nudo de un pañuelo sucio aquellos reales amasados durante meses de regateo en el mercado y que, habilidosa,

logró a veces esconder de los puntillosos ojos de la Señora Andrea. No era mucho dinero, pero de algo serviría, se dijo esperanzada, y así también pensó preparar alguna comida cuando los amos se retiraran a dormir la siesta. La escondería debajo del camastro y se la llevaría dentro de la cesta cuando fuera como de costumbre al mercado por la madrugada. Pero desviaría sus pasos hacia el Templete donde habían quedado en verse.

Mientras, en el interior de la Fortaleza, José Vicente devoraba impaciente números y letras en el afán de dejar el tiempo atrás y que la noche cayera, para salir entre las almenas sobre el adarve y descolgarse por el escarpado talud, a cuya base llegaría agarrándose con manos y pies y ya en la tierra, al borde del agua, correría agachado entre las hierbas para llegar al bote... Lo que hizo con el fusil dentro de un saco, junto a los proyectiles sueltos. Pues a falta de dinero, pagaría con el arma el viaje, o una parte y la otra haciendo labores de grumete.

El joven soldado movía los remos con absoluta precisión y hubiera deseado que desapareciera la luz del faro en lo alto de la Fortaleza del Morro; creía que la luminosidad lo delataría en medio de las oscuras aguas, aunque nada se oía a su alrededor, salvo el leve chapoteo del bote deslizándose. Así llegó al otro lado, dejó el saco en la embarcación y corrió en cuclillas pegado al mar por la calle de la Marina,[34] con el propósito de acercarse al Templete, que aquella madrugada se empecinaba en estar más lejos que nunca.

José Vicente prestó atención a todos los sonidos de la ciudad dormida: oíanse el ladrido de algún perro que hacía más denso el silencio de la madrugada, mientras las lejanas ruedas de hierro de una carreta avanzaban hacia el mercado; voces cercanas, y se hizo un bulto minúsculo. Pudo ver cómo una patrulla de la Guardia Civil, de casaca azul y pantalón blanco, armada de carabinas cortas y faroles, caminaba pegada al agua; y seguro me vieron llegar, pero qué importa, soy un soldado y puedo transitar libremente. Más, él sabía sus culpas y temía. Ni se atrevía a respirar. Y esperaba pensando que su futuro dependía de la paciencia con que aguardo por él, porque es hombre de una palabra y con seguridad estará aquí para ser libres, y que el sol de la mañana nos ilumine sin dueños, sobre un barco que nos lleve al otro lado del horizonte; cuando los dos centinelas de sombrero redondo retrocedieron para dar la voz de alerta.

Habían descubierto el bote y uno de ellos traía el fusil fuera del saco. Los silbatazos comenzaron a extenderse y llegaron otros centinelas con voces duras. Constancia se sobresaltó y miró a todas partes para ver algunos hombres, que lejos de allí, se movían ágiles en la oscuridad. Más pequeño aún y sudoroso, José Vicente comprendió la imposibilidad de escapar de los apurados pasos, pues igual que

todos los días hacia el mercado veo que la gente va sin mirar a los lados, sin detenerse a escuchar el saludo que las aves dan a cada amanecer.

Capítulo V
EL DESENCUENTRO

Un preso y una desterrada

1

Amanecía.

La luz difusa dejaba ver la frondosa seiba, venerada por negros y respetada por blancos. Bajo las ramas poderosas esperaba Constancia, con las esperanzas todavía intactas, pues él vendría a rescatarla. Arriba, los gorriones no cesaban de piar; abajo, comenzaba el movimiento de la gente, que iba siendo tumultuoso con el crecimiento del día en la Plaza de Armas ante la Capitanía General, el Palacio del Segundo Cabo, el Castillo de la Real Fuerza...

Con las seis campanadas del reloj de la Catedral, pregoneros y mendigos empezaron a despabilarse para ofrecer cada uno sus necesidades como de costumbre, mientras volantas y caballos desplazaban rostros alegres. Mas, era una mañana triste, y ni la luz del sol, en el borde de la tierra, borraba el pesar sobre Constancia, posadas sus manos en la cesta que contenía comida y ropa en un lío. Esperaba recostada a la pared posterior del Templete, mirando las aguas de la bahía.

Constancia no lo sabía pero su posición en la calle, a la parte trasera del Templete, casi coincidía con otra negra a sus espaldas, arrodillada al lado de blancas en igual actitud en el interior del Templete. Porque sobre un gigantesco óleo –obra del pintor francés Jean Baptiste Vermay– se estiraba la misa de 1828 que dejó inaugurado el pequeño templo y que fue oficiada por el Obispo Espada, de pie y de frente hacia la derecha del lienzo.

Un persistente rozamiento de un cuerpo contra el suelo venía acercándosele y la muchacha levantó los ojos para ver una negra desdentada, de paño de colores contrastantes en torno a la cabeza, armada de una escoba de guano que más que barrer sacaba brillo al suelo al empujar cascajos y hojas secas.

-Yo cuido las raíces del poder en esta tierra, sí, señó –dijo la anciana al silencio de Constancia, que no comprendía ni le interesaba el chachareo. La mujer insistía en contar una historia tan vieja como ella misma, que si allí un caballero galante y muy buen mozo se reunió con otros, porque era el jefe, y como había descubierto muchas tierras pues sembró una seiba como ésta para que todos supieran que por aquí empezó la colonización del Nuevo Mundo, y se reunió con otros para formar el gobierno que enseguida se lo regaló al Adelantado y valiente capitán don Diego Velázquez...

La anciana expulsó el aire restante en un resoplido y regresó con más fuerza:

-Aquella reunión fue sin techo ni paredes,[35] pero allí estaban los

hombres de mayor valía de esta villa y ni qué decir tengo, que todos eran blancos, pues ellos sí saben, tanto, que cuando apresaron la goleta Guadalquivir me trajeron directa a este lugar, me dieron la escoba y a barrer se ha dicho Concepción Armenteros, que vive contenta porque sin mí el Gobierno se ensucia; créame que evito la huida de las hojas para allá, además de agradecerme que no los deje morir en los recuerdos de muchos desmemoriados...

Constancia se paró y miró con desprecio a la vieja. Cómo defender a seres tan viles, aunque el tiempo se haya tragado a unos y encumbre a otros por las mismas razones, esclava embrutecida, incapaz de ver más allá de tus narices. No sabes que la seiba en esta tierra ha servido para amarrar esclavos a su tronco y arrancarles la piel a trallazos.[36] Pero la negra continuaba el monólogo y, ya bien entrada la mañana, la muchacha caminó hacia el agua para lanzar el atillo, que muy pronto se hundió en un burbujeo. Decidió entonces dar la espalda al sol, mientras la vieja seguía ovillando memorias propias y ajenas. Decepcionada, sin mirar a nadie, la joven caminó sin rumbo.

que nada te aplaste sólo confórmate pues todo está escrito por la sabia mano de aláh que es justo en cada acción y sabe por qué lo ha hecho

Así que retomó el camino al mercado, con la esperanza de que él se hubiera equivocado y ahora estuviera allí buscándola entre las tarimas con frutos y viandas, hacia donde miraba ansiosa, segura de que José Vicente aparecería a la vuelta de cualquier esquina o al paso de una carreta.

Vagaba ensimismada con un mar de gente gritona a su alrededor, hasta que se sintió halada hacia un mostrador donde le vendieron cinco jicoteas vivas por las que ella pagó sin mirar el precio. Los animales se acomodaron silenciosos en el fondo de la cesta, para acompañar meditabundos a Constancia de regreso al hogar de la familia Sales Díaz y Piedra.

-¿Por qué saliste tan temprano? ¿Qué estás haciendo a escondidas, que los ojos de Olodumare no pueden ver?[37] –preguntó la negra Filomena metiendo las narices en el canasto sobre la mesa de la cocina, para llevarse las manos a la cabeza y quedar petrificada además con la llegada de la Señora Andrea; el ama también registró, inocentemente, en las compras y se vio sacudida al tiempo que lanzaba un grito de terror.

Filomena temblaba sin saber qué hacer, y se decidió por poner en manos de la Señora un vaso de agua. Constancia, indiferente, miraba la escena y alcanzó conciencia de cuanto ocurría a su alrededor cuando de repente su cabeza osciló en brusco movimiento, para sentir que la mejilla izquierda le ardía. Y la Señora Andrea mantenendo en alto la mano derecha.

-¡Negra estúpida, quién te ordenó comprar semejante cosa!

La muchacha comenzó a balbucear y siguió con llanto convulso. Ya no oía los gritos insultantes del ama, ni le importaban los castigos futuros, ni que las jicoteas regresaran al mercado o formaran parte de un arroz. Aun cuando permanecía de pie, se veía derrumbada, ni siquiera con fuerza para quitar las lágrimas de sus ojos y de la cara.

-Ay, mi amita, se lo pido por la Virgen, déjela descansar que ella trabaja mucho, pero desde hace unos días parece otra.

Y la Señora tomó distancia para mirar con ojos coléricos, de arriba abajo, a la esclava, y alejarse entonces, envuelta por sus propios bufidos. Constancia fue a dar a un rincón entre sacas de carbón.

Francisco Cusiné Sos Soldado del Segundo Batallón del Regimiento de Infantería de la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña número sesenta y cinco y Secretario de la causa número ochocientos tres contra el soldado de la misma compañía, José Vicente Regera y Gisbert, por el delito de deserción de la que el Juez Instructor el primer Teniente del mismo cuerpo Don José Subirán Espinal.

Certifico: Que en la referida causa y a los folios que al margen se expresan aparecen una sentencia un dictamen un decreto y notificación de la sentencia que copiada á la letra dicen así. En la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña á diez de setiembre de mil ochocientos setenta y uno el Consejo de Guerra reunido para ver y fallar el proceso instruido contra el Soldado José Vicente Regera y Gisbert, por el delito de deserción califica los hechos perseguidos como constitutivos de delito de deserción en tiempo de guerra sin circunstancias calificativas y declara responsable de el á José Vicente Regera y Gisbert, en concepto de autor...

Anonadado, a kilómetros de allí, José Vicente escuchaba de pie la voz que devolvía como eco martillante el techo abovedado y rememoraba en una gran mezcla aquella madrugada del martes 28 de agosto, cuando fue detenido en la calle de la Marina por los centinelas. Que al encontrar el fusil y los proyectiles supusieron, con sobrada razón, que se trataba de un infidente en el intento de reunirse con los insurrectos. Y como sabuesos lo buscaron, cada vez más hombres, hasta que lo hallaron agachado detrás de unos arbustos, frente a la fortaleza de la Real Fuerza y cerca ya del Templete.

Sin ánimos para refutar las acusaciones, se dejó conducir a la Cárcel de la Municipalidad, donde se iniciaba el Paseo del Prado. Estaba aterrado porque sabía bien dónde podía ir a parar. El Capitán General y los Voluntarios no tenían compasión con los flojos de pierna, y aunque él se sabía fuerte, los otros, de seguro, pensarían distinto.

Por más que juró y perjuró su lealtad a la Corona y describió con pura inocencia el momento y la vía utilizada para salir de la Cabaña, una bofetada lo hizo callar.

-¿Adónde iba usted con el fusil y las municiones?

Pensó José Vicente contar la verdad, que se iría a otras tierras acompañado de una negra esclava para los dos ser libres. Comprendió que lo considerarían una estupidez, además de increíble y se reirían de él hasta dolerles las tripas. Pero lo peor de todo es que delataría a Oddedeí y sobre ella recaería un castigo severo; mejor decirles que se vería con un insurrecto, ¿y concluiría sus días como aquel poeta en el

foso de lo laureles? Entonces decidió:

-A verme con una mujer.

-¿Armado de un fusil y municiones para verse con una mujer?

-Capitán, recuerde usted que estamos en tiempo de guerra.

-¿Y dice usted que se ausentó después de la lista de retreta y solo faltó a la de diana?

-Sí, señor.

-¿Y que se descolgó por el muro?

-Sí, señor.

-Tuvo cómplices, porque es difícil bajar solo.

-No, señor; estaba solo.

-¿Sabe usted que sus propios compañeros pudieron matarlo a balazos?

-...

-¡Vaya, vaya, valiente mozo el que tenemos delante!

-...

-¿Cuál es vuestra edad?

-Diecisiete años recién cumplidos, señor.

-¡Y con semejante edad salta muros para verse con mujeres!

-...

-Oigame, jovenzuelo, usted no convence a nadie con esa confesión y mejor es que se la aclare bien en La Cabaña a sus superiores.

Esposado y custodiado por una pareja de soldados atravesó la bahía.

indigna es vuestra conducta mozalbete pues pisoteais la raza que con mi excelsa existencia se creó mas que vuestro corazón no se arredre ahora ante el castigo justo que mereceis por la cabeza dura que sobre los hombros portais y de la cual orgullo siento ya que osada es

El sol de agosto derretía hombres y muros y ni la más leve brisa movía un cabello. Reverberaba el aire pegado a la tierra y las hierbas calcinadas se abrieron para darles paso por la arcada en el muro. Ante el comandante se irguieron los dos hombres, Regera, en el medio, estaba aplastado y con la cabeza baja.

De todas las palabras dichas allí, lo único que llegó a su entendimiento fue el empujón largo hacia el calabozo hasta el momento del juicio, que le hicieron doce días después...

Por tanto el Consejo de Guerra condena á José Vicente Regera y Gisbert á la pena de cuatro años de pricion militar correccional...

cuatro años de prisión

cuatro años de prisión

cuatroañosdeprisión

Y el mundo le voló de abajo.

3

Un oscuro nubarrón opacó el brillo de las estrellas y la luz de la luna, que antes iluminaron, con claridad tenue, el techo bajo y de tejas criollas de los cuartos en el traspatio, donde dormían los esclavos domésticos de la familia Sales Díaz y Piedra. El calor pegajoso los había obligado a dejar abierta la pequeña ventana y por ella, a través de los barrotes, Constancia miró el cielo hasta altas horas de la noche y pensó en que quizás él estuviera también mirando las mismas estrellas en ese momento. Para brotarle una confusa amalgama de amor y odio, pues me dejó plantada y se rió de mí como todos los blancos hacen con los negros, pero a lo mejor pienso mal porque cumpliendo órdenes tuvo que marcharse al Departamento Oriental como me dijo. ¿Qué será de su vida? ¿Me recordará?

La respiración de Filomena y Rufina llevaron el sueño a Constancia, que se acurrucó de lado con las rodillas quebradas y los brazos apretados contra su pecho. Necesitaba protección y se la daba ella misma. Mas el calor la hizo estirarse, acomodándose en la nueva posición, cuando un rápido movimiento en su vientre la incorporó asustada, con los ojos muy abiertos, para tocarse en el lugar donde sintió el cosquilleo y decirse, tranquila, que otra vez la comida le había caído mal.

Nuevamente, a lo largo del camastro y rendida por el cansancio, sus párpados se pegaron para casi al momento saltar al suelo con un nuevo día y el mismo trabajo.

Buscó el túnico en la cabecera para deslizárselo desde arriba y se sorprendió: ¡tenía los senos hinchados y el roce del tejido le molestaba hasta dolerle en los pezones! Recordó entonces que este dolor ya venía caminando en el mismo sitio desde días atrás, pero lo achacaba a las exigencias de la Señora, que cada vez eran de más alto alcance para tenerla hundida en el fogón o de compras en el mercado. Que estuviera ausente cuando el amo Francisco venía al hogar.

Y Filomena, muy cerca de ella, la aguijoneaba en la cocina al preparar el almuerzo:

-¡Hasta distinta tienes la cara, muchacha, has cambiado tanto en los últimos días! ¡Estás haragana, con sueño a toda hora! ¡Lo único que te despabila es la voz de la Señora Andrea! Constancia, mi'jita, levanta el ánimo. ¿Qué te han hecho –preguntó la vieja esclava con ojos pícaros –, se trata del amo Francisco?

Constancia hubiera querido escuchar a la vieja y seguir su consejo para eludir los castigos que llovían sobre ella. Pero el decaímiento, sentido a veces, le impedía concentrar sus fuerzas en el trabajo de la cocina y, resignada, cargaba pesados calderos, cubos, sacos y sufrimientos, que no podían aplastarla, pues era feliz

inexplicablemente.

créete digna de ti misma estirpe mía que el fruto del amor es siempre dulce y crece en ti con cada latido de tu corazón confíate que aláh recompensará tus penas con felicidad infinita

-¡José Vicente Regera y Gisbert!

-Presente –contestó parándose muy tieso detrás de la reja. El cabo alzó la cabeza, confirmó la presencia del reo y continuó nombrando a otros, que respondían cerca de los barrotes para también alejarse hacia los camastros.

José Vicente se acostó y miró el techo abovedado. La mente se le alejó en bruscos saltos más allá de las rejas y los muros, para caminar otra vez detrás de Constancia sin que ella lo viera y así descubrir la casa donde vivían sus amos. La vio entrar, y satisfecho se desvió del Paseo del Prado por la calle de los Cuarteles para dar a una puerta de la muralla medio derribada ya, por donde pasó hacia la calle de Compostela, y darse cuenta, allí mismo, que una bella parroquia techada con tejas coloradas, sobre la elevación llamada de la Peñapobre, parecía bendecir a toda la ciudad.

Una idea le acababa de surgir; resuelto, subió por los escalones de piedra basta. La iglesia se abría enorme sobre él. La luz descendía multicolor a través de los vitrales para motear de azul, amarillo y verde los bancos y el pasillo central. Al fondo y en el altar de madera brillaba el cáliz con reflejos dorados, por las llamas de multitud de cirios blancos sobre candelabros de oro y plata entre macetas de flores artificiales y naturales, y ni un alma se movía en el vasto salón. Respetuoso, José Vicente se detuvo ante una pequeña imagen de Cristo crucificado y a un lado, poco más arriba, el Santo Angel Custodio en vuelo eterno.

Rezaba cuando escuchó pasos leves. Levantó la cabeza y vio que a la izquierda del altar estaba la sacristía. Por allí mismo se movía un sacerdote. Regera fue a su encuentro para susurrarle la necesidad de una confesión urgente e impostergable. El cura sonrió, con tal beatitud, que al muchacho se le llenó el alma de confianza y el uniforme de soldado le brilló sobre el cuerpo.

Caminaron al confesionario, y el viejo sacerdote, de tez rosada, se sentó para tantear las ensartadas bolillas del rosario al tiempo que pegaba la oreja derecha a la rejilla. José Vicente se había arrodillado afuera y dirigió su voz a la misma rejilla.

-Padre, amo a una mujer.

-Eso es limpio, hijo mío. No veo pecado o motivo para una confesión.

-Padre, ella es...

-Puedes continuar, hijo.

-...es negra.

El sacerdote silenció las bolillas entre sus dedos, tragó una vez y deslizó una voz más suave hacia el joven soldado.

-Hijo mío, todos somos hijos de Dios y ante Él todos somos iguales. Ante este altar he unido en matrimonio a muchos de tan diferente condición.

-¿Entonces podría casarme con ella y bendecir usted la unión?

-Sí, hijo; venga cuando os plazca.

José Vicente alzó los ojos, y del techo en forma de caballete, que dejaba al descubierto el maderamen de la armadura, descendió el alivio.

-Pero, padre, no tenemos dinero.

-Ese es otro asunto –el cura lo pensó bien–. Pues consideraremos vuestra dificultad, además de tener en cuenta los sacrificios a que os someteis en defensa de la Patria, y os casaremos mediante limosna, sin abonar derechos parroquiales.

-¡Qué dios lo bendiga, padre! Me ayuda a resolver un gran problema, mas hay otro inconveniente. Ella es esclava.

José Vicente escuchó que el sacerdote tragó varias veces antes de responder. El silencio se descolgaba del techo como gelatina y alcanzaba hasta al viejo reloj de péndulo en la pared izquierda de la media naranja eclesiástica. Quizás por ese motivo apenas se escucharon las diez campanadas de la mañana.

-Hijo..., una criatura en tal estado no es dueña de sus actos..., no se pertenece, tiene dueño. El Señor, sabio en su misericordia, lo ha querido así.

-Pero, padre, por favor, yo la amo. Ella tiene sentimientos iguales a los míos.

-Hijo, no está en mis manos santificar esa unión.

-Padre, yo creo en Dios Todopoderoso y dudo humildemente que Él apruebe la injusticia de los hombres en la Tierra.

El cura titubeó.

-Hijo, la humanidad es compleja y el Poder Divino no alcanza esas pequeñeces. Mas, si vos como cristiano las considerais injustas, tened presente la Justicia Suprema.

-¿Qué puedo hacer entonces, padre?

-Acatar la Voluntad Divina.

Y de ambas partes de la rejilla se escucharon dos suspiros, uno prolongado que salía del confesionario y otro corto, que brotó fuera.

-¿Deseas algo más, hijo mío?

-No, padre. Tengo suficiente.

-¿No aqueja algún otro pecado tu alma pura?

José Vicente repasó lo sucedido entre él y Constancia, allá en el acantilado, y consideró que había limpieza en sus actos.

-No, padre –dijo parándose–. Estoy libre de todo pecado.

Y no esperó a que el sacerdote le ordenara alguna penitencia.

Las voces alteradas de dos reclusos lo devolvieron al calabozo

húmedo y sucio, donde jamás llegaba la luz del sol. Para suerte suya no estaba solo como el poeta Zenea. Lo acompañaban trentisiete militares como él, que por diferentes motivos estaban allí, aunque los más frecuentes eran los acusados de deserción.

mozalbete os acompaña igualmente este cruzado caballero el más importante dentro de ti y a vuestro alrededor con el propósito cierto de que jamás penetre el temor y os domine siempre la convicción en la fuerza propia

5

Ante la mesa de la cocina, Constancia pelaba boniatos para dividirlos en pequeños trozos y freírlos en manteca de cerdo; también freiría huevos que quedarían sumergidos, dentro de una fuente, en la salsa de tomate, cebolla y ajo como ordenaba la Señora Andrea; ya humeaba brillante el arroz blanco dentro de un caldero inmenso y Filomena concluía la ensalada de aguacate, mientras en una sartén de espacio desproporcionado se doraban diez bisteces de puerco con anillos de cebolla encima.

Era el sencillo almuerzo que degustarían la Señora Andrea y sus dos hijas Isabel y Leonor. En la hechura de tan simple comida se afanaban, como siempre, los seis esclavos dedicados al servicio doméstico, que antes prepararon y sirvieron el desayuno, para luego fregar esa vajilla, ordenar los dormitorios, barrer y trapear pisos, desempolvar muebles y adornos, lavar, almidonar y planchar ropas, además de correr solícitos a cumplir pequeñas y grandes tareas que podían imaginar cualquiera de los amos a cada momento.

Por todo eso, por el horrible calor del fogón y quizás por algún otro motivo, Constancia tenía el túnico empapado de sudor. Un mareo le sobrevino, para no caer, porque a tiempo se sostuvo en el borde de la mesa, con el rostro desencajado y los ojos idos.

-¡Constancia, qué te pasa, mi'ja! ¡Rufina, ayúdame! –gritó Filomena. La otra esclava soltó el cepillo y un zapato de la señorita Isabel, y se acercó ágil. Entre las dos la arrastraron al taburete más cercano para abanicarla con la tapa metálica de un caldero.

La muchacha comenzó a respirar con mejor ritmo y Filomena pidió a Rufina que siguiera en lo suyo, para arrodillarse frente a Constancia, y en voz baja, decirle que tú estás preñá, hija, y la otra negar con movimientos lentos y ojos grandes, a lo que seguía la vieja con que: ¿tú no te estás viendo, muchacha? esa cara y esa barriga no se la puedes esconder a nadie; mírate los pies hinchados, tú podrás engañar a cualquiera, pero a esta negra que ha visto tantas mujeres preñás nadie la engaña, dime tú quién fue, porque *oyonú socó ni aguadó*.[38] ¿Se te arrimó el amo Francisco?

Constancia empezó a llorar. Para Filomena resultaron comprensibles las lágrimas de la muchacha, mas ella no se afligía por eso únicamente. Sabía que algo extraño venía ocurriendo a su cuerpo en los últimos días, y ahora la verdad se le revelaba cruda en la lengua de Filomena. Pero la más dolorosa causa del llanto era su odio a la esclavitud y presentir que aquel ser que ya se movía en sus entrañas también sería esclavo. El dolor sentido ahora era más lacerante que aquel lejano día cuando la cazaron en Ijesa.

Se escucharon unos pasos y Filomena ayudó a parar a Constancia.

La Señora Andrea desembarcó en la cocina a través de la puerta abierta y enseguida olfateó una atmósfera diferente. Las esclavas clavaron sus ojos en el piso. La ama se acercó a cada una, y más que mirarlas, fue pegándoseles en actitud retadora; las rodeó para, por último, espetarles: ¿qué se traen ustedes dos entre manos? Y las moscas zumbaban.

-¿No quieren hablar, eh? ¡Ya sabré yo sus secretos! ¡Ahora sirvan el almuerzo, que me estoy hartando de sus holgazanerías! ¡El día menos pensado amanecen en el ingenio, que brazos faltan allá!

Con la media vuelta de la ama, las miradas de las esclavas se cruzaron sobre la mesa para cubrir de suficiente amargura el resto del día, y los meses que vendrían.

6

Dentro de un calabozo un hombre sólo vive de los recuerdos y lo que, por desgracia, ya le había ocurrido con los rostros de su familia, ahora le sucedía con el de Beinell. Porque a fuerza de querer estamparlo en la memoria, se le iba borrando, y ya lo confundía con el cabello de su primo Julián y con los ojos del hermano Manuel. Lo único que salía era una mezcla extraña que jamás le devolvía el rostro de José Beinell García. Y con aquel borrón se le iba un pedazo importante de la existencia, quizás los mejores momentos de la vida militar, cuando el amigo lo contagiaba con las risas estridentes y sinceras y el tremendo deseo de vivir, precisamente lo que más necesitaba en las entrañas de la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, en aquel calabozo, inmenso al principio, pero que a los tres meses puedo recorrer a lo largo con doce pasos y con seis a lo ancho, mientras allá afuera Oddedeí me maldice.

Una idea le sobrevino, pues, ¡caramba, ella sabe leer!, y con la cara iluminada se acercó a los barrotes para casi no poder cerrar las manos alrededor de ellos por su grosor extraordinario. Acercó la boca a las gordas barras y llamó al centinela:

-Fábregas, Fábregas, hazme un favor, por dios.

-Habla en voz baja, Regera.

-Consígueme algo con qué escribir.

-¿Te va a dar por los poemas?

-No, quiero escribir un mensaje y que tú lo entregues a cierta persona en la ciudad.

-Regera, perdiste el juicio. Las calles de La Habana están ardiendo. Ayer los Voluntarios fusilaron a ocho estudiantes del primer año de medicina y querían fusilar a más, pero no pudieron matar a todos y los encerraron.

-¿Cómo fue eso, Fábregas?

-Yo no sé muy bien, pero dicen que los estudiantes profanaron el sepulcro de don Gonzalo Castañón.

Recordó entonces José Vicente haber leído, poco después de su llegada a la Isla, un viejo número del diario *La Voz de Cuba*. Y todos los textos –salvo los anuncios–, eran enfebrecidos, ultrapatrióticos y sangrientos. El lector terminaba exhausto y si por las venas le corría sangre peninsular, lo que más deseaba era un arma y criollos delante, pensó José Vicente aquella vez, y ahora en la celda, con más razón, vio que aquel periódico era la savia alimentadora de los Voluntarios, solteros, analfabetos y cazadores de fortuna a todo riesgo.

En eso aparecieron unos recios pasos y detrás un hombracho de bigote tupido, con la sangre queriendo saltarle de los pómulos. El centinela hizo un brusco movimiento y quedó sin aire. Regera soltó los

barrotes y también se paró tieso. Sus ojos fijos pasaban por sobre la cabeza del soldado a la parte de afuera y penetraban en las celdas oscuras al otro lado del patio. Dos quintos aguardaron a cierta distancia con los fusiles en bandolera. El oficial se acercó:

-¿Cómo estais, reclusos?

Alguien tosió leve a las espaldas de José Vicente, a manera de respuesta. Otros dijeron, con palabras débiles, que era mucha la humedad y tenían catarro, fiebre, diarreas, dolores en los huesos y hambre por la comida poca y mala. Allá atrás una voz se impuso para asegurar que todos se sentían bien. El oficial buscó al último que habló y lo miró con tal dureza que las piernas le temblaron. Luego se volvió a los demás para preguntarles si deseaban reposar como príncipes en la cárcel, porque como vosotros teneis culpas pues debeis escarmentar.

Otra vez afloró en Regera el sentimiento de culpabilidad y una fuerte oleada de arrepentimiento lo recorrió de los pies a la cabeza. Mas la imaginación lo transportó al probable lugar donde hubiera ido con Oddedeí y se dijo a sí mismo, de qué me arrepiento, si estuviera libre me fuera lejos. Pero ya no podía y lo sabía bien. Por eso y porque percibía como un dolor físico la injusticia sobre él, en su ánimo seguía flotando la necesidad de traer a la memoria la imagen de Beinell, y como este amigo lo fuera a buscar algunas veces al despacho del Comandante Administrador, pues a éste mismo le preguntó rompiendo la distancia entre un oficial de alto rango y un soldado:

-¿Señor Comandante, recuerda usted a José Beinell García, un quinto moreno y de baja estatura, muy conversador él, del regimiento setenta y dos de Madrid?

-¿Acaso ese tal Beinell es un traidor como usted?

José Vicente bajó la cabeza, abochornado.

7

Trajinaban las esclavas en la cocina cuando Constancia apareció, de vuelta del mercado, con el pesado canasto lleno de viandas y legumbres. La Señora Andrea había preguntado por ella a Filomena y ahora la joven debía ir a su presencia. Con temor en los ojos huidizos subió por los anchos escalones apoyándose en el pasamanos de madera pulida. Jadeaba al inclinarse ante la ama.

-Ordene, su mercé.

-¿Acertaste esta vez en las compras?

-Sí, mi ama. Traje cuanto pidió.

-A ver, enderézate.

A Constancia le sudaba el bozo. -¿Qué me escondes ahí, negra?

-Nada, mi ama. Nada, se lo juro.

La Señora Andrea dejó a un lado la aguja y el aro que aprisionaba el paño sobre el cual bordaba, con variados colores, una inocente mariposa posada en una flor. Y se paró para mirar hacia arriba y detenerse en las facciones de Constancia, que permanecía con los ojos bajos.

-Parece que estás comiendo mucho.

-No, mi ama...

-¡Cállate!

Del rostro descendió a los senos ya abultados. Y por primera vez en su vida, la Señora Andrea bajó su vista, esta vez con todo propósito, a la barriga de Constancia que aguantaba la respiración. Más, a pesar del esfuerzo, no podía ocultarla.

-¡Te has puesto a hacer cochinadas por ahí, negra asquerosa! ¡Ya sabía yo! ¡Todas ustedes son iguales!

Y la emprendió a bofetadas y empujones contra la esclava, hasta arrinconarla. Dejaba escapar la ira que había acumulado casi desde que su marido trajo la "negra linda" a la casa. Constancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, trataba de protegerse los senos y se los descruzaba cuando los golpes se dirigían a la cabeza. Pero sin un quejido.

La Señora Andrea, fuera de sí, golpeaba en todas direcciones y no dejaba de gritar:

-¡Sin mi consentimiento, sin mi permiso...!

-Mamá, mamá, serénate, por favor –dijo Leonor entrando apurada en la saleta.

-¡Vete de aquí, hija!

-No, mamá, deja que papá la castigue si ha hecho algo malo.

-¡Vete de aquí te digo!

Y Leonor retrocedió indecisa, pero la mirada iracunda de la madre la hizo perderse entre las cortinas de muselina azul. Jamás la había

visto así, siempre tan dulce y ahora esta explosión.

-¿Quién te preñó, negra sucia?

La muchacha se mordía la lengua y miraba inocente.

-¡Dímelo, asquerosa! ¿Dónde y con quién te revolcaste?

Constancia no sabía qué responder, tampoco podía y en realidad no quería. La Señora Andrea se le acercó y la miró desde abajo.

-¿Pero acaso tú te crees la Virgen María? ¡Que yo sepa el arcángel San Gabriel no es ciego para acercarse a ti y que traigas otro Mesías!

Las lágrimas de la esclava no ablandaban a la ama, y al contrario, reflejaban el dolor en Constancia para regocijo de la Señora Andrea, que a poco fue recobrando la compostura, para alejarse y reconsiderar calmada los pasos a seguir.

-Retírate a tus obligaciones, que ya pensaré qué hago contigo.

Andrea recogió con las acanaladas peinetas de carey los mechones de cabellos negrísimos para rearmar el moño en el centro de la cabeza. Y meditó entonces que en la casa sólo vivían dos hombres: Anselmo el calesero, negro viejo, demasiado tímido y beato comprobado para andar en asuntos de faldas, que en los años trabajados en la casa jamás mostró inclinaciones deshonestas; el otro era Francisco, hombre joven, su marido..., ¡mi marido!, ¡siempre lisonjeando a esa negra miserable!, ¿quién más si no?, ¿será posible, dios mío, que yo comparta el lecho con un hombre que ha sido capaz de revolcarse con una negra?

Y las lágrimas sumergieron sus especulaciones.

Lo único libre en José Vicente era el pensamiento, y con él vagaba a lo largo de La Habana y más allá, mientras a su alrededor había discusiones por las razas de caballos que podían ser más o menos veloces, si era verdad que los toros miura serían los únicos buenos en un ruedo y delante de un espada, además del tema constante de la poca comida y de la humedad permanente; también se alteraban por el maltrato que recibían de sus mismos compatriotas, hijos todos de España pero separados como una familia mal llevada por intereses que no siempre eran honestos y mucho menos limpios.

Y ajeno a esas conversaciones que les parecían triviales, Regera remontaba juicios más allá de los años vividos para comprender que su llamado a las quintas en Baneira, había sido una cacería semejante a la de Oddedeí en Ijesa.

¡Cierto es que me presenté ante las autoridades para que registraran mi nombre, pero no tenía otra opción! ¡No podía escapar! ¡No me trajeron con las manos atadas, pero tampoco podía dar media vuelta! ¡Para venir a una guerra que no inicié ni me interesa! ¡A sofocar una rebelión de negros cobardes y traidores, que vienen levantándose desde mil ochocientos doce, si no tengo en cuenta sublevaciones de esclavos desde el primer momento que los trajeron a esta Isla!

Una luz muy blanca descendió sobre la cabeza de José Vicente, mientras los demás reclusos continuaban con aquellos temas. Iluminado, siguió meditando:

¡Pero ninguna represión ha podido someterlos y aún así muchos de mis compatriotas se enriquecieron, para luego regresar al terruño con los bolsillos llenos! ¡Aunque desde aquí gobernaban todo allá! ¡En esta isla hicieron dinero con trabajo esclavo, bajo entera libertad, al margen de las leyes monárquicas, para llevar adelante, en la Península, un capitalismo avanzado, frenado por las mismas leyes monárquicas! ¡Por eso es la guerra que consume a España desde setiembre de mil ochocientos sesenta y ocho y de la que apenas habla la prensa nacional, que esconde con esta guerra de los negros en esta isla aquella guerra de los blancos en la península!

¡Y si yo debiera participar en una guerra fuera en la mía, allá en mi tierra, con mi gente, defendiendo al rey de los ataques burgueses!

Así pensaba, porque era campesino, recordando las enseñanzas de Mateo, el sacerdote, y sintiendo necesidad de apoyar a la Monarquía para mantener la realeza y la integridad nacional; pero, a la vez, como con Serafín el carpintero aprendió que la Monarquía era el atraso, pues le pareció más correcto luchar para establecer y reafirmar la República, aunque ello implicara el poder de los burgueses, enemigos

jurados de los obreros, quienes deberían apoyar a aquéllos hasta la toma del poder, luego, les harían la guerra para eliminar de España todo tipo de gobierno y que cada cual hiciera lo que le viniera en gana, verdaderamente libre, anarquícamente libre.

¡Mas, a decir verdad, qué guerra me importa a mí, si en ninguna voy a ganar, en todo caso siempre pierdo, como en ésta, que siendo inocente me acusan de desertor!

Y la memoria retuvo una parte del acta leída al final del juicio, cuando el Capitán General Blas Villate y de las Heras ratificó la sentencia dictada por el tribunal que lo juzgó:

> *De acuerdo con dictamen que antecede, apruebo la sentencia dictada por el Consejo de Guerra de la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña para ver y fallar la presente causa, por la cual se condena al Soldado procesado José Vicente Regera y Gisbert, como autor y responsable del delito de deserción en tiempo de guerra sin circunstancias calificativas, á la pena de cuatro años de prisión militar correccional, con las accesorias correspondientes y sin abono de prisión preventiva...*

-¡Regera, Regera! ¡Abrieron la reja, es la hora del patio, toma un poco de sol que te veis pálido y muy débil!

Las largas espuelas de plata tintinearon en la planta baja de la casona y la Señora Andrea supo que Anselmo regresaba con Francisco del ingenio. Esperó impaciente, pero concentró todos los sentidos en el bordado, adonde acudió el esposo con un largo beso desde atrás de una flor en la mano derecha. Isabel y Leonor se acercaron presurosas, pidieron la bendición, lo abrazaron alegres y retrocedieron empujadas por dos ojos llameantes, para perderse por la escalera hacia el patio central.

-¿Andrea, ha ocurrido algo en mi ausencia?

-Nada y mucho.

-No comprendo. Explícate.

-Bueno, pues, tu negrita linda está preñada –y se lo quedó mirando con tal fijeza que turbó al hombre.

-Pero..., y eso... ¿Cómo ha sido? ¿Quién te lo dijo? ¿Quién es el padre...?

-¡Justo ahí estoy yo, averiguando! –sin dejar de mirarlo.

-Andrea, tú no pensarás...

-Pues sí, tengo mis dudas, Francisco. Mi madre siempre decía: Piensa mal y acertarás. Y yo estoy pensando.

-¡Enloqueciste! ¡Siempre tuviste atravesada a Constancia!

-¡Con razón, Francisco, con razón! ¡Todo el tiempo que estás en la casa te lo pasas elogiándola! ¡Hasta he notado que a veces la tratas diferente que al resto de los esclavos!

-Estás equivocada, mujer. Mis ojos sólo te miran a ti..., ¿cómo piensas que puedan dirigirse a una negra? Ahora, alégrate si está embarazada como dices, porque aumentaremos la dotación sin gastar dinero, que muy caros andan ya los esclavos.

Andrea palidecía de la cólera.

-¡Habráse visto semejante desvergüenza!

-¡Andrea, no te permito que me ofendas! ¡Refrena tu lengua, que va muy rápido!

-Mira, Francisco, ¡vamos a esperar que para esa perra y entonces tú y yo arreglaremos cuentas! Por lo pronto, ella no pondrá una de sus patas fuera de esta casa. Detesto los comentarios y todos dirán que de aquí salió preñada. ¡Ahora sí trabajará como lo que es!

Y en efecto, sobre Constancia cayó el mundo. No paraba ni en las normales horas de descanso. La ama quitaba trabajo a los demás para matarla. Aunque a espaldas de la Señora Andrea, todos, encabezados por Filomena, se esforzaban para disminuirle el sufrimiento a la muchacha, que llegó al punto máximo un atardecer de mediados de abril de 1872. Ocurrió cuando la esclava fregaba los últimos calderos de la cena, estremecida por dolores abdominales irradiados hacia la

espalda por la cadera. Sintió que algo húmedo salía de su cuerpo y se deslizaba entre las piernas, para caer al suelo. Era un tapón gelatinoso y sanguinolento. El dolor le aumentó, acompañado esta vez de contracciones que iban creciendo en intensidad, mientras sudaba frío.

Filomena la vio doblada y corrió a apoyarla. Constancia se recostó a la vieja y le dijo que no se preocupara, pues se sentía mejor, pero por sus piernas descendía un líquido claro con grumos gruesos.

-¡Constancia, estás pariendo!

Y cargó con la muchacha hasta el fondo de la casa, donde la acomodó en el camastro, para ir corriendo a la saleta y llegar sin aire. Después de profundas reverencias, se acercó a la Señora Andrea, y dijo en un susurro: Ya, mi ama. Ya.

10

¡Tan necesarios que son los hospitales, pero cuánto sufrimiento encierran sus muros! ¡Nunca será comparable la alegría del que sana con la tristeza del que ya muerto, abandona la misma cama!, meditaba José Vicente en el pabellón Este del Hospital Militar de San Ambrosio de La Habana, aquejado de vómitos y diarreas desde veinte días atrás, cuando lo sacaron junto a otros tres de la cárcel, para atravesar la bahía, y con gozo no exteriorizado, bajar del bote frente al Arsenal, para mirar ansioso todos los rostros, por si descubría el de Oddedeí.

Un fuerte mareo lo invadió aquella mañana de su llegada al hospital y no supo si era por la enfermedad o a causa de sonidos multiplicados de negros estibadores en el muelle, caballos, ruedas de hierro, pregoneros, mendigos, sirenas de barcos, campanazos desde parroquias..., pero hizo un gran esfuerzo y levantó la mirada, para caer casi definitivamente en una camilla y correr apurados los enfermeros con él hacia el camastro donde ahora descansaba. Y en el que con compresas frías pretendía Sor Inés alejarle las fiebres, más imaginadas que reales, aunque ciertamente se sentía muy débil y con sudoraciones en el cuarto mes del año, cuando el clima de la Isla es todavía benévolo. Más no tanto, si uno está en el fondo de aquel húmedo y maloliente calabozo, en el que por suerte no he estado tanto tiempo y adonde la luz del sol, presa igual que yo, me caía sólo cuando salía al patio.

Pero, ahora, meditando entre estos necesarios muros y mirando las innúmeras vigas paralelas, le pareció estar bajo el techo de pizarra del hogar en Baneira y que el viejo se le acercaba con un jarro humeante para brindarle leche de cabra, mientras la madre se acomodaba arropada con la gastada manta y lo miraba silenciosa para palpar su frente una y otra vez, y se inclinaba queriendo atraerlo para protegerlo en su pecho, y volvía a tocarle la cabeza con mano cálida diciéndole que sanarás pronto, hijo, eres muy fuerte, cuando Regera, siguiendo la aterciopelada voz, giró el rostro y se asombró ante la falda amplia con el delantal blanquísimo de su madre en el hospital, mas la decepción fue una cuchillada en su corazón al tropezar sus ojos con la cofia de alas rígidas.

-Sanarás pronto, ya verás –aseguró la voz dulce de Sor Inés y palpó una vez más la frente sudorosa de Regera.

11

Las dos mujeres bajaron presurosas y encontraron a Constancia revolcada en el camastro mojado, sobre el que descendía la luz vacilante de un quinqué. La muchacha lloraba asustada y recibió en todo el rostro el desprecio que salía de los ojos de la ama, cruzada ahora de brazos y respirando gordo. Filomena había salido y ya regresaba con una tabla ancha y fuerte que colocó a lo largo del catre para que todo el cuerpo descansara parejo, y en el borde mismo de la tabla la vieja apoyó los pies de Constancia, bien separados desde los muslos, para ayudar a que la vulva quedara abierta lo más posible.

Las veteranas manos de Filomena se movían diestras sobre el vientre de la muchacha, acomodando la criatura hacia el nacimiento. Muchos negritos, allá en el ingenio, la ensordecieron antes con los primeros gritos y ella vivía orgullosa, ahora, de haberles disparado la primera nalgada a hombres corpulentos que mucho después la llevarían por los aires para depositarla amorosos en la carreta, cuando los amos decidieron llevársela a La Habana. Adonde pensaba que nunca más tendría el placer de recibir una nueva vida, y en momentos así, era como si la vieja retoñara, con los ojos chispeantes, que ya miraban atentos el ensanchamiento de la vulva desde su posición de sentada entre los muslos de Constancia, a los pies del camastro.

-Puja, mi'ja, puja fuerte cuando venga el dolor, pa' que tu hijo viva.

Y no había necesidad de que Filomena se lo pidiera. Un instinto primitivo empujaba a todo su organismo al esfuerzo supremo para liberarse de las contracciones, que iban en aumento hasta ser seguidas, unas tras otras, mordiendo un grito que casi se le escapaba y que creía sería el último vaso de agua, pues no más beberlo y ya se le escurría en diarreas sanguinolentas, las cuales eran irrefrenables y acabarán con mi existencia, sin haber dejado huellas en esta vida como Beinell, que tampoco tuvo tiempo de crear descendientes.

-Probemos ahora con este mejunje de albahaca cimarrona, acoma y achicoria silvestre[39] –y la monja, iluminada por lámparas opacas, acercó un vaso a los labios resecos de José Vicente, a quien debió levantarle la cabeza con la otra mano. Él intentó sorber el líquido, mas una buena parte le corrió por las comisuras y el cuello, humedeciendo la sábana bajo su cuerpo desfallecido, que sentía muy pesado y se dejó caer para que Filomena hiciera lo que le viniera en gana, mientras la vieja se encajaba entre sus muslos para llamar a la vida a la criatura, atrayéndola a través de la piel de la barriga de Constancia.

Queriendo respirar como dios manda, la Señora Andrea permanecía al lado del ventanuco y observaba cómo el túnico de Filomena se pegaba empapado a las espaldas negras, mientras a su frente Constancia brillaba jadeante. Asqueada, la ama desviaba los ojos hacia

la parte superior del naranjo, al que le descubría olorosos azahares y pensaba en los dulces frutos para alejar la escena horrenda, mas seguía quieta y con los brazos cruzados, convencida de que así salvaba la moral de su hogar, pues desde el primer momento confirmaría el color de la criatura y sabría qué debía hacer.

-Aprieta los labios y puja fuerte, que si no el muchacho se te encarama.

Así lo hizo Constancia, aunque mordiéndose el labio inferior. Deseaba ardientemente escuchar el primer llanto del nuevo ser, para regocijo suyo y de José Vicente cuando lo supiera; también quería desobedecer las órdenes de Filomena y que su hijo muriera dentro de ella, para que no sufriera la esclavitud y además la arrastrara en su muerte.

Mas la vida se imponía con fuertes movimientos de la criatura en busca de luz y ya asomaba la cabeza, que la vieja acomodó con delicada maniobra, mientras pedía ayuda al omnipotente Obatalá, el orisha creador de la tierra y del ser humano, quien quizás inculcó en Constancia la necesidad de cerrar los puños en el borde de la tabla y hacerle mover, desesperada, la cabeza a uno y otro lado para evitar la queja que casi se le fugaba como la vida en cada latido de los intestinos, vaciándolo, para sumirlo en tinieblas y apenas percibir voces y rostros en el Hospital Militar.

-Que se imponga la voluntad del Señor en el Cielo.

Oyó José Vicente las distantes palabras que lo convidaban a no luchar más y esperar pacientemente. Para entonces dejarse llevar hacia la paz, y aliviado, percibir la presencia de aquella monja flotante entre las vigas paralelas.

pierdo fuerzas mozalbete sostenedme firme en vuestras convicciones vitales que yo os sostendré

Y sentir que el camastro se movía cual potro en cadencioso trote al aferrarse con manos y pies a la tabla ante el reclamo de Filomena, que también le exigía sacar fuerzas de donde no había, al tiempo que un pensamiento consolador le repetía:

falta poco estirpe mía y de tu esfuerzo depende que yo pueda multiplicarme en ese nuevo ser

Constancia arreció en su afán de que José Vicente perdurara, tal vez bajo una condición indigna, pero también con la posibilidad de ser un hombre sin dueño.

-Así, mi'ja, así. Otro pujo más y oirás su grito.

La Señora Andrea escuchó la voz de la negra Filomena y regresó del naranjo al centro de las piernas abiertas de la muchacha; quería

eliminar sus dudas y que terminara este enojoso asunto.

En medio de un chizpazo de conciencia, Constancia reflexionó en el tremendo dolor físico causado por la criatura que le daría felicidad, mientras que una angustia le vaciaba el pecho por una pérdida incomprensible, cuando sintió desprenderse sus entrañas en un dolor intenso que le llegó a la boca y le subió a los ojos, abiertos entonces, capaces de notar a Oddedeí sudorosa muy cerca besándole la frente, mas eran labios gélidos y carentes de aquel dulzor que embriagaba, y, extrañado, miró bien para distinguir dos ojillos hundidos en un rostro macilento, con la boca entreabierta, en una sonrisa irónica, por donde asomaban dos dientes oscuros

oh mozalbete no abandono vuestro cuerpo a capricho mío sino que ímpeleme a transmigrar esa hechura mortecina la cual reposa donde vos casi no estais ya

Cuando Sor Inés alargó su brazo para bajar los párpados, aún tibios, con el pulgar y el índice de su mano derecha, y la paz llegarle al rostro todo de José Vicente como un remanso, que perdió, de súbito, el vigor por el esfuerzo supremo al sacar de sí la criatura y llorar en los brazos de Filomena, quien se sobresaltó por la presencia de un hombre a caballo que penetraba en el cuartico a través de las paredes y se acercaba al recién nacido para estar a su lado y dentro de él.

nos vemos nuevamente las caras mi querido tancredo te creí desaparecido

estais desacertado como siempre infiel pagano pues lo inmortal nunca esfumarse puede

La vieja se erizó toda, mas impuso su deseo de apoyar la vida. El miedo le recorría la espalda mientras rezaba entre dientes para decir con voz temblorosa:

-Ya pariste, mi'ja. Es un varón, un muchacho hermoso...–y levantando al niño, con la vista metida en el techo bajo, exclamó– ¡*Oh Obatalá, obiní loví mokekeré*![40]

-Termina ahí, Filomena –cortó la Señora Andrea– ¡Déjame verlo!

No tenía la piel roja de los negros recién llegados a la vida, ni el pelo tan ensortijado. ¡No necesitaba más!

-Acaba rápido con ésa, que cumplirás otro encargo.

La vieja negra cortó diligente el cordón umbilical con la tijera enorme, usada por Anselmo para embellecer las colas y las crines de las bestias. Con sumo cuidado limpió de sangre el cuerpecito que se movía enérgico entre sus brazos de piel ya mustia, y terminó parándose para llevar al pecho de Constancia la criatura, que dejó de

llorar por los latidos del corazón de la madre.

Filomena regresó a los muslos de la muchacha para separarlos de nuevo por las rodillas, y se arrolló entre los dedos de la mano derecha la tripa fláccida que salía de la vulva lacerada y sangrante. Llevó la mano izquierda al vientre todavía abultado y fue sobándolo, hasta que se produjo el alumbramiento con la salida de una masa semejante a una torta redonda y aplastada, de color rojo oscuro. La vieja revisó aquel nuevo cuerpo y, satisfecha, dijo:

-Ya terminamos, aquí está la placenta completa.

Constancia se había derrumbado en el camastro y ahora sí sentía su vientre vacío, con cansancio de muerte y sin dolores físicos al fin.

¡No hay dudas, se acostó con esa negra miserable! ¡Pero dios mío, cómo mis ojos no vieron antes la perversión de Francisco! ¡Desgraciado! ¡Oh dios, perdóname, pero aunque sea el padre de mis hijos lo quiero muerto, que nunca más me toque con sus manos sucias! ¡Las mismas manos que me acariciaban a mí, iban a tocarla a ella sabe dios dónde y con ellas manchadas venía a ponerlas sobre mi cara y todo el cuerpo! ¡Ahora está ese recién nacido allá adentro, negro en definitiva y digno igual que la madre de un grillete y el más duro de los trabajos! ¡Para que los dos, bien lejos de esta casa, se me sepulten en la memoria! ¡Sí, los dos para el ingenio y cuando el niño crezca obligaré a Francisco a que lo venda! ¡O mejor otra cosa, porque quiero que esa negra sufra, y ordenaré delante de ella que Filomena lo bote! ¡No, lo mejor es llevársela a ella bien lejos de aquí y criamos al niño para servir en la casa y que Francisco se avergüence al ser atendido por su hijo esclavo! ¡Pero no, si es hijo de mi marido es entonces hermano de mis hijos y se parecerán! ¿Cómo explicaría a mis hijos que tienen un hermano esclavo? ¿Y cuando me visiten la Sandoval y la de Acosta, que todo lo curiosean, qué les diré? ¡No, no, no, a éste tengo que venderlo cuanto antes! ¿Pero vender como esclavo a un recién nacido, quién se arriesga a comprarlo? ¡Es que, además, maldita sea, se trata de un hijo de mi marido y un hermano de mis hijos, y sería faltarle a dios someter a la esclavitud a una criatura que lleva sangre de blanco...!

-Ordene, su mercé –dijo Filomena con la barbilla metida en el pecho.

La Señora Andrea miró a través de la vieja mientras estrujaba, hasta casi deshacer, el fino pañuelo de olán. Regresó a la esclava al rato para casi gritarle que cogiera un trapo, envolviera al recién nacido y lo tirara en el torno.[41]

La vieja negra cayó de rodillas ante la ama para tomarle el borde de la falda costosa y besarlo con vehemencia.

-Ay, amita, por lo que más usted quiera, al torno no, al torno no. El inocente no trae ninguna culpa para merecer ese castigo.

-No voy a repetirlo, Filomena. Ve a lo que te ordené.

La vieja esperó arrodillada a que la Señora Andrea desapareciera en la alta escalera, y olvidada de sí misma, de su mísera existencia, imploró llorosa al cielo por el futuro de aquel ser humano que apenas había llegado a la vida y ya era tan mal tratado por sus semejantes. Y en conjuro profundo murmuró que el niño llegara a buenas manos, y siendo hombre, no maldijera a su madre en la creencia de que ella lo hubiera abandonado, y al contrario la reivindicara de tantas penas.

-¡*Orún oké orun ebá mí kachocho*[42]!

Sin dejar de llorar, Filomena arrastró los pies hasta el cuartico. No pudo mirar hacia el camastro donde Constancia reposaba feliz con su hijo, al que contemplaba arrobada en el cuenco del brazo izquierdo. La vieja negra, culpándose, pues rompería el hechizo que de pronto había iluminado las paredes y el techo que antes fueran sombrías, se hundió trabajosamente detrás de su propio catre. Con el brazo metido hasta el hombro y tanteando en el piso, extrajo un atado pequeño que colocó en el bolsillo de su enagua.

Jadeante, temblándole todo el cuerpo, se volvió a la muchacha. Y aunando las pocas fuerzas, soltó:

-Tengo que llevarme el niño.

Constancia no comprendió y miró alelada a la vieja.

-Sí, mi'ja, la Señora Andrea lo ordenó.

-¿Adónde, qué van a hacerle...?

-La Señora ordenó que me lo llevara.

-*Omó mi, omó mi*,[43] Filomena. No me lo pueden quitar.

La vieja se acercó al rostro de Constancia y dijo amargada:

-Muchacha, tú eres esclava igual que yo. No somos dueños ni de nosotros mismos.

Constancia soltó un lamento largo y volvió la cara para dejar a su hijo libre. Que dormía quieto y al que la vieja envolvió en un paño blanco. Erguida otra vez, con el pequeño bulto en el seno, Filomena iba hacia la puerta cuando la recién estrenada madre la detuvo aferrándose a su brazo con el propósito de mirar la carita, pero enseguida se dejó caer para mostrar vida únicamente en los convulsos movimientos del cuerpo del que brotaban susurros en su lengua natal.

-¡*Odí yumí omó mí*![44]

Filomena salió al patio mirando sólo al frente. No encontró a nadie en el camino hacia el zaguán, donde la esperaba Anselmo con el quitrín listo. El larguirucho calesero ayudó a la negra a subir. No se miraron una sola vez pero sabían lo suyo. El carruaje descendió por la breve rampa al Paseo del Prado y Rufina cerró el portalón. Los caballos trotaron hacia el mar para girar a la izquierda al final del Prado, y, entonces, avanzar recto por la calle de San Lázaro.

La vieja aprovechó la lentitud que a propósito imprimía Anselmo al vehículo para acomodar el niño en el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha registraba en la enagua y sacaba el atadijo. Que desenvolvió ayudada por los dientes completos. Aparecieron entonces, para regocijo de ella y del calesero que no dejaba de mirar hacia atrás, las ropitas compradas por él, con dinero de ambos.

Habían acordado, una tarde, conseguirlas para sorprender a la muchacha el día que pariera y delante de ella vestirle al hijo.

Creyéndose abuelos, olvidaron entonces que no eran libres y también desconocían la ruta de los futuros acontecimientos.

Las lágrimas de Filomena se descolgaban de los mofletudos pómulos para mojar la piel del niño, que no cesaba de gritar ni de mover brazos y piernas. Allá en el pescante, Anselmo ni azuzaba a las bestias, que avanzaban perezosas. Aunque iban perdiéndose a lo largo de la vía polvorienta y en la calle de Galiano doblaron a la izquierda, hasta llegar a la de Lagunas, estrecha rúa por donde el vehículo rodó hacia un edificio largo y de dos pisos asentado en la Calzada de Belascoaín. El mar batía furioso los acantilados más allá de la calle de San Lázaro, dispersando la fetidez que se alzaba en columna desde el Cementerio de Espada.

-¡Rufina! –llamó la Señora Andrea y la esclava subió ágil por los escalones de mármol.

-Ordene, su mercé.

-Ve ahora mismo al Depósito de Esclavos y entrégale esta nota a don Lorenzo, el guipuzcoano, y le dices que él y yo nos arreglamos después.

Rufina bajó a toda velocidad, salió a la calle y torció a la derecha, hacia el mar. Los barracones de embarrado con techo de guano recibían los primeros rayos del sol, cuando en la memoria de la esclava se dibujó con nitidez un capítulo de su vida que creía borrado. Se vio desnuda y sentada, diez años atrás, en el suelo húmedo de aquellos mismos barracones, junto a otros machos y hembras, negros como ella, con grasa untada por toda la piel, para esconder cicatrices y evidenciar buena salud. Oyó de nuevo la voz de un blanco barbudo que ordenó, con el chasquido del látigo, ponerse de pie al grupo, y fue la primera vez que vio al amo Francisco, cuando de lejos la señaló para llamarla al centro de la barraca y que caminara despacio delante de él, de frente y de espalda, de un lado y de otro lado, que levantara la cabeza, que le enseñara los dientes, también la lengua, y se doblara por la cintura hacia adelante con los muslos separados, además de que le palpó los músculos de brazos y piernas y le ordenó en su lenguaje que corriera y saltara y gritara y se riera.

Ahora se avergonzaba de aquella revisión, cuando su intimidad se expuso públicamente. Pero en ese momento no se apenó, pues vio que al final del acto estaba su salida de la jaula maloliente. Y es que el amo entregó al barbudo una bolsa con monedas y recibió a cambio un papel y una nueva esclava. Que era yo.

Siempre temerosa, Rufina se detuvo para mirar a todas partes. El guipuzcoano, un gordo canoso que fumaba el más largo habano que hubiera visto la esclava, recostaba un taburete a un horcón y sentado en él, se solazaba mirando el mar infinito y azul.

Después de hondas reverencias y sin levantar los ojos, la negra alargó la mano derecha para entregarle el papel, que el otro desdobló con pachorra y leyó moviendo la cabeza de derecha a izquierda para regresar al punto de partida y hacer la misma operación. Como si tuviera los ojos fijos dentro de las cuencas. Y al mucho rato de digerir el mensaje, separó el papel de la cara, mientras Rufina esperaba paciente aguantando los pies que le querían volar.

-¡Menelao, agarra tu carreta y dale pa' la casa de los señores Sales Díaz y Piedra, que debes llevar un encargo de la Señora al ingenio en Quivicán!

-Ya estoy andando, señor.

Y la carreta salió detrás de Rufina, que entró a la casa y no tuvo que avisar a la señora porque ella esperaba en el zaguán. Una mirada hizo que Rufina abandonara la reverencia y atravesara el patio central sin mirar atrás. La Señora Andrea caminó marcando los pasos, se metió en el traspatio y abrió la puertecita de un empujón.

-¡¡Levántate, perra, que tu vida no sigue en esta casa!!

Constancia escuchó el chillido, y con gran esfuerzo intentó sentarse en la cama, pero los mareos tiraban su cabeza hacia atrás. Un nuevo grito de la mujer blanca la puso en pie con temblores en las rodillas y sudoraciones hasta el verde y el amarillo; el cansancio de muerte le borraba el contorno de todo a su alrededor y subió sus manos al vientre, contrayéndose por el dolor. Pero la ama le exigía caminar hacia el patio. Constancia logró equilibrio apoyando el hombro en la pared y avanzó un paso, dos, tres... Respiraba a fondo y limpiaba con el túnico la sangre que corría por sus piernas hasta los pies descalzos. Así llegó a una esquina del patio central y allá arriba, desde el balcón interior, se asomaron fugazmente las señoritas que escondieron las cabezas al ver el moño de la madre. La Señora iba detrás de la esclava, a distancia prudencial, azuzándola, y atenta a los pasos zigzagueantes para huir de ella si caía.

Así llegaron a la cochera, donde la muchacha se detuvo por un grito de la ama. Esta se apuró en tirar un saco sobre la cabeza y el cuerpo de la esclava, que salió a la calle conducida por Menelao el carretero, quien la empujó sobre la parte trasera del vehículo. Constancia se desplomó en el piso de tablones carcomidos por el tiempo y allá atrás la despidió un portazo. La sangre había empapado el túnico y ahora atravesaba el saco para caer a través de las hendiduras de la madera en el polvo de la calle. Un rastro negruzco fue marcando su camino a lo largo del Paseo del Prado. Pasaron por delante del parque de Ysabel II, del teatro de Tacón, continuaron al lado y a la derecha del alargado parque de Ysabel la Católica, siguieron ante el parque de la India y doblaron a la derecha para tomar la Calzada del Monte. Por donde apenas avanzaron, pues los bueyes se detuvieron por orden de Menelao para dar paso a La Lechuza, que salía de la calle de la Factoría. El boyero descubrió su cabeza ante el carromato que venía del Hospital Militar y cargaba cinco ataudes de madera basta, todos de la misma longitud e igual ancho, como si los muertos no se diferenciaran en estaturas y flacuras. Mas, ciertamente, en el fondo ya eran iguales.

Un desesperado movimiento de las manos de Constancia la llevó a salir del saco. Sus ojos, ahora libres, vieron el lento andar de La Lechuza y deseó vivamente ir metida en una de aquellas cajas. Que la Muerte de los blancos o la Ikú de los negros se la llevara. Aunque, de todas maneras, ella iba muerta por dentro. Ya no le importaba nada,

ni que las mamas le dolieran con latidos fuertes, ni el fogaje que le secaba la garganta y le hacía arder todo el cuerpo… Estremecida por el frío, buscó el saco para abrigarse. El bulto que era Constancia miraba indiferente las fachadas verde-azul-amarilla–verde-azul-amarilla–verde-azul-amarilla que iban quedando atrás, en un tiempo sin retorno, que no por haber muerto, fue vivido y ahora se concentraba en oscuridad palpable dentro del sarcófago, con la vida mostrándose únicamente en los saltos del vehículo al morder sus ruedas las piedras en la calle y mantener despierto al hijo de la esclava y del soldado.

Anselmo haló las bridas y las cabezas de los animales se torcieron. Las herraduras resbalaron frente al edificio viejo y el calesero saltó del pescante para abrir la portezuela, al tiempo que preparaba el estribo y alargaba la mano a Filomena. La anciana descendió con lágrimas y suspiros y trató de no mirar el rumbo de sus pasos, que iban directo a la Real Casa de Beneficencia, en uno de cuyos lados estaba el torno, precisamente por la Calzada de Belascoaín, ajeno a la entrada principal que daba a la calle de San Lázaro. El torno era una abertura horizontal a la altura del pecho de la esclava, en una pared alta y lisa. Bastaba colocar la criatura en uno de los tres compartimientos sobre la superficie limpia, para que sonase una campana capaz de inundar el pequeño salón con dos camas. Donde par de monjas, de guardia las veinticuatro horas, le diesen media vuelta al círculo de madera para que el pequeño ser recién llegado resbalase hacia manos misericordiosas en el interior del edificio.

Pero no era todavía ese momento, porque Filomena se tragaba al bebito con los ojos y Anselmo la imitaba. Lloraban como niños que les han ordenado deshacerse del juguete más querido. No podían permanecer eternamente allí y Anselmo arrebató el recién nacido a Filomena, que entre sollozos dijo:

-*Abusi olowa*.[45]

Y dio media vuelta para recostarse al quitrín. El calesero apretó el bulto contra su pecho y terminó depositándolo en la superficie redonda. Donde el niño lloró al contacto de la frialdad.

No quiso escuchar la campanada ni ver el movimiento del torno engullendo al niño, que seguía llorando más allá de la media vuelta. ¿Cómo contarle esto a Constancia y a la misma Filomena? Porque lo juzgarían el día menos pensado. Se juró no hablar una palabra sobre el asunto, aunque jamás en la vida pudiera mirar de frente a la joven madre, que sin dudas se revolcaba de dolor en su cama del patio o quizás la ama ya le había ordenado el almuerzo del día.

Más, la carreta en que iba Constancia rodaba por la Calzada del Cerro y ante las quintas de recreo de esta barriada, fortificadas como todas las casas habaneras de buen talante con afiligranadas rejas de hierro, cuya función principal no era precisamente el ornato. Para

entonces el sangramiento le aumentaba y los colores verde y amarillo se le acentuaban ante los ojos, mientras el rostro tornaba a blancusco por la ausencia de circulación sanguínea y la definitiva quietud del cuerpo ahora frío y rígido, que trasponía, acompañado de otros como él, la antigua verja del Cementerio de Espada.

Al mismo tiempo, en las oficinas de la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña, un amanuense cerraba el modelo oficial donde declaraba que

> *el soldado José Vicente Regera y Gisbert, procesado a causa del delito de deserción, extinguía su condena por fallecimiento, habiendo permanecido siete meses y diez días en los calabozos de este castillo.*

Y mientras allá, en un alto muro, los sepultureros deslizaban tres ataudes en tres nichos,[46] acá, el escribano recogía cinco nombres en el Libro de Entierros de Blancos:

> *En dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años se le dio sepultura en este antiguo Cementerio General, en el nicho cuatrocientos setenta y seis del quinto patio departamento de adultos al cadáver de José Vicente Regera y Gisbert, adulto, hijo de D. Juan y de Dª Adelaida, natural de Baneira, provincia de La Coruña; de diecisiete años de edad, soltero, y fue remitido del Hospital Militar por el Sor Capellán D. Antonio Iturralde, y lo firmé Mariano Rodríguez.*
>
> *En dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años se le dio sepultura en este antiguo Cementerio General, en el nicho treinta del centro del quinto patio al cadáver de D. Arturo Saborit Thomás, adulto, hijo de D. José y de Dª Dolores, natural de Barcelona, de treinta y dos años de edad, soltero, oficial segundo de artillería y fue remitido del Hospital Militar por el Sor Capellán Antonio Iturralde, y lo firmé Mariano Rodríguez.*
>
> *En dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años se le dio sepultura en este antiguo Cementerio General, en el nicho doscientos setenta y cuatro del centro del segundo patio al cadáver de Manuel Lazaro y Gallau, adulto, natural de Zaragoza, de treinta y un años de edad, casado é hijo de D. Segundo y Dª Pilar; y fue remitido del Hospital Militar por el Sor Capellán Antonio Iturralde, y lo firmé Mariano Rodríguez.*
>
> *En dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años se le dio sepultura en este antiguo Cementerio General, en bóveda de Las Hermanas de la Caridad del Hospital Militar al cadáver de Sor María Lodupe Albudí, adulta, hija de D. Antonio y Dª Joaquina, natural de*

Arcoitía; de treinta años de edad, y fue remitida del Hospital Militar por el Sor Capellán Antonio Iturralde, y lo firmé Mariano Rodríguez.

En dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años se le dio sepultura en este antiguo Cementerio General, en bóveda de Las Hermanas de la Caridad del Hospital Militar al cadáver de Sor Eusebia Alonzo, adulta, hija de D. Rafael y Dª María Cruz Montero, natural de Burgos, de treinta y cuatro años de edad, y fue remitida del Hospital Militar por el Sor Capellán Antonio Iturralde, y lo firmé Mariano Rodríguez.

Pero lejos de los sepultureros que tapiaban los nichos en el camposanto, Filomena aceptaba el apoyo de Anselmo para subir en el quitrín, que emprendió la marcha lenta. Dejando atrás, dentro de la Real Casa de Beneficencia, al legítimo hijo del amor de Constancia y de José Vicente, un ser que comenzaba la existencia sin compromisos ni ataduras.

La monja tomó en sus brazos al recién nacido gritón y en la semipenumbra lo vio blanco. Pero como siempre la roía la humana curiosidad, lo llevó al lado de una ventana entornada: era blanco aunque bastante trigueño, como si fuera gitano. Recordó entonces que la mayor parte de los españoles conocidos por ella eran blancos y mostraban sin embargo la misma piel olivacea o un color menos pronunciado, pero jamás el blanco de los verdaderamente blancos.

Eran personas adultas y por nada del mundo les hubiera subido las faldas o bajado los pantalones para mirarles allí donde concluye el espinazo. Esto se le había convertido en un deseo atormentante e insatisfecho que la perseguía desde niña y ahora, sin embargo, podía mirar en el nacimiento de las nalgas de aquellos hombres y mujeres a través de esta criatura, a la que quitó con cuidado las ropitas de valor: ¡No había dudas, tenía el negro pegado a los talones! En la rabadilla estaba la señal característica, una mancha oscura como un lunar, prueba irrefutable del color negro del padre.

¡Porque sí, el negro en este caso es el padre y no la madre!, se dijo eufórica. Sabía bien que las negras no escondían las consecuencias de sus amoríos ocasionales e ilícitos, y eso en el caso de que fueran libres; cuando se trataba de esclavas el amo las felicitaba por aumentarles la dotación y no se les hubiera ocurrido llevar sus hijos al torno de la Real Casa de Beneficencia, porque regalaban una propiedad del Señor. Así que este niño híbrido es de una blanca, de bastante buena posición, con un negro, probablemente su calesero.

Y feliz por el descubrimiento de secretos tan neciamente escondidos, anduvo presurosa hacia la sala de cunas. Donde una gallega gorda y de frondosas tetas amamantaba un crío rollizo a la derecha. Sonrió por la llegada del nuevo huésped y lo aceptó a la

izquierda. El niño se enredó con el enorme y rosado pezón, y al instante quedó dormido. Lo que facilitó las cosas para revisarle el cuerpo y asentarlo en el libro correspondiente de la institución:

> *En La Habana, a las siete y quince minutos de la mañana del día dieciocho de abril de mil ochocientos setenta y dos años, se procedió a inscribir un varón que tiene por señal característica:- Color blanco, pelo negro, ojos claros, nariz chata y boca regular con labios un poco gruesos, representa como dos días de nacido, pesa ocho libras, trajo las prendas siguientes:- Un gorro, una faja marcada con un ramo, un pedazo de franela, un trajecito, una batica blanca con fondo azul y unas boticas tejidas. Y que se le pondrá por nombre Carlos. Dr. Laureano Fuentes y Duany, Director, y asistido por Juan Rodríguez Arango como testigo.*

Y cuando finalizaba el escribano aquel nuevo asentamiento, recogido en el folio 119 del tomo 5 de inscripciones de la Real Casa de Beneficencia, Filomena y Anselmo arribaban al hogar de la familia Sales Díaz y Piedra, donde el silencio era tan denso que pesaba en el ánimo de las plantas con sus flores, en el mismo caballo que había llegado, en los otros esclavos, y en las propias paredes. Las únicas personas de la casa estaban arriba.

La vida disoluta de los negros esclavos, siempre de juergas en sus bailes paganos, soliviantados con bebidas fermentadas por ellos mismos y hasta cambiadas por pollos o cerdos, mermaba la productividad diaria en la agricultura cañera y su industria azucarera. Y los hacendados, que observaban cómo crecían las demandas del azúcar en el mercado mundial, a la vez que encarecía la fuerza laboral, se vieron en la triste obligación de eliminar los bohíos independientes de estos trabajadores no asalariados para concentrarlos en confortables barracones.

El doctor Honorato Bernard Chautesalins, respetable miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País y profesor de la Universidad de La Habana, aconsejó a sus correligionarios en 1831 de esta sabia manera:

> *[...] Los negros después de haber trabajado de día, no estando bien encerrados, roban el tiempo que deben dar al descanso para salir fuera de la finca de noche. Estas salidas nocturnas se hacen con tres fines, ó para ir á enamorar á las otras negras de los vecinos, ó buscar bebidas espirituosas como aguardiente de caña ó vino, ó bien ir a robar los frutos del amo, sea azúcar, café &a., que dan á los taberneros en cambio de las bebidas. Cuan dañoso es á la salud del esclavo salir así de noche, no admite comentarios: hace el negro esta carrera con todo el apuro posible así á caballo como á pie: llegan sudados á la finca, se embriagan, se echan muchas veces en el suelo húmedo con toda la transpiración abierta, y suelen venir al día siguiente ó dos después enfermos con síntomas de espasmo ó pulmonía ó cualquiera otra enfermedad grave: el lunes en este caso es siempre el día de muchos enfermos [...] Estando bien vigilado en el barracón [se] evitará este grande inconveniente.*

Por supuesto, Constancia desconocía la existencia del *Vademécum de los hacendados cubanos* y de nada le hubiera servido leer aquel documento, pues no más empujada por Menelao cayó a la tierra roja, confundiéndose entonces la sangre que había empapado el túnico basto y aquel saco de mascarada. En el delirio por la fiebre alta creyó flotar como un ara-orun a los pies de Obatalá. Pero descendió al suelo para ser levantada por cuatro brazos negros que la condujeron a la enfermería, ubicada a la izquierda del barracón de paredes muy blancas pintadas con cal, donde una conga hacendosa y coja, que fungía como curandera-comadrona, le colocó compresas frías en las mamas hirvientes y le dio a beber un cocimiento de hojas de caisimón, que ella tomó ávida, pues según la vieja le ayudaría a controlar el sangramiento que la debilitaba. Las horas sin alimento le pegaban la

piel de la barriga al espinazo, y Asunción intuyó los antecedentes.

-¿Cuándo *Mama Kenqué*[47] va a mandá catigo a gente que hase maldá en la tierra?–murmuró la negra balanceándose. Y a partir de entonces, decidió revivir a Constancia, que en realidad quería morir.

José Joaquín Rodríguez, el mayoral, un hombre que se refugiaba en tres mulatos de cuchillos y músculos dispuestos a saltar sobre los cuellos de cualquier esclavo o guajiro guapetón, hizo girar el torniquete y entró en la enfermería con el látigo enrollado en la mano. Separó las piernas y echó el sombrero hacia atrás, despejando así la estrecha frente para mirar acusadoramente a la curandera:

-¿Oye, Asunción, qué carajo te pasa con esta negra? ¿Te crees que porque vino de La Habana es una de las señoritas?

-Etá mal, siñó Oté.

-¿Sí, qué puede tener? Yo la veo buena pa' cualquier cosa.

Asunción acercó su voz al oído del mayoral.

-Parese que no má' parió y la mandaron pa'cá.

-Ese no es tu problema. Los amos saben lo que hacen. ¿Y si parió, dónde está el muchacho?

Asunción levantó los hombros y encogió el bembo, con los ojos desmesurados. Prefería callar.

-Se murió..., o era de un blanco –José Joaquín tiró una risotada maliciosa mientras movía el tabaco ensalivado entre los dientes amarillos, escondidos tras un espeso bigote–. Porque si fuera negro aquí estuvieran los dos. De todos modos no tenemos ná que ver en ese asunto íntimo..., del amo. Lo mío es que la cures rápido, que faltan brazos en el cañaveral.

-Sumecé, le toy dando brebaje y comida..., lo que má nesesita –intercedió Asunción–. Y decanso, la pobresita.

-No jodas tú con eso del descanso pa' un negro. Parámela rápido o vas tú con tu cojera pa'l cañaveral.

-Ay, Oté Oakín, ¿no é mejó aprovechá la leche de esa do teta pa' lo crío de la Tomasa y la Trinida, que llegaron a lo pie de *Mama Wuanga*?[48]

El mayoral cavilaba y se le notaba el formidable esfuerzo para que funcionasen al unísono las dos únicas neuronas que poseía, una para pensar y otra para actuar.

-Asina mimo, Oteíto Oaquinito, lo amo biene a lo ingenio y se ba contentá contigo po lo do criollito fuelte y sano.

-Pero que el amo esté contento conmigo no es tu asunto, negra de mierda.

La vieja Asunción cerró los ojos con fuerza y escondió el cuello en sus hombros, como si sobre su cabeza cayeran las tejas del techo inclinado hacia el patio interior del largo barracón.

-Aunque la idea no es mala. ¡Métele, carajo!

El mayoral se clavó el sombrero hasta los orejas, le dio la espalda, salió de la enfermería, giró la cruz del torniquete, y del poste desató las riendas. Al caballo bayo le tembló toda la piel al identificar a su jinete, que montó más de un salto que de colocar la bota fangosa en el estribo. El animal piafaba nervioso con ojos extraviados, incapaz de adivinar los pensamientos de aquel otro tan inteligente como él. José Joaquín no le dejó más opción que la de pensar el rumbo, porque era una tarea ardua. Y la bestia avanzó remolona con el abrevadero a la izquierda para luego tomar la acostumbrada guardarraya hacia el cañaveral.

Atrás había quedado Constancia, sudando ante un sustancioso plato de harina de maíz con un pedazo de boniato. Y par de recién nacidos, cuyas madres murieron después de parirlos, gritando con llanto persistente por la tardanza de las dos botellas de agua tibia con azúcar prieta.

-Niña –se acercó la coja a Constancia–, tú tené teta hinchá y sé que dolé musho musho.

Constancia permanecía ajena.

-Si tú da leche a eto do crío, doló pasa y calentura también.

A Constancia nada le movía el interés. Aunque sí, porque al escuchar el llanto de las dos criaturas su pensamiento se le fue al cuartico, donde apenas conoció a su hijo, pero la imagen se le iba borrando por la lejanía, por el poco tiempo que tuvo el pequeño a su lado y por estas lágrimas de ahora.

Este dolor se impuso y sus facciones se remodelaron para dar paso a una Constancia que ahora disponía de labios rígidos y mirada fría, con el entrecejo plegado, ausente ya la dulzura de la maternidad. Callada siempre. Asunción tomó como un sí el silencio de la muchacha y le buscó un jarro con agua que ella bebió toda después de sentarse en el jergón. Y sin más preguntas, trajo uno de aquellos negritos gritones, al tiempo que le bajaba una manga del túnico para ampliar el escote y saltar impetuosa una mama de piel brillante. Constancia seguía con la mirada fija y los brazos caídos.

La vieja lo presentó ante el pecho turgente y la criatura, ansiosa, acanaló la lengua tratando de pegarse al pezón oscuro. Los hombros de Constancia se movieron hacia adentro para rehuir las mamas, pero Asunción la apoyó por la espalda con la mano libre y apretó al recién nacido contra el pecho, que no perdió tiempo.

Los brazos de Constancia se levantaron despaciosamente, hasta que sus manos se detuvieron indecisas cerca del cuerpecito negro. Y su desconsuelo cedió ante un impulso muy íntimo que comenzó a fluir doloroso de su propio cuerpo a la boca de aquella criatura, que no era la suya, aunque por un instante lo creyó. Entonces, el brazo izquierdo apoyó al niño, y los dedos de la mano derecha resbalaron

inconscientes hasta el pezón para erguirlo y evitar además que escapase.

La vieja fue separando las manos huesudas de la espalda de Constancia y del cuerpo del niño. También se separaba ella misma del cuadro mágico en el que se rehacía la vida de dos seres. Acostumbrada a creer en milagros, Asunción agradeció entonces a quienes por sus grandes poderes en el Cielo hacían posible aquel hechizo en la Tierra. Y saltarina, en un solo pie, la curandera se apresuró a cargar el otro negrito, que se prendió de la teta sobrante de Constancia, para provocarle alivio, y después, una honda satisfacción a la muchacha.

16

El largo campanazo del Ave María estremeció a Constancia, que se tiró de la hamaca con el túnico del día anterior y del mes pasado. El mismo sayo de lienzo de cañamazo que le lanzara el mayoral, junto con una frazada y un pañuelo de algodón de colores a la semana de estar en el ingenio y cuando el sangramiento casi no existía.

Ahora se agachaba medio dormida tanteando en la oscuridad de las cuatro de la madrugada y no encontraba los zapatos. Pero la frialdad del piso de tierra y las voces de otras como ella, en el mismo cuchitril, la despertaron a fondo y vino a la realidad de su andar descalzo.

El contramayoral descorrió los cerrojos exteriores de cada habitación, y negros y chinos corrieron por el largo patio central entre bateas construidas de cajones de bacalao, donde las negras lavaban ropas. Unos entraban en la letrina después de apropiarse dos o tres tusas de maíz de una inmensa pila, a un costado del escusado allá al fondo; otros se apuraban ante el fogón colectivo, pegado a la letrina, para preparar el desayuno, que podía ser yuca o boniato hervidos, agua caliente con azúcar, café endulzado con miel, un trozo de pan del día anterior al que le exprimían encima una caña de azúcar...

El patio central era un bibijagüero cuando la voz rotunda de José Joaquín paralizó a todos. Se detuvieron los chorros de café desde los tiznados jarros a las bocas, y las manos que anudaban pañuelos en las cabezas, y quienes tenían un pie en alto metiéndolo en el pantalón. Los contramayorales ya habían entrado en la silenciosa parte de los chinos y hacia allá corrieron otros curiosos, para ver a través de la puerta estrecha y baja, en la semipenumbra permitida por la ventanita enrejada, unos pies blancos que colgaban.

El olor de la Muerte recorrió el barracón a zancadas y el silencio los fue concentrando cabizbajos. Descubrieron, entonces, los dedos largos y juntos que pendían de los brazos inertes, y más arriba, dos hombros que se estiraban desde una cuerda increíblemente fina, anudada al cuello casi cortado. Con pena, todos distinguieron al más callado de los culíes, que ahora, con la cabeza inclinada a la derecha, y la boca abierta, mostraba una lengua amoratada y gruesa, amén de dos ojos saltados, como cristales, que miraban fijos a todos allá abajo, con reproche, pero con rostro agradecido hacia el larguero que suspendía su cuerpo, porque tras el dolor de los músculos faciales contraídos veíase la placidez definitiva.

Dos contramayorales formaron un gigante que, machete en mano, largó al suelo el cuerpo rígido. La cuerda fina, y ahora picada, seguía hundida en la piel, y sin quitarla, José Joaquín ordenó a Juan y a Gumersindo que enterrasen a su paisano.

-Ya cumplió este chino cabrón –dijo, y escupió con rabia a modo de

bendición póstuma; entonces se volvió al grupo–. ¡Ajilen!

Los culíes fueron los primeros en despedirlo con pasos rápidos y cortos. Los demás esclavos también desfilaron hacia el torniquete, pero iban torciendo sus cabezas para dejarle caer una mirada en la que se fusionaba la misericordia y la envidia.

Ya solos, apenas acompañados por la indiferencia de las paredes malolientes, los de la orden de inhumarlo fueron a buscar un papel que guardaron rápido en un bolsillo, y del fogón recogieron un madero encendido. Luego, intentaron desatar la cuerda del cuello. Vencidos por la fuerza de la Muerte, decidieron dejarlo así y extendieron en el suelo la frazada del difunto para levantarlo, con respeto, por la cabeza y los pies y depositarlo en lo que sería el ataúd, que se convirtió en un rollo frío y triste, capaz, esa vez, de ir quieto sobre los hombros de otros dos como él. Quienes se movieron en ritmo lento a la derecha del barracón, por un trillo entre humilde escobamarga y vivísimos bienvestidos, escoltados por tupidos muros de ahorcajíbaro, cuyos bejucos entretejidos armaban una red imposible de atravesar evitando así la fuga de los esclavos. El camino se ensanchaba en una tierra huérfana de vida, adonde los montículos se uniformaban con inclinadas cruces de madera carcomida.

La única diferencia radicaba en la tierra fresca de algunas tumbas todavía sobresalientes. Mientras que cinco huecos ya existían previsoramente cavados por los mismos esclavos. En uno de ellos encontró refugio este fugado. Y uno de aquellos paisanos enterradores metió la mano en el bolsillo para dejar caer migajas de pan sobre el montículo. Mientras, el otro sacaba el papel y lo quemaba en la misma sepultura. El alma tendría comida y dinero para costear los gastos del viaje, que ya emprendía, hacia la Eternidad.

17

Ya las manos de Constancia no sangraban de tanto empuñar la mocha. Y en los puntos llagados aparecían callos amarillentos que hacían pesados los dedos y le impedían los gráciles movimientos de cuando casi paseaba por La Habana a pesar de las señoras Andrea y Esclavitud.

La muchacha tampoco sentía aquellas punzadas de los primeros días en hombros y brazos, porque sin guantes las dos manos, con la izquierda agarraba el duro tallo de la caña de azúcar, a la altura del pecho-estómago, para, al inclinarse hacia delante, lanzar, con la derecha, una mocha bien afilada al mismo tronco, en el lugar donde salía de la tierra, y que los pelitos minúsculos y transparentes de las hojas envainadoras del tallo se les clavaran en la piel hasta irritarla, provocando así, una infección de la muñeca al codo. Llegó, entonces, el día en que todo su cuerpo se volvió indiferente a la maldad de las plantas, y de los demás. Cuando no sabía tumbar caña, un latigazo y los insultos de un negro contramayoral la revolcaron entre la paja seca, y llorando de rabia, se levantó con la mocha en alto pero sólo disparando miradas al que se creía señor, para estremecerlo sobre el caballo y de allí caer de barriga encima de un puntiagudo tocón de caña de azúcar. Otro contramayoral se acercó a todo galope y logró desensartarlo, para entonces los dos culpar al equilibrio perdido.

Otra vez Constancia agarró una caña, se dobló por la cintura, lanzó un mochazo pegado a la tierra, tan fuerte, que cortó el redondo tallo para continuar el giro y herirla con bastante profundidad en el pie izquierdo. Así aprendió que debía alejarlo con respecto al pie derecho. Y sudando, satisfecha, haló con la mano izquierda el largo tallo para, con el mismo movimiento hacia ella, ir separarando las hojas envainadoras con el filo de la mocha y, finalmente, cortar el cogollo de un solo tajo, lanzar a la tonga a sus espaldas el tallo, que al principio procuraba colocar y, por último, con el ritmo de los músculos adaptados, ni miraba para saber que iba al centro justo de la pila.

Así era desde mucho antes de que el sol alumbrara la Tierra, hasta mucho después de que la oscuridad envolviera a la misma Tierra. Incluso en momentos en que el viento atrapaba el cañaveral y le sacaba esa música quejumbrosa. Fue entonces cuando Constancia descubrió el origen del dinero con que los señores y los señoritos saciaban todos sus deseos allá en La Habana.

Al final del día y desde lo alto de su juicioso caballo, José Joaquín Rodríguez se empinaba en los estribos con el trenzado látigo de cuero en la mano derecha, dispuesto a restallarlo sobre cualquier lomo negro.

-¡¡Ajileeen!!

Para, a la voz recia, empezar a moverse primero los penachos verdes, oírse el pesado paso contra los tallos y también el golpe entre éstos al ser apartados, y, entonces, salir por entre los plantones la negrada, en cuyos músculos se repetía el fulgor amarillo de la luna llena.

Todos traían un madero de cualquier tamaño a la cabeza. Era la orden del mayoral, y ¡ay! del que lo olvidara. Los esclavos estaban desperdigados en la guardarraya y uno de los negros contramayorales enredó en la punta de su mortal látigo a un esclavo, el cual soltó un grito. La negrada corrió a ordenarse en fila y caminó a la velocidad que imprimían los jinetes a sus cabalgaduras. Era tarde en la noche y los de a caballo querían descansar. Las chicharras y los grillos hacían coro al desgarrador aleluya negro que se elevaba a las estrellas entre los dos muros verdes.

Con la Luna a las espaldas, las dos filas se movieron ágiles hacia el batey. Adonde entraron escoltados por los contramayorales, que obedeciendo al mayoral exigían a cada negro la mocha y los machetes para guardarlos en el bohío fortificado, cuya puerta enrejada era cerrada con un gran candado. José Joaquín daba una vuelta de llave y entonces respiraba tranquilo, para avanzar a trancos hacia la dotación, que esperaba disciplinada a un lado de la casa de calderas, todavía con los maderos en las cabezas.

-¡¡Tumba!! –gritó. Y los troncos cayeron en el tumbadero para armar nuevas pilas de leña que alimentarían el fuego y cocinarían el guarapo, hasta convertirlo en granos dorados y traslúcidos, que gracias a las llamas de los hornos, aparentarían estar limpios del sudor y de la sangre, y emprenderían largos viajes por el mar, para deleitar a españoles, franceses, italianos, alemanes, ingleses..., en tortas, caramelos, refrescos, barras de chocolate...

18

Una estela de polvo rojo venía levantándose a lo lejos por el paso de dos bestias de porte elegante. Uno de los jinetes era blanco y erguido, con fusta larga y brillantes polainas de cuero. El sombrero alón engrosado con piel en la parte superior remataba la figura señorial, que vestía camisa blanca de mangas abombachadas y pantalón de caqui, estrecho en las piernas y ancho a la altura de los bolsillos laterales, reforzado hacia las nalgas y los muslos para montar a caballo. El otro jinete era un negro espigado, de cuyas espaldas sobresalía el cañón de un fusil y ojos atentos a cuanta rama se movía. De los dos, este último era el más adornado: con arete redondo y de oro en la oreja derecha, pañuelo rojo en la cabeza y anudado en la nuca, además de sombrero de ala más ancha con una cinta también roja, camisa abierta al pecho por donde cruzaba una cartuchera de cuero con los proyectiles, y pantalón a media pierna que fue blanco, además de abarcas de piel de buey sin curtir, ajustadas por cordones coloridos.

Los caballos sudorosos pararon frente al cañaveral en el que ya se veían tajos muy adelantados por el ritmo de verdaderas máquinas de cortar caña. Allá se descubrían puntos negros moviéndose entre las hojas verdes y una voz agazapada corrió entre los contramayorales hasta los oidos de José Joaquín, que corrió abrochándose los pantalones mientras una joven negra huía riendo, con el túnico todavía levantado que mostraba las nalgas cenicientas.

Los dos jinetes aguardaron una bienvenida que no tardó, pues el mayoral, sin aún salir a la guardarraya, ya se deshacía en reverencias que conmovían a las hierbas.

-Lo esperaba más tarde, señor.

El caballero blanco miró por encima del pelo revuelto de José Joaquín, quien trataba de alisárselo con los dedos abiertos, al mismo tiempo que intentaba quitarse las pajas.

-¿Cómo anda usted de salud? ¿Hizo un buen viaje? ¿Cómo están las cosas por La Habana?

El hidalgo trajo la mirada y la bajó despaciosamente.

-No es de tu interés lo que ocurre por La Habana. Háblame de aquí.

-Esto... Mire. Señor...

Cuando un tropel vino apartando cañas, y la voz de un contramayoral trataba de imponerse al movimiento de un negro que corría hacia los caballeros. El largo látigo giró en alto y alrededor del brazo negro que lo empuñaba para estallar en la espalda de Constancia, que cayó al suelo pero se levantó rápido. Y de pie, mirando a los ojos azules, con palabras sacadas del corazón, le dijo:

-Amo... Amo Francisco, por el dios que usted respeta, se lo pido...

Dígame de mi hijo.

Francisco de Sales y Díaz de Piedra se mantuvo imperturbable, sin reacción alguna. El contramayoral se acercaba por detrás de la esclava, que se contrajo al oírse el disparo en la carne negra.

-Amo, se lo ruego... –y Constancia se arrodilló con las manos unidas al pecho–. Deme una razón de mi hijo.

El rostro de hierro miró a lo lejos y José Joaquín hizo una seña que el contramayoral captó, para agarrarla por el túnico a la altura del cuello, trás de la cabeza, y arrastrarla cañaveral adentro. Ella veía alejarse la figura estática, ahora nublada, y, aunque ahogada, seguía implorando.

-Estos animales no aprenden, señor –afirmó el mayoral con el sombrero todavía en la mano izquierda.

Y entre los plantones, en el tajo de Constancia, el contramayoral la soltó sobre la mocha, que ella recogió para mirar el filo pegajoso de guarapo y acercarlo a su propia garganta. Pero la posibilidad de unirse en esta vida a su hijo la hizo bajar la mocha y seguir cortando, sostenida por los ojos de los demás negros que ahora se enteraban, sobrecogidos, de por qué la trajeron a este infierno.

-*Omotí* –masculló la muchacha– *Adodí.*[49]

Colérico, el contramayoral regresó para golpear la boca femenina con la punta del mango del látigo, tan fuerte que ella cayó sobre la paja. Y al escupir sangre, también escupió un diente.

Las miradas conmiserativas de cada esclavo se mudaban de Constancia a la guardarraya y llameaban al posarse en el cuerpo del amo, que las sintió arder y habló rápido:

-Nos vemos en la casa, José –balbuceó Francisco, y espoleó su cabalgadura. Con el negro del arete detrás y el dedo en el gatillo del fusil.

19

Un larguísimo pitazo en el mismo centro del ingenio era el anuncio de la conclusión de la zafra y el comienzo del Tiempo Muerto. La chimenea no desprendió más aquel humo blanco por quemar bagazo y leña. La negrada del barracón y de los bohíos individuales se tranquilizó a pesar de continuar levantándose, ya sin frío, con el campanazo de las cuatro y empuñar esta vez guatacas o ir detrás de yuntas de bueyes para abrir surcos en la tierra y fecundarla con trozos de caña, aprovechando la humedad de la primavera. Los esclavos habían seleccionado la semilla bajo la tutela del maestro agrícola, quien les enseñó a no tumbar las yemas de cada trozo porque de allí

precisamente surgiría una nueva planta. Tanto esmero y dedicación ponían aquellos seres al paciente trabajo, que de pronto resultaba hermoso a los ojos de los visitantes. Aunque esa armonía era concebida por el látigo, el cepo y los grilletes.

Y de la misma manera que el dios de los blancos descansó el séptimo día después del arduo trabajo de armar el mundo, así ahora los más cercanos a El permitían a sus sometidos también refocilarse los domingos, los cuales se convertían en verdaderas orgías negras. Pero antes, al amanecer, era obligatorio asistir a misa para agradecer aquel regalo del amo bendecido por su dios.

Engalanados entonces, iban saliendo de las alineadas habitaciones con largas tendederas de alambre y sogas en su frente, de donde colgaban sábanas y frazadas, a más de las ropas trabajadoras elevadas, únicamente, gracias a las varas que ponían tirantes las cuerdas, para que el sol las secara. Iban agachándose o apartando los tejidos lavados, y pasando ante cuartos de lucumíes donde reinaba *Shangó*,[50] ante cuartos de congos donde reinaba *Pungun Nsasi* y ante cuartos de chinos donde reinaba *Sanfancón*. Dioses todos que se convertían en uno y que a los ojos blancos y cristianos era *Santa Bárbara*.

Constancia siguió la corriente de todos, que fueron reuniéndose cerca del abrevadero debajo de la frondosa seiba. Muchos iban emperifollados al estilo de los blancos. Hasta con sus aires. Algunas mujeres, haciendo de tripas corazón, habían conseguido mantillas, abanicos, vistosas cintas de colores, combadas peinetas de carey, afiligranados aretes de plata y de oro, además de gran cantidad de pulseras que llegaban de la muñeca al codo. Y los exhibían con donaire en medio de mutuos flechazos de envidias y vanidades. Con trencitas unas, otras con el pelo enroscado y otras con las pasas planchadas. Todos los adornos brillaban tanto como los dientes, lavados ese día con bejuco de jaboncillo. Pero una más atenta mirada de arriba abajo mostraba túnicos raídos y pies descalzos o mal calzados, con calcañales desparramados.

Para ir a la parroquia debían desfilar ordenadamente ante la alambrada que rodeaba la imponente residencia del amo, en cuya entrada permanecía de piernas abiertas José Joaquín Rodríguez, que se metía el dedo meñique en uno de los huecos de la nariz y luego, complacido, se miraba la uña para limpiársela en el fuste de la columna jónica más cercana a su mano derecha. Aquella hermosa obra de arte con sus nueve módulos, idéntica a todas las que circundaban la mansión, sostenía por igual el amplio portal, donde brillaban las baldosas con dibujos geométricos. Y al otro lado de la alta alambrada, mientras el mayoral masticaba medio tabaco, a más de la higiénica labor de destupirse, pasaban los desarrapados miserables a cumplir la orden de creer en Dios.

La parroquia era un edificio de sólidos muros y techo a dos aguas de tejas criollas, con una puerta semicircular en su parte superior. Remataba la fachada una cruz latina, bajo la cual los negros entraban con torpes movimientos de manos entre cada hombro y del pecho a la frente. En la creencia, muchos de ellos, de que la cruz se lo indicaba así y que la parte de arriba era la principal y por eso la última. Constancia se sintió halada por la mano cálida de José Vicente cuando le pidió entrar juntos a la iglesia y el corazón se le aceleró y los ojos se le avivaron. Pero la mano fue de pronto áspera y violenta al empujarla entre la masa negra. Era un contramayoral. Todos chocaban entre sí, disputándose un lugar en los largos bancos de madera oscura. Con ojos ansiosos miraban algunos al capellán y otros se perdían en los adornos eclesiásticos de las paredes. Serios todos, con una compostura preparada para estar allí.

El joven clérigo levitó hasta el centro del altar con sus ropajes santos, elevando en la mano derecha un crucifijo plateado y un libro grueso en la izquierda, uno de cuyos dedos marcaba la página que había elegido para el sermón del día. Y como traída por ángeles, dejó escuchar su voz:

-Hijos míos, hoy hablaré a vosotros del deber del que sirve al Señor –alzó el crucifijo y lo adelantó, para entonces desplazarse hacia la derecha del altar y apoyar la Biblia en el atril con pie de madera torneada–. Si alguno de vosotros teneis un criado que regresa del campo después de haber estado arando o cuidando el ganado, ¿acaso le decís: Pasa y sentaos a comer? No, sino que le dices: Prepárame la cena, y disponte a atenderme mientras yo como y bebo. Después podríais tú comer y beber. Y tampoco le dais las gracias al criado por haber hecho lo que le mandasteis. Así también ustedes, cuando ya hayan cumplido todo lo que Dios les manda, deberán decir: Somos servidores inútiles, porque no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación.[51]

Y ya inspirado, fustigaba a los paganos con movimientos firmes del crucifijo plateado y un hermoso discurso en el que todas las zetas regresaban a él después de circular por sobre las cabezas negras, que obligadas, querían mantenerse atentas, pero se iban trás los párpados, cediendo ante el cansancio y la voz fluida y monótona.

Era un hombre esbelto y de ojos soñadores, cuyos pómulos se encendían, al sentirse portador de la palabra divina, que concluyó, con medio giro del Señor en la cruz y consistentes toques en el libro grueso, para decir:

-¡Aquí está la verdad, aquí la encontraremos! –entonces abrió los brazos–. ¡Aquí os liberareis de todas las ataduras! ¡Confiad en el Señor, que en su sabiduría entregó a cada criatura lo que le corresponde! ¡Os bendigo, hijos míos–. Mientras hacía cruces en el

aire que muchos miraban y no veían–, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Amén!

me resulta inconcebible estar metido a la fuerza en un sitio como este y escuchar la voz meliflua de un mentiroso infiel

Constancia alzó la cabeza y recordó que estaba sentada en uno de los largos bancos, apretujada entre otros como ella. Y ya se disponía a salir, cuando desde el escenario, una negra vieja la llamó por indicación del párroco.

-Acercaos, hija mía. No temais.

Porque ella caminaba recelosa dentro del túnico ceñido a la cintura por un cordel que le sacaba la figura esbelta. Y se quedó erguida delante del santo varón.

-Esta es la casa de dios y yo soy su servidor. Confiad en mí.

El noble clérigo bajó los tres escalones para ponerse a la altura de Constancia, que no comprendía la actitud del hombre, pero se dejó llevar a una esquina en donde se elevaba una imagen del alado Arcángel San Gabriel.

-Os he visto ausente, hija mía –susurró tomándole una mano–. ¿Por qué cierras las puertas de tu alma a la divina palabra del Señor?

Constancia trató de rehuir la mano que él apretó mientras sonreía beatíficamente.

-Hija de dios, he visto en ti modales que te hacen diferente de los otros, los cuales son hombres en su mayoría o mujeres ya marcadas por la vida.

Y le tomó la otra mano, con tal calidez, que la muchacha se crispó. Pero no pudo deshacer el nudo alrededor porque el sacerdote ya la atraía hacia el banco próximo al altar.

-Háblame de tus pesares, que tu mirada es triste.

Y las dos manos angelicales guiaron una mano negra hacia el ropaje santo que cubría el muslo. Para desplazarla arriba y abajo, mientras el rostro blanco se encendía y los ojos brillaban.

La vista se le nubló a Constancia al recordar el cuartico de La Habana. Y pensó que este hombre, por ser blanco, podía ayudarla. Hasta quizás quería ayudarla de veras. Y porque eran santos los varones dedicados a venerar al dios blanco en su templo, lanzó fuera de sí los pensamientos maliciosos. Abrió entonces esperanzada el corazón para contar su historia completa. Y después de escucharla atento, el joven cura la reprendió suavemente:

-Hija mía, os narraré una anécdota del momento en que Jesús, el hijo de Dios, caminaba hacia el Calvario donde los judíos lo crucificarían y mucha gente y muchas mujeres lloraban –cerró los ojos y unió las manos blanquísimas en el centro del pecho–. Así dijo Jesús: Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí, sino por ustedes mismas y por

sus hijos. Porque vendrán días en que se dirá: Dichosas las que no pueden tener hijos, los vientres que nunca concibieron y los pechos que no dieron de mamar.[52]

Y el inmaculado varón descendió al banco con tal suavidad que la sotana no se movió a causa del aire; para abrir los ojos y tomar otra vez la mano huidiza de Constancia.

-¡Ves que tu pena no es digna de sufrimiento! ¡Abandónate a los brazos del Señor! ¡Ven conmigo!

Y la haló por la mano encallecida con mano lujuriosa. Fue cuando Constancia comprendió que el cura bisoño pretendía resolver su problema y no el de ella. Y con esa luz le vino un fuerte movimiento de mano y del cuerpo. Retirándolo todo de la presencia santa. Apurada. Hasta que la parroquia se perdió a sus espaldas trás la seiba. Para pasar entre contramayorales y al lado de un esclavo macho que invitaba a una esclava hembra a "echar un palo en el tumbadero". Y pensó que debían de estar locos, porque dónde se había visto que trabajasen voluntariamente un domingo de fiesta. La muchacha los vio reír muy alegres, que dispuestos emprendieron el camino de las pilas de leña al lado de la casa de calderas. Se dejó llevar por la curiosidad y los encontró en el más desaforado acto sexual que jamás imaginara: él debajo, bocarriba, desnudo, y ella ensartada, sentada en el centro gravitacional del esclavo macho, dándole cintura circular como un huracán exprimidor.

Resolvió entonces Constancia seguir hacia el barracón pensando en el código de la negrada que debía aprender.

Por el camino vio a la coja Asunción, sentada con la palangana de estaño en el regazo y unos diez criollitos machos y embras agachados, desnudos, con las pichitas y los bollitos al aire, en semicírculo alrededor de la negra, con las bocas abiertas o ya masticando. La vieja alargaba los dedos y los hundía en la masa amarilla de harina de maíz con tasajo ripiado, y como una pala, transportaba el alimento a la boca de turno, que se complacía con los ojos volteados.

Constancia pasó de largo. Tampoco oía el retumbar de los tambores, que los *olori*[53] comenzaban a calentar con sus dedos ágiles. Y a encenderse ellos mismos con aguardiente comprado en las cercanas tabernas de yaguas y guano. Por doquier había gente vendiendo cosas.

Iba a darle vuelta a la cruz del torniquete, cuando el viejo guardiero la detuvo. Ya estaba engalanado para la fiesta dominical, con collares de semillas de color rojo y negro, como la Vida y la Muerte, y un pañuelo encarnado a la cintura. El perro tan viejo como él, dormitaba a los pies del desvencijado taburete, que él recostaba a la sólida pared del barracón. Constancia lo miró compasiva. En realidad no quería oír otro consejo. Ni que manos bondadosas la

tocasen para aliviarle el alma. Y fue a seguir.

El anciano la conmocionó al hablarle de la existencia de su hijo y que no se preocupara por él, pues otros lo atendían bien. Que lo sacara de su pensamiento y lo dejara vivir en buenas manos. Porque ahora Ikú crecía mucho en ella y debía guardarse sus miradas mortales.

La muchacha se quedó dudando, con un pie en alto para seguir. Y el viejo le trajo a la memoria su filiación a la sociedad Egungun-Oya, cuando anunciaba adelantada junto a otras mujeres la presencia del dios terrible y justiciero. Ella retrocedió a Ijesa y se vio caminando por las queridas calles de la ciudad natal con un cuje en las manos igual que otras, vestidas todas de la cintura hacia abajo.

El anciano la tomó por una mano y la llevó al rincón donde él dormía, para acercarla a sus dioses de maderas talladas por él mismo. Constancia vio grandes las cabezas de los orishas Shangó y Yemaya, vestidos con pedacitos de trapos coloridos y parados ante humildes vasijas con granos y frutos, mientras que el orisha Eleggua sobresalía por estar delante de cualquier cosa, ya fueran objetos o dioses. Era una cabeza cónica de barro endurecido con ojos y boca de cauris con sus vulvas hacia afuera. Porque, como dijo el anciano, eran ojos que veían y boca que hablaba.

Y no necesitó el viejo sentarse como hacía con otros para lanzar esa vez el Diloggún, los dieciséis caracoles que hablan del pasado-presente-futuro. Pues parado ante la muchacha, consumido por el trabajo de bestia y mirándola desde abajo a los ojos con las manos limpias, le advirtió que su tiempo en el ingenio sería corto y tendría mejores momentos en la vida. Que un día vería con sus propios ojos ese hijo por el cual se lamentaba ahora. Que no se preocupara, porque el fruto de sus entrañas, ya hombre, se levantaría con el padre a la derecha y la madre a la izquierda para fundirlos de una vez por siempre en él mismo, uno solo al fin. Que ella andaría mucho sobre el mundo y se liberaría con su propia mano.

A kilómetros de allí, la Señora Andrea ya lo había pensado muy bien y se levantó de la comadrita donde bordaba para llamar a Rufina en el piso de abajo. Quien voló sobre los escalones y se presentó con la barbilla en el pecho.

-Trae una lengua de vaca de entre la carne salada. Y el cuchillo más grande.

-¿Acá arriba, su mercé?

La ama miró de tal modo a la esclava que ésta chancleteó sin más preguntas hacia la cocina, rebuscó en el barril de la salmuera y regresó con una bandeja cubierta por una enorme servilleta de hilo.

-Acercáte.

Rufina avanzó con las dos manos debajo de la bandeja.

-Ahora saca la lengua.

La negra liberó la mano derecha para disponerse a retirar la servilleta.

-¡Esa no, bestia! ¡Saca tu lengua!

Con temor incontrolado y temblándole la punta de la lengua que reptaba hacia afuera por entre los dientes y los labios, Rufina miraba las manos firmes de la ama. Que lanzó el paño al suelo, sostuvo el cuchillo en la siniestra y agarró el trozo de carne como plástico, impregnado de sal, con la diestra.

-¡Mira lo que hago!

Rufina mantenía sus ojos sobre la bandeja que ella misma soportaba.

-¡No escondas tu lengua!

Y vio la negra cómo las manos blancas, cuchillo en mano, dividían en par de trozos la lengua salada, para morder la suya hasta el sangramiento, mientras un río de lágrimas bajaba por los pómulos.

-Ya sabes... –dijo Andrea en un susurro–, ...si hablas.

-Ay, mi ama, yo nunca...

-Cállate. Abre las orejas. Llévame al mejor brujo de La Habana. Si no lo sabes, averígualo hoy mismo que mañana quiero verlo.

Un recio nudo se le destrabó de la garganta a Rufina y voló escaleras abajo, para tirar dentro del barril de la salmuera su lengua hecha pedazos y, entonces, correr como un venado por la calle del Prado. En realidad no sabía adónde ir, no era andariega como Constancia a quien permitieron salir desde el primer el día de su llegada a la casa. Por eso iba con los ojos bien abiertos, implorando descubrir en el primer negro a su paso el secreto de los dioses congos o yorubas que pululaban en la ciudad. Y debió andar media mañana, hasta atreverse a preguntar a una vieja que cargaba una sarta de collares con bolillas multicolores enredados en el pecho. Sin curiosear,

la anciana habló de un *babalosha*[54] estupendo por la calle de la Picota que daba coco a los santos.[55] A Rufina el corazón se le estremecía asustado y caminaba indecisa. Andrea siempre amenazaba a todos los sirvientes, por cualquier tontería, con llevarlos al poste en esa calle para que los azotaran públicamente. Pero tenía más fuerza la orden de buscar al brujero. Y encontró su cuartico en la calle del Conde, casi esquina a la de la Picota. Una fila de personas esperaba su turno para la consulta espiritual. Rufina escabulló el cuerpo ante las protestas de todos y, con la cabeza metida en la habitación minúscula, interrumpiendo el trabajo del santero, habló rápido y extendió una bolsita que tintineaba. El negro viejo la sopesó y, solícito, dijo que esperaba a la señora con las seis campanadas de la mañana próxima.

Al otro día el Sol no había asomado su cara cuando Anselmo descendió presuroso del quitrín para abrir la portezuela a la ama y guiarle los pies hasta el estribo, mientras por el otro lado Rufina corría a abrir el camino al cuartico y regresaba de allá para conducir a la Señora Andrea, envuelta en largos y tupidos velos negros.

El babalosha esperaba sentado en una esterilla de paja. Frente a él había una acojinada silla de brazaletes, diríase que excesivamente lujosa comparada con los restantes muebles. Haciendo un gran esfuerzo, con la nariz en lo alto, la ama afincó las puntas de sus dos nalgas en el borde del asiento. Y esperó. Con el sudor corriéndole desde la cabeza, por la espalda, entre los senos... Respiraba nerviosa y apenas podía descubrir llamas mortecinas de varias velas en un rincón, que se movían por alguna corriente de aire; las figuras de yeso y madera tomaban vida en las paredes, donde sus sombras se proyectaban aleteantes. La asfixiaba el olor a sangre y a hierbas, mezclado con perfumes rancios y la humedad del techo y las paredes. No pudo más y se despojó del primer velo, del segundo, del tercero... Para mostrar entonces el rostro pálido aunque perseverante.

Ahora, ante sus ojos descubiertos, la imagen del viejo se hizo más nítida con cuatro trozos de coco en las manos. Mas no era un anciano ni un descomido, era un negro brilloso en el que resaltaba cada músculo de los brazos al palparse, con frecuencia, la banda de bolillas de todos los colores cruzada del hombro izquierdo a la cadera derecha.

-Yo sé a qué usted ha venido aquí.

La voz resonó a pesar de haber hablado casi en un susurro, y de haber sabido algo de música, la Señora Andrea hubiera pensado en uno de esos tenores italianos que tanto deleitaban a los amantes del *bel canto*. Más ella no estaba allí para admirar el *do de pecho* que podía elevar un negro, sino que sacrificaba su reputación ante los demás y a los ojos de dios por salvar el hogar de la malignidad femenina, seguramente amparada por fuerzas muy oscuras.

-Hay un daño en su casa –sentenció el hombre.

-Sí, mi marido…

-Perdone, señora, no me diga a qué ha venido –la interrumpió el brujo con acento de criollo, y Andrea pensó que no era un africano de nación, mas no un aficionado en estos trajines–. Mi trabajo es averiguar todo y limpiarle el camino.

El hombre colocó ante sí una jícara con agua y humedeció dos dedos con los que se persignó como cualquier cristiano. Los cuatro pedazos de coco descansaban alineados en la esterilla con la masa blanca hacia arriba. Los tomó con la mano izquierda, y con la uña del dedo pulgar de la derecha fue arrancando trocitos a cada pedazo, mientras rezaba para sí:

–*Obinú ikú, Obinú ano, Obinú eyo, Obinú ofo, Arikubabawa*.[56]

Los ojos de Andrea se dislocaban por los rápidos movimientos de los labios del negro. Quien cambió los pedazos de coco a la mano derecha, tocó el suelo y elevó el brazo para rozar la frente de la Señora, que dio un ligero resoplido. Mas el brujo seguía en lo suyo y decía:

-*Ilé mokueó, Elewa mokueó, Ilé mokueó*.[57]

Desde la oscuridad y a espaldas de Andrea se escuchó una voz:

-*Akueyé*.[58]

Y otra vez el babalosha, inclinado hacia adelante, dio en el suelo con ambas manos, mientras aferraba los cocos en la izquierda, para entonces decir:

-*Akueyé owó, Akueyé omá, Arikubabawa***.**[59]

La atmósfera se agolpaba en las narices de Andrea y el aire fue de pronto un bloque difícil de respirar. Pero ante ella el hombre ya elevaba la diestra con los ojos pegados en el techo, para decir:

-*Obi Elewa, obi Elewa***.**[60]

La Señora Andrea hubiera dado cualquier cosa por descifrar aquellos sonidos, mas la lengua era extraña y rapidísimos sus movimientos:

-*Obireo, obireo, obireo***.**[61]

Y casi pegada a las orejas de la señora, viniendo de atrás, pasó la voz negra:

-*Akuaña*.[62]

Andrea flotaba hacía mucho y el rostro pálido evidenciaba el vértigo. Todo volaba a su alrededor, cuando al fin el babalosha preguntó:

-¿La señora…

-Andrea Hernández de Sales y Díaz de Piedra –añadió ella.

-…tiene problemas en su hogar por una falda? –y se llevó a la frente las dos manos cerradas, pasó al pecho, de ahí al hombro izquierdo, luego al derecho y seguidamente penetró con seriedad a Andrea para

dejar caer los pedazos de coco sobre la esterilla.

La señora respiró aliviada y descendió fláccida hasta posar el par de nalgas. Los cocos se mantenían con vida cuando ella los vio acomodándose en la esterilla: tres blancos y uno bocabajo.

El negro apretó los labios y volvió a mirar a Andrea, con los ojos tan redondos que ella dio un respingo.

-*Itawa*[63] –dijo contrayendo los músculos del rostro–. Aquí falta algo... Esta letra no es firme. Hay algo oscuro.

La curiosidad picó fuerte dentro de la mujer y abrió las orejas, erizándose toda. Permanecía inclinada hacia el babalosha.

-Ay, sí, es una esclava miserable...

-Señora, por favor, déjeme seguir viendo las letras que traen los cocos.

Nuevamente el negro tomó los pedazos entre las dos manos y repitió la operación:

-¿Esa esclava que aflige a la señora aquí presente atrae pantalones? –y en el aire vino armándose una figura misteriosa que nada decía a los ojos profanos. Mas el agorero profesional sonrió cuando en la esterilla había dos blancos y dos negros.

-*Eyeifa*[64] –la voz le brotó satisfecha–. ¡Sí, señora, esta letra es firme y se trata de una de esas mujeres que gustan de enredar hombres ajenos!

Andrea se revolcaba deleitada en su propio dolor, porque confirmaba su sospecha. Mas aquella degenerada no le importaba; sólo quería atraer a su marido como cuando ella era una jovencita. Y el brujo le adivinó en los ojos ansiosos aquel pensamiento, cuando otra vez llevó los cocos al pecho:

-¿Necesitaaa...

-Andrea Hernández de Sales y Díaz de Piedra.

-...algo que la ayude a mantener su felicidad?

Y todos los pedazos respondieron positivamente, al mostrar sus caras blancas.

-¡*Alafia*![65] –musitó el brujo asintiendo–. Esta letra dice ¡Sí!

Entonces el negro se armó de paciencia para repetir varias veces la receta milagrosa que Andrea escuchó, fijando en su memoria todos los detalles:

-Señora, usted me va a buscar cinco caracoles que tengan forma de cruz y un ámbar. Macháquelos hasta hacerlos polvo y échele cinco gotas de miel, revuélvalo y échele otras cinco gotas... Hágalo así hasta que sean veintinco gotas... Esto me lo va ligando dentro de una jícara delante de Oshún. Después vaya al río y coja una hoja de *achibatá*,[66] por la que pagará el derecho a Osaín, que son siete centavos dejados en el mismo lugar de donde toma la hoja. Esa hoja me la va a poner arriba de la jícara para que Oshún la cuide por cinco días.

Y como Oshún la empapó de ganas de amor, pues usted me la va a exprimir hasta sacarle todo el jugo. Y con ese jugo lávese sus partes. Después me introduce un algodón en la jícara y aquella miel se la pasa por dentro y por fuera, antes de hacer vida con su hombre. ¡Oiga, usted se va a acordar de mí!

La cara de Andrea era un arcoiris, pero escondía el rubor pues por encima de todo tenía que rescatar al marido. Y eufórica, casi extendió su mano para estrechar agradecida la del brujero, que se mantenía con los dedos separados en clara indicación del precio de la consulta.

Ya se iba cuando el hombre le regaló de corazón un rezo a la diosa del amor, que Andrea repetía vehemente todas las noches antes de acostarse:

Madre mía, dueña de todos los ríos del mundo, donde todo hijo de santo va a bañarse para recibir la bendición del agua dulce, para tener felicidad y alegría,[67] *obinrin kuelu re aché wiwo ati re maru acho gele nitosi yo ayaba ewa kuela re reri ati ayo sugbon be toni cho nitosi ko mo nigbati wa ibinu obinrin ikú okó olofin, odukue.*[68]

Y con el pecho oprimido, Constancia terminó la plegaria a Oshún ante una vela encendida, en el rincón del viejo guardiero, cuando por el Toque de Silencio de las ocho y media callaban los tambores en el batey del ingenio. Entonces recorrió embrujada el camino hasta su hamaca. Donde no durmió un instante en toda la noche porque un mismo pensamiento le dio vueltas: José Vicente y su hijo, su hijo y José Vicente. ¿Los vería otra vez? ¡Sí, estaba segura!

Y como sacada de un viejo sueño, recordó la sabia frase que recorría a todo su pueblo: La cabeza es lo primero, después la lengua y por último las manos; es decir, pensar, hablar y actuar. De modo que no es bueno hacer sin antes haberlo pensado y hablado. Se reconciliaría con los orishas y otra vez conversaría con aquel *arubbo*, anciano ya digno de su confianza, para recibir el consejo de cómo andar por la vida.

El campanazo del Ave María la sorprendió despierta pero no sentía cansancio. Saboreó el café mañanero como nunca antes y anudó un trozo de pan en un pequeño trapo para más tarde, allá en el cañaveral, empaparlo de guarapo.

A la voz de ¡Ajilen! salió alegre. Y por primera vez unió su voz al coro yoruba rumbo a la tierra surcada. Adonde llegó para moverse ágil entre los más rápidos en la siembra. Y ya con el sol sobre su cabeza, a la distancia del embarazo y ajena a las presiones de la Señora Andrea, la responsabilidad en la casa de los amos y las voces coléricas de los contramayorales, Constancia revivía con deleite su preñez ida. Inconsciente, soltaba los trozos de caña para llevarse la mano a la barriga como si así pudiera acariciar al niño que creció en su interior

y que decidió mantener oculto hasta el momento en que, en el barco, le daría la gran sorpresa a José Vicente. Imaginaba entonces la risa alegre de él, porque ya vivía en otro y la cara se le encendería de gozo. Con lo que ella estaría más alegre aún. Sabiendo además que los tres serían libres.

De súbito, miró atrás. Había escuchado el llanto de su hijo pegado a ella, porque otros brazos lo cargaban en la Real Casa de Beneficencia.

-¡Mira éste, Manuel! ¡Es sano y fuerte! –y la mujer susurró inclinándose ante la camita con barandas–. Tan tierno que pudiera decir allá que lo traje al mundo aquí. Ya lo siento mío, te lo juro –pues el niño se empeñaba en alargar las manitos con hoyuelos y tocar con torpeza el rostro femenino, al tiempo que pasaba del llanto a la risa inocente. Con gorjeos que parecían darles la bienvenida.

Los acompañaba una monja que, de verla, pudiera haberse dicho: es la Maternidad en persona. Pero, ¡ay!, ella estaba muy lejos de comprender la tremenda sensación que provoca el crecimiento de un ser en su interior y verlo nacer salido de sus entrañas. Por eso nada le decían los movimientos graciosos de este niño –y de los otros–, además de la gran ternura que mostraba aquella mujer visitante. Aunque sonreía educada.

No los perdía de vista durante todo el recorrido por la sala, donde había lactantes y párvulos de todos los colores principalmente blancos y mulatos, que tendían los cortos brazos por encima de las barandas, con miradas tristes y ansiosas.

Manuel y María escondían, trás los rostros siempre alegres, un sufrimiento que por nada del mundo repetían a quienes visitaban en La Habana. Era un matrimonio consolidado que añoraba tener sucesores y no precisamente para que heredaran una gran fortuna porque no la poseían. Pero les sobraba amor y deseos de enaltecer a alguien a su lado. Y con ese propósito concibieron el primer hijo, que para desgracia de los dos murió al nacer. Sin desanimarse, intentaron traer otro al mundo que también falleció.

Acongojados entonces escucharon las duras palabras del médico, que les aconsejó adoptar una criatura pues María no estaba apta físicamente para parir.

Así que después de horas mirándolos a todos, cargaron a éste con el aceitunado color de ellos e iguales ojos verdes. Y ante el señor Director de la Real Casa de Beneficencia se presentaron para las formalidades de una adopción.

Abanicándose nerviosa, la Señora Andrea escuchó la voz de José Joaquín: ¡Tumba! Y dejó de mover el cómodo sillón adelante y atrás para ponerse en pie. Se viró sonriente al Teniente Coronel don José Ferrer Hechavarría, que la imitó para además mostrar solemne sus atributos de oficial de alta jerarquía.

-Ahora la verá usted –y desvió los ojos a Francisco de Sales Díaz y Piedra. Quien quiso permanecer imperturbable pero la mirada retadora de la esposa lo mantenía en jaque. Y ella se abanicó más fuerte, aun cuando la temperatura era ya muy fresca por el ambiguo invierno cubano.

En efecto, un contramayoral con el látigo arrollado en la mano derecha conducía a Constancia. Y se pararon a la parte de afuera del cercado. El militar descendió los dos escalones, desde el portal, hasta el camino de baldosas rústicas escoltado por rosales tupidos de flores y espinas. Y más allá, girasoles que bajaban el rostro en espera de un nuevo amanecer.

El negro del látigo permanecía retirado de la muchacha, que a diferencia del otro a sus espaldas erguía todo el cuerpo.

-No hay sazón como la de ella, se lo aseguro –escuchó Constancia y le sobrevino un impulso demoníaco por la doblez de la ama, quien sintió retorcerse todas sus tripas en un dolor intenso que la hizo llevarse las manos al vientre y pedir permiso corriendo para retirarse hacia la letrina.

La joven negra confirmó entonces el veneno de su mirada y dos fuerzas opuestas se le encontraron en el interior.

porque no es tu deseo hacer mal aunque odio no te falte abandónate al designio de alah para que imponga la justicia perdónalos ahora que perdonar es de fuertes como yo lo hice

Calmada entonces, aunque no dejó de mirar al frente, se dejó examinar con el cercado de por medio. Intuía que aquel hombre alto y canoso, con mirada clara a través de cristales, sería su nuevo dueño y ella se alejaría por siempre de la Señora Andrea y de su pusilánime marido.

-No me gustaría deshacerme de ella –comentó Francisco en voz baja después de pasar al lado del militar para abrir la puerta del cercado y ambos rodear a Constancia–. Es cierto cuanto le dije de ella en La Habana, cuando fuimos presentados. Puede usted confiar.

El Teniente Coronel don José Ferrer Hechavarría siguió la mirada de Francisco de Sales Díaz y Piedra y le vio remordimientos. Supo por ese detalle y por la insistencia de la Señora Andrea que con aquella compra adquiría una buena Pieza. No lo pensó más y cerró el trato

colocando una mano en el hombro de Francisco. Constancia suspiró, y con rostro adolorido apareció la Señora Andrea, que intentaba sonreír y miraba el lento planear de las auras tiñosas, las espinas del rosal, el fango del suelo por las lluvias recientes... Todo. Menos la cara de la negra, que había decidido perderse en la imperial corona de los girasoles.

-Tomé, llévala al barracón –y como alada, Constancia fue al cuartucho para mirar alrededor por última vez. No sabía si estaría mejor o peor, pero por muy malos que fueran los nuevos amos, al menos suavizaba en la memoria el dolor por el robo de su hijo. Y también se quitaba de alante aquellos seres viles.

Miraba, casi adivinaba formas confusas moviéndose en el patio central, cuando el viejo guardiero la tomó del brazo con mano callosa y ardiente. Ella lo supo. Y él le confió un secreto celosamente guardado tras los ojos medio azules por la vejez: llevándose la mano a la cintura entró hasta su rincón y de allí, trabajosamente agachado, sacó algo que llevó al pecho con las dos manos. A Constancia llegó en un suspiro para posar en las suyas una piedra negra, reluciente de tanto manosearla. Y que aquellá *otá* vino con él desde Africa, mas no era una simple piedra sino una *Otán Yalode* consagrada a Oshún, que sin él saberlo la recogió años atrás en el río por un impulso y ahora comprendía el giro de la vida.

Mientras, en el despacho del amo Francisco y a la luz de las lámparas de carburo, el escribano, un calvo currutaco, empapaba la punta de la pluma en el tintero aplastado y escribía con aires de artista:

En el pueblo de Quivicán á diez y siete de noviembre de mil ochocientos setenta y dos años: ante el Señor D. José García Maceyra Inspector de Vigilancia Pública de esta cabecera, los testigos de asistencia D. Genaro Fernández y D. Nicolás del Castillo nombrados para la formación de esta escritura, los cuales hallandose presentes aceptaron el nombramiento y juraron desempeñarlo bien y fielmente y de los instrumentales que al final se espresaron parecieron D. José Ferrer Hechavarría, Teniente Coronel, vecino de la calle Dolores baja número cinco jurisdicción de Cuba, y D. Francisco de Sales Díaz y Piedra, vecino de la calle del Prado número cuarenta y siete, en La Habana, vende realmente y con efecto una negra esclava nombrada desde ahora Constancia Ferrer Hechavarría, lucumí, como de dieciocho años de edad, sana, sin tacha y sin acción redhivitoria y la cual hubo D. Vicente Argüelles, vecino de la jurisdicción de Cienfuegos, legarla por escritura privada de aquel pueblo a D. Francisco de Sales Díaz y Piedra.

Procede la venta en cantidad de ochocientos escudos que tiene recibidos del comprador en buenas monedas corrientes a su entera satisfacción,

de que otorga formal recibo con renuncia de la non numerata pecunia y término de en prueba, cuya cantidad es el justo valor de la esclava pero caso que con el tiempo adquiera mayor estimación de la demasía que resulte le hace gracia y donación, pura, mera y perfecta: mediante lo cual se aparta y separa del derecho de propiedad posecion y demas acciones reales y personales que á la esclava habian y tenian y lo cede en el comprador para que como propia la posea, disfrute o enagene á su voluntad, obligandose á la evición, seguridad y saneamiento de esta venta con sus bienes presentes y futuros en legal forma. D. José Ferrer Hechavarría acepta la presente escritura en los términos de su contenido, lo confiesa en posecion de la esclava que le va vendida y de ella lo dá por entregado.

En certificación de lo cual y dandola de que esta venta no adeuda Reales derechos segun las disposiciones vigentes y acreditado que se halla empadronada en el partido judicial del Norte de La Habana. Yo el escribano público del pueblo de Quivicán doy fe conosco al otorgante y acepto que así la otorgaron y firmaron siendo testigos los arriba mencionados.

Entonces el escribano sacó un pañuelo y lo pasó por la frente prolongada, hasta el centro de la cabeza. E invitó al vendedor y al comprador a rubricar el documento y, después, abajo, a los testigos.

Por último, el señor Francisco de Sales Díaz y Piedra solicitó de los presentes distinguidos que le acompañasen a degustar en una regia cena un puerco asado, y coincidente con el momento en que Constancia extendía sus cansadas carnes en el camastro, los convidados mordían las tajadas con afilados dientes.

A la mañana siguiente el escribano, acompañado del mayoral José Joaquín Rodríquez, halaron a Constancia hasta el abrevadero a la sombra de la seiba y pasaron un buen rato revisándola. Este fue el resultado:

Certifico

Certifico que en el padrón de esclavos del partido judicial del Norte de La Habana se halla empadronada Constancia de Sales Díaz y Piedra, negra lucumí, de dieciocho años de edad, se desconocen sus padres, ojos grandes y negros, ligeramente rasgados, cejas tupidas y arqueadas, parpado superior cargado, nariz ancha y con linea definida y visible, boca regular y labios bien formados y protuberantes, pelo negro y encrespado pero no pegado al craneo como los congos, frente alta y despejada, piel marrón achocolatada, barba ligeramente pronunciada, estatura 170==, extremidades largas y dedos finos, complexión fuerte, señas particulares una cicatriz que son dos huecos a mitad de la pierna derecha y otra alargada cercana al tobillo del pie

izquierdo además de estar calimbada con una estrella en el hombro izquierdo, tiene los dientes superiores muy blancos y del inferior le falta un diente que tiene rompido, esta ahora de la propiedad de D. José Ferrer Hechavarría, profesión militar, Teniente Coronel, domicilio calle Dolores baja número cinco jurisdicción de Santiago de Cuba.

Y para que lo haga constar en donde mejor le convenga, le expido el presente en Quivicán á diez y ocho de noviembre de mil ochocientos setenta y dos.

Capítulo VI
LIBERADA

Ikú y omo mi [69]

1

Cincuenta y nueve años después, los ayes de dolor del negro José Antonio del Rosario[70] seguían desgrananándose por las onduladas calles de Santiago de Cuba. Justo por donde Constancia caminaba ahora hacia la plaza del mercado, escuchando, entre mil sonidos, aquel lamento que el tiempo no disminuía. Y viendo, a su paso, como cristales traslúcidos, sutiles figuras que iban a la par de su andar.

La mañana del día nueve de enero de 1836, el verdugo Casimiro Ferrer fue dándole azotes hasta el número de cien a aquel esclavo, capaz de haber cometido el imperdonable error de querer verse libre. O de contagiar con su necia idea de la libertad a otro esclavo mentecato. O de confiar en el mar y en los vientos favorables. O de buscar ayuda en tres mulatos libertos.

Constancia avanzaba, acompañada del murmullo sordo impreso en las piedras y muros, encargados ahora de no dejar morir la vieja historia, que le resultaba tan dolorosa como la suya. Y andaba cabizbaja, después de cerrar la puerta de la amplia residencia marcada con el número 5 en la calle del Reloj[71], para atravesar la Plaza de Dolores, enfrente, y torcer a la derecha, evadiendo así la Iglesia y que las campanas tocasen a sus espaldas, mucho después, anunciando las seis de la mañana. A esa hora entraban en la parroquia las señoritas de la casa junto a la ama, acompañadas de las sirvientas Seferina y Prudencia que en realidad creen como yo en el dios de los blancos, pero asisten a misa cada amanecer para tender las alfombras donde las cristianas devotas se arrodillan y, desde tal posición, agradecen a ese señor del cielo la buena salud y el bienestar de ellas, además de rogar porque no haya odios ni diferencias entre los hombres sobre la Tierra.

Seferina y Prudencia permanecían apartadas y quietas esperando la conclusión de las peticiones para, a un imperceptible movimiento de la ama, acudir presurosas y abrir los tres pequeños sillines de *papier maché* incrustados de oro y perlas sobre los que encontraban alivio las seis nalgas blancas bien guarnecidas por pantaloncillos a la rodilla, enaguas satinadas y amplias faldas que por nada del mundo las habrían posado en los desperdigados bancos de madera, donde otros sin alcurnia asentaban las suyas.

Luego las esclavas se retiraban hacia el oscuro rincón a disfrutar la puesta en escena haciendo comentarios, más con los ojos que con las lenguas, de las negras mantillas de encaje, de los bordados en las faldas que caían como cascadas después de marcar el estrecho talle y dejar, allá arriba, los tres pares de redondas compañeras aprisionadas hasta el tormento que a pesar de sus protestas se les permitía, como

muestra de severidad, enseñar únicamente el nacimiento y los lunares sugerentes. Contemplaban además Seferina y Prudencia las miradas-cuchillos volar de una a otra parte en el vasto salón, aunque los labios finos esbozasen floridas sonrisas. Al tiempo que los caballeros, de pie muchos y pocos arrodillados, absorbían con ojos y narices las fragancias femeninas.

Esto lo conocía muy bien Constancia. Su primer trabajo en esta ciudad fue dama de compañía –correveidile, botatibor, lavaplancharopa, cepillapelo, bañacuerpo, limpiazapatos...– y agradecía aquel paseo bendito, pues las amas regresaban al hogar con suficientes municiones para dispararle a toda la ciudad durante buen rato, permitiéndole a ella descansar fuera del campo de batalla.

Coronó los recuerdos con una sonrisa. Más, ya en la calle de San Tadeo, regresó a la seriedad habitual, cuando el cuartel militar, a doscientas varas, le cerraría el paso y la obligaría a torcer a la izquierda. Años atrás la torcedura quizás hubiera sido mayor, porque ni Tadeo fue un santo ni el edificio perteneció siempre a los soldados. Igual que otros personajes santiagueros, el señor don Tadeo de las Cuevas, alcalde municipal, fue elevado a la Gloria al anteponérsele el San para que con su patronímico se adueñara de esa calle, precisamente donde vivió, arrebatándole el nombre a los humildes Aguadores, pues así se llamaba antiguamente la rúa.

En cuanto a la historia del cuartel, es tan simple que mete miedo: como hermanitos, militares sin nombre y frailes franciscanos compartían el terreno con edificios sólo separados por una pared; de una parte se estremecía el suelo por las recias voces de mando y de la otra, los suaves rezos estremecían los techos. Hasta que un día gris el ejército se sintió apretado en su recinto y pidió amablemente a los sacerdotes que se fueran a otra parte, dejando allí convento, iglesia y nombre.

Como hoy, los repiques de la Iglesia de Dolores animaron años atrás la marcha de los soldados en el vasto patio del Cuartel de San Francisco, y el lenguaje autoritario, por encima de los taconazos, confluían en el alto campanario para, fusionados, descender sobre la espalda negra y levantar en tiritas la piel con cada latigazo que recibía José Antonio del Rosario en los lugares públicos. Por donde le habían acompañado un sargento, un cabo y ocho soldados del Batallón de León.

Con el cuartel a la derecha, Constancia avanzó hasta la misma esquina por entre hombres y mujeres de colores variados que empujaban carretillas o llevaban cestas, elevando las voces hasta el mismo nivel de sus necesidades para pregonar leche, pan, agua, almidón, carnes... Y de entre todos los vendedores sobresalía la melodía de un negro sandunguero con ajado sombrero de guano,

rotosos pantalones que fueran blancos y abocinada mano en la boca:

¡Fruu-taaass! ¿Quiééénquierecomprarme fruutaaas?
¡Mira, caseriitaaa, que están fresquitos
los marañones, mamoncillos y maangooos deel Caaneyy!

Que, por supuesto, no necesariamente habían viajado de tan lejos para caer en las bocas sedientas de muchos santiagueros, quienes seguían de largo reprimiendo los deseos de morder aquellas delicias, mientras las manos se negaban a entrar en sus bolsillos también hambrientos. O pasaban indiferentes sin mirar hacia abajo, los de bolsillos hartos.

Constancia siguió su paso sin ver los altos muros aunque los mirase. Por allí los soldados se exhibían con marcialidad dentro de las botas a media pierna, casacas rayadas, pantalones rayados, pañuelos rayados, medias rayadas, calzoncillos rayados,[72] cinturones de cuero y cartucheras sujetas a los hombros y a la cintura, sombreros de ala ancha con escarapela verde a la derecha y fusil Máuser con bayoneta calada. Eran muchachos y ya parecían fieras si no se les observaba el fondo de los ojos. Al fin terminó el muro, y la calle de la Catedral[73] quedó libre para Constancia doblar por ella a la derecha, con el cuartel a ese lado, sin fijarse entonces que las vetustas fachadas a la izquierda, se descolgaban de los techos sin portales hacia las empedradas vías, donde permanecían abiertas, hasta el anochecer, las puertas y las ventanas sobre zócalos informes, con abruptos escalones fabricados de argamasa.

Un breve movimiento de los ojos la hizo regresar de La Habana, de donde trajo el vivo recuerdo de sólidas y afiligranadas rejas, que custodiaban ventanas entornadas y puertas cerradas, por eso no entiendo para qué los santiagueros quieren verjas, si en sus casas todos entran y salen libremente. ¿Las usarán sólo de adorno? No se equivocaba Constancia; las cancelas ornamentadas con rombos engarzados por sus vértices imprimían únicamente realce y solidez a las viviendas de aquí.

Si hubiera querido, ella podía andar a ciegas el mismo camino, el único que transitaba cada día, cuando aún el Sol no estaba afuera. Es que ya tenía la mayor parte de su vida en la empinada ciudad, donde uno podía acostarse perfectamente vivo y no amanecer, para contar el susto en las madrugadas por el rumor ahogado que movía techos, paredes y pisos y que corría bajo los pies de todos. De cuyas gargantas brotaba entonces, como oleadas que iban y venían: ¡Miiisericooordia! ¡Miiisericooordia! Mientras los brazos se elevaban suplicantes.

Cuando terminó el muro, el horizonte se le alejó a ambos lados por la calle de San Pedro, y aquellos militares quedaron atrás. Constancia levantó el rostro y abrió los ojos de verdad.

Y vio el caserón de Basilio Granda, el Casagranda, que funcionaba como hospedaje barato para comerciantes. Hacía mucho no buscaba entre los soldados. Estaba cansada de detenerse en cada hombre uniformado, tratando de descubrir a quien nunca olvidaba. Y a más de uno lo llamó por su nombre, en la espera de recibir la mirada cálida, mas sólo encontraba ojos indiferentes, que desde arriba dejaban caer desprecio por ser ella negra.

Sin proponéselo, atravesó con la vista la Plaza de Armas[74], que era el punto de referencia para designar en altas y bajas las calles de la ciudad. Otros soldados, con uniformes distintos a los que dejó atrás, rondaban en grupos con sus fusiles brillando al sol y apuntalando al gobierno en su sede; eran comerciantes, la mayoría catalanes, vestidos con camisas de rayas blancas y azules, pantalones de dril blanco y sombreros de panamá con una cinta negra a la cual le fijaban una escarapela roja y gualda adornada con un cordón de plata. El porte de estos hombres era altanero, con sus barbillas rígidas. Ellos integraban el formidable Cuerpo de Voluntarios, en el que la Corona sí confiaba ciegamente con el propósito de mantener la Isla siempre fiel.

Ella pensó en que las caras de por las mañanas siempre son serias en esta Plaza de Armas, pero en las noches de los jueves y los domingos se vuelven alegres, iluminadas por lámparas de gas, mientras pasean al ritmo de la música que desgrana la banda de la guarnición en sus conciertos. Y este es el pretexto para vestir con elegancia mujeres y hombres, quienes se miran a los ojos durante las vueltas opuestas alrededor del parque con sus bancos de piedra, las altas farolas y los frondosos álamos. Y yo, como era dama de compañía de las señoritas, miraba desde el atrio de la Catedral, al lado de otras negras y mulatas, el ir y venir feliz de los blancos allá abajo, abanicándose unas cuando los otros daban pasos casi medidos por las puntas de sus bastones durante las retretas.

El Ayuntamiento, por una de las caras del mencionado parque, ocupaba una casa extendida de un piso, con fachada corrida de esquina a esquina, entre las calles de San Pedro y Santo Tomás. Tenía dos puertas principales con nueve ventanas altas, sólidamente enrejadas. Desde la misma acera podía verse, a través de las inmensas puertas de dos hojas, el amplio patio interior equipado de preciosas plantas ornamentales; las entradas, junto a las ventanas, eran de color rojizo y las paredes se mostraban pulcras en su pintura blanca. Este edificio, que comenzó su vida pública en cuna humilde porque era de techo de guano y paredes de embarrado, albergó, en su origen, la administración de la ciudad, los presos y los enfermos. Con el paso del dinero fue solidificándose, y en 1730 ya se mostraba de ladrillos con techo de tejas. Para crecer, en 1802, hasta una planta alta llamada popularmente "el palomar", que para suerte de la arquitectura colonial

santiaguera, el terremoto de 1852 le hizo justicia. Antes, sin embargo, presos, enfermos y administración se habían divorciado, cada uno por su rumbo. Así, la cárcel fue a caer a doscientas cincuenta varas más abajo y a trescientas el hospital. Y como los jefes del pueblo se sentían en casa propia, se quedaron en el mismo lugar para levantar en 1855 los recios muros, que ahora Constancia iba mirando.

Precisamente de este edificio gubernamental partió, sesenta y un años atrás, una comunicación del Licenciado don Pedro Manuel Blez, Promotor Fiscal nombrado para procesar a José Luis y a José Antonio del Rosario

por cimarrones y haber intentado pasarse a la colonia francesa de Santo Domingo y conociendo la vista que se me ha conferido como sea más conforme a derecho digo: Que si bien es constante que los referidos negros José Antonio y José Luis son de la clase de cimarrones simples, y como tales no merecen otra pena que una ligera corrección o castigo, segun lo dispuesto en los artículos 15 y 16 del Reglamento de Cimarrones aprobado por S.M. pero con todo como se descubre que el primero no sólo hurtó a su amo un trabuco y un cerdo sino también un cayuco de Silvestre Rodríguez cuya circunstancia agravante de la fuga, los constituye en la clase de las que no necesita el que representa pero por el escándalo y mal ejemplo que han dado a la esclavitud en el propósito y conato de fugarse del poder de sus amos para irse a una Isla extraña es un crimen con que se provoca a la esclavitud, a la infracción de las leyes establecidas no debe quedar impune este atentado aunque se diga y alegue que el objeto primario de aquellos fuese obtener la libertad personal y así por el conato de la fuga a país extraño y enemigo con escándalo de la esclavitud como por el hurto del cerdo y el cayuco les acuso criminalmente de los expresados delitos, y como infractores de las leyes que sostienen la esclavitud en estos dominios de Indias a que están sujetos los referidos José Luis y José Antonio, la acusación se sienta con lugar y como estaban convencidos y confesos de los crímenes de los que se les ha hecho cargo se les somete a la pena de 100 AZOTES a cada UNO que llevarán a mano fuerte del verdugo en esta forma: 50 por las calles y parajes públicos y 50 en la picota, para escarmiento y ejemplo de la esclavitud, entregandose enseguida a sus respectivos amos con encargo de que los destinen a los trabajos más recios de sus haciendas y de que vigilen sobre su conducta a fin de evitar que no se repitan semejantes atentados.

Los ojos de Constancia vagaban libres ahora más allá del Ayuntamiento, sin saber que allí también había llegado, quince años atrás, una ley[75] firmada por el rey de España que ya no alegraba los corazones adormecidos. Como el de ella, pues durante años soñé liberarme yo misma y ese día iba a reír, a saltar y a bailar, pero cuando me la dieron no sentí nada, porque me habían vaciado de los

sentimientos. Verdad es que quería la libertad al precio, incluso, de mi vida. Y al decímerlo el amo Calixto ya no me importó. ¿Adónde iría? ¿Qué haría? ¿Buscaba a mi hijo y a José Vicente? ¿Dónde, con qué dinero? ¿El seguía en Cuba o había vuelto a España? ¿Mi hijo vivía o había muerto?

Por eso me quedé al servicio del último amo, agradecida porque no me maltrató como Francisco y su Señora Andrea, y mucho menos como el Teniente Coronel, a quien para suerte mía serví poco pues él regresó a España con el hijo y la esposa siempre enferma y llena de achaques, luego de cumplir su servicio aquí por cinco años y venderme antes a Estanislao Alvarez y éste a Calixto Duany. Y ya sin aquel militar encima, con la terca pretensión de ser liberal en todo pero esclavo de la opinión pública, me quedé en esa casa como un mueble más.

2

Con la cesta al costado colgando de su brazo, Constancia apuró el paso para escapar de la opresión que sentía venir desde el Gobierno Militar a la derecha y desde el Gobierno Espiritual a la izquierda. Porque hacia este último lado y frente a la misma Plaza de Armas erguíase la Catedral, más cerca del cielo que la Administración por su mayor altura. Aunque los dos poderes tenían tal proximidad entre sí, que el gobernador y el obispo intercambiaban saludos a los ojos de todos, no más pararse en ventanas o balcones de sus edificios respectivos. Pero si se trataba de contactos que no debían ser públicos, les bastaba descender por escalones interiores que guiaban a un túnel, el cual conectaba secretamente ambos dominios. Así, seguros de las confesiones mutuas, brotaban ideas brillantes. Que por desdicha, no alumbraban a tullidos, ciegos, sordos y, en general, caídos en desgracia, los cuales, casualmente, vivían sentados en la misma trayectoria del pasadizo clandestino, y, de habérselo propuesto, quizás hubieran escuchado las confidencias de las autoridades supremas. Pero estaban más preocupados en extender los descarnados brazos, y enfilar las miradas turbias para descubrir el alma buena que les alimentaría el suspiro de hoy y eso les diera fuerzas para tener esperanzas en que aquéllos les resolverían la respiración de mañana.

La Catedral, tenía, sin embargo, una historia sufrida. La Voluntad Divina no opuso bastante resistencia a los castigos surgidos de las entrañas de la Tierra, allí precisamente donde reina Satanás. Resulta que en el año del Señor de 1522 a la villa de Santiago de Cuba le fueron otorgados título y armas de ciudad y elevado a Catedral[76] de la Isla el bohío que albergaba la parroquia de Santa Catalina, por bula del Pontífice Alejandro VII, nombrando además como primer obispo a Fray Juan de Witte; y en 1528, otro obispo, Fray Miguel Ramírez de Salamanca, ordenó la construcción de un edificio digno de su jerarquía personal; mas al infortunado clérigo no se le permitió disfrutar las nuevas comodidades, porque fue llamado al Reino del Señor y recogió los lauros el obispo Fernando de Urango, en 1555, que para suerte suya se unió al anterior. Porque desde el glorificado sitio vieron juntos arder, a manos de los sacrílegos corsarios, los cincuenta mil pesos fuertes que habían levantado el augusto edificio, en 1603. A partir de entonces, la ciudad y todo lo que en ella había y vivía quedó a la buena de dios y a manos de la curandera María Nava, quien con sus diligentes oficios logró, junto al desbordamiento del río Cauto, y, en consecuencia, la interrupción del comercio con Bayamo, que Santiago de Cuba resurgiera de aquel abandono, para caer de nuevo en las garras piratas, en octubre de 1662; los malhechores se apoderaron de cuanto de valor había, sin respetar la santa Catedral,

para luego quemar lo que no pudieron llevarse. Pero la testarudez se impuso, y Santiago fue otra vez levantada, ahora no con medios espirituales, ahora sino merced a la amplia bolsa traída, en 1664, por el gobernador don Pedro Bayona Villanueva, capaz de reedificar la Catedral y, a su vez, ésta, por su altura, convencer de lejos al obispo huido para que regresara. Hombre temeroso de las leyes divinas, bendijo el 24 de febrero de 1674 la nueva casa de dios.

Más, todo parece indicar que su bendición fue moderada al ahorrar palabras del discurso en latín y agua bendita esparcida por el hisopo. Porque, dos años más tarde, los muros santos caían resquebrajados por un terremoto. Y durante catorce años el máximo poder eclesiástico padeció de un techo digno. Hasta que, en 1686, comenzaron a levantar la tercera Catedral, que abrió sus puertas en 1690. Los feligreses afirmaban que el nuevo recinto sería el último gracias a sus ruegos. Las plegarías, sin embargo, apenas rebasaron los penachos de las palmas reales, porque el 12 de junio de 1776 la encabritada tierra lo sacudió todo. Parecía que un castigo supremo, más allá de la historia de todo ser vivo, se cernía implacable sobre la ondulada ciudad. Y opuestos a tan maligno designio, sus habitantes a medio vivir, soportaron, al año siguiente, un temporal que inundó las colinas donde se asentó de siempre ese pueblo, para recibir entonces, en 1778, un huracán que no dejó en pie ni las hierbas. Y en medio de los escombros, endurecidos por tantos atropellos, los vecinos vivieron estoicamente mientras el Señor esperaba paciente desde lo alto a que las furias del Maligno cesaran, para, entonces, en 1810, insuflar en todos el deseo de una nueva Catedral, que sería la cuarta, y, esta vez, la más sólida, capaz de resistir las embestidas demoníacas, porque colocó la primera piedra el Ilustrísimo Señor Obispo don Joaquín de Osés y Alzúa. La última fue en 1818. ¡Medio siglo sin Catedral, qué horror! Tiempo suficiente para levantar una obra inconmovible. Ahora sí los cristianos y los demás disponían de un edificio muy bien apuntalado terrenalmente: las maderas, por ejemplo, costaron a los mortales 24,875 pesos fuertes, y eran de las más recias del país, cedro, caoba, yabá, ocuje, guamá, cortadas en las márgenes de los ríos Masió, Río Seco, Sevilla, Hongolosongo, Purial y Giro, distantes de la ciudad. Y llegaron arrastradas por yuntas de bueyes adquiridas para ello, además de la goleta "Nuestra Señora de la Caridad", también comprada para transportar las vigas que no podían viajar por tierra. Y procurando una mejor comunicación con el Altísimo, los santiagueros fueron dispendiosos en sus aportes, al igual que el Ilustrísimo Obispo Osés, quien de su humilde renta donó 50,000 pesos fuertes, que sirvieron para trabajar durante ocho años.

Pero como no hay mejor juez que el Tiempo inexorable, no fue el venerable Osés Alzúa quien bendijo la obra el 24 de abril de 1818,

sino el Deán don José Elías Vázquez. Mas la tragedia no terminaba, porque la tierra tembló de nuevo en 1852 y aquella estructura a prueba de golpes suprahumanos sólo sufrió pequeñas heridas, que fueron sanadas rápidamente con 23,000 pesos fuertes salidos de anchos y estrechos bolsillos. Los cuales siguieron donando a la santificada bolsa 1,157 pesos fuertes con 40 reales para pagar el reloj colocado en la torre occidental, y otros 8,000 pesos fuertes que costó el órgano adquirido en Zaragoza. Mientras, el lujoso altar mayor, armado con piezas de mármol blanco de Carrara, entró en la historia sin costo alguno. Sufrieron mucho, es cierto, y al fin la paz caía cual manto sobre la ciudad y la casa del Señor. ¡Váyase a ver por qué motivo Satán los dejaba tranquilos! y en 1879, como premio a la capacidad de resistencia, el Santo Padre envió desde Roma el nombramiento de Basílica Menor Metropolitana. Se lo merecía.[77]

3

Y otra vez con los ojos hacia adelante, casi siempre bajos y por motivos conocidos sobradamente por ella, Constancia recordó algunos rostros de soldados que miró fijo cuando, todavía esperanzada, buscaba a José Vicente. Cierto es que ya habían cambiado aquellos uniformes coloridos y él debía de ser un hombre maduro, pero la irrepetible imagen del militar erguido dentro de su chaqueta azul y el pantalón blanco no se le borraba. Al contrario, con los días la figura masculina se le hacía más nítida y ya lo veía elegante en su nueva ropa, joven inevitablemente y con el rostro quemado por el sol de Santiago de Cuba. Cegada así, se acercaba para que él la viese y el viejo amor renaciera.

El soldado ocasional respondía áspero porque un negro le tocase estúpidamente confundido. Desilusionada, descubría el engaño del que era presa cada día y su mirada melancólica tornaba a la ira para desear, entonces, la desaparición del joven uniformado que elevaba sus ojos altaneros; en momentos así no podía frenarse y los penetraba implacable con los suyos. Después se alejaba rumiando la vieja pena.

Pero quizás su diaria humillación hubiera disminuido –incluso desaparecido– al saber que la gallardía de cada militar "tocado" por ella se perdería en el fango de los terrenos bajos donde se estiraban los sepulcros para pobres, en el patio P del Cementerio de Santa Efigenia[78], luego de que en el Hospital Militar Príncipe Alfonso, más allá del alto de Santa Ana[79], eran ayudados a morir cómodamente lejos del agreste campo de batalla. Para entrar en los anchos folios de los Libros de Entierro[80], desde la afilada punta de una pluma empapada en tinta negra que no distinguía color de piel ni escala social:

ABRIL DE 1895[81]

22 Rajoúla Gonz lez Ruíz
24 Víctor Ramón Romero Robles
[illegible] Pedro San Agustín García
[illegible] Francisco Sol Ruma
[illegible] Emilio Guilart Fontanell
[illegible] Miguel Obrador Rach
[illegible] Pablo López Castillo
[illegible] Antonio M. Albas
[illegible] Amado Villama Vázquez
[illegible] Francisco Yaca Polo
[illegible] Juan Castro Fernández
[illegible] Andrés García Martín
[illegible] Cornelio Grau Herero
[illegible] Guillermo Diez Pérez

MAYO

[illegible] Antonio Cusidos

[illegible] Gonz lez Solís
[illegible] Felíz Oduardo
[illegible] Rubino Abat
[illegible] Castillo Navas
[illegible] López
[illegible] Carman Araujo
[illegible] Balbuda Serrano
[illegible] Carrasco López
[illegible] Riborta Boch
[illegible] Nerilú Rodríguez
[illegible] Riva Bello
[illegible] Fernández González

JUNIO

[illegible] Domínguez Fernández
2 Una pierna al soldado Martín Navarrete que le amputaron
[illegible] Pastor Mulles
[illegible] Rodríguez
[illegible] Santos Villarosa
[illegible] Echavarría Aguirre
[illegible] Ijján Llapele
[illegible] Pique Serrano
[illegible] Aguado Burgos
[illegible] Riva de la Torre
[illegible] Sánchez
[illegible] Sánchez Ocaña
[illegible] Guerrero González
[illegible] Roch
[illegible] Bar
[illegible] Rodríguez Fernández
[illegible] Heraiz
[illegible] Col y Cobet
[illegible] Aldaf Mandugatia
[illegible] Col Zuriel
[illegible] Sánchez y Martes
[illegible] Clemente Sabater
[illegible] González
[illegible] Rodríguez Villamar
[illegible] Tomás Hernández
[illegible] Viramano Glaz
[illegible] Bugen Rerige
[illegible] Malgallo
[illegible] Paricio Rubio
[illegible] Montes Margallo
[illegible] Santilles R.
[illegible] Ferrer Sanguinillo
[illegible] Gallego
[illegible] José Jaen
[illegible] Prats Rosell
[illegible] Merced Estrada
[illegible] Ibrega Morutiña
[illegible] Ibueni Socuno
[illegible] Fonterich Correoso
[illegible] Aguarriba
[illegible] Navarro Aguilar
[illegible] Moro Moval
[illegible] Facundo Aguilar

F. Miguel Casas Ríos
F. Adolfo Montes Ramos
28. Agustín Jiménez Vabanat
29. José Habrellas Cortes
F. Santos Corchad García
F. Rafael González Benito
F. Cristóbal Vergara
30. Pedro Conde Peón
F. Juan Calvo Colomas
F. Eduardo Rodríguez Torres
F. José López Aire

JULIO

1. Amarillo Arca Randes
F. Francisco Negrete Delgado
2. Manuel Endajan Batu
F. José Verges Pons
F. Manuel Vallejo Valdivia
3. Francisco Roque Oriol
F. Francisco Molleras Cholet
F. Agustín Alcalde Benito
F. Juan Cegero Molina
4. Ramón Ringuillo Mata
F. Gabriel Cano López
5. Juan Martín Díaz
F. Francisco Martín Alba
F. Tomás Calvo Olivares
F. Antonio Fernández
6. Antonio Navarro
F. Fernando Ruíz y Ruiz
F. Dionisio Aldes Robira
F. Antonio Geraldo Morales
F. Alfredo Pérez S nchez
F. Juan Ellis Bernal
7. Félix Ramlo Calvo
F. Francisco Catalazaes
8. Rafael Andrés Torres
F. Francisco C ndido Acimba
F. Gabriel Feres
F. Francisco Domingo Barbado
F. Manuel Padilla Palomares
F. Juan Sierra Acha
F. Juan Romero Ciria
25. Manuel Barrueco
9. Enrique López Espinosa
H. Francisco Real García
F. Alejandro Luque
Apoderado Arenas Agustín
10. Pedro Alemany Figueras
F. Pedro Jiménez Soler
F. Angel Ramon Chavez
F. Cristóbal López Arcos
F. Tomás Lajarro Juantes

F. Amarilla Víctor Vicente González
F. Amarilla Enrique Rozan Vallejo
F1 Amarilla Cristina Cruzado
F. Amarilla Francisco Pozuelo Villar
F. Amarilla Santiago Montier
F. Amarilla Fernando López
F2 Amarilla Vicente Rodríguez San Martín
F. Amarilla Ramón Tomás
F. Amarilla Juan Quesada
F. Amarilla Manuel Vázquez Milles
F. Amarilla José Sánchez Oso
F. Amarilla Ignacio Pla Burroz
F. Amarilla Francisco Casas
F. Amarilla Ramón Porqueras
F3 Amarilla Vicente Repollan
F. Amarilla Gregorio Mones Ibañes
F. Amarilla Melchor Gaspar Juez
F. Amarilla Daniel Ceballo Vinagre
F. Amarilla Juan Gutierrez Alonso
F. Amarilla Alejo Marcos
F. Amarilla Domingo Casarolisa Díaz
F. Amarilla Andrés Sánchez
F. Amarilla Andrés Zaragoza
F. Amarilla Manuel Muñé Tejeda
F. Amarilla Manuel Vázquez Gorvanch
F. Amarilla José Jiménez Jacobo
F4 Amarilla Baltasar Godoval Rover
F. Amarilla José Cobaesa Aguilar
F. Amarilla Fernando Fernando Quilba
F. Amarilla Juan Hijas Puga
F. Amarilla Esteban Ausa Minas
F. Amarilla Felipe Valls Bernardino
F5 Amarilla José Planas Gómez
F. Amarilla José Manuel Rudiño
F. Amarilla Juan Balleastre Muñoz
F. Amarilla Eulogio Cispejo Vergara
F6 Amarilla Gregorio Granado Goba
F. Amarilla Miguel Ballester
F. Amarilla Adolfo Santa María
F7 Amarilla Jorge Canez Rosal
F. Amarilla Manuel Gómez Reyes
F. Amarilla Francisco Cristóbal García
F. Amarilla José Manserat
F. Amarilla Gregorio Morales
F. Amarilla José González
F. Amarilla Francisco Collago López
F8 Amarilla Luis Meca González
F. Amarilla Guillermo Sánchez Lastre
F. Amarilla Alejandro Fernánde Sánchez
F. Amarilla Fernando Muñoz Martes
F. Amarilla Felipe Prieto Mancebo
F. Amarilla Jaime Olivares Rebajar

F. Amarillo García Molla
19 Amarillo Rivas Soler
F. Amarillo Lloret Solano
F. Amarillo Sandro González
F. Amarillo Barrera Castillo
F. Amarillo Blanco Anguela
20 Amarillo Pla y Llopis
F. Amarillo Sánchez Gutiérrez
22 Amarillo Alvarez Fernánde
21 Amarillo Aparicio Ronco
F. Amarillo López Romero
22 Amarillo Fernández
F. Amarillo Polams
F. Amarillo Soliveño
F. Amarillo Ferrer Pallas
F. Amarillo Castellar Escada
F. Amarillo Merceno Fagrave
F. Amarillo Carrera Mancebo
23 Amarillo Méndez del Río
F. Amarillo Castillos
F. Amarillo Anaya
F. Amarillo Gómez Hernández
F. Amarillo Esteban González
24 Amarillo Martín Calvo
25 Amarillo Pedro Asencio
26 Amarillo Gallego
27 Amarillo Andrés Revilla
28 Amarillo Cisneros
29 Amarillo Joaquín Hidalgo
30 Amarillo Emilio Nieto
31 Amarillo López Coral
32 Amarillo Mateo Salgado
33 Amarillo Santos Rumalde
34 Amarillo Salas
35 Amarillo Baides Domínguez
36 Amarillo Cacsé
37 Amarillo Mejías Fernández
38 Amarillo Flores Castro
39 Amarillo López
40 Amarillo Ortiz Aguilera
41 Amarillo Mones Jiménez
42 Amarillo García
43 Amarillo Días Justiz
44 Amarillo Guerrero Rodríguez
45 Amarillo Bautista
46 Amarillo Hereros
47 Amarillo López García
48 Amarillo Ruballo Bellon
49 Amarillo Carpia Cubero
50 Amarillo Corredor Saavedra
51 Amarillo de la Torre
52 Amarillo Izquierdo Sastre
53 Amarillo Marino Nieto
54 Amarillo González Montes
55 Amarillo Manique
56 Amarillo Rodríguez
57 Amarillo Villalonga

23 Amadeo Silva Santos Morales
24 Mariano Villa Ibarra Peñaloza
25 Víctor Hugo Villa Ibarra Puentes
26 Mario Villa Ibarra Ocampo
27 Manuel Villa Ibarra Velmonte

4

Continuó por la calle de la Catedral y, de improviso, movió horrorizada la cabeza al reflexionar que detrás de cada uno de los soldados con que ella tropezó vio alzándose la Sombra omnipresente que los transfiguraba. Era comentario vivo de todos, la fila interminable que formaban los bisoños españoles, del hospital al cementerio. El paso ágil se le trocó en lentitud mortal cuando cruzaba la calle de Santo Tomás, por donde avanzaran el cabo, el sargento y los ocho soldados del batallón de León con José Antonio del Rosario al centro, atado por las manos, que iba solo porque nueve meses antes su compinche de aventuras fue visto por el Licenciado Juan Velamino, quien envió el resultado de su visita al juez de Santiago de Cuba y a la señora dueña de este otro negro esclavo.

Doy fe, que habiendo pasado al calabozo de este hospital de caridad donde se hallan los presos enfermos, vi en una cama tendido dentro de un atahud, al negro José Luis contra quien se seguia causa criminal, y habiendole tocado y hablado, no se movió ni contestó, dando muestras de estar naturalmente muerto. Y en cumplimiento del anterior decreto pongo la presente certificación en Santiago de Cuba, 20 de abril de 1835.

Y es que el 7 de marzo de 1835 el médico de turno en la cárcel comunicaba a sus superiores.

Visto el precedente reconocimiento trasladese inmediatamente al negro José Luis al hospital de caridad para que se le asista en la enfermedad que padece, en calidad de preso y restituído á salud vuelva a la Real Carcel.

Porque el día 22 de noviembre del año anterior, los médicos solicitaron al Tribunal el traslado de José Luis al hospital de caridad, y ese mismo día el Alcayde recibió la boleta con la orden expresa de llevar al reo, dos cuadras abajo, para curarlo en la opulenta casa de salud San Juan de Dios y que

regresara a presidio tan pronto se curara.

Pues el día 21 del mismo mes los doctores José Borely y Fernando María Montes de Oca reconocieron a José Luis, y diagnosticaron

una hidropesía generalizada presentando mucho peligro en la actualidad por lo que se considera indispensable su traslado a la mayor brevedad al hospital de caridad para aplicarle medicamentos.

El hacinamiento y la suciedad de la cárcel eran los culpables de la enfermedad de José Luis, y eso lo sabían todos. A tal extremo, que el Alcayde, los doctores y las máximas autoridades del Ayuntamiento se autoquejaron, apelando a la Real Orden de 1º de Julio de 1834 que

preveía la aglomeración en las cárceles; éstas son estrechas y poco o nada á propósito para la salubridad como la Pública de Santiago de Cuba.

Un carromato casi atropelló a Constancia. Para suerte suya, la voz molesta del conductor la sacó de sus pensamientos y ella alcanzó la estrecha acera de una zancada, donde topó con una pareja de hombre y mujer que antes de cederle el paso la saludaron afectuosos, con risas prendidas en cada ojo y en todo el cuerpo, a lo cual intentó responder separando levemente los labios y así recompensar la franqueza de quienes habitaban esta ciudad. Antes de separarse, la interrogaron en altas voces acerca del estado de salud de Manuela Machirán. Y Constancia habló abrumada: está muy mal, la vida ya es una carga para ella.

Por muchas razones, la existencia era un peso insoportable para Manuela, y ya no pensaba en rescatar el honor que significaba agasajar a la orisha *Yemayá*[82], cuando allá en Ijesa la llamaron Tinibú, nombre que mereció porque su voz y los gestos eran como el encuentro de las aguas dulces de un río con las saladas del mar, choque en el que la ahijada debía de ganar gracias al patronímico. Pero a la vuelta del tiempo, aquellas aguas se enredaron. Y sin otras razones para caminar que los castigos de los amos, Manuela se movía como un fantasma. Hasta que veintitrés años atrás descubrió a Oddedeí.

Como era costumbre, cualquier acontecimiento removía las lenguas en Cuba, ciudad familiar, y por eso mismo distinta de la menos cálida Habana. Así, todos se enteraron de que la nueva esclava, traída de la capital de la Isla por el Teniente Coronel Ferrer Hechavarría, halló una coterránea entre la servidumbre del Marqués de las Candelarias del Yarayabo. A la infeliz muchacha le bastaba atravesar la calle del Reloj, pasar a la Plaza de Dolores y allí ver la regia mansión del sonado noble. Por la puerta de la cochera se escurría Constancia y ya en la cocina encontraba a Manuela, para tener juntas, momentos felices que les recordaban juegos infantiles de Ijesa, aunque los ojos se les nublaran, a veces, por la angustia de la esclavitud. Cierto es que la otra negra era veintiún años mayor, pero la gente del pueblo natal se mostraba siempre la misma y las distracciones no variaban. Tampoco las leyendas, que de tanto repetírselas eran parte de sus vidas.

Memorizaban nostálgicas los baños en las diáfanas aguas de dos ríos cercanos a Ijesa, que al desembocar uno en el otro se tornaban furiosos. Y con miradas pícaras, los dedos índice levantados, se decían

al unísono: No digas el nombre de Oshún cuando pases por el río Oba, ni el de Oba al pasar por el de Oshún. Y Tinibú y Oddedeí reían gozosas.

Más que una historia de dos mujeres aferradas a un solo hombre, era el llamado a ser astutas y a hablar y creer dónde y qué convenía. Resulta que Shangó tenía muchas mujeres, mas Oshún era la preferida por sus ademanes amables y el temperamento voluptuoso, además de ser bella y coqueta. Las otras esposas sufrían ataques de celos y hubieran dado parte de sus vidas por conocer las habilidades de Oshún para retener al temible varón, presto siempre a intervenir en las peleas con rayos y truenos. Oba vino un día a la casa de Oshún y ésta le dijo, maliciosa, que su secreto consistía en agarrarlo por el estómago.

Sin esperar a más, tomó un cuchillo, una cazuela llena de agua, añadió ingredientes de sabores y colores variados y se la llevó, junto con el cuchillo, a otra habitación, y desde allá dijo a Oba que la esperara un momento. Al rato regresó con la cazuela, el cuchillo sangrante y alrededor de la cabeza un pañuelo que le escondía las orejas. Oshún avivó el fuego y allí colocó la cazuela, de la que se desprendió al instante el delicioso olor.

En la superficie líquida flotaban dos setas que la pícara mujer señaló a Oba: He cortado mis orejas para Shangó, dijo, deleitándose; a él le encantará esta muestra de amor. Así mismo fue. Shangó regresó hablando del exquisito aroma y deseó un buen plato de aquella sopa, para relamirse de gusto mientras comía. Luego pidieron a la otra que los dejara solos para ellos irse a la cama. Oba decidió, entonces, imitar a Oshún y se cortó una oreja que cocinó para Shangó. Cuando él la vio desfigurada y, peor aún, el pedazo que faltaba de ella nadando en el caldo, se encolerizó y asqueado arrojó el líquido. En eso apareció Oshún con sus dos orejas intactas. A ambos lados. Riendo como nunca. Enfurecida, Oba se lanzó contra la otra para enredarse en una gran pelea. Shangó tronó colérico contra las dos mujeres, quienes se asustaron tanto, que al huir lejos y en sentido contrario, cayeron exhaustas para transformarse en los ríos nombrados como ellas.

5

Con los ojos nublados por la nostalgia, Constancia trató de alzar la cabeza y un peso sobrehumano se la dobló. La fuerza salía de un edificio oscuro que albergaba a hombres de ojos atravesados. Era el Círculo Español, en la esquina de las calles Catedral y Santo Tomás. Donde el cabo había detenido la comitiva, que para entonces era numerosa por las decenas de curiosos, complacidos unos y entristecidos otros, y ordenó al verdugo Casimiro Ferrer que cumpliera allí mismo parte de su contrato. El rollizo y velludo ajusticiador fue marcando fustazo trás fustazo en el lomo del negro hasta sumar quince y, dando muestras de su destreza en el difícil arte, los hacía coincidir con las trece acanaladuras anteriores. Los dientes blanquísimos de José Antonio del Rosario rechinaban en el intento vano de ahogar los aullidos, mientras de los ojos brotaban ira y dolor. Y con el bembo tembloroso pero las rodillas firmes, buscaba alguna mirada compasiva, como las de aquellos reclusos de 1869, que noche tras noche sacaba de la cárcel el capitán de Voluntarios Pedro Morlote, para conducirlos, con su piquete, a la finca Caimanes en el camino de El Cobre. Donde, por ahorrar balas y ataúdes, macheteaba a los presos políticos y lanzaba sus pedazos en un pozo.

Era el resultado de la luminosa idea en uno de aquellos encuentros de abundantes libaciones, en el Círculo Español, con el respetado Mariscal de Campo don Simón López de la Torre y Orzuaga, quien, cabeceando, casi despeinado y la nariz de pompón convertida en bola roja y brillante, miró el bailoteante papel ya redactado que otros le trajeran. El gran jefe firmó con rasgos cruzados la hoja que entregó a Morlote. Y con la patente de corso atravesada por media docena de bayonetas, acudían cada noche a la cárcel pública para liberar a los presos políticos más peligrosos. Así, sometían a los criollos ingratos y saciaban sus más íntimos deseos, demostrándose al mismo tiempo el más puro amor a la Madre Patria. Sentimiento que vino a tomar forma desde los primeros días de 1869, cuando el recién estrenado Gobernador de Santiago de Cuba Mariscal de la Torre, propició un rinconcito a bodegueros, hacendados, oficiales del Ejército y empleados públicos, para que recordaran con devoción el suelo natal. Y en el Círculo Español jugaban, comían, bebían, politiqueaban y, sobre todo, planeaban un futuro mejor, cuando las carcajadas desbordaban el edificio de ventanas abiertas y luces encandilantes.

Orgullosos de tener a Santiago de Cuba en un puño, abordaban cada noche el tema único y reían de que los mambises pretendieran pasearse por una tierra que no les pertenecía, ni de hecho ni por derecho; blancos y negros miserables que llegaron aquí cuando todo esto ya estaba descubierto y edificado.

¡No podían descuidarse, y ay de quien alzase un dedo contra la Madre Patria! Caía de la mano junto al brazo.

Así rezaba el himno de los aguerridos Voluntarios, pupilos del capitán Pedro Morlote, bodeguero por necesidad y militar por afición, quien desplegaba una bandera en su establecimiento cada vez que aplicaba su justicia y, muy contento, comentaba entre los clientes: "Hoy tenemos carne fresca." Mas, para su desgracia personal, a Morlote no le fue posible compartir honores junto a los subordinados al finalizar la guerra, pues, si bien la hoja de buenos servicios acumulados lo liberó de la prisión al descubrirse el asesinato de aquellos presos políticos, no pudo, sin embargo, escapar del Señor Cólera cuando éste lo arrastró a la tumba en 1870.

Sobreponiéndose a la fuerza aplastante, porque la gloria del Círculo Español se desvanecía junto con el siglo, Constancia elevó la cabeza para ver, en sucesión casi infinita, los techos de tejas rojas y el inmenso mar azul allá abajo, por donde los veleros se movían apuestos y, al fondo, las elevaciones grisverdosas de la Cordillera de El Cobre emergían de las aguas saladas.

La calle de la Catedral avanzaba zigzagueante, más allá de sus pies y, sin poderla ver, sabía que chocaba en un punto con la Calzada de Cristina, donde, por una extendida Alameda, al mismo nivel de las aguas, los quitrines corrían sosegados tras las yeguas y los caballos, con ocupantes despreocupados, mientras, preocupados negros empuñaban, esa única vez, látigos desde los pescantes. Iban asoleando a sus amos a lo largo del fresco Paseo en las tardes santiagueras, y los blancos se saludaban con sonrisas elegantes, de quitrín a quitrín, mientras avanzaban por las dos carrileras, observando, además, quiénes iban por la de a pie o descansaban en los bancos de hierro, con las espaldas apoyadas en las prolongadas verjas que protegían la Alameda.

Sin saber por qué, Constancia rememoraba sucesos ajenos: como otros gobernantes que perpetuaron sus nombres, ya santificados en instituciones y calles, el señor don Juan Tellez impuso, en 1859, su patronímico al flamante jardín, porque él lo sudó mirando a los esclavos acarreando carretillas con piedras y tierra, para nivelar el suelo agreste. Y dejó allí una preciosa alameda, que, sin embargo, perdió sus paseantes con el tiempo, por estar alejada del centro urbano y muy cercana a la agresiva peste desprendida de mercancías almacenadas y descompuestas en el puerto, a par de pasos del suntuoso paseo. Por eso es que, tratando de atraer trotacalles de todos los niveles –jamás negros, por supuesto–, el alemán don Germán Michaelsen lo modernizó en 1893, para orgullo de los santiagueros.

Apretó la cesta contra su costado y retrocedió a las piedras que iba pisando acá arriba, a lo largo de la calle de la Catedral, justo en San

Juan Nepomuceno. Creyó oír los gemidos de José Antonio del Rosario, que ya, con veintiocho estrías sangrantes, trastabillaba delante de Casimiro Ferrer, quien acometía aquella dura faena para ganar honradamente cinco pesos fuertes, y que la Justicia se sintiera satisfecha, aunque no tanto José Rodríguez, alias Matachín, quien afirmaba como propietario del negro huido

que siempre había sido humilde y muy cumplido en su trabajo, no conociendosele tacha, por eso solo lo había castigado una vez con una bofetada por haber mentido y de eso hacía doce años y otro día le dio tres cocotazos por haberle roto una botija. Le sorprende tanta ingratitud de José Antonio que siempre ha sido tan bien querido y tratado en su hacienda.

Y después de aquella declaración, el amo nombró un abogado, mas no para defender al negro humilde, sino tratando de rescatar su valiosa propiedad descarriada, capaz incluso de decir y hacer cosas horribles. Por eso, desmintió la declaración del siervo, indicando que con anterioridad siete esclavos de diferentes dueños se habían fugado de la localidad de Baracoa, exactamente en San Miguel, pero por mal tiempo también tuvieron que regresar, y a los que sus amos les impusieron la pena de un año de grillete. Aunque en el caso de José Antonio hubo diferencias, porque Matachín envió a sus dos hijos, Luis y Gervasio, a perseguirlo, y lo buscaran en su otra hacienda La Bajada, pudiendo estar escondido allí. Mas, al no encontrarlo, comunicaron el extravío al Señor Juez de Baracoa, quien organizó una partida, para rastrear el monte, retirada poco después al enterarse de que los negros se habían embarcado en una canoa. Y a las tres semanas José Rodríguez supo, mediante el pardillón Gaspar Calzadilla, que su siervo estaba preso en la cárcel de Cuba.

La actitud de *mademoiselle* Adel Dulup no fue distinta. Y por medio de su representante don Manuel Hernández, en casa de quien vivía el negro José Luis, envió ella su declaración diciendo

que ignoraba la causa de la fuga porque había sido muy bien tratado, se había atendido con esmero en sus enfermedades y nunca lo castigaron porque no dio motivos para ello. Era obediente y muy silencioso y se fugó a las siete de la noche después de haber comido.

Luego, *mademoiselle* Adel Dulup, en la voz de su representante, añadió que José Luis volvió a la hora del almuerzo, aproximadamente a las nueve de aquella mañana, y que después salió y no regresó hasta la hora de comer, se ausentó otra vez, y no lo vieron hasta las oraciones, ocasión aprovechada para empezar a recoger las cosas e irse a dormir, como hubiera hecho Constancia en los momentos más

duros de su vida en el ingenio, cuando la idea de huir al monte era firme. Pues al mayoral José Joaquín Rodríguez había que esconderle muy bien los propósitos, si se deseaba lograrlos; de lo contrario, ella hubiera tenido que soportar orina y ceniza o aguardiente y sal, para curar la piel abierta por la cáscara de vaca, caída con furia, desde la mano de un negro como ella, mientras otros esclavos de caras bajas y contraídas, aferraban los brazos y las piernas del azotado.

Un vivo recuerdo la detuvo antes de cruzar la calle de San Juan Nepomuceno. Y el dolor que creyó olvidado, se le vino al pecho, porque una vez más veía con absoluta claridad, en el centro del batey, aquel negro de nudosos brazos que sujetaba las dos manos delgadas de Domitila, mientras otro le agarraba los pies. Los amarillentos y cansados ojos resaltaban en cientos de pieles retintas, que ya miraban indiferentes un castigo más. Esta vez por sentarse en la guardarraya durante la faena. Y antes de tender a Domitila, José Joaquín ordenó a Anacleto que agujereara el suelo a guatacazos, y sacara la tierra hasta dejar una concavidad de medio codo. En aquel hueco metieron la barriga de Domitila, con ella encima, porque el negrito en sus entrañas traía dos brazos más para crear riquezas. ¡Había que cuidarlo! Y con ese propósito, el sagaz mayoral mandó que la marcaran con un "novenario". Un contramayoral se arrastró hasta José Joaquín para decirle, con el bembo tembloroso, que no debían darle nueve cuerazos cada jornada y durante nueve días, porque perdería a los dos. Eso es cierto, pensó José Joaquín, pero él era un hombre recto que no se andaba con paños tibios, y debía tener a raya a la dotación, de la cual era responsable, y tenía que educarla incluso en contra de su voluntad. Pues

Los esclavos están obligados á obedecer y respetar como á padres de familia, á sus dueños, mayordomos, mayorales y demás superiores y á desempeñar las tareas y trabajos que se les señalasen, y el que faltare á alguna de estas obligaciones podrá y deberá ser castigado correccionalmente por el que haga de gefe en la finca según la calidad del defecto, ó esceso, con prisión, grillete, cadena, maza ó cepo donde se le pondrá por los pies y nunca de cabeza, ó con azotes que no podrán pasar del número de veinte y cinco.

Aún así, los negros eran insumisos y, necesariamente, José Joaquín debía violar el artículo 41 del Reglamento de Esclavos, de 1842, que reducía la cantidad de latigazos, y hasta el Código Negro Hispano-Cubano de 1870, que ratificaba aquel número de vergajazos.

Así, el señor sacó la cabeza de su sombrero, separó el mocho de tabaco de sus dientes renegridos, escupió una baba carmelitosa en el suelo rojo, y se rascó el centro de la cabeza entre los pocos pelos rubios; y, entonces, iluminado, masculló que le aplicaran el "lleva

cuenta". El contramayoral intentó una mirada suplicante a los ojos del jefe y tropezó con un tronco de jiquí que respiraba. Sin otro remedio, el negro se volvió hacia Domitila, la midió bien, con el túnico levantado dejando al aire muslos-nalgas-espalda, y lanzó el primer azote. Un aullido recorrió aquel cuerpo, del que también brotó: ¡¡¡Uno!!! ¡¡Dos!! ¡Tres! Cuatro..., Ciinco..., Ssseiii... La sangre había salpicado casi toda la armazón de la infeliz y ya corría por las hendeduras, para caer en la tierra. ¡Cuenta, negra de mierda! Y Domitila reaccionó al decir: Ssssiete. Mas, ya el sudoroso verdugo tenía dos vergajazos por encima del número que marcaba la castigada. ¡¡Para ahí mismo, Tunte!! Y el tronco de jiquí se acercó a la desfallecida cabeza en el suelo, agarrándola por los moñitos. ¡¡Oye, cabrona, la fiesta empieza de nuevo!! Y al ponerse en pie, se miró las manos para limpiarse de la sangre en las manchadas perneras de su pantalón. Ya se alejaba, de espaldas el mayoral, cuando la esclava hizo un esfuerzo y liberó su mano derecha, que llevó, en fugaz movimiento, a la boca. Con dos dedos rapidísimos empujó la lengua para atascársela en la garganta y, dócil esta vez, extendió el mismo brazo, como si no hubiera hecho nada. Una convulsa inquietud recorrió aquellas carnes, que nuevamente recibían los latigazos sin llevar cuenta. ¡¡Por cuántos voy, perra!! La cáscara de vaca desollaba la espalda, y los convulsos movimientos de la cabeza confundíanse con el estremecimiento de todo el cuerpo a causa de cada golpe. El silencio de la esclava estimulaba al verdugo, que no quería caer bajo la mano del mayoral, pero a los veinte latigazos José Joaquín Rodríguez paró al negro y, endemoniado, fue a ver. Parecía que el espíritu de un muerto de fuerza hercúlea había penetrado en Domitila. Nadie podía retenerla. Los pies y las manos eran remolinos que giraban por todo el suelo rojo. Hasta que se detuvo bocarriba. Ya sus ojos resaltaban en las órbitas, y en los labios se acentuaba el color morado. Su cuerpo se estiraba quieto, pero la abultada barriga latía apresurada, como si fuese a estallar. Se armaba una punta en el mismo centro, que al instante era plano, para aparecer formas agudas por los lados. También allí se impuso la calma. El silencio descendía sobre la dotación, y hasta los indiferentes apretaron las mandíbulas.

Como entonces, ahora Constancia trancó fuerte las mandíbulas, era su manera de aprobar algo; Domitila había hecho muy bien y ella debió seguirla. Pero dos objetivos la tenían alerta en esta vida y seguía cargándola, cada vez con menos fuerzas, y ya venía imponiéndose para bajar y subir las cuestas de esta ciudad, sobre todo ésta, que es empinadísima, y ya no sé qué es lo peor, si subir con mil esfuerzos, inclinada adelante y tensando todos los músculos, para arrastrar las compras y a mí misma, o también tensarme, esta vez bien derecha, para bajar las pendientes. ¿Qué será más malo, subir para luego bajar o bajar para subir después y terminar bajando?

Iba tan metida en sí misma, que por poco cae sobre Isabel Huesito II, negra esmirriada con afiladas puntas a lo largo del estrecho talle. Se había investido con título tan rancio, porque años atrás hubo otra Isabel Huesito y, porque se sentía en deuda con la bondadosa reina española; ésta le había permitido usar su nombre y vivir en una de las posesiones ultramarinas. Mas, el destino mostrábase justo, pues mientras Isabel II entristecía en un rincón europeo, después de haber sido destronada, Isabel Huesito II reinaba alegre con ojos extraviados en las calles santiagueras.

Constancia miró hacia abajo y la invadió un sentimiento de lástima y envidia. Isabel Huesito II reía a la nada, sentada en la acera, llevándose al pecho trapos que extraía de bultos a su alrededor. No quiso sacarla de su mundo, y tampoco podía, por eso giró a la izquierda, flexionó la rodilla y su zapato se apoyó en el mismo sitio que cincuenta y nueve años antes sostuvo el cuerpo desgarrado de José Antonio del Rosario, cuando cayó bajo el azote número treintisiete, porque también lo había acusado el testigo Silvestre Rodríguez, al decir

que era cierta la desaparición de su cayuco en el Río Seco, pues lo buscó y comprendió que se lo habían hurtado.

Además de que tres hermanos hablaron en pleno campo con los dos negros, cuando éstos les pidieron ayuda

pero respondieron que para hacerlo debían comunicarlo al Juez del Partido y decidieron separar el cayuco de la orilla y amarrarlo, mas temerosos se alejaron en el cayuco, por la posibilidad de que la cantidad de negros fuese mayor y vinieran armados, pues uno de los que estaba en la ranchería portaba un trabuco; y como a las ocho de la noche del mismo día volvieron los dos negros con un acho encendido y los vieron desde el punto donde estaban en el cayuco; decidieron entonces ir al Surgidero del Jojo y comunicarlo todo al capitán de aquel Partido D. Clemente

Columbié. Al día siguiente se formó una partida para cazar a los negros pero no los vieron.

Declaraciones que se unieron a la de Andrés Beliz, quien afirmó que

la antevíspera de Santiago, en la noche, estaba sentado en la calle de su casa en la esquina que está inmediata, conoció al negro nombrado José Antonio del Rosario, que estaba parado en aquel punto conversando con el otro José Luis y escuchaba que al siguiente día fuese muy temprano a la Hacienda de su amo en donde lo esperaba y que llevase aguardiente y galletas.

Y Constancia hizo una mueca. Había mucha tristeza en las historias de todos los negros. Como en las de los blancos.

7

Dolida de su destino infeliz, Constancia caminaba con los ojos vueltos hacia adentro, convencida de que su dolor era el peor. Y vino a remacharle ese sentimiento la noche que, años atrás, recién llegada a la residencia alquilada en quince pesos fuertes por el militar español, creyó que soñaba, mas era una realidad torturante. El amo desnudo respiraba afanoso muy cerca de ella. Lo que la hizo incorporarse con los ojos redondos, y reprimir un grito al sentir el contacto de las manos de piel suave pero duras, cuando la obligaron a tenderse de nuevo en la cama, para ella ver, en la semipenumbra, el barbudo rostro, iluminado por dos ojos chispeantes, que bajaba pegándose a mi cara y me pinchaba la piel del cuello y de los senos, mientras las mismas manos halaban con violencia la sábana que nos separaba, para lanzarla al piso, y, con igual rapidez, rasgar mi camisón. No atiné a otro movimiento que no fuera huir, con la cabeza y el cuello, de aquel cuerpo largo y sudoroso encajándose con sus rodillas entre mis muslos, a la vez que me besaba, sin importarle una respuesta mía. Como un remolino enloquecido, me zarandeaba hacia los lados y arriba y abajo, y yo escapaba mis manos para obstaculizar su entrada, pero él pudo más con una bofetada que me paralizó. Empecé a llorar infinitamente, pues sentí desgarrarme por dentro mientras él, sin freno, vaciaba sus ganas. ¿Con qué ojos miraré a José Vicente, cuando al fin lo tenga delante? ¿Cómo se lo diré y qué pensará de mí? Pero el amo mandaba y ya se ponía en pie sin palabra alguna para alejarse en la oscuridad.

A Constancia se le ensombreció el rostro y pasó la mano por el pecho, en medio de tantas personas que iban y venían a lo largo de la calle de la Catedral, en el vano intento de borrar la vieja marca que se fue agrandando con las visitas violentas de José. Aplastada por la humillación de aquellos años, pisó levemente las chinas pelonas de la rúa, pues recordó que no tuvo otra salida que la impotencia y, con ello, resignarse a su suerte; a José Ferrer tendría que servirle siempre.

Aunque más de una vez, José Ferrer Hechavarría dejó fuera del cuartico la alta investidura, para confesar, con ojos húmedos, a las paredes, su intimidad oficial, que odiaba a Catalina. Porque ella, desde siempre, vino a la cama envuelta en pomadas que combatían los fuertes dolores de cabeza, o del vientre, o una larga y pertinaz menstruación, o agotada por haber ido de compras... Pero él seguía durmiendo al lado de aquella mujer, pues juró ante dios estar unido a ella hasta la muerte, aunque trató varias veces desahogarse en su cuerpo, y luego de una hora en constante movimiento, comprendió lo inútil del esfuerzo...

Más, cada mañana, el matrimonio se unía, con sonrisas mutuas, en

medio del tintineo de las cucharitas de plata dentro de las tazas llenas de leche y chocolate, para enfrentar un nuevo día. Y sentados a la mesa, se miraban de soslayo, por encima del hijo, cuando la esclava venía a servirles el café, con los ojos tragados para ocultar la rabia.

Ahora, pasando por la parte trasera de la Sociedad Filarmónica[83], Constancia elevó la cabeza para ver, a través de las ventanas con rejas de madera torneada, las transparentes lágrimas que armaban estupendas lámparas colgadas en el centro del vasto salón. Donde los santiagueros y las santiagueras pudientes se reían en grupos, y en las tardes y en las noches se desplazaban en parejas, sobre el piso pulido, a los acordes mezclados de violines y pianos y flautas y trombones... Y erguida, con los dedos crispados, trajo al presente que deseó morirse de tanta vejación. Con los años, sin embargo, su cuerpo había venido relajándose, y ahora no tenía sentido tensarse por el pasado. También su odio vino trocándose en lástima hacia el Teniente Coronel José Ferrer Hechavarría. Y hacia Catalina, porque ella también era una infeliz.

8

Mucho después, aquel dolor se fue disipando. Y ahora, casi olvidado bajo el fuerte vocerío de los vendedores en la Plaza del Mercado, Constancia contemplaba, serena, el tiempo ido, desde la esquina de las calles Catedral y Padre Pico. Miró a la derecha y vio apretujadas fachadas de casas en la calle de la Marina, casi montadas unas encima de otras, para no quedar fuera del elitista barrio de la Catedral, en el que sus moradores mantenían viva la presencia de España. Que también aquí debían ser fuertes para vencer a Francia, porque muchos galos, a pocos pasos, a partir de la rúa del Gallo, comían-vestían-caminaban-hablaban-se divertían, libremente, a la francesa, en la parte marginada de la ciudad. De donde fueron ascendiendo, lentamente, para apoderarse del espíritu de la gente de Santiago. Porque huidos de la banda francesa de la isla de Santo Domingo, en 1789, por la Revolución de Haití, encontraron refugio solidario en lomerios orientales, para fundar cafetales y una esclavitud más suave en apariencias.

Volvió la cabeza a la izquierda y su mirada tropezó con la irregular escalinata de la loma de Corvacho, lugar donde el bodeguero peninsular don Juan Corvacho Fernández montó su timbiriche en 1832, bajo el regio nombre de La Primera de Corvacho, allí mostraba, inclinados por el desnivel del piso, salchichas, tocinos, mortadellas y jamones que colgaban de la solera, y que de cuando en cuando bailaban al compás de los temblores telúricos. Fue sin dudas un hombre de pelo en pecho, porque clavó su negocio en terreno difícil, arrebatando además un pedacito de calle al deán de la Catedral Bernardo Pico y Redín, que desde el siglo XVIII había prestado su nombre a la vía, conocida inicialmente como la calle del Hospital. Porque precisamente en ese mismo lugar, donde ahora Constancia iba a comprar viandas y legumbres, y hombres y mujeres, con risas y enojos, se fajaban por precios mayores y menores, se alzaban por toda la eternidad las sombras de los adoloridos que no encontraron cura en las salas malolientes del Hospital de Caridad San Juan de Dios[84], y que pretendieron ascender a la Gloria o descender al Infierno, gracias a las manos piadosas de los monjes que oficiaban en el Convento de Belén, pegado al recinto de limosna.

Allí, el negro José Luis abandonó la vida el día 20 de abril de 1835, y cada amanecer escuchábase su voz quejumbrosa queriendo demostrar inocencia. Nueve meses después, aquel espíritu se contrajo ante la cara lastimosa de José Antonio del Rosario por el castigo inmerecido, que llegó escoltado por los ocho soldados, para soportar otros siete latigazos y entonces sumar cincuenta.

El etéreo José Luis intentaba zafar el cuerpo de su compinche de

aventuras de las garras del verdugo, pues se arrepentía de haber culpado tan neciamente a José Antonio. El casi cimarrón, y criminal por el empujón del Promotor Fiscal, no olvidaba sus declaraciones año y medio antes, cuando respondió

> *que el haber fugado no fue por causa de mal tratamiento que hubiese recibido de Hernández sino por haberlo seducido el citado negro José Antonio con el alhago de la libertad de que gozarían en la parte francesa de la Ysla de Santo Domingo. Que José Antonio robó plátanos y un marrano en una hacienda de su amo Matachín que está inmediata a la costa, para hacerlo tasajo además del trabuco, las municiones, los pedazos de machete y un cuchillo. Que cuando los prendieron José Antonio formó resistencia y trató de hacer uso del pedazo de machete que llevaba a la cinta.*

No era de extrañar su actitud, pues José Luis había sido mayoral en el cafetal de la francesa Adel Dulup, sito en el partido de Yarayabo Arriba, del que lo sacó su ama a la casa de don Manuel Hernández, para venderlo por causa de una riña de la dotación contra él. *Mademoiselle* Dulup lo había adquirido a buen precio cuando falleció don Santiago Canfor, que lo compró al capitán de buque don Juan Ynan, y éste lo tomó del señor José María Ramos, natural de Caracas, ciudad donde había nacido José Luis cincuenta años antes de convertirse en un espíritu atormentado por la infidelidad hacia la gente de su misma condición.

Superponiéndose sin cesar, vivos y muertos se movían en el mismo sitio, para entonces Constancia no ver aquel mísero Hospital de Caridad, sino la abigarrada Plaza del Mercado multiplicada en vendutas, carretilleros, tarimas y gentes capaces de cualquier cosa para seguir viviendo. Como José Antonio del Rosario, que, por querer hacer lo mismo, intentó con sus declaraciones inocentar los actos a partir de la noche de su fuga, mas el escribano tomó las palabras del fugado de esta manera:

> *En la ciudad de Santiago de Cuba á veinte y ocho de agosto de mil ochocientos treinta y cuatro años el Señor Asesor comisionado Licenciado Dn Hilario de Cisneros Saco junto con migo el Escribano se constituyó en esta Real Carcel, y estando en la Sala de Justicia hiso comparecer á un moreno preso por esta causa, á quien le recibió juramento que hiso por Dios y una señal de cruz, de decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado el Caballero Síndico Procurador General que se retiró luego y lo fue y contestó como sigue———————————-*
>
> *Declare: como se llama, de donde es natural y vecino, que edad, estado, condicion y egercicio tiene, respondió: Que se llama José Antonio del Rosario, casta Congo, que ignora su edad, pero calculando*

por la fecha en que vino á la Ciudad de Baracoa y los años que tenía entonces, que serían nueve ó diez, contaría ahora veinte y cinco ó veinte y seis, mas que menos; de estado soltero, esclavo de D. Miguel José Rodríguez natural y vecino de Baracoa y oficio del campo en una hacienda de Ganado de su amo titulada La Bajada.

Declare: quien lo prendió, en donde, que día y hora, de orden de quien y si sabe o presume la causa de su arresto, respondió: Que José Dolores Ferrer, Toribio Nuñez y otro mulato a quien no conoció, en la Hacienda de Sigua, despues de las oraciones de la noche del jueves de la semana pasada, que no sabe de orden de quien y que ignora la causa.

Declare: con que motivo fue a la Hacienda de Sigua y de donde venía, respondió: Que el día de Santiago veinte y cinco de julio último, se huyó el deponente de la casa de su amo porque la Señora lo regañaba mucho y no quería darle papel para buscar nuevo amo: Que se unió con un negro llamado José esclavo de Mlle Adel vecina de esta ciudad, el cual vivía en la casa de D. Manuel Hernández en Baracoa: Que en este estado proyectaron trasladarse á la parte francesa de la Isla de Santo Domingo, con el objeto de ser libres: Que se encaminaron á la punta de Mayarí en donde se robaron un Cayuco de un pescador, sin que nadie los hubiera visto, porque como era de noche, no había persona alguna por allí: Que luego que salieron con direccion á Santo Domingo, los vientos y las corrientes los arrastraron hasta la costa de Sigua sin poder hacer camino: Que allí saltaron á tierra y sin saber por donde iban, fueron á dar á la hacienda María del Pilar y encontrando en ella a Núñez y a sus dos compañeros les preguntaron cual era el camino que seguía para Baracoa y contestándoles que no lo había trataron entonces de venir para Cuba á buscar amo, presentandose primero al señor Gobernador: Que en el acto los amarraron, y el deponente y su compañero declararon que habían salido de Baracoa para pasarse á la parte francesa de Santo Domingo con lo demás á que se á contraído en las respuestas anteriores: Que Nuñez y los otros dos mulatos les quitaron un trabuco con cañón de bronce que traía el deponente y le había robado á su amo, con un chifle en que había un poco de pólvora, como menos de media libra de municiones gordas, una bala, dos pedazos de machete, un cuchillo roto y la ropa del absolvente y su compañero; y al día siguiente los atrapó Nuñez amarrados hasta la estancia de D. Alonzo Sanchez, quien acompañó al Nuñez hasta el Palacio del Señor Gobernador y luego los metieron en esta carcel.

José Antonio del Rosario debió de mirar en todas direcciones; si así fue, vio un escudo broncíneo con muchos adornos, en el que se destacaban una casa grande, un león extraño y debajo cadenas entrelazadas, además de una bandera con los colores rojo y amarillo que tenía pintado aquel escudo en su centro. Siguió registrando la

pared con la vista, y descubrió un mapa de las Antillas en el que estaba clara la ruta entre las islas de Cuba y Santo Domingo. Pero por desgracia, el esclavo no disponía de esa carta náutica cuando se embarcó. Y aún teniéndola, tampoco habría podido disfrutar de la libertad en aquellas tierras, si el viaje hubiera dependido de la lectura de ese planisferio. Por eso, seguramente, continuó respondiendo a quienes decidían su futuro en el rápido juicio imparcial.

Y esforzándose en convencer los rostros incrédulos, dijo que nunca contactaron con los diez ó doce negros de don Julio San Miguel, quienes habían intentado llegar a Haití dos años antes, aunque sí trataron de imitarlos porque había sido una locura muy conocida en la ciudad, y entonces ellos dos acordaron un día, llevándose, además, objetos y alimentos para la travesía, sin saber que de la parte francesa de Santo Domingo hubiera venido alguien a Baracoa, con el propósito de seducir a los negros y mulatos, esclavos y libres, para que se fueran de Cuba, y tampoco se les ocurrió irse a un palenque antes o después de embarcarse con su compañero en la Punta de Mayarí, y mucho menos cometieron robos de frutas o animales o hirieron a persona alguna, sólo tomaron un marrano de su amo y algunos plátanos.

Sin otro aspecto que tratar, José Antonio del Rosario, con paz en su interior y apresados los brazos y las piernas por cadenas, que resonaban en el piso de ladrillos rojos, abandonó, entre dos centinelas, la sala de paredes blancas con una mesa larga y tres asientos y detrás la bandera y el escudo españoles, además del amarillento mapa de las Antillas.

Así pues, convencidos de la rectitud de aquel acto justiciero, pusiéronse de pie los altos personajes, para alargar sus nombres con firmas cuasi ilegibles como si no quisieran ser juzgados ellos mismos por la Historia. Luego se estrecharon las manos y salieron a la calle.

Ese episodio trágico, agrandado con los años, mutiló el anhelo de ser libre en Constancia. Para quien, no obstante, el destino se le fue haciendo más tolerable, porque contó, desde su inicio en Santiago de Cuba, con el aliento de Manuela. Pero nunca menguó su rebeldía, y entonces transitó a la indiferencia absoluta. Ahora le daba lo mismo que Olorun ascendiera o dejara a oscuras el mundo.

Ya la cara de José Vicente y el pequeño cuerpo de su hijo eran imágenes gastadas de tanto repasarlas. Y las sólidas esperanzas de otros tiempos, casi se le habían secado. Por eso vagaba cual fantasma en una ciudad bullanguera y cadenciosa, donde hasta los carretones y sus mulos haladores se movían, armónicamente, al influjo de las voces de sus conductores. Una de esas bestias acercó impetuosa sus belfos al cuerpo de Constancia, que cayó por el topetazo. El carretonero haló desesperado las riendas y los cuatro cascos del animal rechinaron sobre las piedras.

te creí definitivamente desaparecido sobre ese caballo mi joven tancredo

eso hubierais deseado infame vejestorio infiel de todos los demonios mas heme acá vigoroso como siempre

Escuchó la voz de José Vicente y percibió su fortaleza, que a tiempo la sacaba casi de entre las patas rígidas. El corazón quería desgarrarle la piel. Constancia pensó que afortunadamente había muerto para, al fin, encontrarlo a él, cuando de los labios allá arriba surgía: ¿señora, señora, se siente usted bien? Y la punzante realidad le hizo descorrer los párpados para ver, agachado ante ella, un hombre de ojos verdes y pelo crespo abanicándola con su sombrero de jipijapa, mientras los curiosos de siempre la asediaban con las acostumbradas amabilidades: ¿le duele la cabeza?, ¿no le pasó nada?, ¡por poco la mata!, ¡oiga, tiene que cuidarse!, ¿va muy lejos?

Constancia sólo tenía ojos y oídos para su salvador, que le sonreía con gran sinceridad. Pero, mirándolo de cerca, en detalle, vio con pesar que no era José Vicente. ¡No podía serlo! Sin embargo, un fuerte impulso se le desbocaba desde lo profundo, y reprimió el deseo de abrazarlo, con el entendimiento anublado pasándole al rostro. El lo vio, y mientras la gente ya seguía en lo suyo, le tomó una mano para imprimirle aquella calidez jamás olvidada por ella, que le recorrió el brazo, erizando la piel negra hasta el fondo del cuerpo femenino. Brotaron, desde allá, las lágrimas, en tanto él preguntaba con igual voz si sentía algún dolor, y ella responderle que no, no es nada, pero usted llora como si las bestias la hubieran herido, no, m'hijo, estoy bien, me siento tan cansada. Un suspiro largo empequeñeció a Constancia en el borde de la calle. El joven miró los ojos ligeramente rasgados y ya sin brillo, en los que descubrió una cortina dura a través de la cual, sin embargo, se filtraba bondad. Y calculó entonces la gran carga de sufrimiento almacenado en esta pobre mujer, cuando ella pidió, por favor, hijo, ayúdame a levantarme, cuál es tu nombre, Carlos Manuel respondió él, y ella se conmovió profundamente ante la voz, él ladeó la cabeza, ¡igual que José Vicente, dios mío!, para mostrar al instante y sin saber por qué afecto hacia Constancia.

al parecer comienzas a deshacerte de tu vano orgullo caballero cruzado que jamás pidió ni dio clemencia

os equivocais califa fatimita hakem me mostraré cual genio y figura hasta el fin de los tiempos mas es bueno para las almas alargar la mano a ciertas criaturas desvalidas aunque seais vos precisamente

Y al percibir otra vez el contacto de los brazos firmes que la elevaban, a Constancia le vibró el cuerpo, con los ojos cerrados, para viajar en sentido inverso y transportarse a los arrecifes solitarios, donde aquellos dos jóvenes continúan amándose por siempre. Y de allá saltar al instante más tierno, cuando sintió el calor del hijo

acostado junto a ella en el camastro, para brotarle ahora una nueva lágrima.

Rehizo su compostura con esfuerzo y agradeció al joven haberle salvado la vida; él se disculpó con galantería, no es nada, señora, para servirle.

Constancia tomó el canasto y avanzó entre los pregones, que envolvían la calle con la aguda pendiente de Corvacho al final. Y volvió la cabeza para llevarse la última visión de aquél que ahora le traía a la memoria a José Vicente, tan parecido y distinto a la vez, con la piel quemada, quizás por el sol de aquí, y hasta más alto, quien levantó una mano cuando otro joven lo llamó, ¿Villalón, Villalón, vas para el bufete o para la casa?

Entonces lo vio con la vista fija por encima del gentío y, como un rayo, pensó en el ser salido de sus entrañas, para acelerársele el pulso. ¿Y si un día de éstos me lo encuentro, dios mío, cómo reaccionaré? ¿Mi corazón latirá más fuerte o ya se me habrá apagado?

Trancó las mandíbulas para repetirse que era una tonta si seguía pensando en rescatar de alguna manera el tiempo ido. Porque si aquél que ella trajo a la vida respira aún, ya debe de ser un hombre y no nos reconoceremos aunque en los dos corra la misma sangre. También será muy tarde para que él me quiera como a su madre y yo ocupe el lugar de la que lo haya criado. Además, el paradero de mi hijo es un secreto bien guardado en las tumbas donde ya reposan Anselmo y Filomena. Que a pesar de mis ruegos, cuando visitaron el ingenio, tampoco me dieron razones. Tenían miedo, y parecían perseguidos por los ojos de la Señora Andrea. Y por los de Constancia emergió el rencor que había guardado durante veintitrés años. Aunque mirando bien adentro, se dijo que la familia Sales y Díaz de Piedra era un simple granito de la avalancha que la había aplastado, para eliminar de su alma la risa y el deseo de vivir.

Le brotó una última lágrima y la rompió de un golpe. Y por primera vez, en muchos años, sientiéndose libre de verdad, venció escalón tras escalón para alcanzar la explanada donde estaba instalado el mercado. Y avanzó con determinación, el rostro endurecido, por entre las tarimas con frutos y viandas fosforescentes, relinchos de caballos, cacareo de gallinas, piar de pollos..., hasta dar una vuelta completa a la plaza requetellena de gentes y animales. Esta vez los saludos pasaban a su lado sin entrar en ella. Y ni las súplicas de los vendedores, con la promesa de una buena *ñapa*[85], la hacían detenerse. Porque, increíblemente, iba amasando una nueva idea capaz de fortalecerla. Regresaba a la casa de los amos con la cesta vacía por propia decisión. Caminó resuelta por entre los mil pedigüeños, y salió del mercado hacia la calle de la Marina, bajando los escalones de piedra.

10

Iba ligera calle arriba, cuando se vio obligada a pegarse a la fortificada pared, para dejar libre el paso a un grupo de hombres que surgía de las sombras, con grilletes y cadenas. A la distancia se les hubiera descubierto por el olor a caballo resudado que desprendían. Más de veinte cuerpos humanos, ataviados con sombreros de guano, chaquetas y pantalones rústicos, amén de los números en pintura negra resaltante sobre la parte posterior de las guerreras, estremecían las piedras de la vía con las barretas, los picos, las palas, las carretillas y las propias cadenas, de cuyos eslabones saltaban sonidos argentados en cada movimiento de los pies descalzos, conocedores por sí solos del camino a la Alameda, que por esos días embellecían por orden del Gobierno. Los vigilaban tres soldados siempre alertas y los ojos feroces de cuatro carceleros.

Constancia no quiso ver las caras ajadas y levantó su mirada al cielo. Oyó entonces un lamento lejano que venía de lo alto. Salía del segundo piso de la cárcel, a través de las ventanas con gruesos barrotes, y pertenecían a un esclavo haragán que su amo había entregado al verdugo para hacerlo laborioso. Era la misma historia de siempre. Resulta que donde ahora se erguían estos muros estuvo antes la primera iglesia, elevada posteriormente a catedral de la Isla, donde los fieles imploraban la piedad del Señor, mientras su embajador en la Tierra los regañaba mediante sermones. Y más de un creyente descarrilado debió sufrir penitencia aquí por sus pecados, carnales muchos y materiales todos.

Quizás aquellos antecedentes fueron el abono ideal para que el Bajísimo fuera desplazando al Altísimo de la zona, y hoy Satanás tenga aquí su recinto para educar a sus más bellacos hijos. Constancia pensó entonces que el dios y el diablo de los blancos son socios, porque uno crea la vida y el otro la destruye. Sin el concurso de uno no puede existir el otro, y aunque se repelen se complementan. Porque según dicen los blancos, ese dios creó al hombre más el diablo lo hace andar.

Y aunque llevaba el rostro ensombrecido, Constancia no pudo evitar una sonrisa. Los condenados hijos de uno se recreaban, a pesar de todo, tras las rejas, con las excelencias musicales de los hijos del otro. Tal vez no bailaran pero amortiguaban las torturas, o las hacían mayores, pues frente a la cárcel, calle Marina de por medio, se estiraba al cielo el edificio de la Sociedad Filarmónica, donde la élite santiaguera se encontraba cada día en brillantes fiestas y comelatas.

Alejó su vista a lo largo de la empinada calle y otra vez se sintió ligera, tanto, que su cuerpo flotaba sobre las piedras pulidas de la vía. Y una inexplicable contentura le llenaba el alma. Se le fortalecía en su

interior la capacidad de verlo y sentirlo todo, como si pudiera meterse en cada objeto o persona. Sus ojos visualizaban los sucesos más allá del tiempo, y al mirar hacia atrás descubrió que el terreno carecía de uniformidad y la ciudad parecía montada en tres escalones; allá abajo, pegada al mar, se extendía la zona de la Marina y ahora pisaba el segundo, donde las construcciones elegantes anunciaban el barrio de La Catedral, y al llegar a "su" casa estaría en el borde del tercer escalón que terminaba en la Plaza de Armas. Adonde fueron a parar aterrorizados algunos santiagueros años antes. Constancia soltó una risa leve, porque, a las nueve de la mañana del cuatro de octubre de 1887, la tierra tembló dos veces. Pero, acostumbrados al azoro del suelo, la mayoría no corrió tanto.

Es que entre guerras, epidemias, movimientos telúricos, ataques de corsarios y piratas y desmanes de gobernadores ha venido naciendo la gente de este pueblo que vive cada amanecer como el último: bebiendo, jugando y bailando. Mas, su valentía casi se desvaneció esa misma noche, pues alguien pasó por las calles con el grito de que el mar estaba subiendo. Viejos enclenques de una última afeitada, que reagruparon las desperdigadas fuerzas, saltaban de las puertas y las ventanas, como pelotas, para rodar cuesta arriba en vocerío interminable, evitando así morir arrastrados por las descomunales olas; y mujeres que hasta hacía un rato tenían planificado parir el mes próximo, lo hicieron presionadas por el correcorre; y niños que apenas si sabían distinguir entre una teta y su propio dedo, gateaban sobre las chinas pelonas o corrían veloces encima de los hombros de sus padres... Iban con los batilongos de dormir o con los calzoncillos en una mano, repitiéndose unos a otros: ¡El mar está subiendo! ¡El mar está subiendo!

En sentido contrario bajaban las autoridades con el Gobernador al frente, quien abría los brazos para atajar a los despavoridos santiagueros, mientras llamaba a todos a la calma. A punto de ser atropellados por el río humano, los guardianes y el propio Gobernador se fundieron contra una pared, para contemplar el impresionante desfile. Y uno de esos incrédulos de todos los tiempos permanecía dentro de su casa, cómodamente acostado, en duermevela, importándole poco que el mar subiera o bajara. Mas, apremiado por las exclamaciones que llegaban de la calle y fuertes empujones de los familiares, saltó hacia la oscuridad para meter un pie en el tibor medio lleno. Y dijo: ¡Cielos, es verdad, el mar está subiendo! Pero aún desconfiaba y realizó una prueba definitiva: metió el dedo índice de la mano derecha en el líquido frío y se lo llevó a la boca. ¡Caramba está salada! ¡Coño, el mar está aquí mismo!

11

Constancia aún sonreía cuando se acercaba a la calle de Santo Tomás, por donde, en 1836, fueron arrastrando al desfallecido cimarrón José Antonio del Rosario, para pasar ante el Muy Ilustre Ayuntamiento, sin entrar en la cárcel a su lado. Y vio su propia imagen en aquel lejano suceso, como si la ajusticiada fuera ella, porque los deseos de libertad la atormentaron en otros tiempos.

Pero lo que unos hombres le quitaron y nadie le devolvió, lo rescataría esta misma mañana. ¡Cuánto sufrimiento pude haberme evitado!

Y los ojos se le dulcificaron, a tal extremo, que los amos de turno desaparecieron en un remolino de algodón, sin voces ni cuerpos. Ni recuerdos. Ahora iba sola pero acompañada por miles de rostros alegres y tristes, que se atravesaban en multiplicidad de hechos pasados.

Veía blancos barbudos con cascos y petos metálicos, empuñando espadas y armas de fuego con cañones como cornetas. Arreaban trescientos negros, que fueron los primeros introducidos en Cuba por el Adelantado Diego Velázquez, en 1521, transportados desde la vecina Isla de Santo Domingo, para desembarcarlos por este puerto.

Santiago era entonces cuatro palos con dos yaguas encima, entre lomeríos y temblores. Para suerte de los excelsos colonizadores llegaron aquellas Piezas de Ebano, que con sus músculos hicieron el trabajo menor: edificar la ciudad, pues el más difícil, fundarla, ya había sido hecho por los blancos en el Año del Señor de 1515.[86]

Pero el Altísimo sólo permitió al Adelantado explotar durante tres años aquella especializada fuerza de trabajo, más diestra que los aborígenes en resistir castigos y ardientes rayos solares, porque, en 1524, las angélicas trompetas celestiales elevaban el pequeño espíritu del fundador y primer gobernador de la villa de Santiago de Cuba.

Quedó en la tierra la parte material de aquel hombre y una hermosa residencia que ya venía mirando Constancia a su derecha. Y viendo también, a través de los muros, cómo Velázquez, en su lecho de moribundo, observaba molesto que los techos y las paredes estaban a medio terminar[87], a pesar de haberse iniciado la obra el mismo año de la fundación de la villa; y maldecía, sin dudas, la lentitud de los negros holgazanes. Por eso, irritado, tomó la pluma de ganso que empapó de tinta y escribió firme en el papel enrollado:

Mando que si yo falleciese e Dios fuese servido de me llevar en esta isla Fernandina. Que mi cuerpo sea sepultado en la Iglesia Mayor de esta ciudad en medio de la capilla deella, xunto de las gradas del altar donde se faga un enterramiento honrrado.

Casi al instante vio Constancia una neblinosa fila de hombres serios y cabizbajos saliendo, de la casa en la esquina, con un sarcófago en hombros. Iban Marina abajo, hacia la Iglesia Mayor de Santa Catalina[88], sobre pisadas insonoras. Un aguador halaba su mulo de cascos resonantes, cargado de botijas de barro llenas de agua de manantial, y atravesó el cortejo fúnebre.

-Ey, linda, ¿me compras un vaso de agua fresca?

Constancia dio un salto. El sudor le corría por todo el cuerpo. Ya descendía sobre las piedras de la calle el Sol siempre iracundo de Santiago. Ella miró al hombre con sombrero de guano y pantalones zurcidos, pero limpios; le contestó que no a medias, para tender la mirada a un costado de la Plaza de Armas y detenerla en la esquina de Marina y San Pedro, donde se abrían a los santiagueros las puertas del Club San Carlos. Sus miembros negaban toda filiación política de esta sociedad, por la diversidad de origen de los integrantes, pero nadie desconocía el fuego apasionado que había venido creciendo, entre los criollos, en aquellos salones de lectura, juego y baile. Ahora, en 1895, sus afiliados eran antiespañolistas solapados y eso contrastaba con el nombre de la institución, puesto en 1859, en honor del Gobernador don Carlos de Vargas Machuca y Cerveto.

Cansada de ver la lucha por el poder entre los blancos, Constancia torció a la izquierda para tomar por Santo Tomás y caminar apurada hasta la calle de las Enramadas, por donde cuatro negros repicaban tambores desenfrenadamente, y de las casas y de las calles aledañas goteaban gentes de todos los tipos, sin más obligaciones que dejarse arrastrar por el ritmo en zigzagueantes movimientos.

Viéndolos, la fantasía de Constancia voló doscientos años atrás, para internarse en la procesión del Corpus Christi, que arrancó, al fin, cuando tronaron los ventiún cañonazos en el fuerte de Punta Blanca, al sur de la Calzada de Cristina, y doblaron las campanas de las cuatro parroquias santiagueras. Rompía el desfile el cuerpo de Cristo en la cruz magna de la Catedral, llevado en parihuelas y sobre los hombros de cuatro negros fornidos, también hijos de dios durante la peregrinación. Le seguían los más ilustres devotos del Altísimo, lo mismo del Gobierno Civil que del Eclesiástico, engalanados en correspondencia con las circunstancias y sus bolsillos, sudando a mares por las ropas inadecuadas para el clima, pero satisfechos porque honraban al Señor y, de paso, se exhibían ellos mismos a lo largo de las calles de la Catedral, San Basilio, San Juan Nepomuceno, Marina, Santo Tomás y la Calle Ancha; todas brillaban, adornadas por pencas de cocoteros y de palma, ramajes floreados y guirnaldas de colores.

La procesión avanzaba totalmente blanca y circunspecta en la punta, con su carga religiosa y oficial, y se iba ennegreciendo hacia la cola, trescientas varas al fondo, donde se imponía lo popular y la

sandunga era caliente. En esa parte del desfile, todos seguían el sangrante cuerpo de Jesús en la cruz, allá alante, mas en el frenesí del dundun de los cueros, hacían vivir a sus orishas, que resaltaban en las pieles brillosas al mover rítmicamente, casi al unísono, las caderas y los brazos hacia atrás, flexionando por turno las rodillas. Y de cuyas gargantas brotaban cantos que se convertían en un rumor serpentino. A Constancia se le llenaba el cuerpo de aquel inexplicable sentimiento de felicidad, del que había sido presa en las calles de Ijesa, y descubría ahora, con ojos visionarios, que los blancos son unos ladrones, pues iniciaban aquella peregrinación disparando veintiún cañonazos y ese número pertenece al orisha Elegguá, porque sólo él tiene esa cantidad de caminos y son, además, veintiuno los espíritus que acompañan a cada persona[89].

El sol bestial no achicharraba a nadie a lo largo del desfile, pues la Calle Ancha mostraba las más vistosas ramas, tan tupidas que formaban un túnel colorido. Todos andaban bajo aquel techo capaz de atenuar la atmósfera e incrustar, así ornamentada, la vía en la memoria de los santiagueros, con la luz solar filtrándose entre las hojas largas, moteando con clarososcuros las fachadas y las piedras redondas. Para el día menos esperado aparecer, en las lenguas de quienes le dieron vida, como la calle de las Enramadas, donde Constancia se detuvo, con la cesta vacía a su costado, para tomar aire antes de imponerse subir la empinada cuesta. Pero por aquella historia tan vieja tenía la boca reseca y se paró ante un ventorrillo. Allí pidió un gran vaso de pru[90] y, mientras lo bebía, iba mirando los fondillos sucios del Ayuntamiento.

Es que por la mierda y las pésimas administraciones, Santiago de Cuba malolió durante siglos y a kilómetros. El hedor comenzaba en la mismísima Casa de Gobierno, cuando allí también estaba la cárcel. Como es lógico, la peste brotaba de la parte de atrás. Donde se encontraba la letrina, que a causa del buen y opíparo comer de algunos usuarios, estalló en julio de 1838 y así lo hizo constar el Alcayde de la Real Cárcel, en comunicación oficial al Gobernador del Muy Ilustre Ayuntamiento.

Doy parte a V.M.Y. de que el lugar citado se halla sumamente rebosado. (firmado) José Hernández.

Más, el Gobernador se desentendió del asunto, porque todo quedaba en casa. El Alcayde era, al fin y al cabo, de la familia gubernativa y los vientos jamás se le viraban a ésta, además de que suspiraban complacidos cada vez que llovía, pues sin tanto esfuerzo se quitaban de arriba los excrementos diarios.

Constancia bebía el pru y observaba, a través del fondo del vaso de cristal, la apestosa intrahistoria. Ella sabía que después de cada aguacero venía la escampada, y en aquella época también dejó de llover y vino la sequía, para agigantar la hediondez, la cual hizo que los vecinos suplicaran al Gobernador

que inmediatamente haga suspender el uso del comun poniendo en practica el de los sambuyos y que estos sean conducidos al mar todos los días por los mismos presidiarios, pues la pestilencia se eleva á tal grado que vienen á ser inavitables las casas. Los vecinos tenemos desentonados los estomagos, y en breve se ocasionaran fiebres putridas.

Las salpicaduras excrementosas iban un poco más lejos, y el Gobernador empezó a alarmarse, por lo que decidió tratar el asunto en la reunión ordinaria del Cabildo, de fecha 23 de julio de 1838. Constancia penetró el tiempo ido y vio las sogas atravesadas en la calle para impedir el paso de cualquiera, y que éste no interrumpiese las sabias deliberaciones de las altas autoridades. Supo, de una simple mirada, que la mierda fue el único punto de discusión en la agenda del día, en la que estuvieron chapoleteando hasta que

el mismo Señor Gobernador leyó su oficio y se acordó que se agregase al espediente respectivo, y que mediante á no haberse presentado quien se hiciera cargo de la limpieza del escusado se comiciona al Sr. Alcayde Mayor Provincial para que la ajuste con la mayor comodidad y se proceda á ella en atencion á la urgencia del caso.

Con las mortecinas luces del atardecer, todos abandonaron fatigados y sudorosos el amplio salón, para respirar a pulmón pleno por la puerta delantera del Ayuntamiento. La trasera se la dejaban al Alcayde Mayor y a la Voluntad Divina. Que tampoco hicieron nada. Y las quejas siguieron su curso a lo largo de cuarenta y tres años, durante los cuales los gobernadores de turno intentaron esconder las heces fecales y demás componentes con cal, tierra, piedras... Pero la peste aumentaba, pues no hay nada como la mierda encubierta. Y todo se mantuvo igual, hasta que las mismas víctimas propusieron, en noviembre de 1881, una solución que parecía definitiva:

Doña Dolores Almanza de Agüero, viuda de este vecindario, a V.E. respetuosamente dice: Que es dueña en propiedad de la casa número 4 calle alta de las Enramadas cuyo fondo linda con la Casa Palacio.

Resulta pues, que en virtud á una pluma de agua que existe en la misma Casa Palacio, y el abuso que de ella se hace, y el descuido con que ella se tiene llena completamente el escusado de la misma Casa Gobierno, cuyas filtraciones, vienen á parar al escusado de la mía el que llenándose, rebosa; y atravesando todo el patio de mi casa vienen á salir á la calle de las Enramadas, llegando el estremo de ser irresistible la pestilencia, teniendo que regar desinfectante; y no solo esto, sino que he tenido que pagar multas, y admitir reconvenciones de la Policia, injustamente.

No puedo concebir, que una Corporacion que blasona de tan Ilustre abuse así de una pobre viuda sin atender á sus justas reclamaciones, y solo me queda contemplar, que si de mi casa dimanara esa pestilencia para la del Palacio, tal vez me hubieran sometido á un Consejo de guerra verbal, y quisás hasta donde hubiera ido a parar.

El Maestro de Obras de la Corporacion, manifestó que sería muy costosa hacerla de la parte del Palacio, yo me brindo á efectuarla con doscientos cincuenta pesos oro, que me facilite el Municipio que yo pondré el resto que fuese necesario para que quede terminada la obra y así se remediará mi mal y el de los vecinos. (firmado) María Dolores Almanza de Agüero.

Comenzaron entonces las bajadas y subidas de papeles, del Gobierno a la Comisión de Ornato, de ésta al Gobierno, nuevamente de la Comisión de Ornato al arquitecto. Y el profesional Rafael de Artime y Medina calculó a punta de lápiz grueso, con rostro preocupado, que esa obra mierdera engulliría de un tirón los fondos del Municipio:

$ 150 por la limpieza del escusado
$ 115 por el rebaje de un metro de profundidad
que constituyen 10 metros cúbicos a $1.50 cada uno
$ 40 por construir un pavimento de piedra
cemento romano que mide 10 metros planos á $4 uno
$ 66 por el empañetado del escusado con cemento
romano que mide 66 metros planos á $1 uno
$ 70 por desmontar el piso y volverlo á montar
y reponer las vigas que esten en mal estado
y locetas que se rompan, cal y arena
$ 30 por empañetar y reparar la pared por la parte
de la vecina que está en mal estado.
$ 57 por echarle el piso que por consecuencia se á
podrido incluso vigas, tablas y locetas que
están rotas, cal y arena

Suma total $ 328

Así lo informó el arquitecto a la Comisión de Ornato, que debatió el asunto, rápidamente, en la reunión del Cabildo de 19 de enero de 1882. Y el Gobernador, decidido a quitarse de en medio el hediondo obstáculo, ordenó al Contador Interventor que de los 8,000 pesos oro, como presupuesto para obras de ornato, según el Artículo 7mo, Capítulo 6to, del Presupuesto en ejercicio, tomase los 250 pesos oro y que la Viuda de Agüero pusiera el resto.

Entonces, merced a la sabiduría de aquel hombre al frente del Gobierno, los vecinos infectados acallaron sus voces el 15 de noviembre de 1883, mas no el mal olor, que había venido cantando, con voz sonora, desde aquel romántico tiempo de caballeros descubridores.

Antes de continuar hacia su destino, Constancia empinó el vaso y se sorprendió de la claridad con que hoy repasaba rostros idos hacía mucho. Giró la cabeza en redondo y contempló a la ya majestuosa ciudad, agradeciendo a sus hijos la existencia, a pesar de todas las penurias. Porque con Diego Velázquez se impuso la conducta del jefe razonable: ordenar y residir en vivienda fermosa sin echar raíces, por supuesto, mientras los doblones llenaban la faltriquera para regresar forrado al terruño natal. Lo malo es que el Adelantado expiró antes de coronar sus deseos.

Por eso es que casi todos actuaban rápido, para no correr la misma suerte del jefe primigenio, quien sembró la osamenta en suelo pendenciero pero sin dejar huellas, porque no reposan en los cimientos de lo que hoy es la cárcel, ni en la Santa Catedral. Y a Constancia le sobrevino un repentino dolor de cabeza por tanta búsqueda innecesaria[91].

Alzó los hombros y suspiró, con la mano derecha al pecho, porque vio dos grupos humanos de colores diferentes que sostenían, con sus huesos ya carcomidos, los cimientos de casi cuatro siglos de existencia

sin retorno. El abrumador peso le dobló las rodillas, cuando repasó en una larga película colorida a todos los hombres que ejercieron el poder en Santiago de Cuba, escalas menores aunque parecidas al Capitán General de turno en la Isla.

Y mirando, la mañana del 8 de septiembre de 1895, la desconchada pared trasera del Ayuntamiento, la vio pulcra en 1664, porque don Pedro Bayona Villanueva asentaba su humanidad en el sillón gubernativo; que lo mantuvo limpio don Juan Barón de Cháves, a partir de 1700, pues ganó para la ciudad el título de Muy Noble y Muy Leal. Brillos sostenidos y acrecentados por don Pedro Ignacio Jiménez, en 1729, a quien honró el Brigadier Juan Bautista Vaillant, con sus obras en 1788.

Para finalizar esta senda de los buenos con otro brigadier, don Carlos de Vargas y Machuca, en 1854[92]. Adolorida, a pesar de la rectitud de estos cinco señores, salió del ventorrillo para seguir por la calle de las Enramadas.

Detenida en la esquina de San Pedro, se volteó hacia el mar y, con mirada triste, descubrió el desfile de más de medio centenar de gobernadores que volvían a España, para alegría de los santiagueros, aun cuando llevaran baúles rebosados de oro... Esos eran los que iban con las manos libres, porque muchos otros regresaban aherrojados.

Sacudió la cabeza y los fantasmales personajes desaparecieron en el largo túnel del tiempo. Fue tragada entonces por el vocerío de las negras vendedoras de fritangas, cuerúas[93], mermeladas, refrescos, panes, viandas, animales. El tumulto iba creciendo a medida que ella avanzaba por la empinada vía, con la idea fija de su libertad definitiva.

13

Entre caballos y bueyes y carretones y carretas, relinchando unos y mugiendo otros, vio Constancia, superpuestos, mezclados, y atravesándose, gentes de rostros resignados, que no obstante, guardaban una chispa inquieta en las miradas. Sus voces musicales para pregonar, callaban ese nueve de enero de 1836, en la esquina de las calles de las Enramadas y San Bartolomé. Atado al poste de la picota, José Antonio del Rosario casi sentía caer los últimos cincuenta vergajazos. Los cuales ya no sacaban lamentos de la garganta seca del negro, porque salían de la multitud, que se fue dispersando cabizbaja con los músculos tensos, después de que el jadeante Casimiro Ferrer dijo en un susurro:

-¡Noventa y nueve! ¡¡Yyyyy –levantó su extenuada extremidad superior, dejándola caer–,...cieeeen!!

Los negros bajaron las cabezas, todavía más, para no ver el desflecado cuerpo de José Antonio, que, libre de las amarras, descendía al suelo y era arrastrado por los soldados del batallón de León. Mientras, Casimiro Ferrer, ya en el Ayuntamiento, extendía ante el Alcayde el adolorido brazo derecho para recibir la paga que atesoró trabajosamente en su bolsillo, en tanto los soldados guardaban con igual dificultad el negro casi vivo.

Ya en la calle y a la clara luz del día, el flamante verdugo extrajo los cinco pesos del bolsillo para verlos bien. Días antes a él le habían deletreado un suelto publicado en el periódico *El Redactor*:

Por si alguien quiere desempeñar voluntariamente la plaza de verdugo, se anuncia que lo asignado para las ejecuciones de justicia es: diez pesos por la pena de muerte, cinco pesos por cada inutilización de miembros y dos y medio reales por cada veintinco azotes.

Y mirando el dinero, maldijo a las miserables autoridades que debieron pagarle más. ¡Había trabajado como un burro! ¡Estaba cansado de darle la vuelta a la ciudad, pegándole a un negro que él no conocía, no había visto, ni le había hecho nada, con el montón de curiosos mirándolo a través de ojos vengativos!

-¡Ni aunque me muera de hambre vuelvo a este trabajo! –masculló hacia el Ayuntamiento y atravesó la Plaza de Armas, mientras los abundantes pelos negros de los brazos y el pecho se le erizaban en oleadas continuas.

Sin embargo, la Justicia contratante sí estaba satisfecha con la labor de Casimiro Ferrer. Había sido un castigo aleccionador. Mas, no era suficiente para tamaña felonía, porque la fuerza demoníaca podía escurrirse a través de los gruesos muros carcelarios, para alcanzar un poder imprevisible en las negradas y estallar, con inusitada violencia, en los cimientos de la sacrosanta Esclavitud. Por eso, los miembros de

la magistratura miraron al maligno José Antonio del Rosario con otros ojos, no era un cimarrón simple: había robado un cayuco que valía tres o cuatro pesos, un trabuco de dieciséis pesos y un cerdo que tenía dueño, aunque carecía de valor monetario. ¡Y lo peor, se había hurtado a sí mismo con manifiesto egoismo hacia su propietario! ¡El colmo era que había intentado huir a tierras enemigas! Cierto es que la Justicia había caído pesadamente sobre el negro, mas seguía siendo un peligro, y todos debían enterarse mediante el periódico local, en el que insertaron la noticia

para mayor publicidad y escarmiento de los esclavos rebeldes.

Pero el Alcayde, el Caballero Síndico, el Comisionado y demás autoridades se despertaban aterrados en las madrugadas a causa de sueños crueles, en los que veían las llamas devorando sus ingenios, sus cañaverales, sus cafetales, sus haciendas... Y después de cuarenta y tres días con aquellas ardientes pesadillas, encontraron la mejor solución, la cual comunicaron a don Miguel José Rodríguez, quien la aceptó de mala gana. Porque don José Manuel Blez, Promomotor Fiscal de Santiago de Cuba, luego de varias consideraciones resumía así la condena:

...No aparece que estos siervos hayan cometido ecsesos en su fuga; pero el carácter de ella la constituye más punible que otra alguna por su tendencia á ponerse en comunicación con los negros de Haytí, á donde se dirigieron en un bote que hurtaron causando así un escándalo y un ejemplar funesto á la esclavitud, además de que iban armados. Por tanto y conviniendo el escarmiento en aquella parte de la Ysla, pide el Fiscal que se apruebe el auto consultado con prevención al amo de que mantenga a José Antonio con prisiones mientras que realiza la venta dispuesta que practicará con conocimiento del Tribunal, pagando la captura al aprehensor sobre lo que se encarga el mayor celo, sin costas que se entenderán de oficio

Y así, embarcaban al temible José Antonio del Rosario, en la goleta "Ramplazo", el día veinte de febrero de 1836. Ya en La Habana, sin pisar tierra, era vendido fuera de los límites marinos de la Siempre Fiel Isla de Cuba.

A los oídos de Constancia había llegado el cuento ejemplar, repetido cíclicamente, con alteraciones cada vez más sangrientas. Parecía condensar el horror de una época, en la que unos y otros se miraban con recelo. Pero ahora, a pesar del tiempo transcurrido, cuando blancos y negros somos libres de la Esclavitud, seguimos a la misma distancia, incluso mayor porque no nos ven como a su propiedad.

14

Devuelta la mirada al presente, Constancia observó a un grupo de hombres que conversaba amigablemente en altas voces en la Plaza de Dolores. Estaban sentados en un largo banco de mampostería, con espaldares de hierro, y para hacerse escuchar mejor, el hablante de turno se ponía en pie, aunque todos movían las lenguas y el cuerpo a la vez, sin prestar atención a varios vejigos[94] que correteaban por el parque, envueltos todos por el cadencioso pregón de los vendedores ambulantes.

Dejó atrás la bullente vida para subir lentamente por el pretorio[95]. Y en los primeros escalones pisados escuchó su risa alegre en Ijesa, acompañada de anhelos y fantasías y de amor cálido, para trocarse aquella felicidad, casi palpable, cuando la escalera hizo un giro abrupto, como su vida. Y una mezcla de sangre y lágrimas corrió por su cuerpo, desgajándola hasta convertirla en un tronco seco. Hubiera querido entonces dar media vuelta para mirar el azul infinito del cielo o, en todo caso, implorar el perdón de Obatalá, pero carecía de sentido. Y entró en la casa, extrañamente solitaria. Aunque no, porque el señor, la señora y sus dos hijas correspondían a una invitación para almorzar en la residencia de la familia Bonne. De seguro disfrutaban, allí y a esa hora, del espeso y humeante chocolate, acompañado de rosquitas dulces y saladas, pan de huevo y dulceguayaba, en espera de acometer el enorme caldero con ajiaco hirviente que a muchos recordaba la olla española.

Con los ánimos revueltos, cerró la puerta a sus espaldas después de sacar la llave del llavín y avanzó por sobre el piso de ladrillos rojos. El fresco del patio filtrado por el naranjo, las dos matas de anones, el limonero y el guayabo, la recibieron cerca del arco de medio punto que dividía la sala de la saleta. Una fugaz mirada, ya con el rostro suavizado, le hizo caer en la cuenta de que esta casa era menos adornada que la de los señores Sales y Díaz de Piedra. Las paredes de aquí eran, quizás, más limpias que las de La Habana; corría por ellas menos amargura salida de otras pieles. Y no porque éstos fueran buenos y aquéllos malos, sino porque ya eran otros tiempos, y, además, en Santiago vivía con la ramificación menos distinguida de la sucesión del Conde Duany. Aunque la vivienda fuera en otra época escenario importante de la acaudalada familia.

Pasó los ojos sobre los balances de madera tallada y oscura, con fondos y espaldares de junquillo, que, alineados contra la pared, parecían esperar la orden del señor para ella sacarlos al corredor en horas de la tarde, y desde esa parte alta los patrones saludar, cual rey y reina, una y otra vez, a los paseantes en la calle. Cerca de los asientos, en el suelo, las humildes escupideras metálicas, con arena en

su interior, le recordaron el infeliz trabajo de dar brillo a objetos tan insultados diariamente, hermanas menores de los escabeles, donde la gente descansa los pies al sentarse. Y todos ellos eran aplastados por la orgullosa puerta del dormitorio de la señora y el señor, a un costado de la sala, tan llamativa que la casa parecía haber llegado por los aires para pegarse a ella, con la cara dibujada por la mano de un ebanista, quien dejó su alma incrustada al tallar un ramo de flores únicas, brotadas desde el suelo y sobresalientes en cascadas palpables hacia las vigas transversales del techo.

Constancia quiso llevarse la última imagen de la casona y siguió deslizando los ojos por todo el pasillo, cuyo techo inclinado hacia el patio permitía el acopio de agua en el aljibe. La reverberante luz solar disminuía con tal suavidad, por los árboles frutales, que a las habitaciones de las señoritas llegaba una penumbra mágica, capaz de envolver en fuerte sopor paredes y techos y muebles y personas, adormeciendo hasta a las hormigas bravas. Alrededor de la exesclava se movía parsimonioso el Conde Duany, con atuendo de invierno y mirada escrutadora. Parecía no importarle la presencia de la mujer negra, ni que ella hubiera vuelto del mercado con la cesta vacía, que colocaba en la mesa pulida y sobre fuentes de arroz, carnes en salsa, viandas y copas y botellas de vino; el brazo señorial continuó moviéndose enérgico, entre las cintas de yuraguano de la cesta, al repartir posesiones mientras los herederos apenas mordían el opíparo almuerzo.

Como ella, que tampoco podía tragar nada, aun cuando andaba con el estómago vacío. Y dejó a sus espaldas la vieja discusión, para internarse en la cocina, donde buscó la tenaza metálica con que hurgó entre la ceniza en el largo fogón. Brillándole los ojos por la roja luz del rescoldo y por la satisfacción de haberlo encontrado, sacó aquellos tizones en una tapa de lata, los dejó un momento y fue a la alacena, de donde tomó una botella panzuda con líquido transparente y sólido corcho.

Resuelta, con las dos manos ocupadas, se dirigió a la puertecita a la izquierda de la cocina, la empujó con el hombro y, ya dentro, volvió a cerrarla. Era una habitación estrecha, con paredes encaladas, puntal alto y de un solo piso, como el resto de la casa, por temor a los terremotos. Apenas cabía el catre de madera y lona descolorida que Constancia cerraba diariamente para ampliar el espacio y entonces cupieran los orishas, sus únicos acompañantes.

En el suelo, en una esquina, había una jícara con miel, un plato con media vela de cera apagada, la otán yalode que le regalara el viejo guardiero en el barracón del ingenio y que Constancia veneraba con pasión, un recipiente de barro en el que se erguían dos girasoles, y a sus pies frutas siempre amarillas, porque así le placía a Oshún.

Colocó en el suelo la tapa metálica con el rescoldo y descorchó la botella, para regar el líquido por todo el cuarto a sus espaldas. Cogió un pedazo de papel de cartucho que picó con los dedos como una tira, la retorció cuán larga era y levantó la tapa con la mano izquierda, sosteniendo en la derecha la torcida hoja que acercó al tizón. Lo sopló, y una débil llama apareció en la punta del papel, con el que encendió el pedazo de vela, se viró resuelta y llevó el fuego al líquido empozado en las ondulaciones del piso. Un rugido estremeció a Constancia, pero se volteó con mirada firme hasta la esquina donde una luz quieta la acogió, trasmitiéndole sosiego.

Sentía el creciente calor a sus espaldas y fue arrodillándose, lentamente, mientras escuchaba la voz aterciopelada de las dos paredes que repetían sus *orubó*, aún cuando ella no había empezado a implorar a los dioses.

15

Con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, y la mirada más allá del techo, Constancia comenzó a susurrar; poco a poco fue ampliando su voz, hasta alcanzar un clamor que el crepitar del fuego no ahogaba.

-Obatalá, orisha mayor, creador de la Tierra y del hombre, protector mío, perdóname por esta decisión. Hasta el día de hoy cumplí tu mandato, permíteme entonces ponerle fin a la existencia que tú me diste y que *Orishaoko*[96] me reciba en su seno para dormir como los míos y llegar hasta ellos. Sin importarle el incendio a sus espaldas, que ascendía por los horcones y ya devoraba las vigas tranversales del techo, Constancia fijó su atención en la llamita del cirio que, como puerta abierta, le permitió avizorar el tiempo para descubrir su propio nombre en una larga lista de negros africanos, ya muertos:

ABRIL de 1895

1. Alfredo Cárdenas
2. Ernesto Sirfia y Mancebo
3. Ernestina Ferrer
4. Fernando Orie
5. Gustavo Cacerolo
6. Ricardo Muñoz

MAYO

1. Manuel Texidor
2. Cándido Cosslier
3. Pablo Giménez
4. Sofía Marotó
5. Fernando Quiala
6. Gustavo Corazón

JUNIO

1. Rita Suárez
2. Felipe Machirán
3. Ernesto Salazar
4. Valeria Sánchez
5. Pedro Cruz
6. Manuela
7. Felipe Chacón
8. Bernardo Pelaez

JULIO

1. Magdalena Clechert
2. Antonio Mazo
3. Francisco Gutiérrez
4. Carlos de Caignet
5. Amelia Jiménez
6. María del Carmen Lucero
7. Federico
8. Eduardo Creach

AGOSTO

4	miércoles	95
5	domingo	Mohó
6	lunes	95
9	martes	Mayol
10	miércoles	70
14	domingo	Valvar
15	lunes	60
16	martes	Lotería

SEPTIEMBRE

2	miércoles	97
3	jueves	Unión Veranes
6	domingo	95
7	lunes	Sólido
8	martes	70
9	miércoles	Mente
10	jueves	70
13	domingo	Álvarez
14	lunes	88
15	martes	Salazar
17	viernes	98
18	sábado	Rodríguez
20	martes	70
21	miércoles	Norte
24	domingo	70
25	lunes	Lotería

OCTUBRE

15	martes	80
16	miércoles	Bombín
21	martes	70
22	miércoles	Tribunal

Sin temor alguno y satisfecha, porque al fin Ikú la aceptaría, sintió que los músculos del rostro se relajaban. Respiró aliviada y continuó mirando a través de la pequeña llama. Allá afuera, y otra vez, los hombres se mataban por la posesión o la libertad, ambas ilusorias. De las dos partes escapaba el aliento de seres humanos en cruentos combates, a lo largo del lomerío que envolvía a Santiago de Cuba.

Constancia sollozó al descubrir que un joven expiraba atravesado por la metralla; podía ser su hijo. Y concentrando su mirada, deseó ardientemente que el soldado viviese para regocijo de la madre criolla o peninsular. Los proyectiles, sin embargo, aumentaban como enjambre enloquecido, trasladando la muerte de una a otra trinchera.

Como en un relato largo y veloz, iba creciendo la guerra sobre los años lúgubres y penetrando en las ciudades, por donde deambulaban seres famélicos[97]. Constancia los veía a través de la flama temblorosa. Eran miles de campesinos que arrastraban sus huesos por las calles y rogaban un poco de agua, mientras de los ojos afiebrados brotaban ansias de muerte.

De pronto, cañonazos ensordecedores le hicieron llevar sus manos a los oidos primero y a los ojos después, porque en la bahía de Santiago, buques de guerra, pertenecientes a un país ajeno, revolvían las aguas que casi habían ganado los mambises[98]. Vislumbró entonces, más allá de la lumbre vacilante, la colina de San Juan, donde concluía el fragor bélico, y la paz firmada por España y Estados Unidos, a la sombra de una frondosa seiba, se extendía sobre los muertos dispersos, quedando en la humilde elevación los espíritus de quintos y de mambises, mientras en el patio C del Cementerio de Santa Efigenia, los huesos de algunos combatientes españoles armaban un monumento[99].

Una viga humeante se desprendió del techo y en su caida arrastró

tejas y polvo, para provocar leves estremecimientos en la dormida superficie de la miel en la jícara. Constancia no reparó en el tronco negro que ardía a su lado y comenzaba a quemar la amplia saya de percal. Ajena, imploró con vehemencia:

-Allí donde te encuentres, y el pálpito me dice que ya no estás entre quienes todavía pisamos la tierra, debes saber que nunca te olvidé; a ti me consagré y a tu lado iré para juntos velar, desde el sitio que hayas elegido, por el fruto de nuestro amor. Y contemplando otra vez la loma de San Juan[100] a través de la lumbre, no pudo sustraerse a la desazón que le produjo la figura del soldado español apartado, casi fuera del convite glorificador desde 1929, apenas rebasando en bronce la superficie de la pared que lo sostenía, singular representante de los trescientos cincuenta combatientes del ejército peninsular, caidos en esa refriega. Pero en el mismo centro, y dominando la colina, enérgicos y alertas, crecían, ante los ojos de Constancia, dos pedazos de bronce a las alturas de un soldado cubano y de otro estadounidense, solamente apoyados en sus piernas metálicas. El primero encarnaba mambises muertos sin número y el segundo al yanki John o Jack, no importa ahora su nombre y la exesclava no lo supo entonces, mas era el único fallecido de los veinte mil que desembarcaron por las playas de Oriente.

Llamas anaranjadas invadían toda la casa y escuchábanse en la calle gritos y correcorre de los vecinos que trasegaban baldes con agua. Constancia, en su cuartico, permanecía arrodillada, confundiéndosele en el rostro lágrimas y sudor. De la boca seca salía un ruego que escapaba al siniestro, mientras llevaba los brazos al pecho, apretando contra sí misma, y por última vez, el cuerpo del hijo que jamás acunó, pidiéndole que la reivindicara de tanta humillación y actuara con justeza a lo largo de la vida y ante sus semejantes. Y sus ojos persiguieron aquella voz conocida para verlo, seguro de sí mismo, entre profesionales como él.

Carlos Manuel Villalón Sánchez levantó la pluma del papel, aún en blanco, y se mordió la punta de la lengua. Fijó la vista en el calendario que colgaba de la pared a su derecha y que marcaba el 2 de julio de 1920. Era temprano en la mañana y en los ojos inquietos se advertía el apuro. El mismo día, dos horas después, debía presentar la propuesta a sus jefes en el Gobierno.

Al Ayuntamiento de Santiago de Cuba.

Ha llegado a la capital de la República el buque de guerra español que lleva el nombre del monarca simpático y demócrata que rige los destinos de la nación progenitora: Alfonso XIII, en visita de cortesía de paso para la América del Sur. Es esta la primera vez, después del cese de la soberanía, que un barco de guerra español visita nuestras costas, donde se batió gloriosa y heroicamente la abnegada legión que defendió hasta el postrer momento el predominio español en la América.

El procurador, de 48 años y canas en las sienes, se levantó de la butaca para asomarse a la calle a través de la ventana enrejada. Los santiagueros empezaban a trocar los viejos burros y mulos por atronadores trespatás, que casi reventaban al remontar las empinadas vías y que parecían empujados por los pregones de los vendedores ambulantes, que para entonces habían cambiado porque ya vendían más caros los mismos productos.

A las espaldas de Carlos Manuel, otras personas andaban entre papeles que iban y venían sin destino pero con cuños y firmas elegantes. No necesitaba volverse para conocer los movimientos de cada uno de sus colegas en la oficina. Venían haciendo lo mismo durante años, y él se sentía satisfecho por haber heredado del abuelo, don José Ramón Villalón, las habilidades en las vueltas y revueltas de las leyes, según afirmaba el padre.

Mirando el ir y venir de la gente, Villalón se sorprendió retrocediendo a zancadas en el tiempo. Ya no estaba detrás de la

ventana, sino caminando hacia la casa que le vio nacer en San Bartolomé Nro. 4 esquina Habana, desde donde se sale directamente a la calle porque no hay aceras. Otra vez se sintió ágil al subir por el pretorio, para reecontrarse con la madre, que no más percibir su presencia, exteriorizaba un cariño casi sobrenatural, mostrándose egoista a veces ante los compromisos prematrimoniales del joven y llorando acurrucada en cualquier rincón, como si temiera perderlo. Y José Manuel Villalón, su padre, reprochaba casi a diario a la esposa el exagerado amor maternal, que eso abrumaba y alejaba al muchacho del hogar. Ella decía comprender, pero aumentaba los halagos hacia el hijo único. Lo que originó en el joven Carlos Manuel un sentimiento de lástima hacia la mujer que le dedicó la mayor parte de la vida, y pensamientos muy extraños en torno a su origen.

Y se vio desandar las calles santiagueras de la pecosa mano de José Ramón Villalón, conociendo gentes de muy disímiles caracteres e historias que parecían venir del fondo de los tiempos, como el abuelo, quien se perdía entre legajos archivados en el Juzgado de Primera Instancia de la Jurisdicción de Cuba.

Rodeada por el fuego, Constancia se admiraba de visualizar personas ajenas a su condición. Un hombre ya mayor y bien vestido, evidentemente culto y educado por las palabras intercambiadas con otros que paseaban como él, llevaba al nieto a deleitarse con golosinas en la calle de las Enramadas. Y recreada en la agradable visión, no sentía el calor de sus ropas ardiendo. Tampoco lograba explicarse la aparición de aquel anciano hacia el cual nada la atraía, pero un hondo sentimiento de ternura la hacía perseguir los pasos cortos del niño. El viejo ya había rememorado al nieto un antiquísimo suceso con dos esclavos que quisieron huir a Haití en busca de la libertad, y ahora tipificaba el delito de hurto de manera singular:

-Ladrón es aquél que roba incluso el suspiro de los demás.

Y recitó con puntos y comas una historia del año 1837, cuando él comenzó su labor de leguleyo: a una tal doña Victoria Moreau acudió "...Saturnino esclavo de mi esposo que había siete años sobre poco mas o menos se me había estraviado, manifestandome que había sido robado por un blanco...", del cual el negro no supo su nombre, éste lo escondió cuatro días y al quinto se lo llevó en un barco hasta Manzanillo, donde lo vendieron sucesivamente a tres personas, para terminar viviendo en Bayamo. Y desde esa ciudad "...escribió dos cartas á su señor, mas y no habiendo recibido contestación determinó venir, como lo ha hecho personalmente á presentarse..."

Por el rostro anhelante del niño, el viejo respiró satisfecho al saberse dueño de tan buena memoria y añadió que aquel proceso fue largo, pero la Justicia triunfó, y finalmente el negro Saturnino retornó a las manos de sus verdaderos propietarios. Un regusto dulzón hacia

las Leyes embriagó a Carlos Manuel, y ya desde pequeño deseó ser justo como el abuelo.

Complacido desde muchos años atrás, Villalón se separó de la ventana para, otra vez, penetrar aquel texto que debía entregar al Gobierno a media mañana. Y las ideas bajaron fluidas a través de su brazo hasta la pluma:

Suavizadas las asperezas políticas, curadas las heridas producidas en el alma popular, acallados los sentimientos que exaltaban el espíritu cubano contra nuestros colonizadores, es prudente y necesario que habramos cordial y sinceramente los brazos cariñosos a quienes nos legaron, aparte de las corrientes de civilización, la lengua y el carácter.

A causa del sol despiadado que penetraba por la ventana, Villalón se vio una vez más ante el fuego ocurrido en septiembre de 1895, y dejó de escribir. Levantó la cabeza, se secó el sudor y alisó el cabello crespo con las dos manos. El recuerdo lacerante le avivó la memoria. No podía entender todavía por qué había corrido desde su casa, a lo largo de ocho cuadras, hasta la vivienda que ardía en la calle de Dolores baja Nro. 5, pero sus pies lo llevaron hacia allí con una angustia inexplicable.

Una cadena de hombres pasaba baldes llenos de agua, en dirección a las llamas, y la misma cadena los regresaba vacíos. Gentes de las viviendas cercanas al fuego sacaban, a la calle, jaulas con pollos y colchones medio mojados, que se unían a fiambreras y a palanganas patéticas, al tiempo que los ladridos de los perros, los gritos de las mujeres y el llanto de los niños, creaban una escena más cercana al Infierno que a la Tierra. Moviéndose de uno a otro lado, sacando trastes y echando agua, los vecinos comentaban que para suerte de sus residentes la casa estaba vacía, pero Carlos Manuel pensó que era para la mitad de la suerte de la familia Duany. Y sonrió con torpeza. No por mucho tiempo, pues sintió que su cuerpo se estremecía ante el impacto de otro cuerpo que no supo definir.

en dónde vais a entrar infame musulmán de todos los demonios acaso pensais concurrir conmigo en la materia corporal que ha veintitrés años ocupo ya

en verdad no me satisface estar a tu lado príncipe tancredo pues fuimos y somos enemigos pero nos une el vínculo inevitable del cuerpo donde te encuentras

largaos perro infiel no me deis motivos para resucitar la última y más feroz de mis batallas en pro del cristianismo

sabes sin embargo mi joven caballero que el terreno perdido por ustedes es sembrado y cosechado por nosotros los seguidores de mahoma

Carlos Manuel notó que su piel se erizaba desde los calcañales, por toda la espalda, hasta e mismo centro de la cabeza. Pero de igual manera que lo tambaleó el golpe inicial, así mismo fue repelido por otra fuerza que lo alejó de la casa en llamas. Allá adentro, Constancia apenas podía respirar, aunque ahogaba gritos de dolor acumulados en la garganta y, al hacerlo, su rostro se contraía, pues unía los dientes con fuerza; ya ardía su cuerpo desnudo, y en el piso, al lado de ella, humeaban pedazos de piel y trozos del vestido. Aun así, quería mantener las manos en plegaria, pero iba cayendo lentamente para casi fallecer. Cuando todo su cuerpo tocó el piso, una fuerza sobrehumana le hizo abrir los ojos y vio que al otro lado la esperaba un mundo luminoso. Movió entonces el brazo derecho y acercó la jícara, y, con avidez, empapó sus dedos en la miel que sin tino regó en el rostro. Pretendía aliviar el calor sofocante y los ojos fueron los más agradecidos. Fortalecida, se concentró en la pequeña llama para trasladarse más allá de sí misma, y mirar por encima del hombro de Carlos Manuel el final de la propuesta:

> *Por estas razones, el concejal que suscribe, propone a la Cámara que el Ayuntamiento acuerde, con carácter de ejecución inmediata, que se dirija un mensaje telegráfico al Excelentísimo Sr. Ministro de España en Cuba, rogándole en nombre del pueblo y del gobierno Municipal de Santiago de Cuba, que el barco "Alfonso XIII" toque en este puerto, donde realizaron los actos más grandes de heroismo, sus hermanos, las huestes valerosas del glorioso Servera, y donde lucharon con bizarría y dignidad militares pundonorosos como el gallardo Tte. General José Ximénez de Sandoval, que aun lamenta desde su apartado hogar de Madrid, la muerte de nuestro Apostol Martí; segun carta autógrafa que conservo en mi poder; que visiten siquiera por veinticuatro horas nuestra ciudad, para que conozcan los campos de San Juan y El Viso donde aquel hombre extraordinario que se llamó Vara del Rey, asombró al mundo con su sacrificio espartano.*

Carlos Manuel releyó la moción, remarcó varias comas y puntos y comas y sólo entonces relajó su cuerpo en la butaca, para dejar que la mente vagara. Atraído nuevamente por aquel recuerdo, se vio ante la casa en llamas, en 1895, alejándose hacia la Plaza de Dolores sin saber por qué, aún cuando quería permanecer cerca del siniestro. Eran sentimientos encontrados que nunca antes experimentó, ni siquiera en el Seminario San Basilio el Magno, durante los primeros pasos por la vida, en choque permanente con otros estudiantes tan cabeciduros como él y bajo la educación férrea de los clérigos. A ese elitista centro

docente llegó, empujado por la madre y la inteligencia y la perseverancia heredados del abuelo, decían todos. Lo cierto es que de las doce becas de gracia otorgadas por el rígido claustro, a él lo gratificaron con una, para entonces codearse con los jóvenes aristócratas de Santiago, a pesar de su condición de clase media.

En la Plaza de Dolores, reflexionó acerca del rechazo y la atracción hacia aquella casa consumida por el fuego. Atormentado, se dejó caer en un banco de piedra. Mas, no había terminado de sentarse cuando ya estaba en pie para ver, en medio del tumulto, que una sombra se le vino encima con los brazos abiertos. Y lo envolvieron con tal ternura, que la madre quedó chica. Entre las llamas, en un esfuerzo último, Constancia había llevado los dos brazos al pecho, al tiempo que el corazón se le desgarraba. Y, sin abrir los labios, lograba que su deseo saliera de entre el fuego:

-Con este sacrificio, hijo mío, te trasmito todo lo que en mí hay de valioso.

Carlos Manuel, conmovido y todavía de pie, disfrutaba la dulzura de aquellas manos inexplicables, y lloraba como un niño, cuando un nuevo impacto lo hizo caer de nalgas al suelo.

desvergonzado hete acá nuevamente pretendiendo ocupar un espacio que no os pertenece

si callaras un instante o al menos escucharas mis razones comprenderías que la materia ocupada por ti pertenece a ambos

sé por dónde vais infame musulmán mas debeis saber que ni vivos ni muertos estaremos en el mismo espacio pues entre ambos hay más distancia que cercanía

mi joven caballero tiene usted muy mala memoria para lo que le conviene y ya no recuerda aquella vieja conversación cuando éramos seres encarnados allá en jerusalem y lo acompañaba su padre

motivos no veo para retrotraer al progenitor de este excelso varón a la hablantina sin fin que acá se cuece

recuerde príncipe tancredo que para ustedes entrar en la llamada ciudad santa fueron a verme con el cuento cierto de paso de que había mucho en común entre nuestros pareceres religiosos

cara cobrabais la estancia de los misioneros cristianos

y para convencerme dijeron que la escolástica y la filosofía musulmana se nutrían básicamente de la filosofía griega en especial del aristotelismo y del neoplatonismo

blasfemais califa hakem no os admito semejante afirmación

pues te duela o no para cristianos y para musulmanes hay un solo dios que es la unidad absoluta que trasciende a toda cosa y es el ser pero el ser que en su unidad es superior a toda forma o modo particular por eso ni es tuyo ni es mío

bien aprendido teneis los libros de filósofos antiguos y modernos mas a mí no podríais confundiros

debes saber entonces mi pequeño príncipe que hace mucho supe de un antepasado común a nosotros dos

argucias calumnias enredos embustes falsedades miserable musulmán dicen tu lengua bífida
no tancredo no un perdido tátaratátarabuelo nuestro egipcio él se inventó una cultura que al paso de las migraciones fue blanqueando por una parte y ennegreciendo por la otra por tanto no hagas como aristóteles hizo a platón que lo pateó como los potros patean a su madre cuando les ha dado a luz

Y Villalón sintió retorcerse todo su cuerpo, hirviéndole igual que la cara. Atontado, buscó el banco a su izquierda y sólo debió flexionar las rodillas para luego ir recobrando la calma, que una paz interior empezaba a sellar allá abajo, mientras empequeñecía a los ojos de Constancia, como la casa devorada ya por las llamas y todo Santiago metido entre montañas ardientes

ANEXOS

ANEXO I

Estadísticas de sepulturas pagadas
Cementerio General de Santiago de Cuba
Libro de Talonario N° 7
1° al 30 de abril de 1870 (E = esclavo, L = libre)

[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
	E			
Ene	1	5	ismo	86 a
-	1	6	8	nicho
Hid	1	3	ropesía	30 a
Pul	1	5	monía	25 a
Pul	1	4	monía	2 a
Vir	1	4	ruelas	2 a
Pul	1	5	monía	22 a
Per	1	5	itonitis	31 a
Tis	1	5	is	30 a
Den	1	4	tición	10 m
Hid	1	3	ropesía	50 a
Tis	1	5	is	6 m
Vó	1	5	mito negro	40 a
Dis	1	4	entería	7 a
Men	1	4	ingitis aguda	4 a
Hem	1	3	orragia pulmonar	50 a
Pas	1	3	mo	28 a
Fie	1	5	bre perniciosa	9 a
Vir	1	4	ruelas	60 a
Vir	1	4	ruelas	12 m
Pul	1	4	monía	3 a
Den	1	3	tición	1 a
Gas	1	4	tro enteritis	1 a
Tis	1	5	is	15 a
Cal	1	3	entura	1 a
Hep	1	3	atitis	75 a
Ane	1	5	mia	44 a
Diá	1	5	rrea	77 a
Fie	1	4	bre perniciosa	2 a
Ent	1	4	eritis	15 d
Fie	1	5	bre amarilla	1 a
Hem	1	3	orragia pulmonar	2 a
Vó	1	5	mito negro	30 a
Pas	1	4	mo	10 a
Fie	1	4	bre amarilla	6 m
Vir	1	4	ruelas	1 a
Tis	1	5	is	19 a
Tis	1	5	is	30 a
Det	1	3	rame cerebroso	60 a
Tis	1	5	is	74 a
Diá	1	5	rrea	70 a
Den	1	4	tición	10 m
Tis	1	5	is	30 a
Diá	1	5	rreas	70 a
Tis	1	5	is	72 a

Tisis 3 19 a
Calentura 5 24 a
Pulmonía 3 70 casada
Parálisis 3 65 a
Tisis 5 60 a
Gastritis 3 2 m
Ataque apoplético 5 61
Fiebre tifoidea 5 27
Anasarca 5 44 a
Angina de pecho 5
Fiebre gástrica 5 15
- 1 68 a
Muerte natural 4 5
Fiebre tifoidea 4 4
Fiebre 5 44 a
Gastroenteritis 4 4
Desconocidas 3 65 Casa por Decreto de 2 de Mayo de 1870
Hidropesía 3 45 a
Viruelas 3 60 a
Cistitis 5 42 a
Angina diferica 4 5
Fiebres 3 3 m
Anasarca 5 60 a
- 1 68 nicho
Tisis 3 30 a
Tisis 5 26 a
Viruelas 3 50 a
Diarreas 3 3m

ANEXO II

Estadísticas de Sepulturas Gratuitas
Cementerio General de Santiago de Cuba
Libro talonario N° 4
1° al 30 de abril de 1870 (P = Pardo, M = Moreno, B = Blanco)

NOMBRES				
	P	M	B	
Hidrotórax			1	70
Dentición			1	60
Dentición			1	15
Pulmonía			1	60
Fiebre perniciosa			1	1
Pulmonía			1	60
Fiebre maligna			1	60
Calenturas			1	15
Enteritis			1	15
Tétanos			1	7 d
Tétanos			1	4 d
Calenturas			1	60
Fiebre amarilla			1	15
Fiebre amarilla			1	6
Dentición			1	18
Vejez			1	60 a
Calenturas			1	3
Calenturas			1	18
Fallecido del mal			1	2
Dentición			1	5
Neumonía aguda			1	32
Enteritis			1	80
Bronquitis			1	3
Disentería			1	90
Gangrena			1	40
Peritonitis			1	80
Tisis			1	78 a
Infección purulenta			1	68
Tisis (asiático)			1	30 a
Fiebre amarilla			1	
Diarreas			1	
Fiebre amarilla			1	
Heridas de armas fuego			1	24
Fiebre amarilla			1	
Dentición			1	15
Diarreas crónicas			1	60
Meningitis			1	2
Bronquitis			1	2
Eclampsia			1	4
Gastroenteritis			1	4
Derrame cerebroso			1	9
Fiebre perniciosa			1	7
Gastroenteritis			1	7
Calenturas			1	5

Fiebre cerebral	3 a	
Tisis	40 a	
Mal	1 2 d	
Fiebre	30 d	
Fallecimiento de lombrices	15 m	
Diarrea	10 m	
Derrame cerebral	30 a	
Apoplejía	50 a	
Tisis	30 a	
Hidropesía	6 a	
Hidropesía	9 a	
Fiebre perniciosa	50 a	
Fiebre perniciosa	6 a	
Dentición	1 a	
Pulmonía	2 a	
Tisis	28 a	
Ignórase causa muerte	55 a	
Apoplejía	50 a	
Fiebres	2 a	
Sarampión	30 a	
Tisis	23 a	
Dentición	1 a	
Tétanos	1 d	
Tisis	2 a	
Fiebre perniciosa	10 a	
Angina gangrenosa	15 a	

ANEXO III

Estadística Comparativa General Septiembre de 1895
Cementerio de Santa Efigenia
Santiago de Cuba

[illegible]	[illegible]	[illegible]	MUERTE
1	Enterocolitis	2	a
2	Fiebre remitente	3	m
3	Fiebre amarilla	28	a
4	Fiebre amarilla	21	a
5	Fiebre amarilla	21	a
6	Fiebre amarilla	22	a
7	Fiebre perniciosa	2	a
8	Cáncer de la matriz	62	a
9	Fiebre perniciosa	1	m
10	Fiebre perniciosa	2	m
11	Enteritis	3	m
12	Fiebre amarilla	28	a
13	Tuberculosis	43	a
14	Fiebre amarilla	21	a
15	Catarro intestinal	50	a
16	Gangrena por herida de bala	30	a
17	Neumonía	2	a
18	Fiebre intermitente	2	m
19	Gastroenteritis	2	m
20	Fiebre amarilla	21	a
21	Fiebre amarilla	28	a
22	Fiebre remitente biliosa	6	m
23	Neumonía	5	a
24	Fiebre tifoidea	14	a
25	Fiebre amarilla	25	a
26	Fiebre cerebro espinal	16	m
27	Neumonía	7	m
28	Fiebre intermitente	1	m
29	Fiebre remitente	10	m
30	Tuberculosis purulenta	9	a
31	Fiebre intermitente	2	m
32	Fiebre intermitente	6	m
33	Fiebre perniciosa	3	a
34	Tétano infantil	7	d
35	Fiebre perniciosa palúdica	5	a
36	Hidropesía	60	a
37	Sin vida un feto	0	
38	Meningitis	3	a
39	Tuberculosis purulenta	16	m
40	Muerta	50	a
41	Fiebre remitente	3	m
42	Enterocolitis aguda	20	a
43	Fiebre amarilla	22	a
44	Fiebre amarilla	21	a
45	Fiebre amarilla	22	a
46	Fiebre amarilla	21	a
47	Fiebre amarilla	21	a

48	fiebre amarilla	21	d
49	tisis	28	a
50	tisis	2	a
51	fiebre amarilla	19	d
52	fiebre amarilla	21	d
53	fiebre amarilla	22	d
54	fiebre perniciosa	1	c
55	tronco pneumonía	6	m
56	fiebre remitente	2	m
57	cólico hepático	38	m
58	anencefalo	90	a
59	enterocolitis	2	a
60	edema de la glotis	58	a
61	disentería	5	m
62	raquitismo	2	a
63	fiebre remitente	2	m
64	complicación pulmonar	9	m
65	anemia palúdica	74	p
66	fiebre amarilla	22	d
67	suficiencia aórtica	90	c
68	aneurisma arterial	80	r
69	enterocolitis	1	m
70	albuminaria	3	a
71	neumonía	2	a
72	fiebre perniciosa	42	c
73	enteritis	5	a
74	cólera infantil	6	m
75	fiebre intermitente	2	m
76	cólera infantil	7	m
77	tuberculosis purulenta	48	s
78	disentería	3	a
79	enteritis aguda	9	m
80	fiebre remitente	8	m
81	fusilamiento		
82	fiebre amarilla	26	d
83	fiebre perniciosa	56	c
84	fiebre perniciosa	7	c
85	tronco pneumonía	18	m
86	tuberculosis purulenta	20	s
87	fiebre perniciosa	26	c
88	reblandecimiento cerebral	66	c
89	fiebre remitente	4	m
90	cirrosis congénita	2	c
91	fiebre remitente	6	m
92	fiebre perniciosa	2	c
93	fiebre perniciosa	1	c
94	catarro intestinal	2	m
95	fiebre remitente	3	m
96	cólera infantil	8	m
97	fiebre perniciosa	23	c
98	fiebre amarilla	24	d
99	fiebre tifoidea	16	m
100	fiebre perniciosa	42	c

G01	Gastroenteritis	4 d
H02	Hepatitis crónica	5 a
F03	Fiebre amarilla	20 d
F04	Fiebre amarilla	22 d
F05	Fiebre amarilla	20 d
F06	Fiebre amarilla	25 d
S07	Sífilis congénita	91 a
I08	Infección purulenta	3 d
N09	Nefritis parenquimatosa	27 a
F10	Fiebre remitente	2 d
F11	Fiebre remitente	19 d
F12	Fiebre amarilla	21 d
F13	Fiebre amarilla	23 d
F14	Fiebre amarilla	20 d
N15	Nefritis crónica	62 a
I16	Insuficiencia mitral	60 a
F17	Fiebre remitente	3 d
D18	Grame seroso	6 a
B19	Bronco neumonía	2 m
C20	Centurias	15 a
F21	Fiebre amarilla	24 d
F22	Fiebre amarilla	22 d
F23	Fiebre amarilla	20 d
C24	Cavera infantil	40 d
E25	Esferocolism	20 m
S26	Sífilis congénita	107 a
S27	Sífilis vida un feto	0 d
S28	Sífilis hereditaria	30 d
T29	Tuberculosis purulenta	27 a
G30	Gastroenteritis	14 d
B31	Bronco neumonía	1 m
C32	Congestión cerebral	30 a
T33	Tisis purulenta	66 a
C34	Cavera infantil	35 d
E35	Esferitis	7 m
B36	Bronco neumonía	1 m
F37	Fiebre remitente	5 d
T38	Tuberculosis	6 a
S39	Sífilis vida un feto	0 d
D40	Dysenteria	68 a
E41	Esferitis	1 m
F42	Fiebre remitente	2 d
B43	Bronco neumonía	3 m
S44	Sarampión	4 d
E45	Esferitis	57 a
M46	Meningitis	9 m
F47	Fiebre amarilla	21 d
F48	Fiebre amarilla	27 d
F49	Fiebre amarilla	21 d
I50	Insuficiencia mitral	20 a
F51	Fiebre amarilla	20 d
F52	Fiebre amarilla	29 d
F53	Fiebre perniciosa	3 a

154	fiebre remitente	6
155	muerte de un feto	0
156	fiebre amarilla	22
157	fiebre amarilla	22
158	fiebre amarilla	20
159	tuberculosis	25
160	fiebre amarilla	21
161	fiebre remitente	1
162	enfermedades palúdica	2
163	fiebre remitente	40
164	aneurisma de la aorta	46
165	fiebre remitente	20
166	fiebre remitente	3
167	fiebre remitente	37
168	hidrocefalo seroso cerebral	57
169	fiebre amarilla	22
170	fiebre amarilla	22
171	fiebre amarilla	20
172	fiebre amarilla	23
173	enfermedad del corazón	64
174	fiebre remitente	5
175	fiebre remitente	40
176	ancianos	20 d
177	infection	80 a
178	tuberculosis	31
179	fiebre remitente	45
180	tuberculosis	60
181	diarreas crónicas	60
182	fiebre amarilla	22
183	fiebre amarilla	21
184	fiebre amarilla	26
185	fiebre amarilla	24
186	cirrosis del hígado	47
187	tifus	8 a
188	neumonía de catarral	2
189	enterocolitis	1 a
190	fiebre remitente	24
191	fiebre remitente	1
192	muerte de un feto	0
193	fiebre palúdica	2
194	fiebre remitente	36
195	fiebre remitente	13
196	mal de Pott	15
197	fiebre amarilla	24
198	muerte de un feto	0
199	fiebre amarilla	23
200	neumonía aguda	27
201	fiebre remitente	1
202	meningeritis aguda	7
203	apoplejía del corazón	66
204	meningitis	1 a
205	enterocolitis aguda	2
206	fiebre amarilla	23

207	fiebre amarilla	21	
208	fiebre amarilla	21	
209	campión	3	a
210	ericina	62	nave
211	nfección	80	a
212	eumonía	9	m
213	fiebre remitente	7	
214	fiebre remitente	9	
215	anos	1	d
216	emorragia cerebral	48	
217	eningitis	6	a
218	bes mesenterica	2	
219	anos infantil	7	
220	fiebre remitente	2	
221	nteritis crónica	28	
222	ufición	62	aorta
223	fiebre amarilla	32	
224	fiebre amarilla	23	
225	ramo	37	seroso
226	eningitis	2	m
227	nfección	70	a
228	fiebre remitente	3	
229	eritis	1	a
230	otro enteritis	6	
231	fiebre amarilla	22	
232	fiebre amarilla	21	
233	fiebre amarilla	24	

ÍNDICE

Capítulo I LA CACERÍA

Una esclava

Un soldado

Capítulo II LOS ENJAULADOS

Una negra

Un blanco

Capítulo III EL ENCUENTRO

Un hombre y una mujer

Capítulo IV EL PACTO

Los amantes

Capítulo V EL DESENCUENTRO

Un preso y una desterrada

Capítulo VI LIBERADA

Ikú y omo mi

ANEXOS

ACERCA DEL AUTOR

ACERCA DEL AUTOR

Magaly Cabrales (Manzanillo, Cuba. 1950)
Licenciada en Historia de la Universidad de Oriente.
Fue Directora Municipal del Cultura de la provincia de Santiago de Cuba. Fundó y dirigió el Grupo de Investigación y Restauración de la Necrópolis "Cristobal Colón" de La Habana, bajo los auspicios de la Oficina del Historiador de La Ciudad. Fruto de esos años de trabajo e investigación publicó, en colaboración con el periodista y escritor cubano Rodolfo Torres, el libro "Un cementerio que agoniza en La Habana" (Ponton Editores, 1996). "Mi Rey contra mi Orisha" es su primera novela, una joya de la literatura histórica que nos sumerge en el mundo de la Cuba colonial.

© Dador Ediciones, 2023

Notas

[←1]

Olorun es una de las manifestaciones del Dios supremo de la religión yoruba *Olodumare*. *Olorun* etimológicamente significa *òlò*, Señor, y *Òrún*, cielo; es decir, Señor del cielo o del Más Allá. *Olorun* fue añadido recientemente en el juego de Smite como Dios del sol.

[←2]

Traducción del yoruba: “Hablo con respeto a todos los muertos que est n en el otro mundo, santera, santero, madrina, padrino, *babalawo*. Pido el poder de mi padre, *Asheda, Obatal, Yey, Korda, Godesipe, Olodumare*, que lo que hablo por mi lengua sea verdad”.

[←3]

Traducción del yoruba: “Que me sirva el dinero, la salud, que sea un rey poderoso, que me respondan todos los santos, que mi palabra sea firme en la tierra y que me respete la muerte”.

[←4]

Traducción del yoruba: ¡Córtenle la cabeza! ¡Córtenle la cabeza!

[←5]

Primeros versos del Corán.

[←6]

Muertera mayor junto a las orishas *Oba* y *Yew*; dueña del cementerio, vive en su puerta. Le pertenecen todos los vientos y las centellas, y como es una de las amantes de Shangó siempre lo acompaña en las guerras con su ímpetu.

[←7]

Suprema representación de la femineidad, dueña del amor y de un río yoruba; en Cuba posee todas las corrientes de agua dulce, adem s del color amarillo y la miel para alimentar la coquetería y la sexualidad femenina. Mujer de *Shangó* y muy amiga de *Elegguá*.

[←8]

Son auténticos este discurso, los documentos históricos, las listas de soldados y de esclavos, la relación de los sueldos de los militares y las estadísticas finales en los Anexos.

[←9]

Regimientos españoles a finales del siglo XIX: Logroño, 57; Jaén, 58; Orense, 59; Mataró, 60; Pamplona, 61; Badajoz, 62; Oviedo, 63; Lugo, 64; Almería, 65; Osuna, 66; Miranda, 67; Antillas, 68; Málaga, 69; Filipinas, 70; Zafra, 71; Madrid, 72; Ramales, 73; Castellón, 74; Orihuela, 76; Teruel, 77; Bilbao, 78; Castrejana, 79; Rosellón, 80; J tiva, 81; Flandes, 82; Ciudad Real, 83; Montegrón, 84; Santander, 85; Astorga, 86; Segovia, 87; Coruña, 88; Gravelinas, 89; Baza, 90; Compostela, 91; Valladolid, 92; Pontevedra, 93; Huelva, 94; El Bruch, 95; Cáceres, 96; Avila, 97; Cádiz, 98; Gijón, 99; Palencia, 100; Alicante, 101; Ontoria, 102; Huesca, 103; Lorca, 104; Albacete,105; Plasencia,106; Lérida,107; Salamanca,108; Túnez,109; Monforte,110; Calatayud,111; Ronda,112.

[←10]

Estuvo en la guerra de 1868 a 1878 y escribió un diario que, mucho después, un librero de viejo madrileño guardó a Alejo Carpentier, pero la muerte impidió que éste lo hojeara. Las añejas e inéditas páginas están ahora en Cuba, porque el librero las entregó a Eusebio Leal, historiador de la Ciudad de La Habana.

[←11]

Traducción del yoruba: habitante del Cielo.

[←12]

Tribunal creado desde 1837 en La Habana, integrado por autoridades inglesas y españolas para emitir veredictos contra el comercio ilícito de negros esclavos, que al ser incautados se les llamaba "emancipados" y podían ser entregados a personas con avales, a instituciones benéficas y al Ayuntamiento, que los destinaba al Ramo de Calles. Cuando no tenían estos destinos, se quedaban en los Depósitos del Gobierno. En todos los casos, tenían un número en expedientes y se les trataba como "Consignado a..."

[←13]

Este hotel, ya desaparecido, estaba en la calle Luz, entre las de San Pedro y la de Los Oficios; primero fue la vivienda de una distinguida y adinerada familia de apellido Luz, que dio nombre al muelle y a la vía. En 1845, la vivienda cambió de propietario y surgió el hotel Mascotte, posteriormente llamado hotel Luz, muy visitado por españoles y criollos, debido a su exquisita cocina. Allí nació en 1801 el insigne educador cubano José de la Luz y Caballero.

[←14]

La trata negrera fue abolida en Cuba en 1820, pero el auge de la industria azucarera exigía mano de obra y, como cada vez era más difícil el contrabando de negros por presiones inglesas, los esclavistas decidieron "contratar" chinos que al llegar a la Isla y verse engañados se dispersaron hacia todas las actividades económicas.

[←15]

El primer batallón de Voluntarios se organizó en Cataluña, región española de mayor desarrollo industrial, hacia 1860, y lo financió la burguesía local; en Madrid, los gastos para crear Cuerpos de Voluntarios destinados a Cuba fueron asumidos por el Obispo, quien los bautizó "soldados de la fe católica". En la Isla los voluntarios eran un ejército paralelo al ejército regular y los organizó el Capitán General Lersundi; en 1869 había 35 000 integrantes, solteros la mayoría, analfabetos y buscadores de fortuna.

[←16]

Comenzaron a derribar la muralla de La Habana en 1863; como fue hecha para la eternidad, todavía en 1870 había largos tramos que atestiguaban la ferocidad de los piratas que infestaban el Caribe, pues por ellos y otros parecidos, las autoridades coloniales terminaron de circunvalar la ciudad en 1740.

[←17]

Hubo tres grandes epidemias de cólera morbo: 1833; 1850 y 1868-1870. La última fue la que más víctimas arrastró, con 5940; en solo 16 días fueron tirados 1451 cadáveres en profundas zanjas a modo de sepultura, la mayoría gente de "color". La Habana era calificada entonces como "el festival de la muerte".

[←18]

Traducción del yoruba: “Venimos a este mundo uno a uno, y uno a uno tenemos que irnos”.

[←19]

Cuando en 1878 se clausuró el Cementerio de Espada, hacía ya 10 años que venía inhumándose en los terrenos de San Antonio El Chiquito, camposanto que fuera el antecedente directo de la gigantesca Necrópolis Cristóbal Colón, con 560 000 metros cuadrados y poco m s de un millón ciento ocho mil inhumaciones desde el 9 de noviembre de 1868 al 31 de diciembre de 1993.

[←20]

Traducción del latín: A la Religión. A la Salud Pública

[←21]

Vino a Cuba hacia 1806 invitado por el Obispo Juan José Díaz de Espada Fernández y Landa. Pintó varios cuadros al fresco en la Catedral de La Habana y en el Cementerio de Espada. El de la Catedral fue concluido por Juan Bautista Vermay, pintor español –fundador en 1818 de la Academia Nacional de Bellas Artes de San Alejandro–, también invitado por Espada en 1815. *El Juicio Final* pintado por José Perovanni fue una gran obra de arte y, desgraciadamente, desapareció con la muerte de aquel camposanto. Este pintor italiano falleció de cólera en México, a los 70 años, en 1835.

[←22]

Ultimo Capellán del Cementerio de Espada y primero de la Necrópolis Cristóbal Colón. Hijo de familia criolla, nació en La Habana en 1826 y se le reconoce erróneamente, en la l pida de su sepulcro, en el Cuartel Noreste, Cuadro 1 de Campo Común, como "Defensor de los Estudiantes de Medicina", aquellos ocho jóvenes inocentes, fusilados por los Voluntarios de La Habana. En realidad, la postura de este sacerdote fue conservadora, porque se limitó a afirmar posteriormente que no había delatado a los estudiantes.

[←23]

En esta edificación cuadrangular y de dos pisos, entre las calles Factoría, Diaria y Revillagigedo, radicó desde 1740 y hasta 1816 la Real Factoría de Tabaco. En 1817 comenzó a ser el Hospital Militar San Ambrosio de La Habana, que prestaba atención sólo a los militares. Al filo del año 1895, fue trasladado a pocos metros de la Fortaleza del Castillo del Príncipe con el nombre de "Alfonso XII". Cuando los yanquis obtuvieron la victoria, sobre las cabezas de cubanos y españoles, lo reformaron, y prestó atención a militares norteamericanos. En 1900 fue entregado a los cubanos, y pasó a ser hospital civil, llamado entonces Hospital Municipal Nº 1. Posteriormente se le denominó "Calixto García", que es el actual.

[←24]

La llamada “Plaza de Toros de Belascoaín” se edificó en 1853, ubicada en la calle Belascoaín, entre las calles Virtudes y Concordia, a un costado de la entonces Casa de la Beneficencia, conocida también como “de La Habana”, por su importancia. Se mantuvo activa hasta que en 1897 un terrible incendio la destruyó. Tenía una capacidad de algo más de 6.000 espectadores.

[←25]

Erigieron este hospital entre 1855 y 1860, vinculado al cuartel Reina Mercedes, por orden del Brigadier Carlos de Vargas Machuca, al que también se debe la construcción de los paseos Cristina y La Concha y el Mercado Público, entre otras obras en Santiago de Cuba. Congratularon con la edificación al príncipe de Asturias don Alfonso, que luego sería Alfonso XII, rey de España. Con 300 camas, una capilla y otros salones, costó 100 000 pesos y alivió la situación de la salud en esta ciudad, aunque sólo era para militares, en quienes hacían más estragos las epidemias y las enfermedades del Trópico.

[←26]

Traducción del yoruba: “En paz descanse”.

[←27]

Vea las estadísticas en los anexos

[←28]

El disparo del cañón empezó a efectuarse en La Cabaña a las nueve de la noche, a raíz del cambio de poder en Cuba, en 1898, pues los norteamericanos lo trasladaron de espacio y de tiempo. El último cañonazo español escuchado en la Siempre Fiel Isla fue disparado desde el buque militar "Infanta Isabel".

[←29]

Estos ejemplos corresponden al Libro de Entierros N§ 17 de Pardos y Morenos, único existente del Cementerio de Espada. Contabilizamos 573 esclavos inhumados del 22 de marzo de 1867 al 12 de diciembre del mismo año. En ese total aparecen 2 mujeres, 47 asiáticos y el resto hombres negros. Por lugares de origen: 146 criollos; 118 sin nacionalidad; 110 congos; 49 lucum¡; 43 cantón; 34 africanos; 25 gangá; 12 macuá; 11 carabalí; 6 mandinga; 6 mina; 5 Puerto Rico; 4 arará; 3 Macao.

[←30]

Según Jorge Le-Roy, en su libro Desenvolvimiento de la Sanidad en Cuba durante los últimos cincuenta años, todavía en 1871 no había "...ninguna ley sanitaria de carácter general que uniformase tan importante servicio". Sólo existía la Junta Superior, Provincial y Municipal de Sanidad, pero con carácter consultiva y una –una sola– Casa de Socorros, además de entrar en funciones los Médicos Municipales, que no disponían de medicamentos ni siquiera a la altura de la ciencia de la época, pues los fondos destinados a ese fin, también según Le-Roy "...más servían de lucro y granjería a los gobiernos que de verdadera profilaxis venérea."

[←31]

A fines del siglo XIX era muy popular en La Habana este banquero del juego Chiff o Charada, nombre este último con el que m s se le conocía. Su origen era asiático y los chinos "contratados" lo introdujeron en Cuba. Se dice que este banquero viajó a su tierra con 200 000 pesos oro ganados decentemente en esta práctica.

[←32]

Traducción del yoruba: Tú me gustas.

[←33]

Aun cuando le estaba prohibido expresarse de forma verbal o escrita, Zenea halló medios para plasmar sus últimas ideas que entregó, con otras pertenencias, al Cónsul de Estados Unidos para que los hiciera llegar a la esposa en Nueva York. Es un largo poema compuesto de 32 redondillas redactadas con un alfiler y cuyos primeros cuatro versos dicen así: *Apurando la invención,/ hallé la pluma en el suelo,/ hice tinta de un carbón/ Y papel de este pañuelo.*

[←34]

Actual Avenida del Puerto.

[←35]

Veintisiete años después del contacto de las dos culturas, el 16 de noviembre de 1519, según tradición, Cristóbal Colón, a la sombra de una seiba cercana al mar de la bahía, constituyó el primer cabildo de la Isla y realizó su primera reunión; también allí se celebró la misa que dejaría sentado el principio del Cristianismo en Cuba. En 1753 murió esa seiba y el Capitán General Francisco Cagigal de la Vega plantó otra e ideó construirle un monumento alrededor en 1754, pero el árbol también cayó y sembraron otro en 1828 para además construir el Templete durante el gobierno de don Francisco Dionisio Vives y Planes, que informó un gasto de 29,693 pesos fuertes y medio reales, cuando en verdad el costo ascendió a 10,000 pesos fuertes. La seiba actual es la octava y fue trasplantada ya enorme, con una grúa, en 1962.

[←36]

Historiadores antiguos no se atrevieron a afirmar que el primer cabildo y la primera misa se celebraron a la sombra de una ceiba y mucho menos en el lugar que hoy ocupa el Templete, por cuanto el asentamiento primigenio ocurrió al sur de la actual provincia de La Habana. Mas, aquellos historiadores sí se remiten a las actas del Cabildo de La Habana, las cuales indican que cada vez que se hacía un asentamiento poblacional debía construirse la casa de gobierno, la plaza y plantarse una seiba que sirviera a los fines ya dichos.

[←37]

Refrán yoruba.

[←38]

Traducción del yoruba: “Si no llueve, el maíz no crece”.

[←39]

Propiedades medicinales de estas plantas: albahaca cimarrona, con hojas que en decocción son un medicamento inmejorable para enfermedades del estómago; acoma, cuyas raíces hervidas son astringentes; achicoria silvestre, sus hojas se usan para curar diarreas, hidropesía y hemorragias.

[←40]

Traducción del yoruba: “¡Oh, Obatalá, la mujer parió un niño!”

[←41]

Circunferencia de madera pulida con un eje en su centro, ubicado a un costado de la Real Casa de Beneficencia; institución fundada en 1710 por el Obispo español don Jerónimo de Valdés, en la calle de la Muralla esquina a la de Oficios, en la Habana Intramuros, y trasladada en 1794 para ocupar el espacio comprendido entre la Calzada de Belascoaín y las calles de San Lázaro, Virtudes y Marqués González.

[←42]

Traducción del yoruba: “Dios en el Cielo y en la Tierra, no lo dejes solo, ampáralo”.

[←43]

Traducción del yoruba: “Mi hijo, mi hijo”.

[←44]

Traducción del yoruba: “¡Adiós, mi hijo!”.

[←45]

Traducción del yoruba: “Yo te doy la bendición”.

[←46]

Ni los quintos ni los esclavos elevaban su categoría al ser inhumados en nichos del Cementerio de Espada, pues en la época en que esto ocurría, ese camposanto era deplorable y él, en su conjunto, era de limosna; la majestuosa Necrópolis Cristóbal Colón ya era una realidad.

[←47]

Este nombre corresponde a la variante Kimbisa, dentro de la cultura conga, en la cual es el creador de la Tierra y escultor del ser humano; en yoruba aparece bajo el nombre de *Obatalá*.

[←48]

En la amalgama de dioses africanos en Cuba, *Oyá Yans* ocupa un lugar especial: es la dueña de los cementerios. Y este es el equivalente para los practicantes de la variante Kimbisa.

[←49]

Traducción del yoruba: Borracho, hijo de borracho; afeminado, homosexual.

[←50]

Es la belleza masculina y la virilidad misma; están bajo su poder el trueno, el rayo, la guerra y el fuego, además de hacer suyos la música, el baile, el color rojo y numerosas amantes que lo persiguen.

[←51]

Biblia; parábola de Jesús a sus discípulos, según San Lucas.

[←52]

Biblia; Jesús es crucificado, según San Lucas.

[←53]

Traducción del yoruba: tocadores de tambor.

[←54]

Traducción del yoruba: santero

[←55]

Forma de venerar a los santos para que ayuden a predecir el futuro y a eliminar obstáculos.

[←56]

Traducción del yoruba: “Alejar la muerte, alejar las pérdidas, alejar las tragedias, que venga la inmortalidad”.

[←57]

Traducción del yoruba: “Con permiso de la casa, con permiso de Elewa, con permiso de la casa”.

[←58]

Traducción del yoruba: “Que la predicción sea justa”.

[←59]

Traducción del yoruba: “Que sea benevolente con el dinero, que se benevolente con la inteligencia, que venga la salud, la inmortalidad y todo lo bueno”.

[←60]

Traducción del yoruba: “Dar cocos a Elewa”.

[←61]

Traducción del yoruba: “Que hable el coco”.

[←62]

Traducción del yoruba: “Que hable”.

[←63]

Nombre de una de las cinco letras en la adivinación con cocos.

[←64]

Nombre de una de las cinco letras en la adivinación con cocos.

[←65]

Idem

[←66]

Planta acuática, cuyas hojas de color verde oliva flotan en ríos y lagunas.

[←67]

Traducción al yoruba: “*Oshún yeyé mi ogá mi gbogbo ibu laiy, nibo gbogbo omo orisha lo uwe nitosi gba ma abuken ni omi didun nitosi oni alafia ati ayo*“

[←68]

Traducción al español: “mujer con su saya y sus cinco pañuelos para bailar, reina linda con su risa y alegría; pero hay que tener cuidado porque no conocemos cuando estás brava, mujer muertera, mensajera de Olofi, gracias”.

[←69]

Traducción del yoruba: “La muerte y mi hijo”.

[←70]

Suceso tomado íntegramente del Fondo Juzgado de Primera Instancia, Legajo Nº 380, año 1834; Archivo Provincial de Santiago de Cuba.

[←71]

El nombre original de esta calle fue Dolores por la iglesia ubicada en esta vía y la calle de la Marina, actual Aguilera; y a partir del momento en que colocaron un reloj público en esta rúa, la llamaron Calle del Reloj de Dolores; para 1895, era sólo calle del Reloj. Hoy se denomina Mayía Rodríguez.

[←72]

¿Con qué, afortunado suscribiría el alto mando del ejército colonialista el contrato para vestir a los soldados con esos tejidos rayados? Apropiados, por su fondo blanco, para meterse en fanguizales y en la manigua y jamás confundirse con la floresta. Perfectos tiro al gallego, digo al blanco!

[←73]

Esta calle se denomina Heredia por acuerdo del Ayuntamiento en 1889, pues en una casa que aún existe nació el 13 de diciembre de 1803 el poeta José Mª Heredia Heredia. Cronológicamente se le conceptúa como padre del Romanticismo español y como el m s destacado de esta escuela en la literatura del continente americano. Sus más célebres composiciones son *Al Niágara*, *Himno del Desterrado*, *Teocalli de Cholula*, *La Tempestad*... Los santiagueros identifican esta calle con los dos nombres.

[←74]

Llamada también Plaza de la Reina. Es actualmente el parque Carlos Manuel de Céspedes.

[←75]

El 13 de febrero de 1880, Alfonso XII firmó la ley de abolición de la esclavitud para la Isla de Cuba, que no publicó la prensa ni la Gaceta. Y diluida entre juntas, reuniones, reglamentos... a las víctimas no se la aplicaron sino en 1886, cuando ya aquellos negros habían sido sustituidos por chinos, por m quinas y por otros como ellos pero convertidos en su mayoría en asalariados.

[←76]

Esta fue la primera catedral de Cuba y desde donde se ejercía el poder eclesiático, lo que ocurrió hasta 1607, cuando el rey de España, por cédula de 8 de octubre, dividió la Isla en dos gobiernos: Habana y Santiago de Cuba, este último supeditado al primero. Y los santiagueros comenzaron a padecer el olvido. Esta primera parroquia estaba ubicada en la calle Marina, entre San Juan Nepomuceno y Padre Pico, que años después fue demolida y en su lugar edificaron la cárcel.

[←77]

También se lo merece, porque es el mismo edificio que ven los actuales vecinos de Santiago de Cuba.

[←78]

A diferencia de los cementerios habaneros, Espada primero y Colón después, este camposanto perteneció desde su fundación al Poder Civil; lo que no quiere decir que la Iglesia estuviera ajena a la Muerte en Santiago de Cuba.

[←79]

En este lugar fuera de la ciudad estuvo, desde 1827, el primer cementerio de Santiago de Cuba, llamado Santa Efigenia, más los vecinos lo denominaron por el nombre de la elevación en que estaba situado. Años después sólo trasladaron el nombre de la santa hacia la Venta del Bravo, quedándose en aquella loma su apelativo original y los huesos abandonados. Este camposanto es conocido mundialmente como Cementerio de Santa Ifigenia, en honor según santiagueros a una santa etíope que, inexplicablemente, se coló en el santoral católico.

[←80]

En estos libros no se observa distancia entre blancos y negros, como ocurría en los camposantos habaneros donde hubo, hasta 1924, libros de entierro para personas con esos colores de piel.

[←81]

Tomamos al azar una muestra de 232 quintos en orden consecutivo por días de fallecimiento; su promedio de edad es de 22,3 años. De ese total, murieron 208 soldados víctimas de la fiebre amarilla, que representa el 89,65%, mientras que, de heridas de bala, se relacionan sólo 8 para un 3,49%. ¿Quiénes entonces estaban en el campo de batalla?

[←82]

En los pattakí o leyendas yorubas, esta deidad es la dueña de las aguas y representa el maré conocida también como Madre de las Aguas. De ella, se dice, brotó cuanto vive, incluidos los demás orishas. Se sincretiza con la Virgen de Regla.

[←83]

Fundada el 5 de enero de 1842 en la calle de la Marina, esquina a San Juan Nepomuceno, sustituyó el anterior centro de recreo de las familias más distinguidas de Santiago de Cuba, denominado entonces Isabel II, existente desde 1832.

[←84]

Fue trasladado de este lugar en 1846 a las calles Santa Rosa y Reloj, en la zona conocida como el Barracón de la Montaña, con el nombre de Real Casa de Beneficencia.

[←85]

Es el nombre de la dádiva que da el vendedor al comprador, en reconocimiento a la preferencia de sus productos. En el Occidente de la Isla se le llama contra.

[←86]

Según el investigador santiaguero Leo Miranda, fundó esa ciudad el Adelantado Diego Velázquez, en 1515, y no en 1514 como se ha afirmado siempre, con lo que apoya a la Dra. Hortensia Pichardo, que, en su libro *Documentos para la Historia de Cuba*, editado en 1973, da a conocer las fechas de las villas fundadas.

[←87]

En efecto, la casa fue concluida en 1530. Poco después de la muerte de Velázquez se convirtió en cafetería y posteriormente en hotel, llamados La Venus. Es ahora el Museo de Ambiente Histórico Cubano.

[←88]

Según dispuso Velázquez, su cadáver debía ser inhumado en esta parroquia en caso de no haberse concluido el nuevo edificio; así fue, en 1524, pues la flamante Catedral no se terminó sino en 1555. Y aunque afirman historiadores que sus restos fueron trasladados, tampoco nadie los encontró.

[←89]

Autoridades eclesiásticas consultadas no encuentran respuesta a aquella tradición católica en Santiago de Cuba, lo cierto es que son disparados igual número de cañonazos en las ceremonias de recibimientos a Jefes de Estado y de Gobierno, además de utilizarse esa cantidad de disparos de fusiles en funerales de personalidades.

[←90]

Bebida efervescente original de la región oriental de Cuba y Santo Domingo, hecha de raíz de china, bejuco indio o jaboncillo, hojas de canela, de pimienta o canelón y de pino. Hervirlo todo por 10-15 minutos, dejarlo refrescar un día completo, separar entonces hojas y raíces y añadir azúcar, colarlo a través de un paño, batirlo hasta lograr espuma en la superficie, envasarlo herméticamente y estará listo a los 2-3 días.

[←91]

Historiadores y arqueólogos santiagueros enloquecen tras los huesos perdidos de Diego Velázquez. Todo parece indicar que un terremoto se los tragó.

[←92]

Nosotros ampliamos la lista de hombres honrados, pero Ernesto Buch López, en su libro *Santiago de Cuba, ciudad de heroísmo y de leyenda*, afirma que "A los 90 años de su partida aún se habla de la época de Vargas Machuca como la única del Gobierno Español digna de imitarse".

[←93]

Especie de panocha típica de la región oriental de Cuba; así se le conoce en Santiago de Cuba.

[←94]

Niño o muchacho, voz que lo denomina peyorativamente en la parte oriental del país.

[←95]

Obra de mampostería con escalones para subir y bajar de la puerta a la calle, debido a la desnivelación del terreno en Santiago de Cuba.

[←96]

Es la deidad de la tierra y la Tierra misma; en Cuba se sincretiza con San Isidro Labrador.

[←97]

Esta fue la reconcentración, primera medida adoptada por el General Valeriano Weyler, quien ocupó el Gobierno de Cuba el 10 de febrero de 1896. Con ella pretendía poner a fin la guerra, porque así evitaba la ayuda de los campesinos a los mambises; logró sin embargo matar a más de 400 000 civiles.

[←98]

Guerra hispano-estadounidense que comenzó el 15 de febrero de 1898 con la autoagresión del acorazado Maine en La Habana, aunque el escenario único de aquella contienda fue Santiago de Cuba.

[←99]

A pocos metros del mausoleo a José Martí, reposan 443 militares ibéricos en un monumento hecho, en 1905, por suscripción de españoles y cubanos y a iniciativas del peninsular General don Julio Soto Villanueva.

[←100]

Esta elevación fue el último escenario de la guerra hispano-estadounidense; allí se erigió el Monumento Conmemorativo de la Loma de San Juan, por iniciativa del jefe militar del Distrito de Oriente, José González Valdés.